

Aubrey y Maturin 20 - Azul en la mesana



O'Brian, Patrick

Produced by calibre 0.6.37

OceanofPDF.com

Aubrey y Maturin 20 - Azul en la mesana

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Azul en la mesana
Patrick O'Brian

OceanofPDF.com

A Richard Ollard

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Dedico este libro, domun indignum, al preboste y a todas las personas que tan bien se portaron conmigo mientras estuve escribiéndolo en el Trinity College de Dublín.

Éste es el vigésimo relato de la más apasionante serie de novelas históricas marítimas jamás publicada; por considerarlo de indudable interés, aunque los lectores que deseen prescindir de ello pueden perfectamente hacerlo, se incluye un archivo adicional con un amplio y detallado Glosario de términos marinos

Se ha mantenido el sistema de medidas de la Armada real inglesa, como forma habitual de expresión de terminología náutica.

1 yarda = 0,9144 metros

1 pie = 0,3048 metros – 1 m = 3,28084 pies

1 cable = 120 brazas = 185,19 metros

1 pulgada = 2,54 centímetros – 1 cm = 0,3937 pulg.

1 libra = 0,45359 kilogramos – 1 kg = 2,20462 lib.

1 quintal = 112 libras = 50,802 kg.

CAPÍTULO 1

En mitad del canal se encontraba la *Surprise*, con Gibraltar a media milla de distancia por la aleta de estribor, fondeada con una sola ancla y vuelta la proa hacia un viento del noroeste que refrescaba cada vez más. Se pitó a la dotación al dar las cuatro campanadas de la guardia de doce a cuatro de la tarde y, al oírse desde la *Ringle*, su buque de pertrechos, destacada de nuevo en misión particular por lord Keith, vitorearon a bordo sus hombres mientras los de la *Surprise* se volvían con prontitud, riendo, radiantes sus rostros, dándose palmaditas en la espalda unos a otros pese a la certeza de la lluvia y la dureza del mar. Muchos se habían puesto sus mejores galas, abrigos con bordados y pañuelos de Barcelona alrededor del cuello, puesto que los marineros de la *Surprise* y su capitán Jack Aubrey habían hecho una elegante presa, nada más y nada menos que una galera mora cargada de oro. Había sido la primera en abrir fuego sobre la *Surprise*, lo que la convertía en embarcación pirata, de tal modo que el tribunal de presas reunido a instancias del almirante lord Keith, amigo del capitán Aubrey, la había condenado de inmediato. Era una presa de ley, y su

cargamento se repartiría según los usos del mar o, para ser exactos, según las leyes de presa de 1808.

Estaban todos en cubierta, radiantes de alegría y formaban mirando a popa en el costado de babor del alcázar, reunidos con las prisas habituales en la Armada, observando a su capitán, a los oficiales, al contador y al escribiente; ahí estaban, en popa y colocados a lo largo de ambos costados, entre los magníficos toneles. Un destacamento de infantes de Marina los había subido a bordo cerrados a conciencia; a esas alturas, carecían ya de sus correspondientes tapas (numeradas y conservadas por el tonelero), y era obvio que estaban llenos de monedas. Aquel oro era poco convencional, pues habían descubierto tras capturarlo que se trataba de pequeños lingotes de forma irregular que los orfebres gibraltareños habían fundido en lisos y relucientes discos, en cuya superficie habían grabado el peso, ciento treinta granos Troy: ciento treinta granos de peso Troy; sin embargo, la plata y el cobre conservaban su forma original.

Cesaron la algarabía y el eco de la cuarta campanada. El escribiente, tras asentir el capitán, llamó a John Anderson. A bordo no había nadie más cuyo apellido lo precediera en el alfabeto, de modo que el hecho de oír su nombre no sorprendió a John Anderson o a sus compañeros. Aunque por lo general era tímido y torpe, abandonó la formación con paso firme hasta llegar al cabrestante. Se descubrió, hizo el saludo militar colocando su mano encima del mechón que caía sobre su frente y exclamó:

—John Anderson, señor, con su permiso. Marinero ordinario, guardia de babor, popa.

El escribiente comprobó concienzudo los datos en su libro, pese a sabérselos de memoria.

—Muy bien -dijo-. Una centésima quincuagésima séptima parte de la mitad. Extienda el sombrero. — Hundió la diestra en el tonel de oro y sacó un puñado de discos que contó a medida que los introducía en el sombrero. Uno, dos... Diez. — Volvió a hundir la mano, contó siete más y dijo a Anderson-: Aguarde un instante. — Y le ordenó a su enjuto asistente, situado junto a los otros dos toneles-: Diecisiete con cuatro peniques. — Después, se dirigió de nuevo a Anderson-: Lo cual suma un total de diecisiete libras, diecisiete chelines y cuatro peniques. Aquí está el pagaré en virtud del cual solicita usted que se entreguen trescientas sesenta y cinco libras a la señora Anderson. ¿Satisfecho?

–Oh, Dios bendito, sí -respondió Anderson riendo-. Oh, sí, señor, muy, muy contento.

–En tal caso firme usted aquí -dijo el escribiente. Al ver que Anderson le miraba inseguro, murmuró-: Bueno, ponga usted una cruz en la esquina inferior.

Y así continuó el negocio, hombre a hombre por orden alfabético. Pocos eran los que no contaban con algún familiar, y éstos se retiraron con toda la parte que les correspondía: una centésima quincuagésima séptima parte de la mitad de tan espléndido botín. La mayoría de los marineros habían cedido a las presiones del capitán y los oficiales de división, quienes habían insistido en que al menos debían enviar una parte del dinero a casa. Todos estuvieron de acuerdo con el recuento del escribiente. Stephen Maturin, cirujano de la fragata, había pasado un rato calculando el grado de alfabetización a bordo; no obstante, la melancolía, espoleada sin duda por el viento y el rocío del mar, se había hecho un hueco en su corazón, y perdió la cuenta entre los apellidos que empezaban por la letra «N».

–Daría lo que fuera por tener aquí a William y a los marineros de la *Ringle* -dijo a Jack cuando se produjo una pausa en el recuento.

–Yo también. Pero ya sabes que en calidad de buque de pertrechos privado de lo que en realidad es una embarcación hidrográfica, no creo que recibieran más de cuatro peniques. De cualquier modo, no pude negárselo a lord Keith (que no tenía ninguna otra embarcación a mano) cuando me lo pidió como favor personal. Le debo mucho, a ambos les debo mucho.

–Por supuesto, por supuesto. Es sólo que me hubiera gustado que los jóvenes aceptaran una moneda de oro, para no dejarlos al margen -dijo Stephen-. ¡Aumenta el oleaje! La oscuridad se hace más espesa.

–Se reunirán con nosotros en Madeira -dijo Jack-. Entonces podrás darles sus monedas de oro. – Conversaron en voz baja hasta que Jack reparó en que Willis y Youngusband habían recibido su parte, y en que Moses Zachary, uno de los marineros más veteranos de la congregación de Seth, había dejado de reír entre dientes después de meter o de intentar meter todas las monedas en un surtido tan amplio como inadecuado de bolsillos pequeños y triangulares. Había llegado el momento de poner manos a la obra.

Pero no hubo forma. A pesar de la oscuridad que iba en aumento y del violento chaparrón, uno de los marineros, probablemente Giles, capitán de

gaveros del trinquete, exclamó:

–Todo gracias al cuerno de unicornio, todo gracias a la Mano de Gloria. ¡Hurra, tres hurras por el doctor!

Dios santo, ¡de qué modo vitorearon al doctor! Él había sido el responsable de subir a bordo el cuerno de narval, y también era de su propiedad la mano cortada, la Mano de Gloria. Ambos objetos simbolizaban (y prácticamente garantizaban) una inmensa buena suerte, virilidad, salvaguarda contra el veneno o cualquier enfermedad que pudiera nombrarse. Ambos objetos habían demostrado con creces su valía.

Jack Aubrey era un capitán severo. Había aprendido el oficio sirviendo a las órdenes de comandantes para quienes la disciplina y la puntería con los cañones tenían la misma importancia en un barco de guerra, aunque en aquella ocasión supo que era mejor no intervenir.

–Señor Harding -dijo al oído de su primer teniente-, cuando las aguas vuelvan a su cauce, levemos anclas y pongamos rumbo oeste sudoeste con toda la lona posible. Si nos saluda o nos hace señales un barco del rey, responda que llevamos despachos de guerra, y mantenga el rumbo sin tocar braza o escota.

–Oeste sudoeste, señor; y llevamos despachos -dijo Harding; Jack, cogiendo a Stephen del hombro (pues a esas alturas la fragata cabeceaba con fuerza), lo condujo a la cámara, y se sentaron cómodamente en los baúles acolchados situados bajo los ventanales, a la luz de los elegantes fanales que daban al mar.

–Me temo que tendremos una noche fea -dijo Jack. Se levantó y con el pie firme del marino acostumbrado a la mar se acercó al barómetro-: Sí -dijo-. Más fea de lo que pensaba. – Volvió a su sitio y observó la oscuridad llena de lluvia y la espuma que la proa levantaba a su paso, provocando más y más rocío a medida que aumentaba su andadura-. No obstante -continuó-, no sabes cuánto me alegro de volver a navegar. Hubo un momento en que no pensé que fuera posible... Claro que sin Queenie y lord Keith jamás lo habría logrado. – Los fanales de popa iluminaban la estela de la fragata, excepcionalmente amplia, blanca y agitada para tratarse de un barco de tan elegantes líneas. La luz que brillaba a popa no le impidió distinguir con claridad el lejano fulgor rojizo que coronaba Gibraltar, cuyas hogueras ardían aún a pesar del viento y la lluvia.

Personalmente estaba cansado de tanta algarabía, sobre todo de las canciones patrióticas, de las alabanzas propias y de las burlas al Francés, que después de todo había caído luchando, superado en número y con una valentía sin par; pullas que a menudo partían de quienes nada habían tenido que ver con esa guerra. Ni siquiera Maturin, que sentía un profundo desprecio por todo lo que representaba el sistema napoleónico, era capaz de soportar las obscenas y jactanciosas caricaturas de Bonaparte que corrían por doquier, a un penique en una tinta, y hasta a cuatro peniques en color.

—¿Te acuerdas de Malta, cuando los marineros recibieron seis dólares por cabeza? — preguntó Jack—. No, por supuesto que no. Estabas en el hospital, cuidando la pierna del pobre Hopkins. Bueno, pensé que no habría problemas con una dotación asentada y firme. Y ellos lo esperaban, pues se había halado la bolsa de plata de la cabina del trabacolo apresado y esparcido en cubierta su contenido. Pero me equivoqué; en cuanto estuvieron en tierra no dejaron piedra sobre piedra, y después la emprendieron con los soldados.

—Pues claro que me acuerdo. Mis colegas y yo tuvimos que atender a muchos de ellos. La mayoría con contusiones, aunque también hubo algunas fracturas de gravedad.

—De modo que... -dijo Jack, sacudiendo la cabeza. Se interrumpió entonces para aguzar el oído, y subió a toda prisa a cubierta. Al regresar, se secó la espuma y la lluvia del rostro con el gesto de costumbre y dijo:- Hemos perdido el contrafoque por culpa de este condenado viento que no para de girar, y reina una oscuridad que ni en el trasero del diablo. Ahí estaba el joven Wilcox antes de acercarme al castillo de proa; arranchaban las escotas a popa como si fuera de día y el mar estuviera calmo cual las aguas de un estanque. Ahí los tienes, así son los marineros, capaces de aguantar un temporal de aúpa, el trabajo duro y situaciones poco comunes; son criaturas buenas, estables, corajudas y sumisas bajo el mando de un oficial al que puedan respetar. Son capaces de soportar todo eso, y también a veces los castigos más duros, los naufragios y el escorbuto. Sin embargo, cómo cambian las cosas cuando cuentan con un dineral en el bolsillo. Se les sube a la cabeza, y se emborrachan a la menor oportunidad, arman jaleo y desertan a patadas. En Malta no nos fue tan mal. Con la ayuda de las prostitutas sus seis dólares no tardaron en esfumarse, y en la isla no había posibilidad de desertar. Ahora las cosas son distintas, y todos esos

condenados estúpidos con cincuenta guineas en el bolsillo habrían estado borrachos como cubas, tumbados por la sífilis y desnudos antes del domingo, de no habernos marchado a toda prisa. Eso por no mencionar... ¿Qué pasa, Killick?

—Que tendremos que poner batideros a través de la puerta de la sobrecámara, porque el mar verde viene de popa hasta el cabrestante y empeora cada minuto. Dudo que pueda servirle seco el queso fundido, a menos que traiga el hornillo y lo prepare aquí.

—¿Quién está de guardia?

—Pues el piloto, señor, y en rumbo. Acaba de enviar arriba al señor Daniel y a un par de marineros fornidos con una linterna de respeto. Por lo visto, la luz del tope ha vuelto a irse al fondo. Ah, y señor -dijo dirigiéndose a Stephen-, su compañero... Perdóneme, el doctor Jacob, tal como debería llamarlo, ha sufrido una fea caída. Hay sangre por toda la cámara de oficiales.

Stephen intentó ponerse en pie, pero el balanceo del barco lo empujó hacia atrás. Cuando hizo un nuevo intento fue el balanceo de babor el que le empujó con fuerza hacia delante. Tanto el capitán como el dispensero tenían la misma opinión de la capacidad del doctor para vivir en el mar, de modo que ambos le ayudaron a tenerse en pie, y Jack, asiendo el hombro de barlovento, le guió hasta la sobrecámara (antesala de la cámara) y, de ahí, a cubierta, donde el vendaval, la total oscuridad cargada de fuerte lluvia e incluso los sólidos rociones de agua marina le dejaron sin aliento, pese a estar acostumbrado a los rigores atmosféricos.

—Señor Woodbine -llamó Jack.

—Señor -respondió el piloto, que estaba junto a la rueda, donde Jack pudo distinguir el leve fulgor de la bitácora en cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

—¿Cómo va con la luz del tope?

—Me temo que tendremos que despertar al armero, señor. Dudo que el señor Daniel pueda asegurarla sin contar con las herramientas adecuadas. — Levantó la voz y llamó al cabo situado a barlovento, todo ello sin quitar ojo a las relingas-. Higgs, llame al tope y pregunte al señor Daniel si necesita al armero.

Higgs poseía un imponente vozarrón, así como un oído muy fino. A través del gemido del viento en la jarcia y sus cambiantes rugidos

transmitió el mensaje y oyó la respuesta. A esas alturas, Stephen distinguió la linterna de mano en lo alto, entre las velas, todas tan de bolina como pudieran estarlo, pues la fragata se abría paso rumbo oeste en un mar tumultuoso. También pudo ver la débil luz procedente de la escala de toldilla, y hacia ella caminó poco a poco, aferrándose a todos los salientes que podía en tanto se inclinaba contra el viento y la cegadora lluvia. No obstante, a cada temeroso paso que daba cedía el desigual balanceo, lo cual respondía, o eso le había contado Jack en más de una ocasión, al centro de gravedad. Y al abrir la puerta de babor de la iluminada cámara de oficiales se dibujó ante su mirada una escena de lo más deshonrosa, pues vio a un montón de hombres, acostumbrados a ver sangre desde la infancia correr de un lado a otro como un atajo de gallinas, secar el brazo de Jacob con la servilleta, darle consejos, ofrecerle copas de vino, brandy o vasos de agua, deshacer el nudo de su corbatín, e incluso desabrocharle los calzones por la cadera y la rodilla. El contador literalmente le retorció las manos.

—Avisen a Poll Skeeping -exclamó Stephen en un tono de voz imperioso, seco. Los apartó sin tener en cuenta rango o empleo, esgrimió una lanceta que siempre llevaba consigo, cortó la manga de Jacob hasta el hombro, cortó la camisa, y descubrió la borboteante arteria branquial y otras dos generosas fuentes de sangre en el mismo miembro. Por lo visto, tras efectuar un salto mortal en toda regla y caer sobre una silla y un taburete con un vaso en la mano en el momento en que la fragata efectuaba un doble cabeceo, seguido por el hundimiento de rigor, Jacob no sólo había logrado perder la conciencia, sino también romper el cristal, cuyos amplios bordes afilados le habían cortado la arteria y otros muchos vasos sanguíneos que constituían heridas pequeñas pero considerables.

Poll llegó a la carrera, cargada con toda clase de vendas, agujas con tripa enhebrada y tablillas. Stephen, con el pulgar en el punto más importante donde había que presionar, pidió a los miembros de la cámara que hicieran sitio, que se apartaran al fondo, muy al fondo. Seguidamente Poll se puso a limpiar, vendar e incluso asear al paciente, antes de que lo llevaran a un coy de la enfermería.

Todo esto dio pie a una serie de explicaciones y comentarios. Cuando bajó Jack, después de comentar con el señor Harding que hacían buen avance y que apenas navegaban a seis cuartas del ojo del viento, se repitieron los tediosos pormenores, y los presentes le enseñaron

exactamente qué y cómo había sucedido. Fue en ese momento cuando un tremendo estampido puso en jaque el progreso de la fragata, la desvió del rumbo e hizo zarandearse las linternas con tal violencia contra los baos de cubierta que dos cayeron al suelo. El estampido bastó para hacer olvidar a los allí presentes las heridas sufridas por Jacob, y Jack salió disparado a cubierta seguido por todos los oficiales.

Al principio, fue incapaz de distinguir nada en la oscuridad. Sin embargo, Whewell, el oficial de guardia, le explicó que el vigía de proa había avistado una luz por la amura de estribor segundos antes del impacto, y que él en persona había visto cómo un barco enorme, oscuro y carente de luces de posición, se acercaba a unos diez o más nudos de velocidad y golpeaba la proa de la fragata, atravesaba la maltrecha roda y pasaba a lo largo del costado de babor, rozando las vergas y los obenques de la *Surprise* y librándose por los pelos de quedar trabado en ellos. Imaginaba que podía tratarse de un maderero pesado escandinavo, aunque no pudo ver ningún nombre, puerto o bandera, y tampoco se cruzaron voces de un barco a otro. Había levantado al carpintero y al contraamaestre (no tardaría en recibir sus informes), y el barco tenía a la vía el timón y permanecía inmóvil, aunque tumbaba a sotavento.

Jack echó a correr a proa para hablar con ambos. – Hemos perdido el bauprés y la mayor parte de la proa, señor -informó el carpintero.

–Y yo no respondería del palo de trinquete -dijo el contraamaestre.

–Embarcamos agua. Cinco toneladas por minuto -dijo un segundo del carpintero a su jefe en un tono de voz tan rebosante de inquietud que logró afectar a todos los que le oyeron.

Harding había llamado a toda la dotación del barco, y al salir a cubierta trastabillando Jack ordenó poner proa al viento, aferrar toda la lona a excepción de la mayor y el trinquete, y ponerse a las bombas. La fragata respondió lentamente al timón y navegó con igual lentitud. Sin embargo, en cuanto Jack la situó con el fuerte viento y el mar por la incólume aleta de babor, dejó de tener la sensación de que iba a irse al fondo en cualquier momento. El carpintero, Harding y él mismo, armados, todos ellos con una linterna, llevaron a cabo la inspección. No encontraron nada, nada bueno: habían desaparecido por completo el bauprés, la proa y todo el equipaje relacionado, así como focos y demás, por supuesto. Había algunas cabezas de tablón combadas ahí abajo. No obstante, al terminar la guardia de media,

mientras el carpintero y sus hombres trabajaban como sólo pueden hacerlo quienes saben que el barco embarca agua por momentos, las bombas se defendían con soltura, incluso ganaban la contienda.

—Oh, es un apaño provisional, señor, como usted comprenderá -dijo el carpintero-. Si logra usted llevar la fragata al muelle y de allí al astillero, renunciaré a la vida de pecador que llevo y entregaré todo el dinero del botín a los pobres. Sólo en el astillero harán de ella una embarcación capaz de navegar de nuevo. Quiera Dios que volvamos a entrar en ese adorable muelle.

Entraron en ese adorable muelle, y allí pasaron las restantes horas de la noche en relativa calma, mientras el viento aullaba en lo alto sin apenas fuerza para salpicarlos de espuma aunque, en ocasiones, empujaba algas a la zona del muelle donde habían fondeado.

Al amanecer, temprano, se dirigieron al muelle nuevo y al astillero naval. Y aunque hicieron lo posible por dar al barco un aspecto presentable, éste no había dejado de parecerse a una mujer atractiva a la que hubieran maltratado y cortado la nariz. Después de preguntar Jack por el estado de Jacob («Tolerable, de momento, aunque aún es pronto para pronunciarse... Ah, y el doctor Maturin le ruega que le disculpe porque no podrá acompañarle en el desayuno»), se sentó a disfrutar de un buen filete. Aprovechó mientras comía para tomar algunas notas en un papel doblado. Después, volcó su atención en las tostadas que le correspondían y también en alguna que otra de las que correspondían a Stephen, tostadas que acompañó de una cantidad ingente de café. Ya se sentía más humano, después de una noche dura como pocas en toda su vida (noche que, por suerte, había sido corta), y decidió llamar al escribiente.

—Señor Adams -dijo-, ¿le apetecería tomar una taza de café antes de que empecemos a redactar el informe y la carta a lord Barmouth?

—Oh, sí, señor, si es tan amable. Han servido té en la cámara, lo cual no constituye precisamente una compensación por la noche que hemos tenido.

La carta era la quintaesencia de la simplicidad: El capitán Aubrey presentaba sus respetos y adjuntaba el informe de lo sucedido la pasada noche y de los daños sufridos por el barco. Terminaba diciendo que el capitán Aubrey se sentiría muy honrado si su señoría tuviera la amabilidad de recibirlo en cuanto fuera posible.

—Por favor, procure usted que nuestro guardiamarina más presentable lo entregue de inmediato.

Adams lo meditó, sacudió la cabeza y observó:

—He oído describir al señor Wells como un muchacho guapo.

—Pobre diablo. En fin, cuando haya pasado usted a limpio el informe, hágaselo saber al señor Harding; dígame que es mi deseo que el señor Wells se lave dos veces; después, se pondrá su mejor uniforme, sombrero y espadín. Quizás el señor Harding desee despachar a... a un marinero que lo acompañe a la ida y a la vuelta. — Había estado a punto de pronunciar el nombre de Bonden, y al contenerse sintió un dolor lacerante en el pecho. Había perdido a muchos compañeros, pero jamás había sentido tanto una pérdida como la de Bonden.

El elegido por Harding, un cabo muy serio, llevó de vuelta al señor Wells, y éste informó al capitán Aubrey que el comandante en jefe le recibiría a las cinco y media.

Jack acudió a la cita con la puntualidad propia de la Armada, y con la puntualidad de la Armada pidió lord Barmouth a su secretario que fuera a buscarlo a la antesala. Apenas había entrado Jack, cuando se abrió una de las puertas situadas a espaldas del almirante y entró su esposa.

—¡Querido primo Jack! — exclamó-. ¡Cuánto me alegra verte de vuelta tan pronto! Temía que lo hubieras pasado muy mal, después de que ese bellaco mercanton... Barmouth -dijo en un aparte, colocando la mano en el brazo de su esposo-, los Keith estarán encantados, y Queenie me ha preguntado si puede acompañarles el señor Wright. Primo Jack, ¿vendrás, verdad? Sé de qué modo detesta un marino las comidas tardías, pero te prometo que te darán de comer a una hora razonablemente cristiana. Tienes que contarnos hasta el último detalle. Queenie se preocupó mucho al enterarse de lo sufrido por la *Surprise*. — Isobel Barmouth siempre había sido igual de energética, y no era fácil hacerla callar o abandonar la estancia. Pero tampoco era tonta y se percató de que su insistencia al respecto podía perjudicar más a Jack que cualquier cosa que Barmouth pudiera idear. El almirante era un hombre valiente, un marino capacitado; la suya era una carrera sobresaliente, y, tal como sus tutores le habían señalado, era un partido excelente. Sin embargo, pese a todo su coraje y sus evidentes virtudes, Isobel sabía que era perfectamente capaz de mostrarse injusto.

Cuando se hubo cerrado la puerta a su espalda, Barmouth tomó asiento, dispuesto a repasar el informe de Jack.

—He dado órdenes a las pocas embarcaciones que tengo navegando de crucero para que permanezcan ojo avizor por si avistan un barco que se parezca al que abordó su proa. A juzgar por los terribles daños que ha sufrido usted -dijo dando palmaditas en el informe, el detallado informe de Jack-, no nos costará reconocerlo. Incluso en un navío de línea serían visibles los daños derivados del abordaje, y por lo que tengo entendido no era más que un mercante del Báltico sin un gran arqueo. No obstante, eso es otro asunto, porque lo que realmente me preocupa es la situación actual de la *Surprise*. Me pregunto si puede usted mantenerla a flote.

—Navegamos rápidamente al muelle, milord, y no abandonamos ni un instante las bombas.

—Sí, sí, estoy seguro. Lo que me preocupa es lo siguiente: Después de cumplir... de cumplir con creces las órdenes de lord Keith, ha recuperado usted su situación anterior, la de un barco hidrográfico, un barco alquilado cuya misión consiste en explorar el Estrecho de Magallanes y la costa sur de Chile. No está usted supeditado a mi mando en el Mediterráneo y, aunque me gustaría... ¿cómo decirlo?, reconstruir de proa a popa su barco, aunque sólo fuera como reconocimiento a la enérgica captura que hizo usted de la condenada galera, no puedo hacer un feo a mis barcos de guerra que se encuentran a la espera de recibir urgentes reparaciones, dando preferencia a un barco hidrográfico. Un barco de guerra siempre es lo primero.

—Muy bien, milord-dijo Jack-. Pero, ¿me permitiría rogarle al menos que nos asignara un fondeadero más abrigado?

—Es factible -dijo el almirante-. Hablaré con Hancock al respecto. Ahora -dijo al levantarse-, debo despedirme de usted hasta la hora de comer.

* * *

Llegó Jack, acicalado para la ocasión. Con puntualidad, por supuesto, aunque no tanta como los Keith. Tanto Queenie como Isobel Barmouth le recibieron con suma amabilidad y, con la confianza de la relación que los unía desde la niñez, se separó de ellas para acercarse a lord Keith, a quien agradeció su intervención con los funcionarios del tribunal de presas.

—Nada, nada, no hace falta ni que lo mencione, mi querido Aubrey. No, no, esos caballeros son conocidos míos, y son muy conscientes de cómo deben comportarse conmigo y con mis amigos. Aunque Aubrey, debo pedirle disculpas por arrebatarse la *Ringle*, que le hubiera ido de perlas para perseguir a ese condenado mercantón que con tanta saña abordó su proa. Estuve observando esta mañana la *Surprise*, y me preguntaba cómo logró usted llevarla a puerto.

—Tuvimos suerte de disfrutar de un mar y un viento de aleta, milord. Hubiera bastado un pañuelo largado en el trinquete para hacer avante; pero no crea, lo nuestro nos ha costado.

—Seguro que sí -dijo Keith, sacudiendo la cabeza-. Seguro que sí. — Consideró unos instantes el asunto, sorbiendo la copa de ginebra de Plymouth, y dijo:- Debo alabar la conducta de ese excelente joven, William Reade. Gobernó la goleta de forma admirable, e hizo todo cuanto le pedí. Pero me temo que le habrá echado usted de menos cuando tuvo que acercarse al muelle, y también cuando quiso identificar al bellaco.

—Así es, señor. Pero lo que más rabia me da es saber que, en calidad de comandante de un buque de pertrechos de propiedad privada, y por estar ausente, el señor Reade no toma parte en el reparto del botín. Puesto que la Armada sufrirá recortes ahora que Boney ha caído prisionero, con los barcos desarmados o abandonados, es muy probable que el pobre no reciba otro mando en un futuro cercano, si es que lo logra algún día, y la parte correspondiente a un teniente le resultaría muy útil. Sin duda la paz es una gran cosa, pero...

En ese momento, lady Barmouth saludó a los recién llegados, el coronel y señora Roche. Apenas había hecho las presentaciones, cuando le informaron de que la comida estaba servida.

No era una reunión formal, pues se había preparado sin demasiada antelación, y no había mujeres suficientes para ponerse al corriente de los rumores. Jack se sentó a la izquierda de Isobel, frente a lord Keith, con el coronel Roche a la derecha, quien obviamente hacía poco que había llegado.

—Tengo entendido, señor -dijo Jack tras cruzar con él unas palabras insustanciales-, que estuvo usted en Waterloo.

—Así es, señor -respondió el soldado-, fue una experiencia muy emocionante.

—¿Vio usted mucho de la batalla? En las escasas batallas de línea en que he participado, aparte de la del Nilo, fui incapaz de distinguir lo que sucedía por culpa del humo. Después, la mayoría de mis compañeros me hicieron relatos muy diversos.

—Tuve el honor de ser uno de los edecanes del duque, que casi siempre se situó en posiciones desde las que tanto él como sus ayudantes podían ver un buen trecho del terreno. Como usted sabrá, los combates duraron varios días, algo que, según tengo entendido, no suele suceder con las batallas navales; la jornada que mejor recuerdo fue la del decimoctavo día, el 18 de junio, la culminación.

—Le agradecería mucho que tuviera la amabilidad de familiarizarme con lo sucedido, sin obviar un solo detalle.

Roche le miró atentamente, comprendió que lo decía en serio, que estaba muy interesado, y prosiguió.

—Había llovido a mares durante toda la noche, y las comunicaciones habían sido muy difíciles para ambos bandos, pues se disparaba a los mensajeros cuando estos no caían prisioneros o se perdían. Sabíamos que los prusianos habían encajado un buen golpe en Ligny, que habían perdido a doce mil hombres y la mayoría de los cañones, y que Blücher en persona había quedado atrapado bajo su propio caballo, y enterrado después por una carga de caballería. Muchos de nosotros pensamos que los prusianos no podrían recuperarse lo suficientemente pronto después de tan fatídica derrota, y que si lo hacían no podríamos contar con Gneisenau, que sustituiría al malherido Blücher y que no era muy amigo nuestro. Durante la noche, llegó un mensaje diciendo que Blücher se acercaba con dos o, posiblemente, con cuatro cuerpos de ejército. Hubo quien se sintió complacido al oírlo, pero la mayoría de nosotros no lo creímos posible. Creo que el duque sí; de cualquier modo, decidió presentar batalla, ocupamos Mont Saint-Jean, Hougoumont y La Haye Sainte con unos sesenta y ocho mil hombres y ciento cincuenta piezas de artillería, para enfrentarnos a los setenta y cuatro mil de Napoleón, amén de sus doscientos cuarenta cañones. Los regimientos de caballería francesa se vieron obstaculizados por el terreno embarrado por las lluvias, la artillería aún más, y no fue hasta pasadas las once de la mañana que el enemigo, desplegado en tres líneas en la ladera de la colina opuesta, a unos tres cuartos de milla de distancia, despachó a una división para atacar

Hougoumont. Los rechazaron, momento en que empezó de verdad el combate, con ochenta cañones franceses posicionados para castigar La Haye Sainte, el centro, y debilitar a las fuerzas situadas allí antes de emprender los combates más serios...

—¿Le apetece un poco más de sopa, señor? — preguntó el sirviente.

—Váyase, Wallop, por el amor de Dios -protestó lord Barmouth. De hecho, toda la mesa prestaba atención al relato de Roche, que con mucho era la fuente más informada y fiable que habían tenido oportunidad de conocer-. Señor -añadió lord Barmouth tras desaparecer Wallop-, le ruego que coloque una o dos botellas, o algunas migajas de pan, en los lugares más vitales, de tal modo que nosotros, simples marinos, podamos seguir las evoluciones.

—¿Cómo no? — dijo Roche, estirando el brazo para hacerse con la cesta del pan-. A grandes trazos, pero servirá para que se hagan ustedes una idea aproximada: Hougoumont, La Haye Sainte, el centro del emperador en ese lado de la mesa, los bosques de París y demás bosques más allá, en el extremo que ocupa lord Barmouth. Este trozo de pan representa Hougoumont, y en la cima de la colina se encontraban los restos de un antiguo molino. Ahí estaba yo, observando la disposición de las tropas, encarado el catalejo al terreno, cuando vi un curioso movimiento en el borde del bosque junto a Chapelle Saint-Lambert. Una masa oscura, una masa azul oscuro, azul de Prusia. Conté las formaciones con tanta serenidad como pude y corrí abajo. Dije: «Con su permiso, señor. Al menos un cuerpo de ejército prusiano avanza procedente de Saint-Lambert, a unas cinco millas de distancia.» Serían más o menos las cuatro y media. El duque asintió, tomó mi catalejo y lo encaró hacia el emperador. En cuestión de unos minutos, los oficiales de Estado Mayor del Francés galopaban en diversas direcciones. Los escuadrones de caballería y alguna infantería abandonaron sus posiciones, moviéndose en dirección a los prusianos. Poco después, el mariscal Ney atacó el centro aliado. Sin embargo, sus hombres no lograron tomar La Haye Sainte y dos de las brigadas de caballería de lord Uxbridge los persiguieron al retirarse, capturando dos águilas en el proceso, aunque sufrieron graves pérdidas cuando las escuadras del enemigo, tropas frescas, los atacaron por el flanco.

—Por favor -dijo el señor Wright, un hombre de ciencia-, ¿a qué obedecen las águilas en este contexto?

–Bueno, señor, son más o menos el equivalente a nuestras banderas: supone una desgracia perderlas, y un triunfo capturarlas.

–Gracias, señor, gracias. Espero no haberle hecho perder el hilo. Sería una catástrofe.

Roche se inclinó levemente y reanudó su relato.

–Entonces, Ney recibió órdenes de atacar de nuevo La Haye Sainte. Después del estruendo de los cañones, los aliados se refugiaron, gesto que el Francés interpretó como una retirada en toda regla, y que le empujó a lanzar cuarenta y tres escuadrones de caballería a la carga. Por estar colina arriba, terreno difícil, los caballos no pudieron más que avanzar al trote, y sus jinetes descubrieron que la infantería aliada había formado en impenetrables cuadros. Los barrieron a fuerza de mosquete, y la caballería aliada los empujó después colina abajo. A esas alturas, se despachó a los coraceros franceses y a la caballería de la guardia imperial para proteger la retirada de sus compañeros: ochenta escuadrones en total. ¡Ochenta escuadrones, señor! Fue el combate más furioso que quepa imaginar, en mi vida había visto algo igual. Pero no pudieron romper los cuadros aliados, y finalmente también ellos terminaron colina abajo. Bülow trabó combate con las fuerzas que Napoleón había despachado para detenerlo (más o menos a las cinco menos cuarto), y al principio no le fue del todo mal pues tomó Placenoit, justo junto a esa miga que hay en el centro, señora. Sin embargo, los refuerzos le obligaron a ceder terreno, y Napoleón ordenó una vez más a Ney tomar La Haye Sainte, lo cual logró, aunque las tropas que la ocuparon carecían prácticamente de municiones. El duque, imperturbable tras la pérdida de esta posición clave, envió todo cuanto pudo a reforzar el centro. Para entonces, otros dos cuerpos de ejército prusianos se habían unido a la batalla. No entraré en detalles, pues estoy ronco de tanto hablar y temo que mi charla les hará morir de hambre... Me limitaré a decir que, con la llegada del cuerpo de ejército prusiano de Zeiten, el duque pudo movilizar a otras dos brigadas de caballería, que no habían entrado en combate, situadas en el ala derecha, para reforzar el centro, un punto de la mayor importancia. Napoleón atacó con toda su fuerza a lo largo de la línea, y comprometió a la guardia imperial, que luchó con gran coraje, aunque carecía ya de efectivos suficientes. Al retroceder la guardia, los prusianos de Zeiten rompieron parte del frente francés, y eso marcó el principio del fin. Algunos batallones de la guardia aguantaron, al menos hasta que tuvieron también que unirse a

los compañeros en la retirada generalizada. Le ruego que me perdone, señora -dijo a Isobel Barmouth.

—En absoluto, coronel, no hace falta que se disculpe usted. Su relato me ha parecido fascinante, tanto más cuanto he entendido lo que sucedía en diversos puntos de la batalla. Muchas, muchísimas gracias. — Incliné con discreción la cabeza hacia el atento Wallop, y se reanudó la comida.

Cuando ésta hubo terminado y los hombres se sentaron a disfrutar del oporto, ambos almirantes y el señor Wright ocuparon la cabecera de la mesa y discutieron los problemas de limpieza relacionados con el nuevo muelle.

—No tengo el placer de conocer al duque de Wellington -dijo Jack a Roche-. Debe de ser un gran hombre.

—Sí, lo es, y además siempre tiene las palabras más adecuadas, que pronuncia así, sin más, como si las improvisara.

—¿Podría usted ponerme uno o dos ejemplos?

—Ay, lamento admitir que tengo una memoria desastrosa, sobre todo en lo que a las citas concierne. Las evoco en plena noche, lo cual no depende de mi voluntad. No obstante, recuerdo que mientras cabalgábamos por el campo de batalla, después de ver el desastre en que había terminado el cuadro formado por los Inniskillings, y el elevado número de bajas mortales, me dijo el duque: «No hay nada peor que una batalla ganada, excepto una batalla perdida.» Después, mucho después, cuando nos desplazábamos por Francia, comentó: «Reñido, muy reñido el asunto, pues Blücher y yo hemos perdido treinta mil hombres. Reñido como pocos, lo más reñido que he visto en la vida... ¡Por Dios! Dudo que hubiera podido hacerse de no haber estado yo presente.»

Se produjo una larga pausa que los marinos y el experto aprovecharon para hablar apasionadamente de las diversas corrientes que mediaban entre Europa y las costas africanas. Jack y Roche pasearon por la terraza, disfrutando de sendos cigarros puros. Tras dar media docena de vueltas, dijo Roche:

—Recuerdo haberle oído decir en una ocasión que su ejército estaba formado por la escoria del mundo, o, quizás, por lo más bajo del mundo. Eso fue mucho antes de Waterloo, y lo mencionaba a menudo, creo; al principio lo escuché en labios de otros. Lamenté oírlo, pues yo me había formado una idea de los hombres a los que había mandado, pero le aseguro que tuve ocasión de recordarlas en más de una ocasión durante la marcha a

París, escoltando heridos y enfermos para quienes no había espacio en Bruselas. La embriaguez, los alborotos, la insubordinación, el robo, el pillaje e, incluso, las violaciones (teniendo en cuenta que éramos un país amigo) me provocaron náuseas. Los hombres del preboste de policía se mostraron muy activos, y se vieron obligados a colocar los potros a diario (los usamos para dar los azotes, como usted bien sabe), aunque de nada sirvió, y lo cierto es que no pude alegrarme más al embutirlos en los cuarteles de Boligny, y librarme de todos ellos. Finalmente, llegué a la conclusión de que cualquier hombre sometido a una férrea disciplina es capaz de comportarse como un animal en cuanto se libra de ella. Sea como sea, eso dicta mi experiencia.

—Sí, sí. Estoy seguro -dijo Jack, asintiendo al oír aquellas palabras. Sin embargo, su tono de voz parecía decir que, si bien podían ser ciertas en lo concerniente al ejército, los marineros poseían, en general, una naturaleza totalmente distinta.

—Aprisa, querido primo -llamó Isobel desde la puerta-, o ni siquiera encontrarás tibio el café.

* * *

En el trayecto de ida del muelle a casa de lord Barmouth, Jack había cobrado conciencia del lóbrego, nebuloso y tenaz nubarrón que cubría su mente. Pese a su más que tangible presencia, había logrado disfrutar de la velada. Apreciaba mucho a Queenie y, aunque de otro modo, también a Isobel. Había saboreado el relato de Roche, e incluso la última y microscópica decepción que había supuesto el café templado había quedado olvidada al aparecer una cafetera bien caliente (demasiado incluso para ingerir el negro néctar), por no mencionar la presencia de un excelente brandy.

Sin embargo, al dirigirse a las baterías exteriores, el muelle y, cómo no, hacia la población, volvió a ser consciente del nubarrón, y su ánimo se hundió al igual que la pendiente del camino. En según qué partes lo habían ensanchado a fuerza de explosivos para facilitar el paso de las piezas de artillería, y en las depresiones más hondas se sintió al abrigo del viento y del difuso murmullo de la ciudad, aunque no de su fulgor, reflejado en las nubes altas e uniformes.

Justo al sentarse en la piedra de uno de esos abrigados recodos del camino, descubrió que había dado a Roche el último de sus cigarros. Era un fastidio, aunque no tenía mucha importancia, y volvió a pensar en los comentarios del soldado acerca de los hombres liberados de una fuerte disciplina y de los excesos que cometen.

«No -se dijo-. El marinero pertenece a una especie diferente.»

Se levantó y siguió caminando; superó el nuevo recodo y allí, en la ladera de la colina, el viento arrastró el familiar vozarrón de Higgs.

—No hay ley marcial que valga -voceó el marinero, que al parecer se dirigía a un grupo numeroso, situado en el extremo oriental de los aún inacabados jardines de Alameda-. No hay ley marcial. La guerra ha terminado. En cualquier caso, la *Surprise* ya no es un barco de guerra, sino un navío pertrechado para el levantamiento de planos. No pueden hacernos nada. Tenemos nuestro dinero y podemos hacer lo que nos venga en gana. No hay ley marcial, somos libres.

—¡Por Wilkes y la libertad! — exclamó alguien, probablemente el más borracho de todos.

—Los mercantes piden marineros a lágrima viva, nos imploran disponer de más manos. Ocho libras al mes de las de verdad, tabaco gratis y comida de primera. Yo me voy a casa. — A estas palabras siguió un rugido que, sin embargo, quedó de nuevo ahogado por el vozarrón de Higgs-: No hay ley marcial. No somos esclavos.

—No somos esclavos -gritaron los demás, pateando el suelo con cierto ritmo.

Esa caída de la dotación de la fragata, esa desintegración de la comunidad, era el motivo del nubarrón que Jack había conseguido apartar de su mente durante la velada y la encantadora tarde que había pasado en compañía de Isobel y Queenie. Era una consecuencia lógica, y Jack lo sabía, pues el mar corría por sus venas, conocía sus corrientes y las corrientes que movían a quienes lo navegaban. Se había percatado del descontento que se extendía entre los miembros de la tripulación, antes incluso de que se manifestara. Obviamente, terminada la guerra, ansiaban regresar al hogar y disfrutar de la vida. Sin embargo, Jack estaba dispuesto a hacer lo imposible para evitar perder el barco y el viaje que se había propuesto emprender.

Menuda mezcla la que constituían los marineros de la *Surprise*. El almirante había tenido que pertrecharla para la guerra sin disponer del tiempo necesario cuando dio a Jack el mando de la escuadra, y ningún capitán en su sano juicio hubiera cedido a nadie sus mejores marineros. Por tanto, algunos de los sujetos reclutados forzosamente que aparecieron en cubierta eran más aptos para disfrutar de la ayuda de una institución dedicada a la caridad que para pertenecer a la dotación de un barco de guerra. La mayoría de ellos eran los más zafios, estúpidos y torpes marineros que se había echado a la cara, aptos para halar de los cabos, pero poco más. Miembros de pro de la guardia de popa. En aquel momento, sin embargo, con el estómago lleno de ginebra y con la admiración que sentían por Higgs en la mirada, formaron detrás de él, y al poco marcharon hacia la ciudad, aullando: «No hay ley marcial.»

—¿Es cierto, capitán Aubrey? — preguntó una voz a su espalda-. ¿Acaso es cierto que no hay ley marcial?

—¿Señor Wright? Cuánto me complace verle. Respecto a su pregunta de naturaleza legal, tanto en este caso como en otros, no podría ser yo más ignorante. Sin embargo, si estuviera en Inglaterra, me inclinaría como magistrado a leer en voz alta el Acta de Motines.

Caminaron siguiendo los pasos de los marineros. Hasta que los gritos referentes a la esclavitud cesaron de pronto al toparse los marineros con una inmensa hoguera en la encrucijada (dos carros e innumerables toneles vacíos) y con una multitud que danzaba alrededor de la hoguera en sentido contrario al de las agujas del reloj. Entonces Jack añadió:

—Sé que Maturin lamentará mucho no verle a usted. No puedo invitarle a subir al barco, pues ha sufrido terribles daños como consecuencia de un abordaje en la mar. No obstante, cenaremos en el Crown, y nos encantaría disfrutar de su compañía.

—¿El Crown? Será un placer. Resulta que me alojo en el George, y tendré que pasar antes por allí... Si me disculpa, señor, esta calle me lleva al patio posterior, de modo que podré evitar a la muchedumbre.

—Así es -dijo Jack-. Así es. ¿Qué le parece a las diez y media? Puesto que no hay quien camine por estas calles, Maturin y yo pasaremos a recogerle.

Jack Aubrey, alto como era, recio, con su enorme corpachón embutido en el uniforme de capitán de navío (las charreteras doradas ensanchan la

envergadura de cualquiera, sobre todo a la luz de una chimenea), se abrió paso sin dificultad entre la turba, en dirección a la oficina del inspector de la Armada, donde pretendía dejar una nota si no encontraba presente a ninguno de los oficiales. Sin embargo, al doblar Irish Town, encontró el paso bloqueado por una compacta e imponente masa y por un estruendo tan disonante que incluso su corpachón fue incapaz de abrirse paso, y al cabo también fue incapaz de retroceder. Por lo visto se libraba una pelea entre marineros del *Canopus* y de la *Malta*, o al menos eso pudo distinguir, mientras que a mano derecha un decidido grupo de marineros irrumpía en una bodega defendida por guardias armados e igualmente decididos. Entretanto, observó que a lo lejos los marineros habían tomado al asalto un burdel, y que quienes lo habitaban hacían lo posible por abandonarlo desnudas, huyendo por el tejado, perseguidas por marineros tanto o más decididos que quienes se enfrentaban a los guardias de la bodega.

Allí de pie, acorralado, incapaz de avanzar o retroceder, tosiendo a causa del humo que desprendían las diversas hogueras, reflexionó en su convicción de que marineros y soldados pertenecían a especies distintas. «Quizás lo sean -pensó-. Aunque el hecho de beber en grandes cantidades pueda reducir las diferencias a un estado menos evidente.»

En aquel momento, sonaron a su derecha los ensordecedores trompetazos que se abrieron paso hasta los aullidos y los gritos que se producían en mitad de la muchedumbre. Al cabo de unos minutos, un destacamento compuesto por disciplinados soldados que marchaban con la bayoneta calada, asomó a paso ligero procedente de tres calles distintas; despejaron el lugar con una eficacia y una celeridad encomiables. La policía siguió a los soldados para arrestar a los malhechores más destacados, a quienes arrastraron maniatados hasta un carro tirado por mulas, utilizado para transportar abono.

Jack recorrió la silenciosa plaza sin dejar de saludar a cuantos soldados encontró a su paso. Una bendita tranquilidad parecía haberse adueñado de Gibraltar (aunque aún se veía el fuego de distantes hogueras, y todavía podía oírse lo que probablemente obedecía al también lejano estruendo de una multitud rabiosa), casi perfecta cuando los porteros y los empleados jóvenes de la oficina del inspector de la Armada le informaron de que ninguno de los oficiales de mayor responsabilidad habían puesto un pie en el edificio durante las pasadas tres horas. También del hospital se había

adueñado la tranquilidad; allí Jack pudo sentarse en un banco, y tomar una mezcla fría de vino y zumos de naranja y limón a través de una pajita, mientras veía a Arturo brillar con mayor claridad a cada minuto que pasaba.

–Oh, Jack, confío que no habrás tenido que esperar mucho -dijo Stephen al aparecer de pronto-. Esas zorras ni siquiera me dijeron que estabas aquí, y yo ahí dentro, charlando con todos. Querido amigo, te veo muy bajo de ánimos.

–Sí, así es. Fue una comida estupenda, a la cual no faltó el bueno del señor Wright. Por cierto que debemos recogerlo esta tarde para que cene con nosotros. El coronel Roche, uno de los edecanes de Wellington, nos relató la batalla. Ah, me hubiera encantado que lo escucharas. Sin embargo, al volver caminando, me crucé con un grupo de marineros de la *Surprise*, y te diré algo, Stephen: La dotación de la *Surprise* ya no existe como tal. Me temo que la llegada de los reemplazos y, sobre todo, el inoportuno y excesivo dinero del botín, la han arruinado. Querría que no nos hubieran privado de nuestros infantes de Marina. – Guardó silencio y, al cabo, dijo: Había pensado entrevistarme con los oficiales, y preguntarles con cuántos miembros de cada división podrían contar. Se me había ocurrido reunir a la gente y pedir a quienes desearan seguir a bordo que se colocaran junto al pasamanos de estribor, y los demás a babor. Vamos, que había pensado en un sinnúmero de cosas, pero la posición en las leyes civiles o navales en lo que a la *Surprise* concierne, así como mis poderes a bordo de dicha embarcación, son confusos, y nada puedo hacer antes de hablar mañana por la mañana con lord Keith.

–Será lo mejor -dijo Stephen al ver que Jack no tenía intención de seguir hablando-. No conviene jugar con las leyes. Me encantará disfrutar de la compañía del señor Wright. Creo haberte oído decir que tenemos que recogerlo en la fonda George.

–Así es. Ordenaré a Killick y a Grimble que lo protejan de la brigada de leva forzosa.

Llegados a la fonda, encontraron atónito al servicio.

–Es usted el doctor, ¿verdad, señor? – preguntó la señora Webber. Stephen asintió-. En tal caso, le ruego que suba a verlo. El pobre anciano caballero fue golpeado y robado por tres marineros borrachos ante la puerta de nuestra propia casa. Webber amenazó a uno con un pistolón, pero el

arma no disparó. Aun así, nuestros mozos se las apañaron para salvarlo y llevarlo arriba. Por aquí, señor, si es usted tan amable.

* * *

Cuando Stephen regresó al salón, dijo en respuesta a la interrogativa mirada de Jack:

–Algunos rasguños y una contusión en el hombro, pero me alegra decir que no tiene nada roto. Sin embargo, para un hombre de tan avanzada edad, la perturbación emocional, espiritual, constituye casi el equivalente a una fractura en el caso de un joven. Supera los ochenta años, eso seguro (lo nombraron para la Royal Society mucho antes de que tú o yo lleváramos calzones) y los ancianos, cuando no se ensimisman...

Killick se movía inquieto en el umbral, pero al comprobar que el doctor no parecía dispuesto a callar optó por interrumpirle:

–La señora Webber se pregunta si al viejo caballero le apetecería tomar unas gachas, o un ponche caliente -dijo lenta y difusamente, hasta comprender que su forma de hablar no era propia del dispensero de un capitán de navío, momento en que no fue su voz lo único que enderezó; después, en cuanto hubo recibido y entendido la respuesta de Stephen, añadió:- En tal caso, diré a Grimble que vaya al Crown y se encargue de que sirvan la cena de ustedes para dentro de media hora. Yo iré a prepararles los camisones limpios.

Los marineros de la *Surprise*, a duras penas habitable su barco, se habían dispersado por toda la ciudad, la mayoría de los oficiales se alojaban en la fonda Crown, los segundos del piloto y los oficiales de cargo superiores en la *Blue Boar*, mientras que la mayor parte de la dotación de la fragata se alojaba en unos cuarteles que habían caído en desuso, alojamiento pagado con el comercio que hacían con los pertrechos robados de su propia embarcación: «Nada por nada, y muy poco por cuatro peniques», era la frase acuñada por la Junta de Víveres. La entrada a dichos cuarteles era vigilada con cierto boato, lo cual no sucedía con la lavandería y fregaderos, que daban a una sucia callejuela.

No obstante, el Crown, por ser lugar civilizado donde a menudo se había alojado Jack cuando andaba bien de dinero, lugar que proporcionaba tanto a Stephen como a él una sala de estar y un dormitorio por cabeza, no era tan diferente de un barco como pueda pensarse, de modo que resultó de

lo más natural que el capitán Aubrey invitara a dos de sus oficiales a desayunar con él: a Harding, primer teniente, y a Whewell, tercer teniente. Desde las dos de la madrugada, la ciudad había quedado sumida en un silencio sobrenatural, y así seguía. Todos los marineros habían dormido vencidos por el cansancio de un día agotador, y en aquel momento desayunaban haciendo gala de un apetito excelente.

—Discúlpeme de nuevo si le pido que me alcance las salchichas, señor Whewell -dijo Jack, que añadió al coger el plato-: Buenos días, señor Somers. Si gusta.

—Buenos días, señor -dijo azorado el joven-. Lamento tener que molestarles, lamento mucho traerle tan miserables noticias, pero me temo que la mayoría de los hombres ha desertado. — Al apagarse las luces se había asegurado de que todos estaban en sus coyotes, exceptuando quienes tenían permiso en tierra. Había hablado con los segundos del contramaestre y los demás cabos responsables, y había dado las órdenes pertinentes al sargento al mando de los soldados que custodiaban la puerta exterior. Aún quedaban dos decenas de veteranos marineros de la *Surprise* en los cuarteles; estos no hacían más que quejarse de la comida del puerto, pero nada sabían de los planes de fuga de sus compañeros. Nada en absoluto.

—Probablemente hayan cruzado la frontera con España -dijo Jack-. La mayoría de ellos se la ha jugado para lograr pasaje a Inglaterra. Siéntese, señor Somers, y tome al menos una taza de café y una tostada. Enviaré un mensaje al Convento, cuyas gentes seguro tienen noticias de los desertores. Señor Harding, tenga usted la amabilidad de preparar para el mediodía un pase de revista. Ahora, si me disculpan, debo ir a presentar mis respetos al almirante.

El almirante en cuestión no era Barmouth, con quien no congeniaba; tampoco es que Barmouth fuera, en asuntos de este cariz, llenos de ambiguas y extrañas responsabilidades, una fuente de sabiduría. No, Barmouth, no, sería lord Keith, viejo amigo de Jack y persona dotada de una experiencia enorme en la Armada y en sus aspectos administrativos.

Llamó por tanto a la puerta de Keith, y un sirviente inquieto y cabizbajo (a quien también conocía desde hacía tiempo) le condujo a la salita del desayuno, donde encontró a Queenie sentada. Hundía ésta de forma mecánica la cuchara en un bol de gachas.

—Oh, Jack -exclamó-, qué malas noticias hemos recibido de Tullyallan...

Tullyallan era una extensa propiedad escocesa que pertenecía al almirante, una propiedad que apreciaba en grado sumo, y por lo visto el encargado de gestionarla, un hombre dotado de amplios poderes y responsabilidades, había aprovechado la ocasión y se había fugado con una considerable suma de dinero, dejando Tullyallan a merced de las deudas.

—Jamás había visto a Keith tan afectado -dijo Queenie-. Es como si hubiera enfermado de pronto... Ahí está, sentado, escribiendo cartas tan rápido como se lo permite el pulso y la pluma, para romperlas después en mil pedazos. Le diré más tarde que has venido, querido Jack, no te preocupes.

* * *

Acalorado y cansado tras tan decepcionante caminata bajo un sol abrasador muy cercano al cenit, vestido con el uniforme de paño fino que más que una protección parecía una cárcel, volvió Jack sumido en la misma ignorancia respecto a sus poderes y a su situación legal. El capitán Aubrey encontró a Stephen y al doctor Jacob sentados en la terraza del Crown, fumando de una pequeña pipa de agua. Tanto Stephen como Jack estaban acostumbrados a las súbitas apariciones y desapariciones de Jacob. Jack las atribuía al hecho de que se trataba de un naturalista y de un hombre de medicina, pues en una ocasión había sorprendido a Jacob observando un esqueje de beleño, cuyas cualidades le explicó con el mismo vigor y entusiasmo que a menudo había apreciado en Stephen. En definitiva, Jacob era un naturalista que iba y venía a su antojo.

—Cuánto me alegro de verle, doctor Jacob. Confío en que se habrá recuperado usted.

—Totalmente, gracias. Fue una heridita de nada.

—Me alegra oír eso -dijo al sentarse en la escalera sin disimular el cansancio que sentía-. Supongo que el doctor Maturin le habrá puesto al corriente de nuestras desdichas.

—Sí, señor. Y yo le he dicho a dónde han ido.

—Habrán cruzado la frontera, supongo.

—No exactamente, señor. Han cruzado toda la Roca hasta Bahía Catalán, allí los pescadores los embarcaron en tres botes y los llevaron a la costa

española cerca de San Roque, donde desembarcaron. Les ha costado dos onzas y media de plata por cabeza.

—Dígame, se lo ruego, ¿cómo lo ha descubierto?

—Pues preguntando a los pescadores, señor.

—Señor -dijo Harding-, disculpe que les interrumpa, pero la revista que ordenó usted empezará a mediodía, si le acomoda.

—Y me acomoda. Que así sea, señor Harding. Si pasa usted por la barra, pida si es tan amable una jarra de sangría helada con al menos cuatro vasos.

* * *

El pase de revista no fue precisamente una fiesta. Al inevitable primer apellido respondió un denso e incómodo silencio, antes de que se anotara una «D» mayúscula junto al nombre de Anderson; primera letra de la palabra «desertor», para uno de los pocos desertores que Jack había tenido desde que ostentaba el mando. No había pedido las cifras exactas; a juzgar por el tono de voz de sus oficiales, esperaba que fuera mucho peor. La mayoría de los veteranos marineros de la *Surprise* seguían allí, de toda la tripulación los más valiosos, y a cada uno de ellos los saludó por su nombre. «Bueno, Joe, ¿y cómo te va?», «Vaya, Davies, me alegro de verte, pero será mejor que vayas a que te examine la cabeza el doctor.»

Respondieron estos de buena gana, con tal simpatía que sus voces lograron ahogar los silencios de más de un buen marinero, por no mencionar a los del combés y a los miembros de la guardia de popa.

Este extraño y animado pase de revista tuvo lugar a bordo de un barco fondeado, cuyas amuras se encontraban situadas en una posición imposible para permitir a los carpinteros (a unos hipotéticos carpinteros) reparar algunas de las cabezas de tablón. Las agradables palabras de Harding dieron por concluida la ceremonia:

—Señor, el señor Daniel me dice que la *Ringle* acaba de izar su número de identificación.

—Me alegra oír eso -admitió Jack-. Sin duda el señor Reade trae un mensaje para lord Keith. Por favor, infórmele de que en cuanto lo haya entregado me gustaría mucho que comiera conmigo a bordo. Entretanto, vayamos con Astillas a echar un vistazo a la destrozada proa.

Y ahí estaban, de pie, o, más bien, en cuclillas, en la zona de la proa y en un lugar que antes bien podía haberse considerado bajo cubierta. A esas

alturas se habían acostumbrado a la oscuridad. Con la escasa luz que despedía la linterna observaron busardas y bulárcamas, los horribles destrozos sufridos por busardas y bulárcamas, antes de lanzar un suspiro.

—Escuche, Astillas -dijo Jack al carpintero-. Creo que sabe usted perfectamente que en el astillero no moverán un dedo durante mucho, mucho tiempo. ¿Tiene usted algún amigo carpintero en el negocio, que disponga de la madera y la destreza necesaria para permitirnos hacernos a la mar con destino a Funchal, a da Souza?

—Verá, señor -respondió el carpintero-. Conozco una modesta empresa particular, situada bajo Bahía Rosia. El otro día navegué acompañado por el gavillero, que me mostró la estupenda madera que tienen allí. Sin embargo, no se entregan a cualquier tarea, y son muy caros. Y para trabajar aquí, en los astilleros del rey, tendrían que venir de forma subrepticia, y satisfacer más de un bolsillo.

—¿Podría usted hacer una estimación de los costes?

—Me temo que no bajaría de diez guineas diarias, madera aparte.

—De acuerdo, Astillas, prepárelo todo, por favor -pidió Jack-, y prometa a sus amigos un estupendo regalo si logran que podamos hacernos a la mar antes de la luna nueva.

Stephen y él abandonaron el barco y recorrieron el muelle, observando al este la generosa blancura del velamen de la *Ringle*, que orzaba al viento y hacía buen avance. Puesto que se encontraban a solas, Jack dijo:

—Creo haber tomado una decisión. Es muy probable que los amigos de Astillas logren arreglar la embarcación lo suficiente como para que arribemos a Madeira, a un buen astillero, y de ahí a Inglaterra.

—¿A Inglaterra, hermano?

—Sí. En primer lugar al astillero de Seppings, al mejor astillero del reino, donde prácticamente podrán reconstruirla. En segundo lugar, para reunir a la dotación adecuada, una dotación compuesta por auténticos marineros. Nuestra travesía suramericana exigiría de una dotación competente aunque no tuviéramos que bregar con el asunto chileno. La exploración, el levantamiento de los planos de esas costas (ya conoces el tiempo y las corrientes del Cabo de Hornos) requieren de auténticos marineros a bordo del buque que se entregue a tal cometido.

—Qué pena que hayan desertado esos miserables.

—Sí, una pena. Una vez doblado Cabo de Hornos, tanto el contramaestre y sus ayudantes, por no decir nada de mis oficiales y yo mismo, hubiéramos logrado convertir a esos torpes halacabuyas en algo parecido a marineros de verdad. Sin embargo, no creas que los culpo. No teníamos mucho que ofrecerles, excepto mucho trabajo, escaseces y un duro lecho, sin posibilidad de botín y sin permisos. Es cierto que, en cuanto no encuentren trabajo en los mercantes (cosa que sucederá en uno o dos meses), y en cuanto se hayan gastado el dinero (lo cual sucederá mucho, mucho antes) todos ellos desearán contar con un coy en la *Surprise*. En lo que a nosotros concierne, estoy convencido de que conseguiremos suficientes marineros de primera, despedidos de los barcos del rey tras declararse la paz, como para formar una buena tripulación, una dotación combativa. En este momento podemos gobernar la fragata con quienes se han quedado, aunque no seamos suficientes para entablar combate. No te veo muy feliz, amigo mío.

—Son los chilenos quienes me preocupan. Todo esto... Las reparaciones, la demora en Madeira, todo esto nos ha costado mucho tiempo. Los chilenos sienten un gran fervor revolucionario, y ansían obtener resultados inmediatos o casi inmediatos. Me pregunto si nos esperarán.

—No tienen elección. No sucede cada día que el Gobierno pertreche un barco de guerra para cartografiar sus aguas, por no mencionar todo lo demás que se ha decidido hacer en su favor.

—En fin, espero que tengas razón, amigo mío. No olvides que no son ingleses.

—Cierto, y eso, pobres desdichados, juega sin duda en su contra. Pero, a juzgar por lo que he oído, llevan algunos años empeñados en obtener la independencia. Lejos están de parecerme caprichosos o excesivamente entusiastas. Cuando lleguemos a Londres, o a donde quiera que sea, ¿me permitirás hablar con los cabecillas de la misión, con tal de exponer el caso con las sencillas palabras de un marino? Es imposible que no logre convencerlos.

CAPÍTULO 2

Hubiera resultado difícil para cualquier persona, sino imposible, mantener una relación amorosa en una comunidad tan cerrada y pequeña como Gibraltar. Sin embargo, estaba al alcance de todo aquel a quien no importara mezclar la frivolidad con el amor, de hecho se hacía a una escala

bastante sorprendente. Cuando lord Barmouth, cuya amante, mujer de carácter muy violento que odiaba a Isobel, informó al almirante de que su esposa y Jack Aubrey se citaban a diario en un henal, o en la casa de un amigo común, no le sorprendió mucho. Ciertamente que no se lo creyó del todo, dado que el afecto y la familiaridad en el trato no son factores que puedan sorprender si se dan entre quienes han crecido juntos. Sin embargo, no le gustaba que se dijera por ahí, puesto que, en cuanto a los cuernos concernía, el almirante prefería ponerlos a lucirlos, aunque eso último sólo fuera en apariencia. Nadie había puesto en entredicho su valor en combate, pero el conflicto doméstico constituía un campo de batalla al que no estaba acostumbrado. No sólo su propia conducta era inexcusable, sino que, además, Isobel, enfadada, tenía una sobrada capacidad para el verbo que él temía; era también una mujer valiente, y en cuanto su temperamento alcanzaba cierta cota no había forma de hacerla cambiar de opinión y se mostraba imperturbable, como uno de esos perros terrier que antes se dejan matar que soltar la presa. El almirante, a su modo, se sentía muy unido a ella, y deseaba ser correspondido.

Por tanto reflexionó sobre la cuestión. Entre otras cosas que cruzaron por su mente, estaba el hecho de que Aubrey era uno de los pocos protegidos de Keith. Éste, aun apesadumbrado por los problemas que sufría en ese momento, disfrutaba de una considerable influencia y podía muy bien recurrir a los altos cargos. Después de caminar arriba y abajo, envió al astillero a dos hombres discretos. Confirmaron su impresión de que casi todos los marineros de la *Surprise* presentes participaban de forma activa en las labores de calafateado, pintado y enjarcado de las embarcaciones auxiliares; y de que la fragata en sí seguía sin estar en condiciones, a pesar de la dedicación de su capitán, del carpintero, y de sus ayudantes y auxiliares.

Se puso una raída capa sobre el uniforme, y se dirigió al astillero, pasando junto a todos los barcos que aguardaban reparaciones, hasta saltar del muelle a la cubierta de la *Surprise*. Más de uno siguió boquiabierto los pasos que dirigieron rápidamente al almirante a proa y bajo cubierta, hasta llegar al estruendoso y atestado lugar donde la fragata había sufrido los daños más graves.

—¡Capitán Aubrey! —llamó a voz en grito, decidido a imponerse al estruendo de los mazos; y en el aterrador silencio que siguió añadió—:

¿Cómo les va?

—Muy bien, señor. Gracias. Algunos de los antiguos compañeros de rancho de mi carpintero, y también unos amigos, nos están echando una mano. Si me permite hacerme con esta linterna, milord, le ruego que mire estas busardas. Creo que coincidirá conmigo en que esos hombres están haciendo un gran trabajo.

—Un gran trabajo, sí señor -admitió lord Barmouth, que apreciaba la obra con los ojos entrecerrados y mirada experta-. Un gran, gran trabajo como sólo se ve uno entre cien. Les dejaremos trabajar, mientras damos un paseo por el muelle.

En el muelle, el desierto muelle, Barmouth habló sin tapujos.

—Me alegra ver que progresan las reparaciones, primo Jack. Existe cierta inquietud en Whitehall respecto al destino de su viaje, y creo que debería mostrarme más flexible en cuanto a la preferencia de las reparaciones, y adelantar el turno de la *Surprise* más de lo que tenía previsto en un principio. En cuanto considere usted seguro largar amarras, envergaremos el palo trinquete y la obencadura, y le pondremos en rumbo cargado de pertrechos, sin olvidar munición, pólvora y bala, todo ello en abundancia. — Es usted muy amable, milord -dijo Jack con la cabeza gacha y un tremendo esfuerzo por apartar el menor atisbo de suspicacia en su tono de voz y expresión, cosa que logró con cierto éxito-. Ansío hacerme a la mar.

* * *

—Ansío hacerme a la mar, le dije, Stephen. Pero te aseguro una cosa: no sabes cuánto me costó pronunciar esas palabras. Estaba confundido, mudo, sorprendido por el extraño y repentino cambio operado en sus planes. Sin embargo, de pronto, se me ocurrió pensar que quizás podía ser cosa tuya, que podías haber recurrido a esos... ¿Cómo llamarlos? ¿Contactos?

—De ninguna manera, querido -dijo Stephen, observándole con sincero afecto, y, en su fuero interno, pensó: «¿Acaso no se te ha ocurrido pensar que las libertades que te has tomado con la esposa del caballero, esos paseos al atardecer, el baño que os disteis a la luz de la luna, por muy inocentes que sean, no han pasado desapercibidos para los lujuriosos habitantes de esta población que disfruta de la paz? ¿Que las buenas nuevas no habrán pasado de boca en boca?» Ya en voz alta, dijo-: Aunque debo

confesar que ahora que el halcón peregrino ha roto la cascara, también yo ansío echar a volar. ¿Pondremos rumbo directo a Sierra Leona?

—Oh, por Dios, no, Stephen. Estas reparaciones no nos alcanzarán más que para arribar al astillero de Madeira, un astillero profesional donde recibiremos toda la atención del mundo, y cuyas reparaciones permitirán a la fragata afrontar las latitudes del sur y los grandes hielos. No habrás olvidado lo cerca que estuvimos de irnos al fondo al sur del Cabo de Hornos, lo cerca que estuvimos de embarrancar, nosotros y ese condenado barco norteamericano. Vamos a Madeira a someternos a concienzudas reparaciones, y quizás allí podremos hacernos con una dotación como Dios manda. En este momento, apenas podemos gobernar el barco, y, para gobernarlo en los más duros parajes del lejano Atlántico sur, necesitamos de otros cuarenta marineros de primera. No creo que tengamos problemas para encontrarlos en Funchal.

—Vaya -dijo Stephen.

—Temo haberte decepcionado.

—A decir verdad, esperaba que pudiéramos puntear la costa de Guinea, rumbo a Sierra Leona, en cuanto restañaran esas temibles vías y remplazaran el trinquete. Vamos, que imaginaba que bordearíamos directamente.

—Querido Stephen, ya te hablé de lo necesaria que era esta escala; en más de una ocasión te he advertido de que nada, absolutamente nada en la Armada, se hace directamente. — Hizo una pausa—. Dime, por favor, ¿dónde has aprendido la expresión «puntear»?

—¿Acaso no se trata de una expresión náutica?

—Estoy seguro de que así es, sólo que no recuerdo haberla oído nunca.

—Creo que significa el avance hecho en zigzag, con viento no de popa, ni siquiera de través, sino de proa o casi de proa, de tal modo que el barco avanza punteando a su objetivo. Aunque seguro que me equivoco, sin duda he empleado la expresión equivocada.

—No, no. Te entiendo perfectamente; es una excelente expresión. Por favor, no te desanimes, Stephen.

—De ninguna manera, querido amigo.

Sin embargo, al regresar a su habitación, donde le aguardaba la carta que debía terminar, escribió:

Ésta es la tercera vez que hago un añadido tanto a esta larga carta, desde el momento en que le agradecí el extraordinario detalle que tuvo al enviar el esqueleto de mi querido poto (esqueleto magníficamente preparado) a la Royal Society, como a las demás misivas, en las que celebraba la decisión que había tomado usted de permanecer en Sierra Leona hasta que estuviera más cerca de completar el estudio de las aves de Benin o, al menos, de esa zona estudiada por nuestro ilustre predecesor. Espero de veras que las reciba, pues las he dirigido al actual gobernador. Sin embargo, en lo que a ésta concierne, lamento tener que informarle de que aún tardaremos algo más en llegar a puerto. Quizás no haya prestado la atención necesaria a las explicaciones del capitán Aubrey (a menudo sucede que cuando habla en jerga náutica, tiendo a pensar en otra cosa, por lo cual no retengo los detalles importantes), pero, si bien estaba convencido, o me había convencido a mí mismo, de que al abandonar este puerto pondríamos rumbo a Freetown, y que allí tendría el placer de verla a usted y de escuchar su relato del azor lagartijero somalí recién salido del huevo, ahora descubro que andaba errado. Todo este laborioso martilleo, barullo, incluso la devastación, constituyen un simple preliminar de algo aún peor que tendrá lugar en Funchal, a donde el capitán Aubrey asegura que debemos ir con tal de poner el barco en condiciones para un viaje de naturaleza hidrográfica que emprenderemos al sur, además de recoger a un par de veintenas de marineros que puedan domar el barco en las inclemencias australes.

Y de este modo, querida señora, concluyo este insatisfactorio y breve mensaje, escrito con la esperanza de ampliar la información dentro de una o dos semanas. Entretanto, me tomo la libertad de enviarle este cangrejo hermafrodita, cuyas singularidades seguro que un ojo experto como el de usted podrán apreciar. Al despedirme, le ruego que acepte el más respetuoso de los saludos, de parte de su humilde servidor,

S. MATURIN

Aunque S. Maturin tenía una bolsa de loneta a mano, preparada para la ocasión (la correspondencia marítima no podía confiarse al papel, menos aún la dirigida al Golfo de Benin), no dobló las páginas directamente, sino que las leyó con atención para comprobar que no hubiera expresiones demasiado familiares, a pesar del hecho de que las primeras páginas eran

segundas e incluso terceras versiones, copiadas y vueltas a copiar de páginas ya corregidas.

—Pero bueno, señor -protestó Killick-, ¿aún no ha terminado? Dice Tom Wilden que el mercantón ha izado la bandera azul. No tardará ni una hora en hacerse a la mar, y no crea que tendrá otra oportunidad como ésta en un mes o seis semanas.

—Oh, Dios mío, Dios mío -murmuró Stephen mientras leía rápido, más y más rápido; tenía miedo de decir algo inapropiado, de dar muestras desautorizadas de afecto, lo cual sería impropio de un hombre de su condición. Sin embargo, antes de arriesgarse a perder la oportunidad de enviarlas, las guardó todas en la bolsa de loneta. Lo hizo de prisa y sin haberlas releído como pretendía. Después, lacró la bolsa y procedió a rodearla de un cordel.

El disimulo no era algo precisamente ajeno para Maturin, pues a ese factor debía su existencia. No obstante, lejos estaba de sentirse familiarizado con la continua *suppressio veri*. Christine Wood había permanecido en su memoria, en su mente, en sus recuerdos, desde su primer encuentro en Sierra Leona, y no tanto por su increíble atractivo (era delgada, de piernas largas, casi andrógina), sino por su modestia, la claridad de ideas, y el excepcional conocimiento de que hacía gala, un conocimiento que abarcaba diversas áreas que a él le complacían.

Stephen era una persona discreta; sin embargo, a pesar de que su discreción parecía más bien frialdad, poseía fuertes, incluso muy fuertes impulsos masculinos, y el recuerdo de Christine nadando desnuda e inocente en un arroyo africano de aguas cristalinas para atrapar un cuervillo malherido... El modo en que nadaba desnuda bajo la mirada indiferente de la doncella negra, igualmente desnuda, había vuelto a menudo a su atormentada mente, impidiéndole a veces conciliar el sueño. Y más que su desnudez griega o africana, su piel desnuda después de nadar, piel carente de misterios para un anatomista, Stephen recordaba la leve pero perceptible presión de su mano cuando finalmente se despidieron años atrás, y eso era lo que le reconcomía en ese momento en el lecho de la fonda Crown, cuando no ensayaba pasajes de aquella interminable carta, cuya escritura podía incluir más de un desliz. Justo antes de irse a dormir, la misma parte de la conciencia encargada de leer y releer párrafo a párrafo la correspondencia llamó su atención para preguntarle qué cualidad tenían en

común todas aquellas mujeres por las cuales, siendo adulto, había sentido un intenso cariño. «¿Un intenso y amoroso cariño?» «Por supuesto, zoquete.»

«En todos los casos -dijo tras meditarlo-, todas ellas se han comportado bien. Todas ellas, sin pecar de afectación alguna, han dado pasos de gigante para una mujer, han caminado paso a paso en la misma línea que su compañero, con una elegancia no exenta de una total naturalidad.»

Todo este cúmulo de recuerdos había supuesto una labor de lo más agotadora, y la contemplación de sus apresuradas y sólo en parte repasadas cartas, cuya redacción casi seguro resultaba voluble, cartas que en aquel momento se deslizaban por la mar con viento favorable, había exprimido su agotado espíritu de tal modo que por primera vez en mucho tiempo recurrió a su viejo y controvertido amigo el láudano, la tintura de opio, y se sumió en un sueño, culpable durante las primeras brazas y, después, puro como el bálsamo.

—Oh, vamos, señor -dijo el pequeño Wells, cuya voz de adolescente pareció encumbrarse por la indignación-. Se lo perderá usted todo, ahí roncando...

Stephen pestañeó ante el brillante sol mientras el muchacho le animaba a ponerse en pie, a acercarse a la ventana que estaba situada a la izquierda de todo, desde la cual se divisaba buena parte del astillero.

—Ahí, señor, ¿lo ve?

Sí, pues claro que lo veía: La *Surprise* seguía meciéndose tras caer de popa con fuerza, pero cada vez estaba más adrizada, a excepción del feo agujero del cual la machina de arbolar había arrancado el trinquete. Wells rememoró lo sucedido, con toda suerte de detalles.

—Y si se inclina usted un poco hacia aquí, señor, podrá ver recular a la machina flotante, igual que los cangrejos, hacia su... Uy, qué rápido marcha... Vaya.

Y por la calma superficie del agua, en la distancia, llegó con claridad el vozarrón de Harding:

—¡Silencio ahí. Silencio de proa a popa! — Voz de mando dicha con apremio, que, gracias al hábito establecido, impuso un instantáneo y considerable silencio, en el cual pudo oír los pasos de Jack.

—Justo a tiempo -exclamó-. Ahí, Stephen, ¿lo ves? La machina eleva el palo macho, lo desplaza; lo hacen firme, lo bajan, con brío, con alma ahora.

Harding, dé la voz, ¡arbolado! – El resto de las operaciones siguió el curso habitual: obencadura, estayes, cofa y, después, el propio mastelero-. Ahí - señaló Jack-. Qué magnífica precisión. Estoy seguro de que hubieras lamentado perderte un sólo instante.

–Por supuesto, por supuesto -dijo Stephen.

–Y seguro que el señor Wells te habrá explicado lo poco que ignorabas del proceso.

–Con perfecta claridad. Sus explicaciones han resultado muy satisfactorias.

–Muy bien, excelente. En fin, en marcha, señor Wells, y dígame al señor Harding que el doctor lo ha presenciado todo, y que le ha satisfecho muchísimo. Te diré de qué se trata, Stephen -continuó cuando los pasos del muchacho se perdieron escaleras abajo, como si de un centenar de ladrillos se tratara-: El almirante ha cambiado de rumbo para mi sorpresa. Ciento ochenta grados, ni más ni menos. En este momento, nos empuja fuera de puerto como si tuviéramos la plaga. Como lo oyes: En este preciso instante, trabajan a destajo en el almacén de municiones y, sin duda, en cuanto se enfríen los fogones, se nos amadrinará el buque de la pólvora. Ha pretextado cierta inquietud en Inglaterra por nuestra demora en llegar a Chile.

–Confío en que no te regañara. Después de todo, no puede decirse que hayamos desperdiciado el tiempo en nimiedades ni juergas.

–No. No creo que fuera más allá de la impaciencia oficial de turno. A menudo se da por supuesto que los barcos de su majestad son capaces de encontrarse en dos lugares a la vez, por mucha que sea la diferencia de longitud. Mira, ahí parte un alijador lleno de bala rasa. ¡Qué alegría!

A lo largo del día siguieron llegando los pertrechos y las municiones, de modo que la escasa dotación acabó, si no agotada, sí al menos sobria como una roca. La camareta de guardiamarinas se vio reforzada por tres jóvenes caballeros: Glover, Shepherd y Store, dos de ellos hijos de antiguos compañeros de rancho de Jack, y el tercero impuesto por lord Barmouth. A pesar de sus excelentes ropas nuevas, el señor Harding les pidió al instante que «echaran una mano ahí, que arrimaran el hombro. ¡Y con alma!, ¿me ha oído usted?»

Pocos minutos después, cuando prácticamente el sol acariciaba África, echaron al mar la falúa de Jack. Contaba la embarcación con un nuevo

timonel llamado Latham, excelente marinero que, no obstante, jamás llegaría a sustituir a Bonden, ni en el afecto del capitán, ni en el de los compañeros, ni, de hecho, en el suyo propio.

—Aunque no sea un buen momento, debo presentar mis respetos a lord Keith -dijo Jack en voz baja.

—Si me permites acompañarte, también tengo un mensaje que entregar en la ciudad -murmuró Stephen. El mensaje era una críptica nota dirigida al doctor Jacob, en la cual rogaba que le enviara cualquier cosa que hubiera podido averiguar acerca de la presencia o ausencia de chilenos, y en si una u otra tenían alguna importancia, además de invitarlo a reunirse con él en Funchal.

La dejó en el discreto y espacioso pecho de una mujer de la casa, y ya paseaba de vuelta por la orilla cuando oyó que le llamaban por su nombre.

—¡Doctor Maturin! — Al volverse, vio a lady Barmouth, acompañada por el señor Wright y seguida por una doncella.

—Qué conveniente resulta este encuentro -dijo el señor Wright, una vez realizados los saludos de rigor-. Con su permiso, lady Barmouth, la dejo en manos del doctor Maturin, pues debo apresurarme a ver al inspector. — Dicho esto se alejó de forma literalmente apresurada, perdiendo el pañuelo del bolsillo.

—Dios santo, qué fiera es para su edad -comentó Isobel-. ¡Pepita! — exclamó en castellano-, el caballero ha perdido el pañuelo. Recógelo y alcánzale, por el amor de Dios. Querido doctor Maturin, cuánto me alegra verle. ¿Podría acompañarme a tomar un sorbete en la Bomba, ese local de ahí? Me muero de sed.

—También yo me alegro de verla, lady Barmouth -dijo Stephen, que le ofreció su brazo-, precisamente pensaba en usted.

—Qué galante. ¿En relación a qué asunto, si me permite la curiosidad?

—Me preguntaba si el hecho de que nos conozcamos desde hace poco tiempo me impediría despedirme, y si dicha despedida se consideraría un acto de presunción por mi parte.

—Jamás le consideraríamos presuntuoso, querido doctor. Pero, en el nombre del cielo, ¿por qué está pensando en abandonarnos? Creía que disfrutaríamos del placer de su compañía durante más tiempo.

—Ay, por lo visto partiremos al anochecer, si el viento no decepciona las expectativas del capitán Aubrey. Éste ha ido a despedirse de los Keith, y

estoy seguro de que habrá hecho lo propio en el cuartel general.

—Cuando yo no estaba en casa. — Lady Barmouth reflexionó y dijo: Lamentaría mucho no poder despedirme de él. Jack Aubrey y yo somos viejos amigos. Quizás lo vea cuando vuelva. Vamos, Pepita. Querido doctor Maturin, muchísimas gracias por este delicioso sorbete. Por favor, no se levante.

Pero se levantó, aunque sólo fuera un poco al alejarse Isobel, seguida por su doncella, con el grácil paso que la caracterizaba.

* * *

El mismo e idéntico paso que reconoció aquella noche, cuando finalmente se entabló el viento y la *Surprise*, mareados velacho y gavia mayor, se deslizó junto al muelle mientras sus fanales iluminaron débilmente las encapuchadas figuras que había en él. Una de ellas se despedía de la embarcación saludándola con la mano, escena tan corriente en el muelle de las despedidas que no despertaría la atención de ninguno de los ensimismados, dispersos e inmóviles pescadores.

* * *

A lo largo de los siguientes días pudieron disfrutar de una excelente navegación gracias al viento cálido y moderado, cuya única falla era que variaba del oesnoroeste al nornoroeste, de modo que a veces navegaban de bolina y otras a un descuartelar, siempre, eso sí, con un espléndido surtido de lona a proa. Dulce navegación de no haber tenido tanta prisa. No obstante, el trabajo más o menos clandestino efectuado en la proa de la fragata no le había devuelto las cualidades bolineadoras que la caracterizaban (reseñables hasta aquel condenado abordaje), y una y otra vez sucedía que la *Ringle*, embarcación que en cualquier caso contaba con aparejo de goleta, tenía que aventar escotas o, incluso, cargar una vela para no andar más que la fragata con la que navegaba en conserva; maniobras discretas, pero que no pasaban desapercibidas. A los marineros de la *Surprise* no les hacían ninguna gracia. Pese a todos estos inconvenientes y la lentitud, fue un período feliz, una especie de regreso al hogar y recuperación de lo que incluso para Maturin era una vida buena y natural, dotada de una inmutable regularidad que no se veía afectada por el tiempo, el constante aunque no muy apetecible alimento, y la relación con hombres que, si bien no constituían una compañía brillante, eran todos ellos buenos

marinos profesionales, personas mucho más agradables que los que uno podía encontrar en un grupo de igual tamaño formado al azar.

A pesar de todas las desventajas de vivir en un lugar pequeño, de la falta de intimidad, y de la desesperante ausencia de correo, por no mencionar los libros, periódicos y publicaciones, aquélla constituyó una vuelta al orden, al incuestionable orden tan ausente de la vida, sobre todo de la vida en tierra. En muy poco tiempo hubieran podido regresar al orden monástico propio del mar, monástico de no ser por la alarmante insistencia de la sífilis y sus tristes variedades que mantenían tan ocupado a Stephen, y, en cierto modo, también a Poll, su asistenta.

Qué rápido volvió a imponerse el viejo modo de vida, regido por las campanadas y los pitidos del contramaestre, el lampaceo de las cubiertas, las guardias, las luces de la costa, las voces de los centinelas y todo lo demás. Este «todo lo demás» incluía un apetito excelente, sobre todo entre los jóvenes, quienes, invitados a la mesa del desayuno del capitán (lo cual sucedía a menudo cuando estos desempeñaban la responsabilidad de la guardia de alba), engullían cuatro huevos sin pestañear, para después apurar los restos del plato de bacón. Buen apetito, junto al ansia de un cambio de dieta y, sobre todo entre los marineros más veteranos, el temor a quedarse sin pertrechos, de tal modo que cuando apenas se habían hundido las colinas situadas tras Rabat, vitorearon al vigía cuando éste saludó al alcázar con la noticia de que había avistado unos atuneros que discurrían a lo largo de la costa marroquí. Cuando el capitán ordenó poner rumbo a los pesqueros, incluso los marineros más canosos del castillo de proa se pusieron a hacer cabriolas, locos como cabras de alegría.

Se izó a bordo de la *Surprise* un espléndido ejemplar que aún forcejeaba. Lo cortaron en el castillo de proa, y después transportaron en cubas los enormes trozos a la cocina; limpiaron la sangre de cubierta y, enseguida, lampacearon su superficie con piedra arenisca hasta secarla, todo ello antes de engullir más atún de lo necesario. Pero había mucho, mucho atún, tanto que, tras rolar el viento al norte a la noche del día siguiente, aún quedó bastante para cenar, y así lo hicieron los oficiales, marineros, pajes y las pocas mujeres que se permitían a bordo, como por ejemplo Poll Skeeping y Maggie Tyler (cuñada del contramaestre). Lo cenaron con auténtico deleite y con la escasa cerveza gibraltareña que quedaba a bordo, y fue entonces cuando oyeron la voz del hambriento vigía del tope:

—¡Cubierta, cubierta! Tierra por la amura de estribor. Se ve algo... rojiza -añadió para sí.

—Esa debe de ser nuestra recalada. Qué precisión -dijo Jack, consultando muy satisfecho la hora en su reloj.

Breve satisfacción la suya: al dejar a medias el ágape – y servir el café en cubierta, encontraron allí a toda la cámara de oficiales y a la mayoría de los integrantes de la camareta de guardiamarinas. Al ver a su capitán, los oficiales se volvieron con mirada culpable a popa, y se dirigieron a proa caminando junto al pasamanos de estribor. Sólo Harding, por ser el oficial de guardia, se quedó.

—Tal vez no sea tan malo como parece, señor -dijo.

Lo cierto es que parecía malo, muy malo. Esa especie de fulgor rojizo se había convertido en una extensa hoguera que devoraba la parte de la población donde se construían los barcos, incluido el famoso astillero de Coelho.

Un enorme incendio de gigantescas llamaradas que ascendían al cielo, y que incluso se distanciaban entre sí para ascender y crepitar en solitario.

La marea menguante y el viento mantuvieron a la fragata frente a la costa hasta las primeras luces del alba; para entonces, cedió el incendio. El viento refrescó un poco en la orilla, y los de la *Surprise* dispusieron lo necesario, incluidas bombas y mangueras. Sin embargo, los lugareños tenían la situación bajo control, y no había nada que los extranjeros pudieran hacer por ayudar, a excepción de quitarse de en medio hasta que el lugar recuperase la normalidad; eso, claro está, si lo lograba. Apenas había un sólo hombre a bordo de la *Surprise* que no hubiera visto alguna vez un astillero o un muelle devorados por las llamas, junto a la madera, las velerías y todas las embarcaciones que había en construcción. Aquello, no obstante, superaba con creces cualquier otro incendio acaecido durante la última campaña en el Adriático o el Egeo.

Después de un silencioso desayuno que todos a bordo habían pasado observando las ruinas ennegrecidas y las embarcaciones quemadas hasta la línea de flotación, mientras el humo negro lo cubría todo, se acercaron al buen tenedero donde por lo general solían cruzar unas palabras con la embarcación del práctico antes de saludar de la forma apropiada al castillo, a fuerza de andanadas.

Las banderas ondeaban en lo alto del castillo, y la bandera inglesa aún lo hacía junto a la portuguesa, como Jack pudo apreciar. Sin embargo, los artilleros del castillo, probablemente exhaustos tras las labores de extinción, no pudieron responder al saludo hasta transcurridos cinco minutos. Durante ese tiempo, un bote pequeño, sucio y extraoficial partió del muelle rumbo a la fragata. Un joven muy delgado, vestido con lo que a duras penas podía considerarse un uniforme de Marina, subió por el costado y, descubriéndose ante el capitán Aubrey, dijo con voz agitada y extraordinariamente nerviosa:

—Wantage, señor, regreso a bordo, con su permiso.

—Señor Wantage -dijo Jack, mirándole fijamente a los ojos, que en parte le parecieron los mismos, y, en parte también, diferentes-. Junto a su nombre figura anotada una «D». — El joven segundo del piloto no había respondido a las señales de la *Surprise* cuando abandonó Madeira tiempo atrás, de modo que habían partido de Funchal sin él a bordo. Se decía entre sus compañeros que sentía mucho afecto por una pastorcilla que vivía en las colinas, y su ausencia se atribuyó a esta relación.

—Sí, señor, pero no fue culpa mía. Unos hombres me llevaron a las montañas y me encerraron. Cada domingo iban a golpearme, lo hacían por turnos, hasta que un monje aseguró que eso no estaba bien. Fueron muy crueles conmigo, señor. Me la cortaron.

Lo cierto es que se le veía muy desmejorado, y también muy, muy incómodo. La mayoría de los marineros que viajaban a bordo tenían cierto conocimiento del lugar, y algunos sabían de las prácticas de los pastores, de modo que eran perfectamente conscientes de a qué se refería.

—Avisen al señor Daniel -ordenó Jack, que añadió al cabo de unos instantes-: Señor Daniel, aquí tiene a un colega de usted, de nombre Algernon Wantage, segundo del piloto, retenido en las montañas cuando se requirió al barco en Gibraltar; Wantage acaba de regresar a bordo. Llévelo bajo cubierta, presénteles a los nuevos miembros de la cámara de oficiales, haga hincapié en su antigüedad, y procure que se sienta tan cómodo como se lo permita el poco espacio de que disponemos.

—A la orden, señor -dijo uno.

—Gracias, señor -dijo el otro.

—Y ahora que lo pienso, señor Wantage -dijo cuando ambos oficiales se hubieron alejado unos pasos-, creo que estibamos su baúl y demás pertenencias. Jason, procure que alguno de los cabos se encargue de

buscarlo todo. Señor Harding, en cuanto presente mis respetos a su excelencia, creo que deberíamos conversar con el capitán del puerto. Doctor, ¿tendrías la amabilidad de servirnos de intérprete, como has hecho ya en anteriores ocasiones?

Stephen inclinó la cabeza; sin embargo, cuando se hubieron vestido para la ocasión, dijo:

—¿Seguro que quieres que te sirva de intérprete? Ya te he dicho que no hablo portugués, y aún lo entiendo menos cuando los demás lo hacen. No hay quien entienda el portugués hablado, a menos que uno haya nacido aquí o le hayan educado para comprender esa extraña, confusa y oscura parla mascullada desde la más tierna infancia, desde antes de perder los primeros dientes. Cualquiera con un poco de latín, incluso un español o un catalán, podría leerlo sin serias dificultades, pero comprender las expresiones coloquiales, la versión rápida, bisbiseada...

No obstante, el capitán del puerto dominaba la lengua franca hablada en buena parte del Mediterráneo e incluso más allá, al igual que el catalán antiguo, vigente en la parte de Cerdeña donde había nacido su madre, de modo que poco tardó en acabar con todas las esperanzas que albergaba Jack Aubrey. Habló con gran locuacidad, ora en una lengua, ora en otra, y cada nueva versión arrojaba una luz menos halagüeña sobre la anterior. Se dirigió todo el rato a Stephen, pero al mismo tiempo observó a Jack con una preocupación y un asombro sinceros.

—¿Acaso no ha visto el capitán que el astillero de Coelho, orgullo de Funchal, de Madeira, del mundo occidental, ha quedado completamente destruido? ¿Ignora que no hay otro astillero en toda la isla que pueda compararse? ¿Que ni siquiera el de Canteiro podría acomodar una embarcación por encima de las ciento veinte toneladas? — El capitán del puerto sacudió entristecido la cabeza. Pidió que sirvieran vino de Madeira del famoso año de 1775, y después de que todos apuraran un par de copas, preguntó con voz suave al doctor Maturin, aunque sin apartar la mirada de Jack, que dónde había estado el caballero en su juventud, así como durante los años transcurridos desde entonces, para ignorar que en esa época del año no había forma de enrolar a un sólo marinero en Madeira que conservara las dos manos y las dos piernas. Las flotas con destino a ambas Indias, las occidentales y las orientales, se habían adelantado un poco a la fecha habitual por culpa de Nostradamus. Todo aquel que no se había enrolado en

sus barcos hacía la pesca del bacalao en los Bancos, o en los atuneros que costeaban África. Incluso los pocos lisiados que quedaban no podían sentirse atraídos por una travesía de naturaleza hidrográfica al Cabo de Hornos y a sus terribles pasajes, sin ninguna oportunidad de obtener dinero de algún botín.

Ahí Stephen hizo lo posible, con discreción, para dar a entender que, en según qué circunstancias, no estaba totalmente descartada la posibilidad de capturar otros barcos.

—Después de todo, siempre ha habido piratas más allá del Estrecho de Magallanes (o, al menos, a menudo ha sucedido así), piratas que constituyen una presa de ley.

—Oh, por supuesto -replicó el capitán del puerto-. Presas en la costa más lejana del mundo. Más allá del Estrecho de Magallanes. Claro que, mi querido señor -añadió triunfal-, recordará usted lo que le sucedió al propio Magallanes.

—Así es -dijo Stephen-, y no sabe como lamento la prematura muerte de ese gran hombre. Veo que tendré que desilusionar a mi superior. Permítame darle a usted las gracias por tan diáfano informe de la situación, así como rogarle que acepte este par de medias inglesas de estambre.

* * *

—En fin -dijo Jack mientras paseaban por la parte de la ciudad que se había salvado del incendio; a mano izquierda, encontraron algunas calles muy quemadas, nada que pudiera considerarse ruinoso-, supongo que no hay nada que hacer. Hemos tenido muy mala suerte al llegar justo cuando las flotas de Indias se habían marchado. ¿Quién diantre es ese Nostradamus?

—Oh, una especie de profeta, como nuestro viejo Moore, aunque no tan sabio. ¿Puedo preguntarte si has decidido qué haremos a continuación?

—Claro que sí, y no tengo dudas al respecto. Hubiera querido obtener busardas y bulárcamas nuevas, aquí mismo, en el astillero de Coelho, además de reforzar la ligazón del buque. Sin embargo, estoy convencido de que la *Surprise* nos llevará al astillero de Seppings, donde se podrán emprender las reparaciones que nos permitan afrontar el Cabo de Hornos sin miedo, al menos sin necesidad de soportar tanto miedo como para

quedar paralizados. Y eso, después de todo, es lo que he querido desde un principio.

–Querido mío -dijo al cabo Stephen, titubeando-, ¿has pensado en la posibilidad de recalar en Portugal y en algún puerto español de la costa Atlántica? Ambas naciones disfrutan de puertos de gran fama, y de carpinteros de ribera capaces de botar barcos tan magníficos como el *Santa Ana*, que tanto admiró Nelson en vida.

–Sí -respondió Jack-, Harding y yo dimos vueltas al asunto mucho antes de decidirnos a poner rumbo a Funchal. En aquel momento el viento hubiera servido a ambos propósitos, mientras que ahora sopla del este. Sin embargo, estoy convencido de que Funchal hubiera sido perfecto, de no ser por ese condenado incendio. Es cierto que los españoles pueden construir excelentes y robustos navíos de línea de primera clase, pero no tienen la misma habilidad en lo que a las fragatas se refiere, y de cualquier modo no creo que una embarcación hidrográfica inglesa fuera bien acogida en un astillero español, ni tampoco que atendieran las reparaciones en un plazo de tiempo razonable. En lo que a la dotación respecta, no me importaría disponer de unos cuantos españoles, pero ha habido mala sangre durante mucho tiempo. Los portugueses, no obstante, y por lo que me dicta la experiencia, son tan buenos marineros como los españoles, y son más dóciles, menos proclives a dejarse llevar por la cólera... Más blandengues, si entiendes a qué me refiero. Funchal tenía por costumbre atender embarcaciones de arqueo medio destinadas a navegar por el océano, embarcaciones como la *Surprise*, lo cual no puede decirse de Vigo, ni del Groyne. No. Lo que tengo pensado es lo que más nos conviene, y consiste en permanecer aquí unos días mientras Astillas, que conoce bien la ciudad, procura buscar excelente madera en los almacenes de las afueras, y, a poder ser, reclutar también algunos carpinteros de ribera. En este momento, habrá muchos, muchos sin empleo, pobres diablos. Los pondremos a trabajar en las amuras. Después, rumbo al astillero de Seppings, donde aguardaremos mientras hacen un repaso de quilla a perilla, intentaremos conseguir una dotación al completo de marineros del oeste de Inglaterra, y, por supuesto, a disfrutar de... -Hubiera añadido «Inglaterra, hogar, dulce hogar», de no haber sido por el temor de lo que pudieran remover aquellas palabras en la mente de Stephen, en las heridas que pudieran causarle, pues la expresión de su rostro distaba mucho de poder considerarse feliz.

De hecho, la expresión sombría estaba causada por su conocimiento de la extrema impaciencia que sufría cualquier grupo revolucionario y por la convicción de que, si no llegaban a un sólido acuerdo con los chilenos que conocía, con quienes se había citado en aquella misma ciudad, un acuerdo con fechas establecidas, procedimientos que seguir e informes de las fuerzas involucradas, y, sobre todo, si su barco pertrechado y armado no hacía acto de presencia con ellos a bordo, estos primeros chilenos perderían la fe, podían dejarse llevar por la impaciencia, u (otra posibilidad) dejarse convencer por otros, impacientes, más entusiastas, con menos conocimientos de los hechos. Todo ello no eran más que corazonadas, corazonadas con una base más amplia que la mayoría, cierto, pero nada podían hacer enfrentadas a la opinión meditada de dos oficiales de marina con la experiencia de Jack y Harding.

Siguieron paseando, sumidos en sus respectivas reflexiones, pasando de largo junto a personas tristes, sucias y cansadas, muchas de las cuales habían pasado la noche en vela, de juerga. Sin embargo, no había lugar para la alegría, de modo que las risotadas tontas que provenían del fondo de la calle se antojaron mucho más ofensivas de lo habitual. Más carcajadas, a las cuales siguió la imitación de una voz en falsete y otra tanda de risotadas. Jack observó al gentío e identificó al imitador, el más robusto, peludo y granujiento de los nuevos guardiamarinas que servían a bordo, de nombre Store, a quien acompañaba un pequeñuelo que lo admiraba, Shepherd. Por respeto al padre, antiguo compañero de rancho, Jack había invitado a Store a comer, y le había sorprendido el grosero y maleducado silencio de que había hecho gala, al menos hasta recordar que el almirante Store (el almirante sir Harry Store, para ser exactos) había pasado la mayor parte de la guerra en los apostaderos de la India y Sudáfrica. Por lo visto, los guardiamarinas seguían a Wantage y al segundo del carpintero, que caminaban unas cincuenta yardas por delante, de quienes se burlaban abiertamente. Jack llamó su atención con el vozarrón de oficial de Marina que le caracterizaba. El joven alto se volvió con la culpabilidad en la mirada, avergonzado, desafiante. Se acercó a Jack con paso inseguro, seguido por el pequeñuelo, y al menos tuvo la suficiente inteligencia como para ponerse firmes y descubrirse.

—¿Quién les dio a ustedes permiso para desembarcar? — preguntó Jack.

—El señor Harding, señor -respondieron al unísono.

—Pues preséntense ante él a paso ligero y díganle que le he ordenado a usted subir al tope de trinquete, y al señor Shepherd al de mesana, donde permanecerán castigados hasta mi regreso.

Wantage se había parado al oír la voz de Jack; al ver que los guardiamarinas echaban a correr hacia el muelle, se acercó al capitán Aubrey.

—¿Qué le trae por aquí, señor Wantage? — preguntó Jack.

—Señor, el carpintero me pidió que acompañara a su ayudante -en este punto, el segundo del carpintero hizo el saludo militar-, para regatear por la madera.

—En tal caso, supongo que habla usted portugués.

—Sí, señor. Mi padre era comerciante de vino aquí en Funchal, y pasé algún tiempo aquí, al cuidado de mi abuela.

—Ah, qué gran logro, qué gran logro. Le llamaré, si me lo permite, cuando el barco necesite de un intérprete. Espero que tenga suerte en el regateo, pero no se encastille por uno o dos dólares, ¿quiere?, el barco es lo primero. Que tenga un buen día.

Seguidamente, respondió al saludo de sus subordinados y, tras una pausa, dijo a Stephen:

—He aquí un ejemplo de lo que hablábamos antes. Puede que Wantage no sea un Newton, un Halley o un Cook (ya sabes cuánto venero a ese gran marino), pero de pequeño pasó un tiempo con su abuela portuguesa, y ahora resulta que habla portugués. ¡Ja, ja, ja! Y pensar que no lo sabía.

—Quizá se deba a que nunca se lo preguntaste -dijo Stephen, algo molesto.

—Por otro lado, quizás él también haya salido perdiendo. Sin sus conocimientos de portugués jamás hubiera puesto los cuernos al pastor. Aunque no tendría que hablar a la ligera de asuntos tan serios... Se lo mencionaré a Harding.

Volvieron a bordo; realizados los saludos de rigor en cubierta, se dirigieron a la cámara, donde Jack solicitó la presencia del primer teniente.

—Señor Harding. Tome asiento, se lo ruego. ¿Le apetece una copa de madeira?

Asintió Harding que, tras dar un primer sorbo, dijo: -Un madeira excelente, señor, excelente. — Lo cierto es que sí es bueno, ¿verdad? Estoy completamente de acuerdo, ¿qué mejor lugar que Funchal para el vino de

Madeira? – Ambos bebieron con gravedad, pensativos, saboreando el licor, y, antes de llenar de nuevo la copa, Jack añadió:- Pero le diré algo, señor Harding, nuestra camareta de guardiamarinas no está a la altura de las circunstancias.

–No, señor. No lo está.

–Les he observado desde que partimos de Gibraltar. Los recién llegados no tienen ni idea de cómo cumplir con su deber. Excepto el pequeñuelo, el que se hace a la mar por primera vez, ninguno de ellos desea aprender la profesión. Sin embargo, lo que realmente me ha irritado es la conducta de Store en tierra. Siguió a ese pobre desdichado de Wantage cacareando como un pollo con la voz de un eunuco afeminado. Por el amor de Dios, ¡el hijo de un caballero comportándose así en público! Le he dicho con toda claridad que si alguna vez vuelve a hacer tal cosa lo ataré a un cañón y le azotaré sin piedad; después lo abandonaré en el primer puerto donde recaemos, sea cuál sea el país al que pertenezca. Creo que se ha calmado por el momento, pero ejerce una influencia indeseable en los críos; puesto que no podemos dejarlo en manos del condestable, creo que deberíamos recurrir al viejo truco de pedirle que cuide de los jóvenes, lo cual deja a Daniel, Salmón, Adams (que probablemente rondan los treinta y tantos), y a Soames, vía libre para enderezar a Store, por no mencionar al pobre Wantage, que pondrá nervioso al desdichado.

–Estoy de acuerdo con usted, señor. ¿No consideraría la posibilidad de desembarcarlo aquí mismo?

–No. Lo estuve pensando, pero su padre y yo fuimos compañeros de rancho. Sin embargo, a la menor reincidencia lo expulsaré del barco. Usted, el contramaestre y los segundos del contramaestre deben mantenerlo muy ocupado. Ni siquiera se las apaña con el ballestrinque. Y si se atreve a tomarla con un marinero ya sea con los puños, los pies o una cabilla, que suba directamente al tope. Sea como sea, si al recalar en Inglaterra llevamos a cabo los cambios previstos en la tripulación tras las reparaciones, dudo mucho que lo invite a seguir a bordo.

* * *

–Stephen -dijo mucho después, cuando ambos hubieron terminado una aburrida partida de cartas, partida aburridísima desde la primera mano, en la que sólo habían ganado y perdido cuatro peniques, sentados ambos con una

copa de madeira-, rara vez he querido aburrirte con las preocupaciones del mando. Un buen barco es un barco feliz, ya sabes, y ambas cosas vienen a ser lo mismo, puesto que un barco así se gobierna solo en cuanto sus gentes se acostumbran a la rutina, sobre todo si son marineros de buque de guerra.

—Cierto. No resulta difícil observar en acción a tan particular ethos. Lo que más me ha sorprendido siempre es el modo en que difiere de uno a otro barco.

—Ethos no es palabra cristiana, querido amigo.

—Te ruego que me perdones. Hubiera dicho algo parecido a «sentido tribal de la conducta apropiada» de no haber sido porque los oficiales de Marina a menudo emplean la palabra «tribal» para referirse a un grupo de hombres negros o de piel roja a quienes se alude sólo con fines cómicos o pintorescos, excepto en lo que a la esclavitud se refiere. No obstante, puesto que no se le ocurre nada mejor a mi mente enturbiada por el vino, sigamos empleando el tribal, y usémoslo en el noble sentido de los Icenos de Boadicea.

—No tengo nada que objetar.

—Esta naturaleza tribal -continuó Stephen tras inclinar la cabeza-, que por supuesto se vuelve más y más obvia a medida que avanza el tiempo de un servicio largo, puede parecerse a la que uno percibe en los clubes londinenses. Nadie podría confundir a un miembro de Boodle por un habitual de Blacks. No es que se trate necesariamente de algo mejor o peor. El camello bactriano silvestre de dos jorobas es un animal valioso; el árabe tan sólo tiene una, y también es un animal valioso.

—Jamás se me ocurriría discutir tal cosa, aunque preferiría que Blacks no tuviera lo que se conoce por una vertiente *whig*, pero yo me refería a que en tiempos de paz todo se vuelve más difícil. Ni siquiera cabe la posibilidad de distinguirse, y, aunque como capitán tienes la obligación de procurar lo mejor para quienes sirven bajo tu mando, ¿cómo lograrlo? Obtener el mando de un barco ahora que los desarman por doquier es casi imposible, tanto como... -Titubeó, buscando la expresión adecuada.

—¿Cómo hacer de una pulga un elefante?

—Mucho peor, Stephen, mucho peor. Esos tres jóvenes que subieron a bordo hace poco pudieron hacerlo gracias a la influencia de sus padres: dos de ellos fueron compañeros míos de tripulación. A los muchachos, a los jóvenes con padres influyentes, es necesario tratarlos con pinzas, sobre todo

en tiempos de paz. No, no lo digo por mí, Stephen (ya te hablaré de ello el domingo), pero si alguno de mis tenientes, el piloto o cualesquiera de los oficiales de cargo la toma con ellos y se comporta con dureza, te aseguro que podría costarle caro. Ya lo he visto antes. Un miserable renacuajo escribe a su madre: «El señor Cualquiera me tiró de las orejas en la segunda guardia con tanta fuerza que apenas veo por el ojo derecho.» Si Padre Renacuajo vota por el ministerio y conoce a alguien en Whitehall, te aseguro que en tiempos de guerra el señor Cualquiera ya puede ir pensando que tendrá que solicitar destino una y otra vez, hasta el día del Juicio Final.

* * *

Jamás podría haberse descrito a Jack Aubrey como a un entusiasta evangelista, aunque sí poseía una especie de creencias difusas, que a menudo se manifestaban como superstición, a veces en el vozarrón que empleaba para cantar sus salmos favoritos, y, a veces también, en ciertos rituales particulares, tales como abrir los regalos o guardar las buenas noticias para los domingos.

Era domingo, día de descanso para el infernal golpeteo de los mazos y martillos que reparaban los daños de la embarcación. Wantage, que conocía Funchal como la palma de su mano, y que poco a poco se acostumbraba a los modos y costumbres que regían la Armada Real, a toda esa vida que lo envolvía de nuevo, había hablado a Harding de la mejor casa de comidas de la ciudad, y allí era donde el primer teniente servía de anfitrión a Reade, de la *Ringle*, a Wheel, Candish y a Woodbine, de la cámara de oficiales, así como a ambos segundos del piloto: Daniel y el propio Wantage. Había confiado también en poder invitar a Jack y a Stephen, pero su sirviente, que primero sondeó a Killick, había descubierto que el capitán y el doctor habían decidido comer jabalí, asado según la costumbre de Funchal, en las colinas.

—Por favor, dígame al *senhor* que jamás había comido *porco* en la vida - dijo Jack, con un hueso rebañado y blanco en alto. Jack tenía un amplio surtido de manías estúpidas, aunque ninguna irritara más a Stephen que esa supuesta gracia que poseía para intercalar en cada frase una o dos palabras erróneas en el idioma del lugar.

—Oh, cuidado con los calzones, señor -advirtió Killick, que se abalanzó sobre el regazo del capitán con una servilleta, y lo hizo una servilleta

demasiado tarde-. Ahí la tiene, a ver cómo la quitamos ahora.

–No te preocupes -dijo Jack, arrojando el hueso a las brasas-. ¿Qué sucede? – preguntó al nervioso guardiamarina montado a caballo que apareció de pronto por el pequeño valle donde celebraban la comida campestre.

–Con su permiso, señor, el señor Somers pensó que le gustaría saber que acaba de arribar a puerto un paquete procedente de Gibraltar.

–Gracias, señor Wells. Regrese al galope y dígame que estamos a punto de terminar.

Era un paquete, una embarcación dedicada al transporte de correo, cargado de cartas inglesas con fechas de diversa antigüedad, un enorme paquete con listados para el contador, el señor Candish, correo para la cabina, cámara y camarera de guardiamarinas, y dos rollos de loneta sellados con lacre para el doctor Maturin.

–Discúlpame -dijo Stephen, que al alejarse oyó las órdenes dadas con efecto de distribuir el correo a la dotación. Pasó un largo rato antes de que regresara. El primer rollo de loneta contenía unas curiosas plumas de un ave nocturna sin identificar, probablemente emparentada con el chotacabras cuellirojo, además de una nota muy agradable de Sierra Leona, escrita antes de que Christine Wood recibiera su propia carta. El otro rollo de loneta incluía un mensaje escrito en código por Jacob, cifrado que obedecía a un sistema rara vez empleado por Stephen, un sistema en cuyo uso Jacob parecía haber extraviado el sentido, puesto que si bien la primera parte aludía a ciertos chilenos y a los preparativos (realizados, por lo visto, con muestras de nerviosismo), el segundo párrafo, el tercero y el cuarto no tenían ningún significado, eran un sin-sentido a pesar de todas las combinaciones que llegó a aplicar para resolverlo.

El intento de descifrar el código agotó buena parte de su tiempo y ánimo, y, mucho antes de abandonar toda esperanza, a bordo empezó a bullir la actividad, y se impusieron los pasos y las voces por todas partes, aunque estos ruidos pasaron a un segundo plano al leer las cartas. Al entrar en la cabina, encontró a Jack sonriente tras leer la correspondencia que había recibido.

–Ah, ahí estás, Stephen -saludó Jack-. Espero que tus cartas fueran tan agradables como las mías. Disfruté de un anticipo el viernes, y me propuse reservarlo para hoy, y aquí tienes la confirmación -dijo sosteniendo en alto

una hoja-, de modo que no voy a contenerme por más tiempo. ¿Recuerdas a Lawrence, excelente persona donde las haya?

—Por supuesto, creo que jamás olvidaré a ese hombre que tanto honra su profesión. — El señor Lawrence era el abogado que había hecho lo posible por defender a Jack Aubrey cuando lo acusaron de fraude bursátil, una acusación falsa, promovida por quienes se aprovecharon del fraude y del consiguiente juicio presidido por uno de los jueces más parciales y faltos de escrúpulos que jamás hayan ejercido en Inglaterra. Lawrence había trabajado muy duro para salvar a Jack, a quien sabía inocente, y su fracaso le había marcado.

—Así es. Solemos comer juntos cuando paso unos días en la ciudad. Hace tiempo, oh, hace mucho tiempo, antes incluso de que partiéramos a Java y Nueva Gales del Sur, me dijo por casualidad que uno de sus sobrinos, que había trabajado durante años con Arthur Young, se había establecido por su cuenta como consultor y agente agrícola, y que encontraba muchas dificultades para salir adelante. «Yo soy su hombre», le dije, y después le hablé de la modesta propiedad que me había dejado mi primo.

—¿La misma en cuyos prados, cercanos al río, abundan las mariposas?

—Eso es. No tengo nada en contra de las mariposas, pero te aseguro, Stephen, que sus terrenos inundados, las escasas granjas y las pequeñas propiedades no producen nada en absoluto a excepción de lo que los diez u once electores y sus familias puedan comer. Cada primero de agosto me envían una petición en la que ruegan les perdone la renta del año; no sólo eso, también me piden por favor que les entregue cargamentos de piedra para el camino de Old Hog. Ese terreno me cuesta media guinea por cada agachadiza que cazo, y no es que vaya a menudo. Está lejos, hay que recorrer caminos difíciles para llegar allí, y el paisaje húmedo de los terrenos inundados y los pastos de segunda categoría no justifican el esfuerzo. Mi primo adquirió la propiedad por el escaño parlamentario. El distrito estará podrido, pero la tierra es mucho peor. Killick -dijo levantando apenas el tono de voz.

—¿Señor? — respondió éste, casi de inmediato.

—Pon a calentar una cafetera, ¿quieres?

Tras una breve pausa, Jack continuó:

—De veras creo que todo el mundo tendría que tener un libro de notas, llevar un diario. Con la edad resulta cada vez más difícil poner en orden las ideas. Al menos, eso pienso yo. En fin, te decía que el sobrino (de nombre Leicester, por cierto, John Leicester) visitó el lugar e informó que la situación era precaria, muy precaria, pero no irreversible, y dada la orientación de la tierra, un proceso de drenaje podría dar buenos resultados. Llevaría su tiempo, años probablemente, y la mayoría de los arrendatarios aportarían su grano de arena, según un plan de trabajo que él mismo había elaborado, plan que les permitiría trabajar también en sus propias tierras; además, el proceso no comportaría un dispendio considerable. Puesto que en ese momento había obtenido botines cuantiosos, le dije que llevara a cabo su plan, pero que nada de desahucios o embargos...

—La cafetera, señor —dijo Killick.

—¿Por dónde iba? Ah, sí. Le dije que adelante, y él empezó con todo el proyecto; entonces nos hicimos a la mar. Casi lo había olvidado... sí, Leicester, que también actuaba de agente, me envió informes anuales, pero con la cantidad de cosas que sucedían me temo que no les hice mucho caso hasta el año pasado, cuando me pagó en inquilinato una cantidad cercana a las cuarenta libras. Este año, comentó la posibilidad de obtener una abundante cosecha de trigo, ¡Ja, ja! No obstante, no lo mencioné por temor a que el hecho de hacerlo pudiera traerme mala suerte, pero hoy he recibido la excelente noticia de que ofreció a los arrendatarios un festín de celebración del primero de agosto, entre cuyos platos figuraron el rosbif y el pudín; por lo visto, después brindaron a mi salud, y ha ingresado cuatrocientas cincuenta libras en mi cuenta bancaria. ¡Stephen! Más que mi paga de capitán de navío. ¿Qué te parece? Muy buenas noticias.

—Extraordinarias, sí, es justo que las recibamos con los brazos abiertos, querido amigo. Te felicito de todo corazón. Mírate... Me alegro mucho, de veras.

Y así era. Sin embargo, Jack, que no disfrutaba precisamente de una agudeza sobrenatural, detectó cierta inquietud, no tanto en la expresión de Stephen, sino en su actitud tensa, de modo que dijo:

—Discúlpame, Stephen, por aburrirte con estos asuntos personales, y por mi vulgaridad al hablar de dinero. Se te ve incómodo.

—No. Te equivocas: No me has aburrido en lo más mínimo, ni me han cansado tus palabras, a las cuales he prestado atención. Si me ves

incómodo, se debe a otra causa. Jack, dime, cuánto tiempo llevarán estas reparaciones antes de poder echarnos a la mar.

—Con dos días festivos en el horizonte y la gran cantidad de trabajo pendiente en tantos de los proyectos propios de los astilleros, diría que ocho o nueve días.

—En tal caso, debo pedirte que la *Ringle* me lleve a Inglaterra. Si puede partir esta misma noche, aún te lo agradeceré más.

De pronto, Jack comprendió que aquella petición y el paquete de Gibraltar estaban relacionados. En lugar de hacer preguntas, llamó de inmediato al señor Reade, a quien dijo nada más verle entrar:

—William, ¿en cuánto tiempo podrías hacerte a la mar?

—En veinte minutos, señor, si puedo permitirme el lujo de hacerlo sin mi carpintero.

—¿Y su ayudante?

—También lo tiene usted a bordo, señor.

—En tal caso, te lo enviaré directamente. Buena proa, William, diría que tienes el mejor de los vientos.

Casi todos los viajes, desde el del Arca de Noé hasta el envío de los barcos a Troya, han estado marcados por retrasos interminables, salidas falsas, y vientos y mares caprichosos. Quizás la goleta *Ringle* era demasiado insignificante para incluirla en la categoría de digno adversario, porque cobró suavemente el ancla y, después, puso proa norte cuarta este con un viento que le permitió marear toda la lona que poseía, aparte, claro está, de la reservada para el mal tiempo o el temporal.

Fue aquella una travesía casi perfecta en la que el capitán apenas abandonó el alcázar, y todos los marineros (cuerpo selecto a esas alturas) estuvieron constantemente dispuestos para acercarse a cualquier cabo o línea que mostrara la menor inclinación a amollarse o tesar en demasía, en definitiva, para procurar que el barco rindiera en la maniobra. Cualquier cosa con tal de arañar siquiera la octava parte de un nudo en la andadura.

Stephen pasó la mayor parte del tiempo en su triangular cabina, aplicando en vano diversas fórmulas al absurdo mensaje cifrado por Jacob en grupos de siete. Comió y cenó en compañía de William Reade, que no dejó de recordarle la maravillosa y veloz travesía que hicieron Canal arriba hasta alcanzar el Nore justo a tiempo para los primeros coletazos de la marea que los ayudó a remontar el Pool, todo ello en un período tan breve

de tiempo que Reade hizo firmar el cuaderno de bitácora a diversos marineros de probada valía, quienes sirvieron de testigos de semejante hazaña.

—Me encantaría poder igualar la anterior marca, señor -dijo.

—Eso espero, de veras que sí -repuso Stephen.

Pero, ay, en vano fueron todas sus esperanzas: El Canal, inhóspito como siempre, se había cansado de los vientos del sudoeste que se habían presentado en todas sus formas y variantes, de modo que al llegar la *Ringle* a sus aguas la recibió con una fuerte lluvia del nornoroeste, combinada con mareas adversas que discurrían con gran fuerza y que impidieron que siquiera se acercasen a la marca anterior. Cansada la dotación de la goleta, desembarcaron al doctor Maturin en el Pool, en Londres, con el único consuelo de saber que tan sólo les esperaba la vigilancia en puerto del barco, un lugar donde los placeres de los que suelen disfrutar los marineros aguardan a un tiro de galleta. Al menos, así sería hasta que recibieran órdenes de Whitehall.

Whitehall, la elegante fachada del Almirantazgo, con las figuras mitológicas de rigor que decoraban la parte alta, y el coche de caballos procedente del Pool, coche cuyo desastrado aspecto era innegable, junto al cual se encontraba una figura igualmente desastrada que separaba con infinita lentitud las monedas irlandesas de las inglesas, las españolas y las marroquíes, para poder pagar al suspicaz conductor que había bajado del asiento con las riendas sobre el hombro, dispuesto a asegurarse de que ese tipo raro no se la jugara.

La extraordinaria despedida de Stephen había pillado por sorpresa a Killick. Éste, acompañado de Grimble, su ayudante, alternaba con dos damas de Funchal, y el doctor descendió al bote de la *Ringle* por el costado; lo hizo convencido (todo lo seguro que pueda estar alguien que no piensa mucho en ello) de que su baúl de marinero estaba en perfecto estado de revista. Durante la travesía de Madeira a Londres, Stephen no había considerado adecuado hurgar en el baúl, aparte del compartimento donde guardaba una esponja usada, la cajita de las cuchillas, el cepillo, el peine, y una toalla cuyo estado de conservación era cada vez más dudoso. El resto del tiempo lo había dedicado a forcejear con el cifrado de Jacob, o a espolear al barco canal arriba con toda la convicción moral de la que era capaz.

Pero cuando la *Ringle* amarró en el Pool y un paje de a bordo se encargó de ir a buscar un coche de caballos, el mejor coche que pudo encontrar, Stephen consideró que había llegado el momento de ponerse una ropa más adecuada para realizar una visita de carácter oficial. No encontró ropa elegante, ni camisas limpias; no había pañuelos, calzones, ni medias de seda o algodón. Tampoco encontró los esperados zapatos de hebilla de plata. Todo, todo lo había requisado Killick para un repaso a conciencia. Uno de los porteros del Almirantazgo, al asomarse por el ventanuco, dijo:

—Mire ahí, señor Simpson: El borracho de turno, empeñado en engañar a uno de esos cocheros de la Torre. ¿Le digo que dé la vuelta hasta la entrada de mercancías?

Simpson echó un largo vistazo por encima del hombro del subordinado; lo hizo con los ojos entrecerrados, mientras daba buena cuenta de los últimos granos de avena. Empujó al subalterno de un codazo, y, cuando el «borracho de turno» se acercó al ventanuco, le saludó con un educado «Buenas tardes, señor.»

—Buenas tardes tenga usted -respondió Stephen-. No llevo encima la tarjeta de visita pero, si por casualidad se encuentra aquí sir Joseph, le ruego que tenga la amabilidad de comunicarle que el doctor Maturin estaría encantado de poder hablar con él cuando más le acomode.

—Por supuesto, señor. No estoy seguro, claro, pero diría que sí está. ¿Le importaría esperar, señor? Harler, acompaña al caballero a la sala de espera interior, y no olvides el baúl.

CAPÍTULO 3

OceanofPDF.com

–Querido Stephen, cuánto me alegro de verle -exclamó sir Joseph, estrechando su mano con todo el afecto del mundo-. Dígame, ¿ha comido ya? ¿Quiere que nos acerquemos al club y pidamos unas chuletas asadas? Bueno... -dijo al observar su atuendo-. Aquí mismo dispongo de una habitación, modesta, es cierto, pero quizás quiera usted conversar conmigo en privado, y evitar que toda la nación pueda enterarse de nuestras cuitas.

–Sería preferible disfrutar de una habitación pequeña y privada, sí. Pero, por favor, querido Joseph, ¿podría encargarse de enviar un mensajero a la casa de huéspedes Grapes, en los Liberties de Savoy, para avisar de mi presencia en Londres? No sólo me alojaré allí, lo cual aún ignoran tanto la señora Broad como las niñas, dado que he venido aquí directamente desde el barco, sino que, además, dispongo en mi habitación de ropa decente (sabrá usted que tengo desde hace tiempo una habitación en la casa).

No soy lo que ordinariamente se dice un elegantón, como usted sabrá, pero no me hubiera presentado aquí de esta guisa...

–Claro, claro...

–...De no tener entre manos un asunto de la mayor urgencia. Aunque -murmuró observando la bocamanga-, aquí donde la ve, esta camisa fue muy buena en sus tiempos. Asuntos urgentes, sí -retomó el hilo, al tiempo que sacaba del bolsillo de la casaca el mensaje indescifrable, que primero colocó en el escritorio y, después, procedió a alisar.

–No lo entiendo -admitió sir Joseph tras observar con detalle el documento-. ¿Qué clave emplean ustedes?

–Áyax con un cambio -respondió Stephen-. En la primera página funciona a las mil maravillas.

–No entiendo una sola palabra, aunque conozco bastante bien la clave Áyax con un cambio. – Blaine hizo sonar la campanilla-. Vaya a buscar al señor Hepworth -ordenó a un sirviente.

El señor Hepworth miró a Stephen con discreta curiosidad, y, rápidamente, apartó la mirada.

–Señor Hepworth -dijo sir Joseph-, tenga la amabilidad de estudiar este cifrado y averiguar la clave empleada. ¿Cree que tardará más de media hora?

–Espero que no, sir Joseph. Me parece ver algunas combinaciones que me resultan familiares.

–En tal caso, envíe por favor el nombre de la clave y su transcripción a la salita.

Había demasiada tensión para que pudieran dar buena cuenta de las chuletas con auténtico apetito, de modo que abandonaron la comida en cuanto volvió el señor Hepworth, muy serio y con el manuscrito en la mano.

–El caballero que cifró este mensaje, señor -dijo-, empleó el nuevo libro, y por no estar familiarizado con el libro ni con el código se las apañó como buenamente pudo, tomándolo por una continuación directa de Áyax tres. Es muy similar, y, créanme, no es la primera vez que sucede algo parecido; ha pasado otras veces, cuando el encargado del cifrado tenía prisa o no podía concentrarse.

–Gracias, señor Hepworth -dijo Blaine, y, cuando la puerta se hubo cerrado, preguntó a Stephen-: ¿Quiere que lo leamos juntos? Me temo que nuestra previsión no pudo ser más acertada.

Hicieron a un lado las chuletas (a esas alturas, totalmente frías) y Blaine empujó la silla hasta situarse al lado de Stephen. Leyeron atentamente, y, a partir de aquellas frases breves, inquietas, descubrieron que un grupo importante y bien pertrechado de chilenos se había puesto en contacto con sir David Lindsay, antiguo oficial de la Armada Real y hombre emprendedor, que había aceptado mandar sus fuerzas navales. El informador incluía detalles acerca de sus fuentes, y, aunque Blaine murmuró en voz alta los nombres (aliados conocidos o, posiblemente, agentes) guardó silencio al llegar al nombre de Bernardo O'Higgins y José San Martín, a quienes Stephen había conocido durante el primer intento -el intento que estuvo a punto de resultar todo un éxito- de convencer a los peruanos para que declararan su independencia de España. Stephen leyó complacido algunos de los nombres (nombres de fuentes, no de miembros del comité), otros con desagrado, rabia y, a veces, desconfianza. Una vez más, comprobó la fragilidad de los movimientos que luchaban por la independencia, había tantas personas empeñadas en erigirse en líderes, y tan pocas dispuestas a ser prudentes.

–No me extraña que el doctor Jacob equivocara el código -dijo Blaine cuando hubieron terminado-. La situación es inquietante: de algún modo sabíamos que esto podía suceder, pero no que había sucedido ya... Adelante.

—Le ruego que me perdone, sir Joseph -dijo Hepworth-. Me pareció que le gustaría saber que acabamos de recibir la misma señal a través del semáforo.

—Gracias, señor Hepworth. ¿De dónde proviene?

—De la *Hebe*, señor, en Plymouth.

Se produjo un silencio, que Stephen rompió al decir:

—Me resulta familiar el nombre de sir David Lindsay, y lo relaciono con la Armada, aunque no sabría decir a santo de qué.

—Es un marino muy capaz, poseedor de una merecida reputación a raíz de algunos duelos navales librados penol a penol. Sin embargo, me temo que pertenece a ese tipo de personas que son más proclives a dar órdenes que a obedecerlas, de modo que no se empleó a fondo con tal de alcanzar el empleo de capitán de navío, ni tampoco llegado el momento de someterse a la disciplina de las maniobras de flota. Cuentan la anécdota de un desafío impropio en la India (que más bien fue un asalto), pero los cargos fueron retirados con la condición de que abandonara la Armada. No haré aseveraciones al respecto, lo único que sé es que el caballero no ha servido a bordo de un barco del rey desde entonces, y que hay quienes dan un respingo con sólo oír su nombre.

—Voy recordando -dijo Stephen, consciente de que si bien su amigo le había dicho la verdad, no era en absoluto toda la verdad.

—Volviendo al desliz del doctor Jacob, me pregunto, por todos los demonios, cómo logramos evitar que sucedan cosas así más a menudo. Creo estar en lo cierto si digo que ninguno de los nombres de su comité chileno pertenecen a los caballeros que recurrieron a nosotros en primera instancia.

—Así es. Aunque no conozco el país como para juzgarlo, podría muy bien existir cierta diferencia, tanta como pueda haber entre norte y sur.

—Muy cierto. — Sir Joseph consideró la propuesta durante un rato; entonces, después de observar el alargado y fino territorio de Chile en el globo terráqueo, continuó en un tono de voz muy distinto-: Tendré que proponer lo primero que se me ocurra a mis superiores, pero creo que el sentimiento general será que el capitán Aubrey debería continuar con el plan original, a pesar del desdichado pero necesario retraso que sufrirá la embarcación en el astillero de Seppings, y dirigirse a toda vela a Valparaíso, donde sin duda podrá usted tantear el terreno, hacer una estimación de las posibilidades, y actuar según dicten las circunstancias. Sepa que

disponemos de un representante en Buenos Aires, que ha congeniado muy bien con las autoridades, y que podría asegurar una comunicación fluida, más que el resto de los mensajes, que no tienen otro remedio que doblar el Cabo de Hornos. Es harto improbable que sir David se encuentre ya allí, pero esté o no, sería aconsejable establecer cierto grado de colaboración con él, aunque no tenga un talante oficial. Es improbable que disponga sir David de una embarcación equiparable a la *Surprise*, aunque debo admitir que, hasta que recibamos el informe del agregado naval en Madrid, ignoramos la actual fuerza del Gobierno chileno, así como el número de mercantes armados de que dispone. La actitud del virrey peruano es obviamente de gran importancia, aunque eso lo sabe usted tan bien como yo, probablemente mucho mejor. Sin embargo, déjeme consultar con quienes debo consultar, y mañana le haré entrega de la suma de nuestra sabiduría colectiva. ¿Tomará el té conmigo en Shepherds Market? Tengo una o dos fruslerías que mostrarle, y quizás después podamos cenar en el Blacks.

—Será un auténtico placer. Joseph, ¿tendría la amabilidad de prestarme media corona?

Stephen fue recibido con toda la amabilidad del mundo en la casa de huéspedes Grapes. Sus niñas apadrinadas, negras como el carbón, Sarah y Emily, habían dado tal estirón, y tenían las piernas tan largas, que no tuvo que agacharse para besarlas. Encontró a ambas de excelente humor, puesto que habían pasado la última media hora en compañía de William Reade, a quien Stephen había invitado a cenar. El guardiamarina les había mostrado la versión de la Armada del Puss in the Corner, [\[1\].juego más sutil y complejo de lo que era normal encontrar en el Liberties.](#)

Sin embargo, la señora Broad, por muy bien que le recibiera, se llevó un gran disgusto al verle con ese aspecto, más propio de un ladronzuelo de tres al cuarto.

—En fin, por lo que respecta a Killick y a sus descuidos -dijo cuando Stephen le explicó lo sucedido-, que no espere encontrar un plato a la mesa en esta casa, por servir así al doctor. Es más, dígle de mi parte... Pero, no, no se moleste, ya se lo diré yo en persona en cuanto lo tenga delante.

Recuperó entonces el buen humor que la caracterizaba, sobre todo después de arreglar la ropa elegante que Stephen se había hecho confeccionar en Londres: ropa negra, de una elegante sobriedad, coronada

por las botas de caña alta. Fue de esa espléndida guisa que tomó asiento en el salón, mientras las niñas, inquietas, le mostraban los cuadernos de deberes, las sumas y los ejercicios de geografía que incluían detallados mapas. Con voces temblorosas, animándose la una a la otra, recitaron poemas de dudosa calidad en inglés y en francés y, ya con mayor confianza, le enseñaron también los ejercicios de bordado, punto y dechado. No eran muy inteligentes, pero sí muy pulcras: los cuadernos hubieran complacido las fastidiosas exigencias de cualquier grabador. Se tenían un gran cariño mutuo, y también querían mucho a la señora Broad y a Stephen. Sin embargo, había una cosa que le intrigaba, pues aún parecían capaces de hablar el inglés de la cubierta inferior (a esas alturas, infestado de la palabrería de Billingsgate, lugar donde hacían las compras de la casa), además del dialecto del alcázar, y no tenían mayor problema para alternar uno u otro; a pesar de ello, ninguna de las niñas era capaz de hablar un francés medianamente tolerable.

Fue con motivo de la cena que demostraron su auténtico y muy encomiable talento. La señora Broad se hallaba ausente, y la cocinera, las muchachas que ayudaban en la cocina, los mozos y los camareros, se ocupaban de las labores habituales en una fonda concurrida. Stephen y Reade jugaban al backgammon, y disfrutaban de una copa de jerez mientras comentaban la lamentable situación por la que pasaban sus compañeros en aquella Armada que estaba en vías de desguace, cuando Sarah y Emily hicieron acto de presencia con sendos delantales largos, y pusieron la mesa.

Silencio.

—Ahora, caballeros, si son tan amables -exclamaron, colocando las sillas. Stephen se vio rodeado por una amplia servilleta. A Reade le permitieron cuidar de sí mismo.

El primer plato consistió sencillamente en guisantes frescos, muy frescos y verdes, que debían ser comidos con cuchara. Después, servido con cierta inquietud, llegó un gran plato ovalado que contenía filetes de lenguado, y pinzas y colas de langosta con algún que otro mejillón enorme, todo el conjunto bañado en crema.

Sarah sirvió los platos; Emily, el vino, dorado clarete del Rin.

—Oh, queridas mías -exclamó Stephen después de observar, oler y probar-: ¡qué pecaminosa delicia! ¡Qué platos tan sabrosos! Queridas, queridas mías, ¡os felicito a ambas!

–Imposible superar esta delicia -dijo William Reade-. No, ni siquiera si logro algún día enarbolar la bandera inglesa del palo mayor.

–Espero que hayáis tenido algo que ver -dijo Stephen.

–Señor -dijo Emily-. Sarah y yo lo preparamos todo, excepto que Henry se encargó de abrir las pinzas con un cuchillo de carnicero.

–Pues me alegro de todo corazón. Cuánto habéis crecido y con qué dignidad. Tenéis un talento poco común. Benditas seáis por ello.

* * *

Tomar el té con sir Joseph en la comodísima morada que tenía en Shepherds Market no podía compararse con una cena en Grapes, y, aunque suponía un placer, era de una naturaleza completamente distinta. Blaine, al pasar por Sommerset House, se había encargado de visitar al concienzudo hombre encargado de cuidar los especímenes remitidos a la Royal Society para sus miembros (tanto Stephen como Blaine lo eran), y se había hecho con el paquete dirigido por Christine Wood al doctor Maturin. Era un esqueleto de poto, diseccionado y vuelto a montar con sumo cuidado. El poto, curioso y raro animalillo de África Occidental, pertenecía a la familia de los primates, aunque era más tranquilo, lento, inofensivo y sorprendentemente cariñoso que éstos. Stephen se había encariñado del poto, y en ese momento abrió la caja, observando la anatomía con una mezcla de cariño e interés científico; la singular forma del dedo índice y del bajo tórax le trajeron muchos recuerdos, sobre todo del afecto que había sentido por el animal.

–Si no recuerdo mal, usted no toma azúcar -dijo sir Joseph.

–Nada de azúcar, gracias -confirmó Stephen al cerrar la caja y dejar para más tarde una inspección más atenta, convencido, a juzgar por la expresión de Blaine, y también por su actitud, de que éste se disponía a tratar un asunto importante.

–Tengo entendido que tiene usted relación con el duque de Clarence, el príncipe William -dijo sir Joseph en un tono de fingida indiferencia, para sorpresa de Stephen, que asintió.

A pesar de que había tratado al príncipe William en más de una ocasión, Stephen no pertenecía a esa clase de médicos que comparten con nadie los asuntos de sus pacientes.

—Me he cruzado con él esta mañana en el Almirantazgo -continuó Blaine, incómodo-. Alguien muy indiscreto le había dicho que el viaje hidrográfico seguía adelante, con el capitán Aubrey al mando. Sólo eso, pues no mencionó nada de naturaleza política. El príncipe, aunque me atrevería a decir que usted ya lo sabe, siente una admiración casi reverencial por el capitán Aubrey, demasiado respeto como para preguntar así por las buenas, aunque por lo general no se muestre nada reservado, ni tímido, en tales asuntos.

—Limitado, confiado y de lengua fácil -dijo Maturin en voz muy baja.

—... Y fue amigo íntimo de Nelson, que lo apreciaba mucho. No obstante, el caso es que tiene un hijo.

—Conozco a los pequeños FitzClarence; menudo atajo de malcriados; cosa rara, teniendo en cuenta lo amable, encantadora y, por supuesto, preciosa mujer que tienen por madre.

—¿Conoce usted a la señora Jordán?

—Bastante bien. A menudo he podido verla en escena.

—De todos modos, yo no me refería a uno de sus hijos, sino a un muchacho que tuvo de otra mujer, un niño al que no reconoce abiertamente, quizás por temor a molestar a la señora Jordán. Se trata de Horatio Fitzroy Hanson. Tendrá unos catorce o quince años: posee modales decentes, una educación tolerable, y creo que es el único de sus hijos a los que el príncipe William quiere de verdad. Debo añadir que Horatio no tiene ni idea del parentesco que los une. La relación con Clarence, con «tío William», si puede llamarse relación, pues es algo más que eso, no se oculta a nadie, aunque se justifica por el hecho de que el príncipe fue compañero de rancho del padre putativo del muchacho. Lamento decir que la madre era algo inestable, y se fue a Canadá cuando Horatio tenía dos o tres años. Lo educó el abuelo, duro hombre de campo. Clarence es exactamente como usted lo describe, y soy consciente de que ni usted ni el capitán Aubrey podrían llegar a congeniar con él, mas posee sin duda respetables cualidades: es afectuoso, muy desprendido, y bueno con los antiguos compañeros de tripulación. Es más, adora la Armada, y siente gran respeto por el capitán Aubrey. En definitiva, me ha pedido que le ruegue a usted emplear su influencia con Aubrey, de modo que admita al muchacho en la camareta de guardiamarinas para la travesía.

—¿Dispone usted de más información acerca del linaje de Horatio?

—El señor Hanson, su padre legal, fue oficial de Marina. El príncipe William y él sirvieron juntos en las Indias Occidentales. La madre de Horatio vivía en Kingston con unos parientes. Ella y el señor Hanson se prometieron, a pesar de que solían discutir furiosamente. Se dice que fue un matrimonio más o menos irregular. En cualquier caso, Hanson murió en la Serapis y su esposa, encinta, regresó a Inglaterra. He averiguado esto gracias a tres fuentes, pero ninguna de ellas pudo proporcionarme un relato coherente o consistente. Lo único que sé es que Clarence le proporcionó consuelo y que está convencido de que el hijo es suyo.

—Estoy seguro de que al menos Jack echará un vistazo al muchacho, aunque sólo sea por su nombre de pila. Hablaré con él cuando le escriba para informarle del viaje. Quizá sería preferible no mencionar el supuesto parentesco. Sin embargo, dígame, esa persona extraordinariamente indiscreta que contó al duque que el viaje hidrográfico se llevaría a cabo... ¿tenía razones para decir tal cosa?

—Oh, pues claro... Lo siento, discúlpeme. Debí decírselo desde un principio; después de todo, a usted le incumbe más que a nadie. De un tiempo a esta parte mi mente se enturbia con una facilidad pasmosa, como usted habrá ya intuido a estas alturas. Admito que los argumentos tanto a favor como en contra del proyecto, coronados por la indecente arenga hecha en público de Clarence al respecto del muchacho, no hicieron más que molestarme. Sí, sí: irán ustedes, así es. Pero debo advertirle, Stephen, que ahora, terminada la guerra, se observa un estricto control de la economía, y que no contará usted con los medios de que dispuso en la aventura peruana.

—Puesto que debemos ir -dijo Stephen tras asentir-, creo que debo escribir de inmediato al capitán Aubrey. Su buque de pertrechos, la *Ringle*, es una embarcación extraordinariamente rápida, y estoy convencido de que superará en andadura a cualquier paquete. La despacharé esta misma noche, con la bajamar, y pediré a Jack que ponga la Surprise en manos de Seppings para llevar a cabo sin perder un minuto las reparaciones que aún necesita. Si puede usted sugerir a sus colegas que conviertan sus palabras en una orden debidamente escrita y sellada, la incluiré en mi carta.

—¿No irá usted mismo?

—No. Viajo a la campiña para ver a mi hija Brigid, a Sophie Aubrey y a sus hijos.

–Por favor, transmítale todo mi cariño. Pero antes de que se marche, ¿me acompañará usted a la Oficina de Asuntos Exteriores y al Tesoro para resolver los tecnicismos necesarios?

–Cómo no. Seguro que podré ver también a la señora Oakes. Se acordará usted de ella, sin duda.

–Por supuesto, y con la mayor de las gratitudes, pues nos proporcionó la información más clara y valiosa posible. Una mujer de una belleza inusual, sí señor, muy inusual. Igual que algunas de mis últimas adquisiciones, enviadas por el inteligente cirujano de un barco que navega por las Seychelles.

Algunos de los escarabajos eran extraordinarios, pero por belleza Maturin creía que su hija, Sophie, e incluso las hijas de ésta, los superaban en todo excepto en el color. Su imprevista y extensa entrevista con ciertas personas de Whitehall y alrededores le impidió advertirles de antemano de su llegada, de modo que las sorprendió jugando a una especie de criquet en un prado recién segado que había junto a la casa.

Brigid, al bate, recibía la pelota de George. La niña se encontraba en mejor posición; vio la silla de posta deteniéndose en el camino, y durante unos instantes observó con detenimiento a la figura que descendía del interior del carruaje.

–¡Es mi papá! – exclamó arrojando el bate. Echó a correr como una liebre por la hierba, saltando para agarrarse de su cuello sin titubeos, sin pudor, de un modo que a Stephen le robó el corazón.

–Querida mía, cómo has crecido -dijo cariñoso, depositándola en el suelo para saludar a los demás.

–Querido Stephen -dijo Sophie-. Espero que te conformes con poco, porque no tenemos nada en la despensa. Mañana, no obstante... Mira, ahí está Clarissa, ¿ves al caballero que la acompaña? Es su esposo, el rector de Wytherton, hombre erudito. Se casaron el mes pasado. Clarissa, no habrás olvidado al doctor Maturin, ¿verdad?

–La felicito de todo corazón, querida -dijo Stephen, besándola-. Es un honor, señor. Y mis más sinceras felicitaciones -dijo estrechando la mano del párroco-. Queridas, supone un auténtico gozo veros disfrutar del sol, en un verde tan puro. Disculpadme unos instantes mientras recompongo las galas que han sobrevivido al viaje.

—Yo llevaré su equipaje, señor, si me lo permite -dijo George, que disfrutaba de un permiso del Lion, de setenta y cuatro cañones, al mando de Heneage Dundas, uno de los mejores y más antiguos amigos de Jack.

Qué agradables fueron aquellos días. Verano inglés del mejor, en la mejor campiña inglesa, suficiente lluvia nocturna en las colinas para mantener el caudal de los arroyos donde saltaban las truchas, además del leve gorjeo que aseguraba la presencia de una abubilla a la que se había visto en tres ocasiones en la parroquia de Chiddingfold. Aquel año se vio agraciado con una abundancia inusual de aves (la época de anidar había resultado muy favorable), y Stephen y la pequeña Brigid pasearon por las dehesas, junto a los erguidos juncos, y a lo largo de las orillas. Maturin tuvo ocasión de revelarles el nombre de innumerables insectos, de muchas, muchas aves, entre ellas el martín pescador, el mirlo acuático, el zampullín común y, de vez en cuando, la cerceta, además de las fochas y las gallinetas. También le habló de las que sin duda eran sus aves favoritas: el aguilucho pálido, el gavián, el cernícalo y, en una ocasión, el peregrino, un halcón que sobrevoló su posición sin apenas batir las alas. Una liebre, dos lirones, una desprevenida cría de comadreja, además de enormes cantidades de mariposas. Descubrió muy complacido que ella se mostraba más receptiva, aunque no podía olvidar que todavía era una niña muy tierna, y no estaba del todo seguro de que disfrutara de la caza, de cazar con escopeta o de pescar con caña. Sin embargo, aún quedaba tiempo para probarlo, y aún podía albergar cierta esperanza, en parte por el ejemplo de toda aquella gente, la gente a la que ella amaba, de todas aquellas personas a las que respetaba y que, en mayor o en menor medida, disfrutaban de dichas empresas.

Y ahí estaba, también, la agradable, la apacible vida social. Viejas amistades se reunieron con él para comer en una o dos ocasiones; esporádicas visitas matinales; el señor y la señora Andrews que se acercaban en la calesa para pasar unas horas en la biblioteca, en cuyas estanterías había una excelente colección, responsabilidad de ciertos antepasados de la familia Aubrey, por cuyas venas había corrido la tinta negra...

También sentía cierta tristeza, puesto que el final de la guerra suponía que casi todos los soldados y marineros, además de la infinidad de personas que los habían mantenido en activo, se veían obligados a adoptar la vida

civil, a buscar trabajo. Obviamente, caían los salarios, eso si uno tenía la fortuna de cobrar uno. Al grito de «¡Economía, economía!», los impuestos habían alzado el vuelo hasta alcanzar una altura extraordinaria. Sin ir más lejos, el agente de Jack en la finca de Milport escribió, angustiado, que una granja de trescientos acres que empezaba a rendir tras el drenaje se veía en la obligación de pagar trescientas ochenta y tres libras, once chelines y cuatro peniques en concepto de impuestos y tasas. Por suerte, ni las tierras del primo Edward ni las de Aubrey habían sido objeto de cercado alguno, de modo que los habitantes y los propietarios de las granjas circundantes, junto a los hijos y hermanos pequeños que volvían de la guerra, se apañaron bien al modo tradicional, y el coto de caza de Jack disminuyó de pronto. A los terrenos de una propiedad cercana, sometida a un estricto cercado (no un ejido sobre el cual no pesaban derechos de pasto), no asomaba un sólo conejo. Aunque las leyes de rigor se empeñaron en mantener el precio del trigo a cuatro libras, y, por supuesto, a gravar las importaciones, llegaba por barco mucho alimento americano y continental, ya fuera legal o ilegalmente, y el cultivo había dejado de ser un negocio provechoso. Los terratenientes acusaron las consecuencias, y la mayor parte de los granjeros aún las acusaron más. No obstante, la gente que de veras afrontaba la pobreza eran los hombres, mujeres y niños que trabajaban el campo, aquellos que, tras el proceso de cercado, no disponían de un mísero pedazo de tierra.

Pero aquél no era el caso de Woolcombe, aunque sí afectaba a tierras muy cercanas, de modo que era imposible sentirse tan a gusto como de costumbre.

Eso por no mencionar que, al igual que la mayoría de las esposas de oficiales de Marina, Sophie había ansiado tanto poder disfrutar de una paz indefinida en compañía de su marido, que, al enterarse de la travesía hidrográfica que llevaría a Jack a un inhóspito rincón del globo, no pudo sino manifestar su desaprobación y confesar lo contrariada que se sentía. Stephen, con cierta timidez, expuso lo ventajoso que resultaría todo aquello para que Jack obtuviera un ascenso de empleo, el ascenso al Estado Mayor, pero ni repitiéndoselo logró causar en ella el menor efecto.

—Creo -dijo, después de uno de los muchos intentos de consuelo, inútiles y exasperantes, puesto que el hecho de ofrecer consuelo conlleva una mayor experiencia o, simplemente, inteligencia por parte de quien lo ofrece,

superioridad que nadie tan infeliz podía aceptar-, creo que esta tarde me acercaré a Shelmerston.

–No olvides que los Andrew pasarán la velada en casa.

–¿Quiénes son los Andrew?

–Clarissa y su marido.

–Queridísimo papá -dijo Brigid con el desparpajo que la caracterizaba, aunque lo hizo en inglés, puesto que el gaélico no estaba permitido en la casa, más de lo que el maltés se permite a bordo de un barco de guerra-, queridísimo papá, podríamos acompañarte si tomas el dócar.

–Podríamos ir los cuatro -sugirió George-. En la parte trasera.

–Cinco -exclamaron las gemelas-. Somos delgadas y nos apretujaremos.

–¿Y qué me decís de Padeen? – preguntó Sophie, que había subido poco en el rápido y gallardo dócar de ruedas elevadas.

–Oh, Padeen correrá junto al dócar -replicaron solícitos, sin el menor atisbo de burla por su ignorancia.

–Acostumbra a subir a la parte posterior del coche -explicó Fanny-, pero cuando se trata del dócar prefiere correr.

–¿Acaso no es el mejor corredor de toda Connaught? – preguntó Brigid.

Hacía tiempo que Stephen tenía buena relación con el delgado, zanquilargo y amarillo caballo castrado al que no distraían las yeguas o potras, y que tampoco se mostraba voluble ante los niños. Disfrutaron del camino que los llevó a la costa, y después doblaron a la izquierda por los arenosos caminos que conducían a Saint Peters Pond, donde ya vieron a algunos hombres que trabajaban en los canales que habrían de drenar. Stephen señaló a lo lejos, hacia donde chapoteaban, se sumergían y nadaban las inocentes aves acuáticas.

–Allí -dijo henchido de satisfacción, al tiempo que cerraba con un chasquido el catalejo-, allí ha anidado la garza imperial; la única pareja que hay en los tres reinos. Los niños, acostumbrados a guardar silencio y a permanecer inmóviles durante estas breves pausas, pudieron respirar de nuevo y rieron con estruendo ante la perspectiva de tomar el té en Shelmerston, lugar al que estaban a punto de llegar.

Al cabo de unas millas, el castrado encaró el hocico al viento, a ese viento que le traía el calor del hogar, y recompuso el paso. Atrás quedaron los caminos arenosos, y el paso estrecho (recorrido con Padeen a la cabeza, a modo de guía) les condujo serpenteando hasta una bahía rocosa en cuya

costa se encontraba Shelmerston, puerto desaprovechado, habitado por pescadores, marineros de altura y otras gentes de mar; cualesquiera de ellos podía convertirse en hábil contrabandista en un abrir y cerrar de ojos, o sólo con ver la señal cruzada de un costero francés en lontananza (banderas de día, fanales de noche), puerto con una peculiar marea engañosa y una barra condenadamente mal puesta, pese a lo cual era muy estimada por quienes allí vivían. Fue en Shelmerston donde Jack Aubrey armó y pertrechó a la *Surprise* para hacer el corso durante el eclipse naval al que siguió su restitución al servicio. La dotó no sólo con los marineros de barco de la Armada que lo habían seguido a lo largo de su carrera, sino también con los habitantes del lugar, sólidos marineros, perfectos para un buque de guerra. Stephen y él conocían bien el pueblo y a sus gentes; las habitantes de Shelmerston se habían mostrado muy amables con sus niños, más pequeños por aquel entonces, muy capaces, también, de hacerse daño a sí mismos, de modo que un viaje, incluso una estancia de una semana o más en el pueblo costero, era tenido por más beneficioso que una visita a Bath o Lyme.

El castrado entró en el establo, y Stephen lo hizo en Williams Head, mientras Padeen intentaba apartar a los niños de las jaulas de los perros, junto a las cuales habían logrado enredarse al jugar con unos fardos de red.

—Señora Hake -saludó-, buenos días tenga usted. ¿Cómo está?

—¡Pero si es el doctor! — exclamó ésta-. Muy bien, señor, gracias por su interés. Confío en que usted también esté bien.

—No puedo quejarme, señora. Aunque me sentiría aún mejor si tuviera la amabilidad de alimentar a las criaturas que vienen conmigo. Llevan media hora peleándose y quejándose, de modo que un té y esas cositas redondas con crema servirán para templar su temperamento, pues no son por lo general violentos. Me he acercado para saber si tenía usted noticias de la *Surprise* y del capitán Aubrey.

—¿Del capitán Aubrey, señor? — dijo con una mirada si no de horror, sí de la más profunda estupidez teñida de alarma, como si de congoja se tratara-. ¿De la *Surprise* y del capitán Aubrey? — Dejó caer todo su peso en una silla, sin dejar de mirarle-. Pero si estuvo aquí esta misma mañana, y reclutó a una veintena de antiguos compañeros de rancho. ¡Oh! ¡Ja, ja, ja! Y felices que se les veía de poder acompañarlo, ya ¡ja, ja! Doblaron la barra con la marea, cuando el viento soplaba favorablemente hacia el astillero de Seppings. Y usted sin enterarse. Oh, ¡ja, ja, ja! — Se golpeó las rodillas,

incapaz de contener la risa-. Que Dios le bendiga, señor, y por favor, discúlpeme. Echaré de comer ahora mismo a esa jauría de críos que me ha traído usted. Vamos, niños -voceó desde la puerta, proyectando la voz hacia el patio del establo-. El té estará listo enseguida. – Y se volvió de nuevo para dirigirse una vez más a Stephen-: Creo que despachó a un joven caballero a lomos de un poni para decirle a la señora Aubrey que estaba bien y que iría mañana a verla. – Se adentró en la cocina, e incluso desde allí pudo oír que les decía a las sirvientas-: Y el doctor va y me dice: «Me he acercado para saber si tenía usted noticias de la *Surprise* y del capitán Aubrey», y yo le digo...

Stephen se encaminó a aquella playa tan familiar. Se había extendido la noticia de su llegada, y varios de sus antiguos compañeros de tripulación, sobre todo aquellos a quienes había tratado, se acercaron a estrechar su mano, darle los buenos días y alabar el buen aspecto de la *Surprise*, a pesar de las maltrechas amuras. Algunos, es más, la mayoría, se mostraron algo cohibidos, incluso tímidos, lo cual le sorprendió. Después invitó a cinco o seis hombres a los que conocía bien a tomar una jarra con él, y al sentarse en el salón dijo al mayor, antiguo cabo de a bordo:

–¿Qué sucede aquí en Shelmerston? ¿Por qué algunos de mis antiguos compañeros parecen inquietos?

–Verá usted, señor -dijo Proctor-, la cosa va tal que así: con el final de la guerra, con los dos finales de la guerra (uno cuando estaba usted a bordo del *Bellona*, y el otro cuando lo de Waterloo), muchos de aquí dejaron curiosamente de vivir en paz. Me refiero a la paz de tener el plato en la mesa, por mala que sea la comida, o unas monedas que enviar a casa. Nos han dado la paga de remate. Por lo general, para un marinero cualquiera que vive en el puerto de rigor, eso supone buscarse otro barco, siempre y cuando el comercio esté animado. Sin embargo, éste de aquí no es el puerto de rigor. Con esa maldita barra y nuestras condenadas rocas, apenas pasa el comercio por esta costa. Inicialmente había sido un pueblo de pescadores, pero la pesca cayó porque no había manera de mantener a más de una veintena de barcas, de modo que nos dedicamos al corso; y nos fue bien, señor, como usted sabrá, siempre que hubo enemigos a los que apresar, ya fueran franceses, españoles, portugueses, norteamericanos, holandeses o de los puertos del norte, como Papenburg y demás. Pero, ¿dónde están ahora? En paz. Ahora están en paz.

—¿No se hace el contrabando?

—Bueno, señor, debo admitir que hay quienes (y observe que no señalo a nadie) no ponen peros a practicar en ocasiones el contrabando. Aunque es necesario ser un buen marino y tener un barco marinero para prosperar en el negocio; aun así, creo que ya sabe usted de qué le hablo, señor, pues el brandy viene a ser lo que podríamos denominar la sangre que corre por las venas de Shelmerston.

—¿Y?

—Asómese usted y mire por la ventana, hacia el sudeste.

—¿Cúteres?

—Sí, señor. Los nuevos cúteres, recién botados, bien gobernados y extraordinariamente bien contruidos. Ahí los tiene, y créame si le digo que no sé cómo se las apañó el joven Seppings para hacerlos, de veras que no. Tan marineros, que son capaces de robar el viento a cualesquiera de nuestras embarcaciones. Y ahí arriba, en lo alto del precipicio, tienen apostado a un vigía. Los muy perros se reparten el botín, tanto el dinero como el comercio. Basta para que le hierva a uno la sangre en las venas, verlos ahí tan atentos.

—Comprendo.

—Por eso entenderá usted que cuando avistamos la *Surprise* esta mañana fue como... Bueno, no quiero ser irreverente, fue sencillamente maravilloso. Y cuando su señoría reclutó a una docena de los nuestros para que la llevaran al astillero... Oh, qué contentos nos pusimos al saber que emprendería una larga travesía después de las reparaciones.

—¿Le habló el capitán Aubrey de sus intenciones?

—Oh, sí, señor. Dijo que era para levantar planos del Cabo de Hornos, del estrecho y de la costa chilena; que no había muchas posibilidades de obtener botín, a menos que topáramos con un barco pirata. Trabajo duro garantizado, pero imposible garantizar la obtención de botín. Sin embargo, aquellos a los que escogió... Oh, ¡estaban tan contentos de viajar con él! Algo han oído hablar de la suerte del capitán Aubrey, todos hemos oído hablar de la suerte del capitán Aubrey, y si pudiera usted interceder por cualesquiera de nosotros, señor, se lo agradeceríamos de todo corazón.

* * *

Aunque los niños se mostraron ansiosos por acercarse al astillero de Seppings, Stephen no accedió a sus peticiones, y el dócar recorrió de nuevo la cresta rocosa del camino que discurría por la colina para alejarse de Shelmerston.

—Ahí está la capilla de Seth -dijo, señalando con una inclinación de cabeza el edificio blanco con las enormes letras brillantes de la fachada: «Seth».

—¿Qué es Seth? ¿Quién es Seth?

—Fue uno de los hijos de Adán, hermano de Caín y Abel.

—¡Oh, mirad! — exclamó Brigid-. ¡Hacia el horizonte! ¡Ésa es la *Ringle*!

—Mañana los veremos a todos -dijo Stephen-. ¡Qué alegría!

No obstante, antes tuvieron que recoger al joven caballero de la *Surprise*, el señor Wells, a quien el poni que montaba había arrojado a una zanja profunda y empedrada, rodeada de zarzas, para después emprender la huida. Por suerte, Wells era más enano de lo que solían serlo quienes embarcaban por primera vez, de modo que pudieron embutirlo en el dócar, aunque hubo que pagar cierto peaje, pues el muchacho manchó de sangre el interior.

El hogar, el cambio de ropa... El señor Wells, desnudo, embadurnado de pomada y manteca de cerdo, terminó enyesado y con algunos puntos de sutura aquí y allá. Después, fue necesario alimentarlos a todos, sin olvidar al señor y la señora Andrews. Stephen recordaba combates navales más agotadores, y se retiró a su habitación muy temprano.

El doctor Maturin observaba ciertas prácticas que en otros hubiera tachado de insalubres, hedonistas e incluso inmorales, como por ejemplo fumar tabaco y hierba índica (o masticar *bhang*), beber alcohol en todas sus formas, desde la cerveza al brandy, tomar opio y coca, y la frecuente inhalación de óxido nitroso. En su caso, no tenía nada que objetar a ninguna de estas prácticas; es más, consideraba muy beneficiosos sus efectos, y esto se debía a que jamás (o casi nunca) abusaba de ellas. Sin embargo, había otra práctica que a menudo había abandonado por inapropiada, y que a menudo había retomado pese a las punzadas que le propinaba la mala conciencia. Se trataba de su diario, práctica, en casi todos los casos, inofensiva e incluso benigna; sin embargo, no podía considerarse así en el caso de un agente de inteligencia. Era consciente de que podía caer en otras manos, de que podrían pedirle explicaciones, de que incluso el código en

que estaba escrito podía descifrarse, lo cual expondría tanto a sus colegas como a sus aliados e informadores. Era una posibilidad remota, puesto que conocía muchas lenguas y las empleaba todas. Aun así, fue con cierto sentimiento de culpa que abrió la bolsa y sacó el librillo. Con el paso de los años, los volúmenes se habían ido haciendo más y más pequeños, quizás para disponer de ellos con mayor facilidad, y la letra era tan diminuta que pocos ojos hubieran sido capaces de leerlos, incluso Stephen necesitaba de unas lentes para hacerlo.

«Después de considerarlo -escribió-, creo que debo tratar el conjunto de los comentarios de Blaine referentes a Horatio, y sus inferencias, como confidenciales.» Escrito esto, junto a un resumen de lo que era permisible, cerró el tintero y recostó la espalda, y se preguntó si debía limitar su conversación con Jack a su sentido náutico. Pensó mucho en el carácter de su amigo, en sus aspectos más mundanos, en su franqueza. Después de caminar arriba y abajo durante un rato, se rascó la cabeza y dijo en voz alta:

—Creo que puede hacerse.

Y se fue a la cama.

Amaneció un día precioso, con la hierba cubierta por el rocío. Recibieron a William Reade, portador de noticias muy alentadoras del astillero. El joven señor Seppings estaba encantado de que los refuerzos de su padre hubieran aguantado tan bien. Los fondos, inspeccionados con atención aprovechando la bajamar, estaban en tan buenas condiciones como cabía desear, y en diez días de trabajo haría lo imposible por poner la proa a la altura de las circunstancias. Sin embargo, debía insistir en el hecho de que no subieran a bordo oficiales, carpinteros o segundos del carpintero, así como contramaestres o segundos del contramaestre. Se comprometía a buscar alojamiento adecuado para todos los hombres (en la misma Pompey para los oficiales, llegado el caso), pero él y sus carpinteros de ribera no se expondrían a consejos ajenos, por muy bien intencionados que estos pudieran ser. Y si el capitán Aubrey se mostraba de acuerdo, no tenía más que enviar su respuesta en el carro del pescadero, para que al día siguiente pudieran poner manos a la obra.

* * *

No había caza a esas alturas del año, pero sí podían disfrutar del criquet, de la pesca y de unas preciosas jornadas que no desaprovecharon. Stephen,

que al fin había entendido los principios de tan complejo juego, amortizó su habilidad para lanzar la pelota, y así lo hizo por todo el campo, además de correr como un enajenado, mientras gritaba a Padeen, que por lo general era su compañero de equipo.

Un desdichado viernes llegó un mensajero de Portsmouth, cuyo semáforo había recibido una señal al efecto de que se requería de inmediato la presencia del capitán Aubrey en Londres. Sus oficiales, la mayoría de los cuales se alojaban en la casa, junto a algunos de los guardiamarinas que estaban lejos de su hogar y el medio hermano de Jack, Philip, le mostraron su adhesión cuando el capitán y el doctor se despidieron en la silla de posta, y le aseguraron que harían lo imposible por ganar por once tantos al equipo local en el partido que debía celebrarse al día siguiente.

Aquél no era, sin embargo, el Almirantazgo de los tiempos de guerra. Había porteros en el turno de noche, pero un secretario cualquiera salió a recibirles, y les comunicó que lamentaba mucho informarles de que no esperaban a sir Joseph hasta el lunes, quien desgraciadamente se hallaba en esos momentos en la campiña. El secretario no podía asegurarlo, pero por lo visto había algunas dudas acerca de unas cartas náuticas muy recientes.

—En fin -dijo Jack al salir-, en un mundo tan inconstante como éste, confiemos en encontrar al menos en Blacks una buena cena y cama. Wilson -dijo al portero-, tenga la amabilidad de encontrarnos un carruaje, ¿quiere? Y suba nuestro equipaje a bordo.

—¿Adonde, señor?

—Oh. Al Blacks, en Saint James Street.

Allí efectivamente fueron recibidos de la forma apropiada: se reservaron las habitaciones, y ambos se apresuraron a subir al piso superior para disfrutar de una copa de vino mientras les preparaban la cena. Aunque por ser viernes el club estaba más bien vacío, coincidieron con varios conocidos, a quienes saludaron antes de que los llamaran a la mesa.

—Dios mío, qué bien me ha sentado -dijo Jack, observando con severidad el plato vacío, antes de dirigirse al sirviente-: Charles, ¿sería tan amable de traerme unas tostadas de queso? Estoy seguro de que el doctor pasará directamente al bizcocho, pero yo tomaría encantado unas tostadas de queso, en su punto, claro.

Tres o cuatro minutos después de irse Charles, Jack se hallaba observando con atención la jarra (¿había bebido una o dos jarras enteras?),

cuando de pronto reparó en la presencia de un hombre alto y corpulento, cuya sombra era proyectada sobre la mesa por la luz de las velas; un hombre que, por lo visto, se había detenido a poca distancia de la mesa que ocupaban. Al levantar la mirada, vio la Jarretera, reconoció el rostro de un miembro de los Hannover, y se levantó; fue imitado por Stephen.

—Capitán Aubrey, buenas noches tenga usted, señor. Doctor, buenas noches. Soy Clarence, señor -dijo a Jack-. Quizás no me recuerde, pero tuve el honor de conocerle después de que apresara usted la Diane.

—Le recuerdo perfectamente, alteza.

El príncipe William rió algo confuso al pasar Charles por detrás de él, con la bandeja y las tostadas de queso fundido.

—Qué casualidad, precisamente estaba pensando en usted esta misma tarde. ¡Y aquí está! ¡Ja, ja! Hace poco, un amigo del Almirantazgo le dijo al doctor Maturin que me había hecho cargo del hijo de un fallecido compañero de tripulación. No sé si el doctor se lo habrá mencionado. Se llama Horatio...

—Pues no podría tener mejor nombre, señor -comentó Jack, observando con cierta severidad las tostadas de queso fundido, que por momentos adoptaban cierta flacidez.

—Se trata de Horatio Hanson. Hanson murió a bordo de la Serapis... - Aquí el príncipe William aprovechó para hacer un inciso acerca de la tormenta que sufrió una vez en alta mar, antes de comentar por encima el tiempo que sirvió con Nelson en las Antillas. Después, se contuvo y dijo:- Pero odiaría interrumpir su cena. Mírense, ahí de pie. Sería un crimen hacer algo semejante a un oficial tan distinguido como usted. Discúlpeme. ¿Me haría el honor de tomar café conmigo cuando hayan terminado? No hay ninguna prisa.

Ambos respondieron que sería un placer, y, cuando el príncipe se hubo distanciando las tres o cuatro yardas de rigor, volvieron a tomar asiento. Jack se cansó de marear las tostadas, apuró el resto del vino, y dijo:

—Es un noble gesto ocuparse del hijo de un antiguo compañero de rancho.

—Así es.

—No me dijiste que formó parte del Almirantazgo.

—¿No lo hice?

—Es igual, no tiene importancia. Le diré lo mismo que te dije a ti entre Haslemere y Guildford: que no puedo hacerme cargo de ningún lactante en una travesía así. Aunque tengo entendido -añadió tras una pausa-, que el duque es muy atento con los viejos compañeros que residen en Greenwich. ¿Vamos?

El duque se había sentado en un discreto y apartado rincón. Aunque por lo general empleaba un elevado tono de voz, como corresponde a un marino, la estancia hubiera podido albergar a mucha más gente sin la menor inconveniencia. Estaba nervioso. Sucede a menudo con los hombres gruesos que el nerviosismo se traduce en transpiración, y así era en su caso, pues tenía la frente perlada de sudor.

—¡Roger, condenado sodomita! ¿Dónde está ese jodido café? —preguntó al sirviente al acercarse Jack y Stephen, a quienes se dirigió de la siguiente manera-: Caballeros -dijo, haciendo el gesto de quien parece dispuesto a levantarse-: permítanme rogarles que tomen un poco de brandy. Siéntense, por favor. Roger, cuadrúpedo, trae el mejor y más añejo Nantz.

Llegó el café, inmediatamente seguido del brandy, y se produjo un incómodo silencio. Tras tomar un sorbo de café, Jack tomó la responsabilidad de romperlo al decir:

—Alteza, el doctor Maturin me habló en efecto de Horatio, y del deseo de usted de que sentara plaza en la camareta de guardiamarinas de la *Surprise*.

—Sí. Me gustaría que empezara en el mejor lugar posible, a las órdenes de un capitán por quien siento un gran respeto. El más excelso marino.

—Me honra usted, señor. Pero en lo que a mi capacidad para navegar concierne, no creo tener ningún secreto que enseñarle a usted. — El duque pareció extraordinariamente complacido, y tomó un largo sorbo de brandy, sorbo que Jack aprovechó para continuar-: Pero, señor, recuerdo haber dicho al doctor lo mismo que le diré a usted ahora, si... en fin, si me permite expresarme con la franqueza recomendable entre marinos.

—Bien dicho, bien dicho -dijo Clarence.

—Le dije que el viaje que nos ocupa es largo y peligrosa su naturaleza (cincuenta e incluso sesenta grados de latitud sur, señor, aparte de lo demás), y que por consiguiente mi camareta de guardiamarinas no será un lecho de rosas. En este momento la ocupan algunos jóvenes a quienes enviaré a sus casas, por ser demasiado delicados. No será un lecho de rosas,

y no habrá favoritismos. Y, por supuesto, tengo que echarle antes un vistazo, para comprobar si nos avenimos o no. Es necesario que haya una buena armonía por ambas partes, dado que se trata de una larga travesía. Usted, señor, es marino, y se ha tomado un gran interés en el porvenir de este muchacho, y si lo que acabo de decirle no le incomoda, permítame pedirle que envíe al joven a Grapes, acompañado por un sirviente. Se trata de la casa de huéspedes donde suelo alojarme, está en el Liberties del Savoy.

—¿Y por qué no lo entrevista aquí?

—Porque, señor, este lugar a menudo lo frecuentan personas de la vida pública -dijo Jack, mirándole a los ojos-. Me atrevería a decir que al menos contamos con la mitad de la oposición, o más, y diversos ministros. No deseo que se dé por sentado de ningún modo que busco el favor de la corte. Con todo el respeto, alteza, no hago, repito, no hago ni haría jamás tal cosa. Si Horatio y yo congeniamos, y si le considero adecuado para emprender la travesía y convertirse, con el tiempo, en oficial de Marina, le aceptaré en la camareta. De otro modo, no lo haré.

—Diantres, señor, es usted la franqueza personificada -dijo Clarence sorprendido, observándolos a ambos. Se limpió la nariz con el índice, gesto con el que Stephen estaba familiarizado y, tras un corto silencio, dijo-: Y yo se lo agradezco. ¿Cuándo le acomodaría ver al muchacho?

—A las dos y media del lunes, señor, si no hay inconveniente.

* * *

El lunes, pasados veintinueve minutos de las dos, Lucy llamó a la puerta del salón.

—Con su permiso, señor, hay un hombre vestido de negro en la entrada, acompañado de un joven caballero. ¿Quiere que los lleve al salón? — Y dirigiéndose a Stephen añadió-: Doctor, el boticario pregunta si se apañaría usted con un áspid embotellado.

—Tráelos aquí, por favor -dijo Jack.

—Por supuesto. Que me lo envíe de inmediato -dijo Stephen.

—Señor Hanson -dijo Jack al entrar las visitas-, tome asiento, haga el favor. — Y volviéndose al otro, al discreto sirviente-: Probablemente pase una hora con el señor Hanson. ¿Quiere esperarlo en el saloncito, o prefiere que yo mismo le haga buscar un coche para volver?

—Prefiero esperar, señor, si no es molestia.

El muchacho era un joven de quince años, delgado, rubio y bastante atractivo; estaba, además, bastante nervioso (por no mencionar que parecía haber cogido un resfriado) y observó la desaparición de su único aliado con una angustia que difícilmente pudo disimular. Sin embargo, hizo acopio de coraje y se dirigió a Jack.

—Señor, mi tío William desea que le dé los buenos días. Me ha dicho que ha tenido usted la amabilidad, la gran amabilidad de recibirme, para juzgar... -titubeó antes de continuar-: para juzgar si puede usted admitirme en la camareta de guardiamarinas.

—Así es -dijo Jack, con toda la amabilidad de que fue capaz-. Y antes que nada me gustaría formularle algunas preguntas para hacerme una idea de sus conocimientos. Puesto que no ha servido usted nunca en la mar, no le importunaré con velas o aparejos, aunque sí me arriesgaré en lo que a las matemáticas concierne. Supongo que ya sabrá usted que son de primerísima importancia para un oficial de Marina.

—Por supuesto, señor.

—Estoy seguro de que conocerá los rudimentos de la aritmética, pero ¿ha aprendido álgebra y geometría?

—Un poco, señor. Me apaño bastante bien con la ecuación de segundo grado, y ando bastante avanzado en mis conocimientos de Euclides.

—¿Podría definir una hipotenusa?

—Oh, sí, señor -respondió Horatio, que sonrió por primera vez.

—Ahora, dígame cómo demostrar que el cuadrado de la hipotenusa equivale a los cuadrados de los catetos -dijo Jack, tras dibujar el diagrama correspondiente.

Así lo hizo Horatio, con voz cada vez más diáfana, en un tono más cargado de confianza. Stephen dejó de prestar atención. Escuchó al muchacho, en la lejanía, explicar la naturaleza de la secante, la cosecante, la tangente y la cotangente, el seno y su compañero; y, cuando volvió a concentrarse en ellos, observó que hablaban con pasión de todas las hazañas astronómicas que Horatio y el párroco de su padre, un tal señor Walker, habían logrado con un instrumento de observación casero, potente como para observar las lunas de Júpiter, los deliciosos satélites jovianos, en una noche despejada y sin luna. Stephen no pudo evitar cerrar los ojos.

–Señor -dijo Horatio en voz baja al oído de Stephen, apoyando una mano en su brazo-. Creo que el capitán le está hablando.

Stephen no era muy aficionado a la mentira, pero acusaba la misma renuencia que cualquier otro hombre ante el hecho de admitir que se había quedado dormido, de modo que afirmó con rotundidad que «había estado meditando en algunas de las afirmaciones pitagóricas más absurdas».

–Doctor -dijo Jack-, permítame pedirle que se dirija al señor Hanson en latín y griego. Quizás el griego sea demasiado pedir para un oficial de Marina. ¿Sabe usted griego, señor Hanson?

–No, señor -admitió el aspirante Horatio, con una sonrisa tan encantadora como feliz-. Sólo el alfabeto; verá, iba a empezar el año que viene con el señor Walker. Griego, e, incluso, hebreo.

Mientras Stephen y Hanson charlaban en francés y latín observando la curiosa pronunciación inglesa, Jack esbozó la carta que tenía pendiente. Casi la había terminado, cuando escuchó los sonidos propios de una conclusión satisfactoria al otro lado del salón.

–Veamos -dijo al levantarse-. Casi la he terminado, y lo haré cuando el doctor me cuente cómo están las cosas. De modo que vaya usted a pasear durante media hora (encontrará el río y las embarcaciones calle abajo), mientras yo me ocupo de dar forma a este esbozo para su tío William... Pero, ¿a qué demonios obedece semejante estruendo?

Eran Sarah y Emily, que habían vuelto de la escuela y estaban muy contentas con sus nuevos y lustrosos botines. Irrumpieron en el salón, besaron a Stephen, besaron a Jack, y, después, se volvieron al inesperado Horatio, que les devolvió la mirada al menos con igual sorpresa.

–Queridas mías -dijo Stephen-, os presento al señor Hanson, que quizá se haga a la mar con nosotros. Señor Hanson, estas son mis ahijadas, Sarah y Emily. Puesto que dispone de media hora libre, estoy seguro de que le mostrarán encantadas todos los vericuetos del río, que por cierto conocen a la perfección.

–Menuda prisa -dijo Jack mientras se oía el estruendo de los botines escaleras abajo-. Cándidas criaturas, parece que fue ayer cuando no eran más que unas cositas pequeñas, útiles tan sólo para servir de cebo. Más me vale poner manos a la obra con esta carta... Aunque antes me gustaría saber qué opinión te merece el muchacho.

—Me ha parecido un joven muy bien educado, ingenioso y agradable. Su conocimiento de la lengua francesa supera el promedio de cualquier inglés, y posee un latín aceptable.

—Me alegra mucho oír eso. Le digo a su tío que tiene una sorprendente comprensión de las matemáticas, sobre todo en los cálculos aplicados a la navegación y la astronomía. Tiene la base de un oficial de Marina. Además, se divierte, más que divertirse, le complace, estudiar matemáticas, y también le digo que con la habitual manutención de cien anuales y el equipaje apropiado, será un placer para mí aceptarlo en la camareta, tanto más cuanto acabas de decirme que su francés es bueno y su latín pasable. Pero antes de comprometerme del todo, creo que sería necesaria una entrevista con su alteza; por verme agobiado a causa del tiempo, le rogaré que me reciba mañana temprano. ¿Crees que puedo haberme dejado algo?

—Nada en absoluto, querido. Mientras lo pasas a limpio, voy a averiguar qué hay para cenar.

Un par de aves. Pero antes de que pudieran ponerlas al fuego, regresaron Horatio y las niñas, que a esas alturas ya se habían hecho grandes amigos. Horatio subió apresuradamente al salón.

—Espero, señor, no llegar ni demasiado pronto ni demasiado tarde. Mi tío siempre dice que en la Armada se hace especial hincapié en la puntualidad.

—Ha llegado usted puntual -respondió Jack-. Aquí tiene la carta para su tío. En ella le digo que en lo que a mí concierne será un placer tenerle a usted a bordo. — El muchacho se sonrojó y le tembló la barbilla-. Claro que la decisión final depende de él, pues doy por supuesto que usted desea embarcar. Si está de acuerdo con mis condiciones, he sugerido que tomemos juntos el coche que va a Portsmouth este próximo sábado. Tenga la carta, también digo en ella que me gustaría verlo mañana temprano. Quizás prefiera enviarme un sirviente para acordar la hora exacta de la entrevista. En fin, vaya usted. No creo que sea buena idea que le interrumpa mientras cena.

* * *

A la mañana siguiente, temprano, en el hotel Fladong, Clarence aguardaba en lo alto de la escalera, cuando le pareció ver cierta preocupación en el rostro del capitán Aubrey, rostro por lo general

bronceado por la acción del viento y el sol, pero que en ese momento se veía amarillo, con bolsas bajo los ojos y una expresión que, pese a guardar las formas, no era tan amistosa como la del día anterior. Todo ello era el resultado de una fiesta que había durado hasta tarde con antiguos compañeros de tripulación y cantidades ingentes de vino, aunque dicha causa no cruzó por la mente del duque, para quien Jack no sólo era uno de los capitanes de combate más capacitados, sino, además, un dechado de virtudes.

—Por favor, entre y tome asiento -dijo; tras una pausa, añadió-: No puedo decirle cuánto me complació su carta. Pero permítame preguntarle directamente si le acepta usted.

—Verá, señor, me pareció un muchacho excelente, y me encantaría tenerlo a bordo, pero con la condición de que se le trate igual que a cualquier otro guardiamarina. Personalmente lamentaría mucho contar con la «presencia» de un oficial de mayor rango cuando suba a bordo. — Hacía tiempo que Clarence había ascendido al Estado Mayor-. Podría parecer que el muchacho goza de cierto favoritismo, lo cual no es bien recibido por parte de una compañía de jóvenes que, por lo general, no disfrutan de influencias y menos aún de dinero, y que con toda probabilidad, sobre todo por ser éste su primer viaje, se lo harían pasar muy mal. Aunque existen excepciones -dijo con una inclinación de cabeza-, raro es el caso del guardiamarina privilegiado que se convierte en buen oficial. Ah, y a la hora de hacer el examen, me tomo la libertad de aconsejarle que no recurra usted a amigos influyentes o a contactos.

—Estoy completamente de acuerdo con usted -dijo Clarence-. Yo mismo acusé el peso de la influencia, y más de una vez me dije que jamás habría ascendido al empleo de capitán de navío de no ser el hijo del rey Jorge.

—Oh, señor, estoy seguro de que en eso se equivoca -dijo Jack en respuesta a la expresión conmovedora del príncipe-. Recuerdo que en una ocasión nos abarloamos a la *Pegasus* en las Indias Occidentales, y que pensé que no había fragata más armoniosa en toda la flota.

—Oh, eso es muy amable por su parte, palabra que sí -dijo Clarence-. ¿Me permite pedir que nos preparen una cafetera?

—Para mí no, señor, pero se lo agradezco.

Clarence levantó la mirada.

–Creo que el muchacho aguarda en el descansillo -dijo-. Si ésa es su única condición, sepa usted que la acepto sin reservas. – Estrechó la mano de Jack, y a continuación abrió la puerta-. Pasa, Horatio. Hemos llegado a un acuerdo, y el capitán Aubrey ha tenido a bien que embarques a bordo de la *Surprise*.

–Oh, gracias, señor. Muchísimas gracias de todo corazón -exclamó el muchacho muy conmovido-. Estoy seguro de que mi querido tío se habrá llevado una gran alegría al enterarse.

* * *

Y así era, pues se le veía muy feliz a la par que emocionado cuando llevó a Horatio a White Horse, acompañados ambos por un sirviente inclinado bajo el peso del baúl de marinero recién estrenado.

–Me alegro tanto de verle, Aubrey -dijo-. Qué alegría haber leído de nuevo su carta, tan bien escrita. Sepa que accedo a todo cuanto en ella dice. Admirablemente escrita, sí, señor. Encantado de saludarle, doctor. Le aseguro a usted que le quedo eternamente agradecido... Pero, discúlpeme, se lo ruego, si me despido tan pronto. Mornington me está esperando, y odio las despedidas. – Y así, después de sacudir de nuevo la mano de Jack, echó literalmente a correr, apartando a la muchedumbre a su paso.

Horatio parecía un tanto perplejo.

–¡Señor Daniel! – voceó Jack en ese momento-. Ah, ahí está usted. Buenos días, tengo a cuatro a la sombra, de modo que arriba ese baúl y suba al coche de una vez. Antes permítame presentarle al señor Hanson, que se alojará en la camareta. – Los jóvenes se estrecharon la mano-. Éste será su primer viaje, pero se apaña bien con los números y espero que se lleven ustedes bien.

Entraba la gente, lo hacían como arañas sobre un tejado; los amigos bien juntos, algunos despidiéndose de quienes quedaban en tierra.

–Apartaos de mi jodido camino, condenados cornudos -dijo alguien en un tono de voz más elevado.

Y Clarence se abrió paso entre la multitud, subió por la escala, dijo «Qué Dios te bendiga, Horatio», se inclinó sobre él, colocó algo en su mano y le dio la espalda, tartamudeando algo a Jack de un regalo «que... que... que había olvidado, y que gracias... por... por... todo».

Qué doloroso ver aquella enorme y pálida cara cubierta de lágrimas.

—¡Vámonos! —voceó el cochero. En un instante, el gigantesco negocio emprendió el camino, contribuyendo a la generalizada trapisonda del tráfico de aquel sábado, ruidoso y atestado sábado, de tal forma que no fue sino hasta circular el coche por la carretera recién allanada y comparativamente silenciosa que discurría a lo largo de Putney Heath, que se produjo una conversación de verdad: Horatio, muy emocionado, no había articulado palabra excepto para decir «sí, señor», «no, señor». Sin embargo, en ese momento, durante el silencioso camino, y durante una calma en la que poco se habló, se oyó una campanilla dar las once, y Horatio observó sorprendido el paquete que el tío William había colocado en su mano. En el silencio expectante que siguió, el propio reloj de Stephen pronunció el leve eco de la hora desde el bolsillo de su chaleco.

—Creo, señor -dijo sacando su reloj-, que debemos de tener la misma maquinaria. ¿Me permite compararlas?

Efectivamente. Ambos relojes eran obra de Breguet, y disfrutaban por tanto de una maravillosa precisión. El de Stephen le había acompañado (a veces perdido, siempre recuperado) durante incontables años, y la voz de las manecillas había acariciado su oído en más de una noche de insomnio.

—Cuando paremos a comer -dijo-, lo cual, Dios mediante, sucederá en Guilford, le enseñaré cómo pueden ajustarse las campanadas del mío para que suenen rápidas y lentas, altas y suaves, la repetición y la alarma. Su diminuta maquinaria resulta increíble.

—Por supuesto, señor -dijo Horatio, que observó la elegante esfera del reloj y las lentas manecillas durante casi todo el trayecto a Guilford. Tan sólo levantó la mirada para plantear de vez en cuando a Daniel (cuya amabilidad había intuido de inmediato) sus dudas acerca de la vida en la Armada.

—De modo que en realidad no soy guardiamarina -dijo aprovechando que los demás estaban enfrascados en una conversación.

—No. Ha entrado usted a formar parte de la dotación de una fragata en la que no hay mucho espacio disponible, a pesar de lo cual pasará a formar parte de la camareta de los guardiamarinas; puesto que ya tiene una edad, no se le tratará como a un niño, por mucho que éste sea su primer viaje. Sin embargo, en los libros de la *Surprise* se anotará su nombre en calidad de voluntario de primera clase, un voluntario de la primera clase, y no será ascendido hasta que el capitán lo considere oportuno. Sin embargo, lleva

usted uniforme de guardiamarina, y puede subir al alcázar. No se encuentra todavía en el primer escalafón, cierto, pero ya tiene un pie en él, y eso es lo bueno.

Las progresiones, la aritmética, la geometría, o la simple física pueden hacerse muy largas, y en lo que al emocionalmente agotado Horatio Hanson concernía, el primer escalafón de aquella particular secuencia en concreto hubiera parecido un lugar eterno de no ser porque los tañidos de su corazón le empujaban a creer lo contrario. Jack había pedido al cochero hacer un alto en el Hind, donde pudieron comer un poco, antes de acomodarse en dos sillas de posta que partían del lugar con los baúles y las mantas, dispuestas a completar la última manga hasta Woolcombe.

Para Horatio había sido un viaje agotador, antes de emprenderlo, durante y después, momento en que fue presentado a la familia del capitán y a un numeroso conjunto de miembros que habrían de convertirse en sus futuros compañeros de rancho. Algunos de ellos, como el piloto, eran muy veteranos, y otros pertenecían a la camareta, como él. Luego llegó la cena y el desafío de aquellos largos pasillos desconocidos, el enorme y extraño dormitorio, y las dudas de si podría utilizar el orinal.

Pero qué maravillas puede obrar una larga noche de descanso. Por no mencionar un abundante desayuno en compañía de miembros de la Armada, ninguno de los cuales se portó mal con él; incluso se mostraron simpáticos. La soltura y la tranquila autoridad de las hijas del capitán, así como el desenfado con el que el joven George iba y venía del aparador, sirviéndose una improbable cantidad de cosas, le impresionaron mucho, pero no tanto como el relato jugada a jugada hecho por el señor Whewell, de cómo el equipo de la casa había ganado al del pueblo (a pesar del párroco) por dieciocho carreras.

Sin embargo, este satisfactorio relato se vio aplazado por la llegada de Harding y de sus palabras: «A flote, señor, a flote», que de inmediato fueron interpretadas por el capitán Aubrey y por todos los oficiales como que el señor Seppings había terminado su obra de arte bastante antes del tiempo estipulado, y que la fragata estaba a punto de echarse a la mar, con las machinas de arbolar dispuestas a reponer los palos, y el contramaestre preparado para aparejarla.

Aquellas palabras imbuyeron una extraordinaria energía a los marineros, y una tristeza en Sophie que ésta supo contener, y que los niños

contuvieron con menos convicción, muy al contrario que Brigid, a quien tuvieron que sacar de la estancia. Todo ello perturbó a los hombres, aunque no interrumpió sus rápidos preparativos, sus coordinados preparativos. Algunos, más por instinto que por organización, se dirigieron a sus puestos con toda la rapidez de que fueron capaces los caballos veloces, los vehículos o las piernas. Otros, los mejor equipados, se dirigieron a Portsmouth para preparar a las, por lo general, lentas mentes del lugar, para que dispusieran los pertrechos, la pólvora, la bala, el cerdo y la ternera en salazón, la cerveza, la galleta, el ron, la necesaria agua, las millas de cabuyería, así como las millas cuadradas de lona, los pertrechos del carpintero, los del contraamaestre... Todos los innumerables objetos que incluso un modesto barco de guerra necesitaba para una travesía de tal envergadura, como el purgante de ruibarbo, que ocupaba un total de siete toneles.

CAPITULO 4

Al dar las cuatro campanadas de la guardia de alba, el capitán Aubrey, cubierto con una casaca de loneta, con el pelo largo y rubio destrenzado ondeando sobre la aleta de babor de la fragata, subió a cubierta, observó el cielo gris y cubierto de lluvia, vio una elevada ola romper sobre la amura de estribor, esquivó al menos parte del agua que llegó rauda por el pasadizo del combés, y dijo:

–Buenos días, señor Somers. Diría que hoy podremos prescindir de la ceremonia de baldear las cubiertas. Está visto que los cielos se encargarán de hacerlo por nosotros.

–Buenos días, señor -saludó el segundo teniente-. Sí, señor. – Y proyectando su potente vozarrón a proa, ordenó-: A estibar los lampazos.

Al volverse, Jack vio una delgada y sonriente figura que le saludaba.

–Vaya, señor Hanson, ¿cómo está usted? Cúbrase, haga el favor. ¿Se ha recuperado?

–Sí, señor. Gracias, ya me encuentro bien.

–Me alegra oír eso. Creo que pasamos por la peor parte de esta tormenta. ¿Ve clarear el cielo a dos cuartas por la amura de estribor? Si se encuentra usted bien antes de las divisiones, quizás podamos intentar trepar al tope de mesana.

—Oh, sí, señor, si es tan amable, Jack, que con la ayuda de una toalla se había secado bastante, volvió al coy que aún conservaba el calor y se tumbó con comodidad, acunado por el golpeteo regular y el barrido de toneladas de agua que rompían contra la amura de estribor. La *Surprise* llevaba rumbo sursuroeste, y casi navegaba de bolina con las gavias arrizadas, gracias a un viento fuerte pero caprichoso y probablemente moribundo que soplaba del oeste. Por fin habían dejado atrás el canal, después de muchas jornadas de dar agotadoras bordadas. Ya no tenían a sotavento Ushant y los temibles arrecifes que tan bien había llegado a conocer durante el bloqueo de Brest. Aparte de la amenaza del rayo o de algún mercante enajenado, no tenían mucho que temer hasta que estuvieran frente a Cabo Ortegal, cabo donde estuvo a punto de perecer ahogado cuando servía de guardiamarina en la *Latona*, de treinta y ocho cañones. Disfrutaba de unos cuantos centenares de barlovento, y con tan reconfortante seguridad y el temblor y estruendo del oleaje, cayó dormido hasta las siete campanadas, para cuando despertó por completo a la brillante luz del día, una mar menguada y el desagradable rostro de Killick, su dispensero, con el agua caliente para el afeitado. En aquella ocasión, carecía Killick de malas noticias que darle, lo cual explicaba la hosquedad y el silencio con que respondió al saludo de Jack, aunque al pensarlo bien recordó que el doctor se había caído del coy en algún punto de la segunda guardia, y que el señor Wantage lo había atado tan fuerte que seguro que llegaría tarde al desayuno.

El desayuno, cuyo delicioso aroma flotaba en la cámara mientras se afeitaba Jack en el jardín, estaba compuesto por un ágape al que a menudo convidaba a uno de los oficiales que habían hecho la guardia de alba. No obstante, aquel día, en vista de la irritabilidad de que hacía gala Stephen por el hecho de que le hubieran atado tan fuerte (siete vueltas, apenas un respiro por minuto), pensó que lo mejor sería que desayunaran solos.

Así lo hicieron, y los acostumbrados huevos con bacon, las tostadas con la mermelada de Sophie, y, sobre todo, cafetera tras cafetera, ejercieron su civilizadora influencia, hasta tal punto que se oyó decir al doctor Maturin:

—Creo que me afeitaré antes de hacer las rondas.

Diversas respuestas ingeniosas cruzaron por la mente del capitán Aubrey pero, dado el precario temperamento de su amigo, lo cierto es que no arriesgó ninguna de ellas.

—¿Qué te parece el estado actual del joven señor Hanson? Anoche aguantó la guardia sin mayores problemas.

—¿Hanson? Ah, sí, Hanson. Se ha recuperado pronto, lo cual es muy propio de los jóvenes. Pero lo atribuyo también en buena parte a mi jalapa de Veracruz. Sometí a la mayor parte de mis pacientes a un tratamiento de diversos tipos de ruibarbo, aleppo y raíz de Esmirna, y también a la mejor raíz de Rusia. Quizás media docena de ellos sigan sufriendo lamentables y continuas indisposiciones.

—¿No estarás experimentando con tus pacientes, Stephen? — protestó Jack.

—Pues claro que sí, igual que tú lo haces con las diversas combinaciones de lona, para averiguar qué conviene más a tu barco. Un barco no tiene «tres gavias de mesana y una cangreja» escrito en la proa; y mis pacientes no tienen «ipecacuanha» tatuado en la frente. Por supuesto que experimento. En verdad lo hago.

Había experimentado: constituciones distintas requieren remedios diferentes. Pero desde que estallara el virulento brote de disentería (pues parte del cerdo en salazón servido durante el primer día había cruzado el Atlántico nada más y nada menos que en cuatro ocasiones, además de aguantar una larga pausa en Kingston, Jamaica), lo había hecho con *similia similibus*, anotando con mucho cuidado los diversos efectos; y observando, también, con ojo inquieto, la temible disminución en sus reservas. En una ocasión, antes de picar la sonda, tres cuartas partes de los marineros de la *Surprise* se habían visto incapaces de cumplir con el deber, pero estaban dispuestos y deseosos de ingerir enormes dosis de ruibarbo.

—Pero en lo que al joven Hanson respecta, de quien, por cierto, debo decir que me siento algo responsable, al igual que admito tenerle cierto afecto, hace tres días que está en condiciones de cumplir con su deber.

—Me alegra oírlo -dijo Jack.

Más tarde, después de resolver el papeleo matinal con la ayuda del contador y de su secretario, después también de comer, se dirigió al alcázar con la taza de café en la mano. El día era más luminoso si cabe, mucho más, y también cálido. Las nubes amenazaban a poniente, pero el viento había caído, de modo que la *Surprise* lucía las mayores.

Al dar las cinco campanadas, echaron la corredera.

–Ocho nudos y una braza, señor, con su permiso -informó el señor guardiamarina Shepherd a Whewell, oficial de guardia.

Éste se volvió a Jack, se descubrió y dijo:

–Ocho nudos y una braza, señor, con su permiso.

–Gracias, señor Whewell -repuso Jack, que reparó en la pronunciada inclinación de los palos a sotavento-. Quizás podríamos orzar cuarta y media.

–Cuarta y media a viento -dijo Whewell, que a continuación repitió la orden al cabo del timón.

Jack se dirigió al pasamanos y observó el combés del barco, donde vio lo que esperaba encontrar. Algunos de los guardiamarinas más jóvenes aprendían, entre otras cosas, a gobernar con ventaja el barco, a hacer los nudos correspondientes, la costura larga, un complejo sistema de ganar el barlovento y, justo ante sus ojos, Joe Plaice enseñaba a Horatio Hanson algunas habilidades fundamentales, como por ejemplo la doble escota, el gorupo, el dos cotes y el as de guía. Habían nombrado al veterano marinero padrino de mar del muchacho, y a esas alturas ya se mostraba muy locuaz y didáctico, y todo se lo enseñaba de buen humor y armado de paciencia.

–Señor Hanson.

–¿Señor? – voceó Horatio, que dejó los cabos para echar a correr hacia la escala.

–¿Cómo se encuentra en este momento? – preguntó Jack, mirándole con atención.

–Muy bien, señor, gracias. No podría estar mejor -respondió bien erguido, con las manos a la espalda.

–¿Recuerda aquello que le dije acerca de que cualquiera en su primera travesía debía mostrarse humilde y mudo en la camareta?

–Oh, sí, señor -respondió Horatio, arrebolado-. Aunque, señor, a decir verdad creo recordar que también me dijo que no debía soportar cualquier cosa.

–Quizás lo hice.

–De modo que cuando un compañero dijo que era un hijo de puta, me pareció conveniente mostrar mi desacuerdo.

–¿No se trataría de un oficial superior? ¿Un simple miembro de la camareta?

–Así es, señor.

–En tal caso, obviamente, hizo usted bien en mostrar su desacuerdo. Muéstreme las manos. Vuélvalas, quiero ver los nudillos. – Debió de darle fuerte para arrancarle la piel de ese modo. Jack sacudió la cabeza-. No, no, no creo que se repita. Dudo que nadie más de la camareta vuelva a hablarle en ese tono. La mayoría son tipos caballerosos, pero si volviera a repetirse, dígales que ya pueden insultarle, que su capitán le ha prohibido golpear a nadie. Vamos, que tiene usted las manos atadas.

–Sí, señor -dijo el muchacho con la apropiada deferencia y una total falta de convicción.

–En fin, veamos. Puesto que el viento no sopla demasiado (observe que en este momento los topes no trazan un arco superior a los cuarenta grados), quizás podríamos realizar el ascenso a las crucetas de mesana. ¿Recuerda lo que le dije de las dos manos, y que nunca debía mirar abajo?

–Oh, sí, señor.

–En tal caso, arriba, que yo le sigo.

Hanson echó a correr a popa, se encaramó al pasamanos, se aferró al tercer y cuarto obenque de mesana, se introdujo entre estos hasta asomar el cuerpo por la borda, se hizo con los flechastes que discurrían perpendiculares entre los gruesos cabos, dio uno o dos pasos arriba por la escalera que formaban, y esperó.

Un instante después, sintió que la obencadura se tensaba al soportar el peso del capitán, y luego percibió las fuertes manos de Jack en los tobillos, dispuesto a moverle los pies paso a paso.

–No mire abajo -dijo Jack-, límitese a mirar al frente, al palo. Ahí, a proa del pico cangrejo, hay un motón.

–Lo veo, señor.

–Conduce la braza de estribor de la gavia mayor hasta la cubierta. Tire de ella con suavidad cuando la tenga a su alcance, y verá cómo responde la braza.

Así lo hizo, y fue un tirón de lo más satisfactorio. Se encontraban situados cerca de la parte inferior de la cofa, amplia meseta (colocada en la parte superior del palo macho) que conducía al mastelero y al correspondiente juego de obenques, extendidos junto a las crucetas hasta alcanzar el mastelerillo y las crucetas superiores. Justo bajo la cofa, Jack se las apañó para que Hanson pasara por la boca de lobo, mientras que él lo

hacía por las arraigadas, hasta ir a caer en la cofa desde el pasamanos y reunirse con el joven.

—Las primeras siete veces conviene que pase usted por la boca de lobo -dijo-. Ciertamente, parecerá usted un halacabuyas, pero la ley no escrita dice que son siete veces. No tardará en acostumbrarse al ascenso y, superadas estas sagradas siete veces, se acostumbrará a encaramarse a las arraigadas sin planteárselo. Ahora, permítame mostrarle cómo se organizan las cosas en lo alto... -Y eso hizo: desde los tamboretos mayores, a los masteleros de gavia y de juanete.

Rara vez aceptaba Jack por propia iniciativa a un muchacho en su primera travesía; no obstante, algunos subían a bordo gracias a la intercesión de alguna autoridad superior o al ruego de algún antiguo compañero de rancho, y Jack tenía la costumbre de acompañarlos en su primer ascenso a la cofa. Servía para entablar cierto conocimiento mutuo, y, además, solía permitirle descubrir cómo era el muchacho en cuestión, lo cual facilitaba después el hecho de que pudiera darse una conversación fluida entre miembros situados a ambos extremos de la escala de mando.

Tomaron asiento un rato en la cofa, sentados en un fardo de lona, pausa que Jack aprovechó para explicar a Horatio algunos detalles importantes de la jarcia de labor. El muchacho lo observaba todo maravillado, y parecía fascinado por la inmensa y ordenada complejidad de un barco de guerra, su extraordinaria belleza, y la belleza superior de cuanto lo rodeaba.

—Mucho me temo que le sangran los nudillos -observó Jack, tras una pausa.

—Oh, lo siento, señor -se disculpó el muchacho, afectado-. Me temo que así es. Le ruego que me disculpe, señor. Los envolveré en el pañuelo.

—Lo mejor para la sangre -dijo Jack con cierta autoridad-, es el agua fría. Empapela en agua fría toda la noche, y por la mañana estará como nueva. Pero hábleme del boxeo, ¿quiere? ¿Ha practicado mucho?

—Oh, no, señor. No fui a la escuela. Sin embargo, los muchachos a quienes el señor Walker o mi propio abuelo preparaban para la primera comunión, y yo, solíamos pelear después en el patio.

—¿Usaban guantes?

—No, señor, con las manos envueltas en tela, aunque el hijo del cochero (cuyo tío, un auténtico luchador, propietario de la fonda de Clumpton, le enseñó mucho) tenía guantes, y él fue quien me enseñó.

–Tanto mejor-dijo Jack-. Cuando serví de guardiamarina en un navío de línea con un montón de jóvenes en la camareta, solíamos preparar combates y retar también a otros barcos de la escuadra. Igual que los marineros.

–Debía de ser muy divertido.

–Así era, en efecto. Quizás podríamos hacer algo... ¿Cuánto pesa usted?

–Casi ciento veintiséis libras, señor.

–Veremos qué puede hacerse. ¿Está cansado de trepar?

–En absoluto, señor.

–En tal caso, subamos a las crucetas. ¿No le preocupa la altura?

–Oh, no, señor. No me preocupa.

Jack le hizo dar la vuelta, lo colocó en posición, firmes ambas manos, y de nuevo le ordenó trepar.

Ambos ascendieron con brío por la cada vez más estrecha obencadura, cuyos obenques se veían tan cercanos entre sí en lo alto que Jack se impulsó hasta ganar los de babor, se impulsó después hasta las crucetas de ese costado y ofreció una mano al muchacho para encaramarlo a la otra. Allí permanecieron sentados, uno a cada lado del mastelero, ambos con el brazo alrededor del mismo. Parecían encontrarse a una altura increíble, pues el mar se extendía casi hasta el infinito y el cielo parecía una vasta llanura. Horatio había abierto la boca para exclamar su asombro por la etérea belleza del barco y todo cuanto le rodeaba, cuando recordó las palabras «humilde» y «mudo», momento en que volvió a cerrarla.

–Si el viento sopla un poco más a popa, verá usted cómo largamos las alas. Ahora, aférrese con ambas manos a las crucetas en cuanto me coloque debajo, descuelgue las piernas y permítame que le coloque los pies en su lugar.

Abajo, abajo, abajo.

–Lo ha hecho usted muy bien -dijo Jack, ya en cubierta-. La próxima vez subirá con uno de sus compañeros; con el señor Daniel, por ejemplo. Dentro de una semana no tendrá usted la menor dificultad en hacerlo solo.

–Señor, muchísimas gracias por acompañarme. En toda mi vida había visto nada tan bonito. Me gustaría que durara siempre.

Lamentó decir esto último por considerarlo demasiado enfático, fuera de lugar a oídos de un capitán de navío, pero apenas las había pronunciado

cuando fueron ahogadas por el extraordinario vozarrón del vigía apostado en la verga de trinquete, antiguo (y muy pasional) ballenero.

—¡Por ahí sopla! ¡Oh! ¡Por ahí sopla! A tres cuartas por la amura de estribor. Discúlpeme, señor -añadió en un tono de voz más moderado, consciente de que aquélla no era voz de la Armada Real.

Y por ahí sopla, en efecto: oscura, enorme hendidura en la llana superficie del mar, y después el chorro, y no sólo uno, sino seis, uno tras otro. Levantaron luego su enorme peso, resoplaron y se hundieron al compás, una tras otra, espectáculo que vitorearon los marineros de la *Surprise*.

—¿De qué tipo son, Reynolds? — preguntó Jack.

—Ballenas, señor, ballenas ballenas, ¡ja, ja, ja!

* * *

—¿Por qué se dice «ballenas ballenas»? — preguntó William Salmón, segundo del piloto de derrota, cuando los miembros de la cámara se dispusieron a comer, una cámara reducida, dado que Jack se había librado de los guardiamarinas más indiferentes.

—Pues porque son ballenas en todos los aspectos -respondió Adams, secretario del capitán Aubrey-. Se encuentran en el lugar adecuado, frente a Groenlandia, o en la bahía, tienen la barba de ballena correspondiente, de lejos la mejor del mercado, y la adecuada cantidad de aceite: seis o siete toneladas por cabeza. Ah, y también el temperamento de una ballena, o sea, se mueven con lentitud, nada de lucir la aleta como pueda hacerlo usted, o volverse para aplastar su barca como un vulgar cachalote. Lo más honrado que jamás haya visto.

—Bueno, sí -dijeron todos, más pendientes del pudín que entraba por la puerta, un enorme perro moteado.

Por vivir en época de carestía, los guardiamarinas comían lo mismo que los demás marineros, pero puesto que su capitán insistía en el hecho de que disfrutaran de una considerable mesada, los de la *Surprise* se apañaban mucho mejor, puesto que disponían de provisiones, ganado, e incluso de una moderada cantidad de vino, parte del cual apuraron al finalizar la comida.

—Brindemos por un buen y próspero viaje -propuso Daniel con la copa en alto.

—Por un buen y próspero viaje -repetieron los demás.

En cierto modo fue bueno y próspero, puesto que si bien la brisa soplaba tan poco que el barco apenas podía anotar en la pizarra un avance superior al centenar de millas por singladura, de un mediodía al siguiente (una distancia cuidadosamente calculada por Daniel y Hanson), les era favorable. Por otro lado, la tranquilidad del mar, las cubiertas cuasi inmóviles, hacían de la artillería un ejercicio fantástico, y con su rica variedad de pólvora y bala (que sería renovada en Madeira), Jack ejercitó a la dotación con munición de verdad en cuanto hubieron endurecido los músculos tras empujar y asomar las bocas de los cañones por las portas media docena de veces. Después, la dotación tuvo la gozosa oportunidad de destruir cierta cantidad de toneles vacíos, remolcados en ocasiones a distancias considerables. A continuación, el repetido estruendo de las andanadas; y no la muda práctica habitual de las divisiones, sino el estruendo ensordecedor del combate, los estallidos, las lenguas de fuego, el gemido de cada cañón al retroceder cargado de peligro, el fuerte olor al humo de la pólvora en todas las cubiertas. Y allí estaba la fragata, a las gavias de combate, en mitad de su propia nube de humo que el viento empujaba hacia ella, humo que surgía de sus propias fosas, además del enorme, casi continuo rugido fruto del fuego de las piezas, primero las situadas más a proa de estribor, seguidas por los demás cañones de la batería. Era como si la *Surprise* librara una temible batalla consigo misma: las manos en la cadera, los pañuelos alrededor de la frente, graves ante la proximidad de la muerte, febriles, activos, cuidándose del retroceso, aplicando la lanada, metiendo el cartucho, empujando a fondo el cañón, la tonelada de metal hasta asomar la boca por la porta, trincado en batería con un estampido mientras el cabo de cañón apuntaba a caza, a retirada, a través, y los sirvientes corrían de un lado a otro con los cartuchos del pañol, todo ello al tiempo que temblaba la cubierta y vibraba la tensa obencadura.

—¡Buen disparo! — dijo Jack cuando sonó el disparo del cañón emplazado más a popa-. Lanada, mete cartucho y trinca cañón -ordenó-. Paciencia mientras remolcan los objetivos, a ver si con estos tres mejora la cosa.

Los hombres, cubierta de sudor la robustez de sus cuerpos, irguieron la espalda, cruzaron una sonrisa de satisfacción, se secaron el sudor de la

frente y, la mayoría, fueron a las tinas a disfrutar de un largo y refrescante trago de agua.

Cuando todo estuvo preparado, cargados los cañones y trincados en batería, Jack ordenó en un tono de voz digno de la sordera propia del combate:

—¡Dispuestos los objetivos. Fuego a discreción de proa a popa! — Lo dijo reloj en mano. La mayoría de sus hombres sabían lo que eso significaba, y el cañón situado más a proa no tardó en escupir fuego, seguido por el resto de los cañones del costado, escena de intensa actividad, puesto que todos sus veteranos compañeros de dotación eran conscientes del valor que daba a un fuego preciso y rápido: «Un barco capaz de efectuar tres andanadas cada cinco minutos no encuentra enemigo que pueda vencerlo.» Lo había repetido una y otra vez, y en el pasado así lo había demostrado.

El objetivo desapareció en una nube de espuma antes de que finalizara la primera andanada; sin que mermara lo más mínimo su celo, trabajando como demonios, las otras dos andanadas dieron buena cuenta de los restos hasta que aulló el último cañón y un silencio estrepitoso cayó sobre la mar.

—Bien, compañeros -dijo Jack- lo habéis hecho muy bien. No creo que haya muchos barcos a flote que puedan acusarnos de lentitud; sin embargo, para cuando arribemos a Freetown confío en que podamos hacerlo mejor.

Los marineros de la *Surprise* parecieron algo decepcionados, aunque en realidad ninguno de los experimentados cabos de cañón esperaba oír otras palabras; incluso los más lentos marineros nuevos habían reparado en el hecho de que las piezas tres y cinco habían perjudicado la perfecta secuencia de las andanadas.

—Pese a todo, lo han hecho bien, teniendo en cuenta que se trata de una dotación que aún no se conoce -dijo Jack al entrar en la cámara-. Pero te diré algo, Stephen: A punto está de cambiar el viento. — Dio unos golpecitos al barómetro-. Sí, antes del anochecer... Pase.

—Le ruego que me perdone, señor -dijo Wells, el guardiamarina enano-, pero el señor Harding me ha pedido que le transmita sus mejores deseos, y le informe de que hemos avistado a la *Ringle*, cubierta de lona y con rumbo estenordeste.

—Gracias, señor Wells. Ah, hola, señor Adams, ¿qué es eso que trae?

—Señor, son los ejercicios de los jóvenes, si es tan amable de echarles un vistazo. El piloto me ha pedido que se los trajera a usted, dado que me cogía

de camino a popa. Por lo visto tenía que volver al excusado.

Stephen sacudió la cabeza: el señor Woodbine era uno de sus casos más obstinados, ¿existiría, quizás, si no una causa oculta, algo que contribuyera a agravar el caso? Los pacientes podían mostrarse muy locuaces respecto a los síntomas que acusaban, taciturnos también, reservados en ocasiones, como si sospecharan que el médico intentaba tenderles una trampa, una trampa que podía desembocar en la intervención quirúrgica. Cuando dio por terminadas estas reflexiones, reparó en la partitura del preludio y fuga en re menor para violín y violoncelo que había compuesto hacía tiempo, y que había pasado a limpio, aprovechando la calma.

Jack, que inspeccionaba los ejercicios de los jóvenes caballeros, ejercicios en los que habían calculado la altura al mediodía del sol, además de otros cálculos, reparó a su vez en lo que llamaba la atención de Stephen.

—He practicado un poco los primeros compases del preludio -dijo-, pero, ¡Dios mío, Stephen, si parece que tenga los dedos entumecidos! Apenas he rascado el violín desde que nos hicimos a la mar: la mayoría de las notas me suenan desafinadas, por no hablar de lo corto que me quedo con el arco.

—Es cierto. No hemos tocado una sola nota desde hace muchos días.
Jack asintió, sonriente.

—Sin embargo, tengo algo que te complacerá. — Y le tendió dos hojas, ambas con cálculos dispuestos en ordenadas filas, y con sendos resultados finales que indicaban la posición de la fragata, con apenas unos segundos de diferencia entre sí-. Tal como cabría esperar de alguien ducho en matemáticas, ésta corresponde a John Daniel; la otra, sin embargo, es del joven Hanson, y estoy seguro de que no se ha copiado. Menuda joya debió de ser ese señor Walker, tutor del muchacho, para enseñarle a calcular la altitud tan bien. Aunque seguro que el duque le proporcionó un instrumento de primerísima calidad. A juzgar por los cálculos de ambos, nos encontramos a una semana de navegación de Madeira, y si persiste este viento, como creo que hará, o más bien -y dicho esto tocó el brazo de madera de la silla-, como espero que suceda, podremos decir que hemos completado la primera manga en un buen tiempo, a pesar de una salida poco prometedora.

* * *

El viento persistió. Por regla general, lo tuvieron por la aleta de estribor, tan entablado como un alisio. La *Surprise* pudo por tanto largar alas y rastreras, y el agua pasó a gran velocidad por el costado, salpicando a sus gentes de tan buen ánimo que, con el cambio de la última guardia de cuartillo, cantaban y bailaban en el castillo de proa, al son del pífano, del tambor y de una pequeño arpa, todo ello con una animación que de lejos sonaba como la feria de Bartolomé, sólo que con mayor armonía.

Fue en una tarde así, cuando se encontraban a uno o dos días de Madeira, que Jack Aubrey se acodó al escritorio para reanudar la carta a Sophie y, quizás, para terminarla, de tal forma que toda su documentación quedará lista para su envío por mediación del siguiente paquete.

Pura navegación -escribió- navegación con el viento más favorable del mundo, que empuja al barco que uno ama y a una dotación compuesta, en su mayoría, por hombres a quienes conozco desde hace años, casi todos ellos marineros de verdad. – Llegado a este punto, cogió una nueva hoja y prosiguió:- Se me antoja ingrato decirlo, pero algunos de nosotros echamos de menos la continua vigilancia, la perpetua exploración a vuelo de águila del horizonte a sotavento, en busca de la vela extraña que podría corresponder a un enemigo o, con un poco de suerte, a una presa de ley. Pero corren tiempos de paz, y los tiempos de paz con un viento favorable pueden, para la mente desagradecida, parecer algo vacíos en ocasiones.

Afiló la pluma (poseía un cortaplumas afilado como una cuchilla, capaz también de cortar plumas por la mitad) y repasó las últimas palabras escritas bajo un prisma más crítico, todo ello antes de tomar una nueva hoja.

Es cierto que incluso algunos de nuestros más antiguos compañeros de rancho pueden mostrarse difíciles de vez en cuando -continuó-. Ahí tienes a uno de tus favoritos, Davies el Torpe, hombre cabezón donde los haya si se cruza con uno de los nuevos. No obstante, en un trozo de abordaje, o al asaltar al arma una posición costera, ese hombre vale su peso en oro, por mucho que pese. Su enorme masa, su fuerza y agilidad terroríficas, la desagradable palidez de su rostro y el modo en que echa espuma por la boca cuando se agita, todo ello hacen de él un temible oponente. Lo que Stephen denomina furia *berserker* le sirve casi para barrer de adversarios la cubierta enemiga. También aúlla, y tiene otras caras: no sólo es muy útil cuando hay que guindar los masteleros y te faltan manos. ¿Recuerdas a ese lastimero y tímido muchacho llamado Horatio Hanson, con quien tan amable fuiste en

Woolcombe? Pues bien, ha demostrado poseer una gran capacidad como navegante, pero aún carece del nervio de un buen gaviero (¿y quién podría reprochárselo?), de modo que se enredó una vez al descender desde gran altura; creo que fue en la bola del tope de trinquete, o en un sitio similar. Davies lo vio y, haciendo a un lado a Joe Plaice (que hace de padrino de mar del muchacho en cuestión), trepó a lo alto, aferró el tobillo del joven y lo arrastró por la fuerza bruta boca abajo hasta la cofa del tope, donde quedó a salvo, y ahí lo dejó con un gruñido de enfado...

Dejó de escribir.

—Bueno, Stephen, ¿se puede saber por qué te has puesto a revolverlo todo de ese modo? — preguntó algo irritado.

—¿Te parece que estoy revolviendo? En realidad realizo una exhaustiva búsqueda de la colofonia, que he querido encontrar hasta en el último rincón y grieta de este infame carcamán, y Dios sabe que de ambos anda muy sobrado. Es el único pedazo de colofonia que tengo, después de que una rata de baja estofa se empeñara en devorar los demás. ¿Serías tan amable de mirar en tu bolsillo?

—Oh, Stephen -exclamó Jack, cuya mirada de justa indignación desapareció mientras su rostro se cubría de arrebol al sacar el pedazo de colofonia con su pañuelo-. Lo lamento mucho. Lo siento, de veras. Perdóname, por favor.

—¿Has estado tocando? — preguntó Stephen mientras limpiaba de pelusilla la colofonia.

—Había pensado hacerlo; de hecho, incluso llegué a sacar el violín de la funda, pero al pensar en todo el papeleo que Adams y yo tenemos que preparar para cuando arribemos a Funchal me pareció mejor terminar la carta a Sophie.

—Añade todo mi cariño, si eres tan amable -dijo Stephen que, al detenerse bajo el quicio de la puerta, añadió-: Supongo que sabrás que se nos acerca la *Ringle*.

—Desde que despejó el horizonte, los vigías del tope han informado de ello guardia sí, guardia también. Con el barómetro tan constante, espero acortar de vela en una o dos horas, para que podamos entrar a puerto en Funchal antes del cañonazo de la noche.

* * *

A primera vista, la asolada Funchal conservaba un aire oscuro y desolado, aunque desde la cofa de mayor, más cerca gracias al catalejo, vieron que se habían emprendido las reparaciones, y que si bien no había mucho ajeteo en el famoso astillero de Coelho, sí había trabajo. Abundaban las pilas de madera recién talada, y el almacén de pertrechos de la Armada Real se veía en buen estado de revista, con el barco de pertrechos al paio frente al muelle, y los alijadores yendo de un lado a otro, mientras un paquete español amarraba a la espía a un cable de distancia. La *Surprise* saludó al castillo y fondeó en su lugar de costumbre, acompañada a sotavento por la *Ringle*. El castillo devolvió el saludo con el brío que era de esperar.

—Por favor, amigo mío, encárgate de que un bote me deje en el embarcadero en cuanto caiga la noche, y que me recoja una hora después - pidió Stephen a Jack en voz baja.

Cayó la noche, y con ella la oscuridad, ayudada por las nubes procedentes del sudoeste y también por la llovizna. Marineros y oficiales acostumbrados, muy acostumbrados a sus características cabriolas, levantaron a Stephen por la borda como si fuera un cesto lleno de frágil porcelana, y éste se vio sentado en la bancada de popa junto a Horatio Hanson, quien se había entregado al mar con tal encono y naturalidad que el capitán podía confiar en él la seguridad de la valiosa canoa y la aún más valiosa dotación compuesta de buenos marineros.

—Discúlpeme, señor Hanson, pero lo he olvidado... ¿Dice usted que no nos acompañó en la travesía desde Gibraltar? — preguntó Maturin.

—No, señor, me temo que no tuve esa suerte.

—¿De veras? Pues parece usted haber hecho esto toda la vida.

—Quizá se deba, señor, a que mi padre era marino -Y levantando la voz:- Aguanta sobre los remos, aguanta, aguanta. — Cerca se encontraba la quilla del fondo de guijarros. Entonces, el proel y su compañero aprovecharon la siguiente ola para depositar a Stephen en el embarcadero sin mojarse los pies.

—Gracias, Evans; gracias a ti también, Richardson -dijo, y añadió alzando más la voz:- Señor Hanson, justo dentro de una hora, si es tan amable. Sé que nuestros relojes concuerdan hasta el último segundo. Si prefiere usted volver al barco, aquí mismo le aguardaré siete minutos.

Se adentró en la ciudad, no sin antes detenerse bajo un toldo de caña que le resguardó de la lluvia mientras disfrutaba de un café muy, muy fuerte, para después seguir los giros y vueltas que recordaba a la perfección, hasta llegar a un modesto establecimiento situado en la discreta zona mercantil de la ciudad. Modesto, sí, pero bien protegido por el equivalente local a los púgiles ingleses, puesto que estaba frecuentado por tratantes de piedras preciosas a quienes podía verse pasar entre sí la mercancía envuelta en papel, todo ello acompañado de susurros. Como había podido observar Stephen, aquellos que recibían los paquetitos parecían adivinar el contenido gracias a un poder sobrenatural, ya que, al menos por lo que él podía ver, nunca llegaban a abrirlos. Tampoco variaba en su conversación el tono bajo (que no secretista), discreto y monótono. Otra cosa en la que reparó, y lo hizo con una sorpresa que apenas pudo disimular, fue en la presencia de su amigo, colega y aliado Amos Jacob, a quien pretendía dejar un mensaje con la esperanza de que pudiera recogerlo en un mes, más o menos.

Cruzaron una mirada huidiza, vacua, y cuando Stephen hubo apurado y pagado la copa de vino, salió a la calle desierta y húmeda. Había dejado de llover, pero las nubes seguían discurriendo a baja altura, y se alegró al ver que Jacob le alcanzaba con un parasol. Se abrazaron de pronto, dándose palmadas en la espalda a la manera española, y se saludaron en esta lengua, con la que ambos estaban perfectamente familiarizados y que, además, era habitual en Funchal, lo bastante como para no suscitar comentarios.

—Sir Blaine te envía recuerdos -dijo Jacob-. Debo informarte de que sir Lindsay se hará probablemente a la mar el 27 de este mes, recalará en Funchal (donde sus agentes, un grupo de perfectos idiotas, se encargan de comprar excedentes de guerra) y, después, pondrá proa a Río. No ha obtenido apoyo del Almirantazgo, ni por supuesto del departamento hidrográfico. Viene por iniciativa personal, invitado por un comité de particulares, pues las declaraciones chilenas no han sido reconocidas oficialmente, ni siquiera se les ha dado acuse de recibo. Ha pedido una modesta corbeta, vendida por la Armada Real, así como otra embarcación llamada *Asp*, que están reparando para él en Río. Su función consiste en adiestrar a las autoridades chilenas, si puede darse tal nombre a un alocado y autoproclamado comité o conjunto de comités que, probablemente, acabe por disolverse en cualquier momento...

—Querido amigo, lamento decirte que acabas de perder el hilo.

—Oh, perdóname... Adiestrar al proyecto de Armada chilena, puesto que España aún controla el archipiélago de Chiloé en el sur, así que los barcos de guerra españoles de menor porte, al igual que los corsarios, atosigan la costa chilena mientras al norte, a mano, en la base peruana de El Callao, disponen de embarcaciones de mayor calado.

—Ha pasado bastante tiempo desde que pudimos hablar con cierta intimidad -dijo Stephen tras reflexionar-. Dime, ¿dispones de información local reciente que debería conocer? ¿Cualquier detalle acerca de la naturaleza de esa división de la que me hablas?

—Por supuesto. Estuve hablando con un contacto que tengo en los negocios chilenos, un mercader de joyas especializado en esmeraldas, esmeraldas de Muzo (incluso le compré una bolsita), y me dijo que la ruptura era inminente. Las dos facciones principales viven a cierta distancia una de otra: Bernardo O'Higgins y su amigo San Martín, que venció a los monárquicos en Chacabuco, como tú mismo recordarás, y cuyos asociados fueron quienes acudieron en un principio al capitán Aubrey, son los cabecillas de la facción norte. Son quienes viven en el sur quienes convidaron al capitán Lindsay.

—¿Podrías resumirme sus puntos de vista?

—No podría resumirlos, porque hay tantos con tantos objetivos distintos, y hablan tanto de ello... Pero podría proporcionarte una idea a grandes trazos, generalizar, decirte que los caballeros del sur son más idealistas y que no parecen tener los pies en el suelo, mientras que los del norte, al mando de O'Higgins y San Martín, con unos objetivos más realistas, se muestran mucho más eficaces. Quizá sus amistades son algo lamentables, pero diría que, en general, buscan menos el beneficio propio.

Stephen lanzó un suspiro.

—Parece obvio que se trata de una situación compleja -dijo-, por lo que las posibilidades de cometer errores graves son innumerables. No sabes lo que daría por que estuvieras ya allí, que nos hubieras tomado la delantera a todos, incluido a Lindsay, para que nuestra relación facilitara el hecho de que la *Surprise* entrara a puerto con toda la información habida y por haber. Busquemos un paquete o mercante que se dirija...

—Querido amigo, creo que podremos apañarnos sin necesidad de recurrir a paquetes o mercantes. ¿Nunca te ha mencionado sir Blaine a nuestro hombre en Buenos Aires?

—¿El inestimable señor Bridges, de la cancillería? Así es, en efecto, aunque creo recordar que lo hizo por alusión a su enciclopédico conocimiento de música antigua... No obstante, a veces sir Joseph habla en voz baja para dar énfasis a sus palabras, y no siempre entiendo lo que me dice, si a ello le sumas que no soy de los que gustan hacerse repetir el qué, el cómo, el resultado es que a veces me veo obligado a leer entre líneas.

—Pues verás, el caballero también es un eminente montañero (ha trepado por los más sorprendentes picos andinos) y, con algunos amigos escogidos (araucanos, según tengo entendido), de los más feroces, ha atravesado toda la cordillera por ignotos y desiertos pasajes; con su ayuda y los guías podría llegar hasta Chile mucho antes de que vosotros superéis ese tedioso estrecho, o dobléis el gélido cabo de Hornos.

—¿Lo dices en serio, Amos?

—Así es. La montaña es mi único amor, y trepo con infinito gozo. No hay pico en Djebel Druse que no conozca.

—¿Llevas equipaje? Mi bote está en camino. — Jacob asintió-. En tal caso, llévalo mañana al almacén de la Armada con toda la discreción posible. Di que perteneces a la *Surprise* y que quieres que preparen siete toneles de purgante de ruibarbo; ya me encargaré yo de buscarte por ahí cuando me acerque a pedir otros fármacos. Que Dios te bendiga.

* * *

—¡Jack! — exclamó al irrumpir en la cabina-. Oh, perdóname.

—No te preocupes, querido -dijo el capitán Aubrey mientras cerraba el libro-. Estaba leyendo un molesto ensayo sobre los galateos: hagas lo que hagas, no tiene remedio. Vaya, me temo que te has desgarrado las medias.

—Sí, me enganché con una de esas cosas enhiestas al subir por la borda como lo haría un marino. Jack, ya sabes que mi intención al desembarcar consistía en dejar un mensaje a Amos Jacob para que se reuniera con nosotros, como deseaba sir Joseph. ¡Pues me lo he encontrado en carne y hueso, sentado a menos de diez yardas de donde yo estaba! Nos hemos reunido discretamente en la playa. Amos posee ya mucha información; debido a que mi memoria no es lo que era, le he pedido que suba a bordo para que pueda informarte de los puntos principales. Nos acompañará hasta Río, y desde allí se encaminará por tierra a Chile, donde, Dios mediante, se reunirá de nuevo con nosotros. Para tranquilizarte, te diré que sir David no

partirá hasta el día 27. Por lo visto, dispone de una «modesta corbeta» vendida por la Armada Real, y de otra embarcación llamada *Asp*, que reparan para él en Río, donde recalará antes de emprender el paso al Pacífico (si la memoria no me falla) por el estrecho. Jacob te dará los pormenores, además de información detallada acerca de las diversas facciones chilenas. Lindsay, por cierto, dispone de agentes aquí, y está comprando armas usadas para emplearlas contra su rival. Con el fin de evitar en lo posible llamar la atención, he rogado al doctor Jacob que se persone con su baúl a primera hora en el almacén de pertrechos; le dije que se presentara como marinero de la *Surprise* y que encargase siete toneles de purgante de ruibarbo, dispuestos para cargarlos en el mismo bote que lo traiga a bordo.

—Gracias a Dios -dijo Jack-. Stephen, no sabes cuánto me sorprenden estas noticias, cuánto me sorprenden y me alegran. No sé a qué se referirá nuestro querido Jacob con lo de «modesta corbeta», pero recuerdo al viejo *Asp* y dudo que sea capaz de aguantar una sola de nuestras andanadas. De cualquier modo, tenemos tiempo de sobra, tiempo de sobra para realizar una larga travesía al sur y, luego, arrumbar al noroeste cuando las condiciones antárticas, y me refiero al hielo, se muestren más favorables a principios de verano, vía Cabo de Hornos, a sotavento y, de ahí, a la altura de Valparaíso. A menos que tengamos muy mala suerte con la zona de las calmas ecuatoriales, tenemos tiempo de sobra. Arribaremos a Freetown para pertrecharnos, y después...

—¿Después, Jack? —preguntó Stephen-. ¿Después? ¿Acaso has olvidado que allí tenemos un importante trabajo que hacer? ¿Una interesantísima serie de averiguaciones?

—¿Relacionadas con nuestra empresa? ¿Con este viaje?

—Quizás no de forma directa.

—Recuerdo que en una ocasión mencionaste algo relacionado con Freetown. Confiabas en que «pudiéramos puntear la costa de Guinea» directamente desde Gibraltar. En esa ocasión, te comenté que, tras las reparaciones efectuadas en el astillero, el barquito no podría con la travesía a Chile, y que Madeira era esencial. Luego descubrimos que Madeira y, sobre todo, el astillero de Coelho, habían sido pasto de las llamas, de modo que no tuvimos más remedio que arrumbar a Inglaterra, donde la fragata no sólo fue reparada a conciencia, sino que, además, reclutamos a buena parte

de la dotación. Sin embargo, si sigues empeñado en la costa guineana y sus potos, en Sierra Leona y Freetown, no podré emplear con tanta alegría ese «después». Me pregunto cuánto tiempo consideras adecuado que dure nuestra estancia allí.

—Jack -dijo Stephen tras titubear-, somos viejos amigos y no tengo ningún escrúpulo en decírtelo. En confianza, quiero pedirle a Christine Wood que se case conmigo.

Lleno de consternación, Aubrey abrió los ojos como platos; luego se sonrojó. No obstante, su buen carácter y educación enseguida le permitieron desear a Stephen «toda la suerte del mundo», y añadir que aquello le parecía estupendo, claro que sí; y que la *Surprise* recalaría allí hasta embarrancar en los huesos de la carne en salazón que arrojaran a diario por la borda, si así lo quería Stephen.

—No, querido -dijo éste-. En tal caso, teniendo en cuenta de quién estamos hablando, creo que bastará con un simple «sí» o «no». Si se da lo primero, creo que me gustaría quedarme una semana, siempre y cuando podamos permitirnosla. De otro modo, por lo que a mí respecta podríamos hacernos a la mar el mismo día.

Aquella noche, se separaron con mutuas expresiones de buena voluntad. A primera hora del día siguiente, la aparición en la cámara del desaliñado doctor Jacob cambió la situación de forma considerable. Éste explicó cómo estaban las cosas en Chile con gran riqueza de detalles (muchos de los cuales Stephen había olvidado por completo, dado que tenía la cabeza en otra parte), detalles que Adams, secretario del capitán, anotó con sus propias abreviaturas.

La explicación fue interrumpida por la llegada de los toneles de ruibarbo; después, por la de una cantidad considerable de bala rasa y bala encadenada (de esta última en menor proporción); más tarde, también por la necesidad de adentrarse en el canalizo para abarloarse al buque que transportaba la pólvora en cuanto se hubieran apagado no sólo los fogones de la cocina, sino hasta la última chispa a bordo. El buque haría entrega de los mortíferos barriles al condestable y a sus ayudantes.

* * *

Con viento favorable, navegó la *Surprise* a escotas aventadas, concluida la aguada y con todos los pertrechos a bordo, todo ello sin desertores y sin

que la policía de Funchal hubiera detenido a nadie. Lo hizo con rumbo sudeste, y para cuando se encendieron los fanales de popa y las luces del tope, los marineros que preferían fumar tabaco a mascararlo se reunieron en el interior, cerca de la cocina, donde, además de fumar en pipa, disfrutaban del placer de la apreciada compañía de las mujeres, de mujeres respetables, se entiende: Poll Skeeping, asistente de Stephen, y su amiga Maggie, cuñada del contramaestre.

—Parece ser que ha regresado a bordo el ayudante del cirujano -comentó Dawson, cabo de la proa, no porque acabara de enterarse, sino porque el hecho de oírlo en voz alta parecía confirmarlo.

—¿Ha traído otra Mano de Gloria? De veras espero que haya traído otra Mano de Gloria, qué Dios lo bendiga. ¡Ja, ja, ja!

—No, mejor otro cuerno de unicornio; eso otro que lo deje para la próxima vez.

Todo marinero de la *Surprise* que había obtenido una parte del reciente y espléndido botín rió en voz alta; uno de Shelmerston, que no había estado presente, dijo:

—Contádmelo otra vez.

Y se lo volvieron a contar. Le contaron todo lo relacionado con aquellos espléndidos toneles llenos a rebosar de dinero del botín, y lo hicieron con tal vehemencia y convicción (la mayoría de los presentes hablaban a la vez) que casi parecían tener el refulgente oro al alcance de la mano.

—Ah -dijo uno al romper el silencio que siguió-, jamás volveremos a vivir tiempos como aquellos. — Una pausa, y, después, un suspiro generalizado con el que mostraron su acuerdo. Aceptaban sin reservas la creencia de que ambos doctores habían traído a bordo toda la suerte del mundo.

—Por lo visto nos dirigimos a Freetown -observó Poll Skeeping.

—Así es -dijo Joe Plaice, uno de los amigos de Killick, y fuente fiable de información-. El doctor (nuestro doctor) está enamorado de la señora del gobernador, de la viuda del gobernador. Sigue viviendo allí, aunque en una casa distinta.

—¿Qué me dices? Con lo feo que es el muy sodomita, enamorarse de esa dama -protestó Ebenezer Pierce, gaviero de la guardia de estribor.

—Deberías avergonzarte de tus palabras, Ebenezer -dijo Poll-, ¿Has olvidado que te salvó el brazo?

—¿Y qué? —replicó el marinero-. Nadie dice que no puedas ser un estupendo doctor sin ser una belleza. — En un hostil silencio se alejó en dirección a popa, fingiendo que no le importaba el rechazo de sus compañeros, y allí tropezó con un cubo.

—Le deseo al doctor toda la suerte del mundo -dijo el segundo del carpintero-. Tiene que haberlo pasado muy mal.

CAPÍTULO 5

—El gobernador da la bienvenida a la *Surprise*, y le complacería saludar al capitán, así como a los integrantes de la cámara de oficiales y a la camareta de guardiamarinas, a las cuatro y media -informó el guardiamarina de señales al primer teniente, que repitió el mensaje al capitán Aubrey, situado a tres pies de distancia.

—Que amable por su parte -comentó Jack-. Por favor, envíe el siguiente mensaje: «Muchas gracias, será un placer. *Surprise*.» No, alto ahí: «Será un gran placer. *Surprise*.» Conoce usted el fondeadero mejor que yo, señor Harding. Proceda, si es tan amable; vigile el oleaje y cuide de nuestros mejores uniformes.

El capitán y los oficiales de la fragata habían salido muy, muy beneficiados de la presa que habían hecho del galeón beréber, aunque también había dado pie en su interior a un meticuloso cuidado por las muestras externas de su rango, insignificantes comparadas con las de sus compañeros del ejército (por lo general, más prósperos en lo económico), pero muy importantes para un marino que vive o intenta vivir de su paga. Otro hecho que mitigaba la alegría de aquella invitación era la costumbre de la Armada Real de dar de comer a los guardiamarinas a mediodía; comer lo poco que comían, puesto que no era mucho si no se contaban las provisiones particulares y los tarros de confitura de casa. Los oficiales comían más bien tarde, y el capitán lo hacía cuando quería, por lo general a eso de la una o la una y media. De este modo, recibida la invitación oficial, los de la *Surprise* se dirigieron a la sede de gobierno, arreglados e impolutos, algunos faltos de apetito, hambrientos los otros. Al menos en esta ocasión, se presentaron con los preciosos uniformes inmaculados gracias a las excelentes condiciones del nuevo embarcadero; en cuanto fueron presentados a sir Henry, se sirvió el jerez, tomaron asiento (los

oficiales con una acompañante femenina, a sus anchas los guardiamarinas), y empezaron a recuperar el ánimo.

La acompañante de Jack era, por supuesto, lady Morris. Sin considerar a su humilde rango, Stephen había sido sentado al lado de Christine Wood, lo cual obviamente obedecía a una maniobra orquestada por la propia lady Morris, que al inclinar la cabeza Stephen y flexionar la rodilla Christine dijo algo parecido a «ustedes comparten un interés mutuo por las aves», convencida de que el bueno del señor Harding la disculparía en cuanto le presentara a la preciosa y joven mujer del edecán, de que la disculparía, en definitiva, por el hecho de que el doctor y la dama se habían conocido hacía tiempo, consideración de mayor peso que la antigüedad en el empleo.

Y sí, era cierto que quizá se conocieron desde hacía tiempo, pero el hecho es que ambos se mostraron incómodos al sentarse, silenciosos, tímidos; se limitaron a desmigajar el pan, y a responder a los corteses comentarios de sus vecinos. Así fue hasta que un turaco lanzó su horrible graznido, y Stephen señaló:

—¿No está demasiado al norte esa criatura?

Y ella replicó algo molesta que, a pesar de Hudson, Dumesnil y compañía, Sierra Leona no podía considerarse de ningún modo frontera para los turacos, que dos parejas habían anidado aquel año en su jardín, y que incluso había tenido noticias de otras al otro lado del río. Todo esto restableció la científica calidez de su relación, y él habló del sorprendente trepador del Atlas, de la numerosa manada de leones que se reunía para rugirse mutuamente desde orillas opuestas del río, de la extraordinaria variedad de flamencos. La amistad que los unía, el afecto, y algo más que el afecto, regresaron como regresan las olas sobre la arena, de forma imperceptible pero sin asomo de duda. Como seres civilizados, prestaron la debida atención a sus respectivos vecinos, aunque para cualquiera que observara atentamente al grupo su intimidad resultaba tan evidente, que en una ocasión se oyó comentar a la señora Wilson, cuya hija se sentaba a la izquierda de Stephen:

—El caballero parece encaprichado con la señora Wood. — Sus amigos comentaron que una viuda rica era, obviamente, un objetivo muy deseable para cualquier cirujano naval sin un penique en el bolsillo.

—Me alegro mucho de volver a verla -dijo él al despedirse-. Lamento admitir que soy muy descuidado a la hora de escribir cartas, y sé

perfectamente que mis respuestas a sus apreciadas misivas (sobre todo en lo que respecta a una de ellas) no han podido ser más inadecuadas. ¿Me permite hacerle una visita mañana por la mañana? No veo el momento de conocer sus últimos hallazgos sobre Adanson, y ahí tenemos toda la costa norte del marjal, que por fuerza quedó inexplorada. ¿Finalmente tuvo usted ocasión de establecer nuestra *Porphyrina* como especie reproductora?

—Será un placer verle -dijo ella algo nerviosa-. Digamos que a eso de las diez, si su deber se lo permite. Sabrá dónde vivo, supongo.

—No.

—Es la casa situada detrás del edificio de Gobernación, en la esquina, quizás a media milla al norte, casi en la orilla. Yo misma la adquirí como residencia de verano; no tiene carácter oficial, y, como he dicho, está cerca de la costa. Le enviaré a Jenny para evitar que pueda usted extraviarse.

Bastante antes de las diez, Jenny subió por la borda en un esquife bien gobernado a remo por Cuadrado, el sonriente miembro de la tribu de los Kroo que había acompañado a Stephen durante su anterior visita, y que saludó al barco con tanta alegría que todos los que le oyeron no pudieron evitar sonreír de oreja a oreja.

—Mi muy estimado Cuadrado, cuánto me alegra volver a verte -exclamó Stephen mientras descendía con su donaire habitual, salvado en última instancia por una mano firme.

—La dama dijo que debía subirle a bordo sano y salvo; ¡oh, cuidado con la escalamera! — Cuadrado volvió a cogerle, y de algún modo se las apañó para balancear la frágil embarcación mientras Jenny llegaba hasta él para después ayudarla a tomar asiento en la bancada de popa.

—Despacito, Cuadrado -voceó Jack, que puso voz a la inquietud de todos a bordo.

Y despacito lo hizo. Al cabo, pudieron ver al doctor Maturin subir los últimos peldaños de una sólida e inmóvil escalera (la marea estaba en pleno apogeo) para después adentrarse con buen paso en las callejuelas.

—Ignoro por qué no le ofrecí mi propia falúa -dijo Jack al primer teniente, que negó con la cabeza, incapaz de ofrecerle el menor consuelo.

—¿Le gustaría ir en hamaca, señor? — preguntó Cuadrado, refiriéndose a una de esas redes acolchadas sujetas a un palo, que un par de hombres se encargaban de llevar a hombros y que a menudo se utilizaban en Freetown como literas o coches de alquiler.

—Prefiero caminar -respondió Stephen-. Rodearemos el mercado; quizás Jenny tenga la amabilidad de ir a comprar caña de azúcar.

Y eso hicieron, observando la concurrida y vociferante plaza a mano derecha, rebosante de fruta y tajadas de pescado con la mitad de la pesca de todo el Atlántico, así como las casetas donde colgaba la carne oscura y de nombre incierto. Lejos, a la izquierda, salpicado de camellos y asnos, un prado anónimo se extendía hasta la orilla desde los muros: aguas variables, saladas, frescas, además del barro semilíquido que abundaba entre manglares, y, a cierta distancia, el tosco edificio cuadrado con su jardín, muy visible ya.

Stephen obsequió a Jenny con una moneda de plata por la primera caña de azúcar, momento en que doblaron a la izquierda para después abrirse paso entre una variedad tan grande de nativos africanos y europeos como quepa imaginar, además de los numerosos árabes, marroquíes, sirios y cruces de casi todas estas razas, incluidos algunos cabellos que no debían su color rojo precisamente a la alheña. En cuanto hubieron dejado atrás la ciudad, no encontraron a casi nadie en el camino de suave pendiente. Stephen caminaba con la mirada puesta sobre el horizonte, en el cielo, donde las corrientes de aire caliente empujaban a las aves a lo más alto.

Observaba con atención a una de ellas: un buitre, por supuesto; pero ¿qué buitre? ¿Un buitre común, quizás? ¿Orejudo? ¿Negro? ¿Quizás un ejemplar de buitre de Rüpell? Era difícil decirlo con aquella luz, el sol estaba mal situado para permitirle distinguir las marcas distintivas del ave, que planeaba en lo alto, llevada por el viento del sudoeste.

—Señor -dijo Cuadrado, que se había detenido a orillas de un arroyo de agua potable que discurría a la derecha. Stephen miró en la dirección que señalaba el kroo, y vio el rastro perfectamente dibujado en el barro que había dejado un leopardo; era la zarpa anterior izquierda, reciente, tanto que incluso pudo distinguir la leve huella de sus uñas.

—Vienen por los perros, hay algo que les llama la atención en este... -dijo Jenny. Era cierto, aunque ni Stephen ni Cuadrado consideraron adecuado por su parte decirlo, de modo que la palabra «sitio» no llegó a surgir de sus labios.

—Esto resulta mucho más prometedor -dijo Stephen.

A través de su catalejo observó la superficie de la bahía salpicada de aves acuáticas, además de algunas aves zancudas que había a lo lejos. El

minutero de su reloj hizo *ting* (a duras penas podía considerarse un campaneó), e interrumpió la atenta observación de los flamencos.

—Jenny, Cuadrado, será mejor que continuemos -dijo-. No debemos llegar tarde.

Franquearon el portón que daba al patio del establo, donde se reunían los inquietos y suspicaces perros que sólo Jenny, con su presencia y firmeza de palabra, pudo contener. De ahí salieron al antepatio, donde la señora Wood acababa de introducir con dificultad las piernas vendadas en las botas de montar.

—¡Oh! — exclamó-. Le ruego que me perdone por no salir a su encuentro. Hemos pasado toda la noche pendientes de un condenado leopardo, y los perros siguen estando muy sensibles. Ignoro qué puede llamar la atención de ese leopardo, pero... ¿Quiere unas botas forradas de loneta? Puedo prometerle que veremos algún ave interesante si salimos de inmediato, aunque tendremos que palear o incluso bordear un poco el manglar, porque las sanguijuelas son un incordio.

Dijo esto del mismo modo que lo hubiera hecho su hermano Edward, y tanto fue así que Stephen replicó:

—Querida señorita Christine, qué amable es usted. Sepa que detesto las sanguijuelas. — Y se mordió la lengua mientras ella ataba los extremos de la venda de loneta con que cubría su calzado, al menos hasta añadir-: Disculpe si me he tomado demasiadas confianzas, pero así es como Edward y yo nos referimos a usted.

—Él le llama Stephen, y cuando hablamos de usted yo también lo hago, de modo que si me lo permite continuaré así, puesto que estoy acostumbrada a ello.

Parecía totalmente acostumbrada a esa familiaridad, por cierto, y cuando llegaron a la orilla y ella le hablaba de las curiosidades de aquel entorno natural, dijo sin preocuparse:

—Mire ahí, Stephen, más allá de esos gansos pigmeos, pero antes de los flamencos...

—Christine, ¿alcanza usted a distinguir si esa ave cercana es un flamenco rosa, o pertenece a la especie del flamenco enano?

—Diría que es un flamenco enano, aunque tendremos ocasión de verlo mejor cuando nos hayamos acercado y alce el vuelo, puesto que podremos distinguir su pico con mayor claridad. Como le decía, entre los gansos

pigmeos y esos dudosos flamencos hay un banco de arena que aparecerá dentro de una hora, más o menos. El agua de la orilla opuesta es salobre, mientras que en nuestra orilla el agua es potable... Bastante potable, al menos, excepto con la pleamar. Pero si observa usted la costa a su derecha, verá un arroyo de agua dulce que se abre paso entre los juncos. Más allá, hay una orilla oscura de mangle que hunde la raíz en el fango negro, dado que el banco de arena muerde la costa. Después, detrás, aunque a duras penas podrá usted verlo desde aquí, a excepción de los árboles que enraízan en la orilla, discurre otro arroyo, de hecho un riachuelo, que es donde Jenny y yo solemos bañarnos. – Stephen asintió-. Hay una ensenada más allá de la embocadura, donde espero poder mostrarle un ave espléndida. Oh, y muchísimas gracias por el cangrejo hermafrodita; hay uno muy parecido a él, o a ella, en la modesta bahía de que le hablo. ¿Quiere que nos sentemos en esta orilla y observemos las aves? Aquí el viento mantiene a raya a los mosquitos. Si encontramos un ave rezagada quizás podríamos capturarla entre ambos, o, al menos, tomar notas.

Había una gran variedad de aves en el agua, incluidos algunos viejos amigos como el silbón, el porrón moñudo, el anadón y el pato cuchara, aves que parecían encontrarse como en casa entre el cercano ganso pigmeo, el pato crestudo y el ganso de espolón, el suirirí cariblanco y la extraña anhinga, por no mencionar al alción pechiazul que, junto a una patrulla compuesta por buitres, surcaba el cielo a gran altura.

–¿Continuamos? – preguntó finalmente Christine-. ¿No le disgustará el manglar?

–No, en absoluto -respondió-. No puedo decir que tenga planeado cultivar uno, pero me he acostumbrado a su existencia. Comprenderá usted que he tenido que arrastrarme por manglares como éste y soportar sus despreciables mosquitos por toda la costa.

–Este manglar cuenta con demasiada agua dulce para prosperar. Sin embargo, es mejor esto a caminar por el espinar que cubre la ladera. Creo que lo mejor es que nos aferremos a las lianas, así como a cualquier otra cosa que se nos ponga al alcance de la mano. No es muy digno, cierto, pero es mejor que caer de bruces en ese maloliente fango negruzco. Tenemos que avanzar deprisa. Empieza a moverse cuando el sol alcanza esta altura.

Stephen comprendió que Christine se refería a la peculiar criatura que había prometido enseñarle, criatura que podía ser ave, reptil o, lo más

probable, mamífero. No hizo preguntas, y no tardó en no tener siquiera un respiro para hacerlas, pues volcó toda su atención en seguir los pasos de ella por la sombra.

Desdichadamente, al aumentar la altura del sol y crecer la pleamar, Christine apretó el paso; iba demasiado rápida para el calzado que llevaba. Entonces la traicionaron unas lianas, las varas de color claro que caían inertes de las copas de los árboles, y cayó de bruces sobre el maloliente fango negruzco, asustando a los pececillos que nadaban en la superficie, a un variado elenco de cangrejos y a las tortugas que se alimentaban tanto de unos como de otros. Stephen se apresuró a sacarla, cayó también, y finalmente, acabaron desplazándose los dos a cuatro patas, lentamente, hasta la orilla del manglar, donde el agua potable y un fondo limpio les permitió salir a la superficie sucios de los pies a la cabeza.

Jadeó Christine una disculpa.

—Espero no haberlo alertado -dijo-. No, lo más probable es que no. Aún tenemos doscientas yardas por delante. ¿Le molesta la desnudez?

—En absoluto. Después de todo, ambos somos anatomistas.

—Espléndido -dijo ella-. Al fin y al cabo, no tiene importancia. Debemos desnudarnos, quitarnos el barro de la ropa y las sanguijuelas del cuerpo. Aquí tenemos agua limpia, gracias a Dios. En mi bolsillo encontrará sal para las sanguijuelas, dentro de la botellita del tapón de corcho. ¿Me permite ayudarle a quitarse las botas? — Así lo hizo, y él hizo lo propio por ella. Después se desnudaron sin contemplaciones, lavaron la ropa hasta quitarle el barro, y la tendieron al sol bajo unas cuantas piedras. Seguidamente, procedieron a librarse del sorprendente número de hambrientas sanguijuelas que tenían, cada uno en la espalda del otro de un modo totalmente natural.

Aparte de las modelos de los artistas y de la gente de los pueblos que carecen de ropa, Stephen jamás había conocido a nadie a quien le importara tan poco la desnudez. Al reflexionar sobre ello, recordó al hermano de Christine, Edward, su amigo íntimo, diciéndole que ella y él se habían bañado, habían estudiado la naturaleza y pescado tal como Dios los trajo al mundo, sin llevar puesto nada en absoluto desde niños hasta la madurez, todo ello en un remoto lago que formaba parte de los terrenos familiares. Mucho antes, durante la primera visita que le hizo, ella y la chica de raza negra habían pasado desnudas ante su mirada mientras observaba las aves

de la lejana costa; no sólo había admirado en esa ocasión su libertad, sino también la combinación de verdes, negros, los colores claros y un blanco más puro que el de una garceta, si bien lo hizo con la misma objetividad con que observó al ánade y al cormorán. Sin embargo, ahora, esa altura, elegancia y esbeltez de su cuerpo se vio enfatizada por las lágrimas de color rojo puro que partían de las mordeduras causadas por las sanguijuelas (no cerraban, dado que las criaturas inyectaban una sustancia que diluía la sangre y le hacía adquirir un rojo vivo, y que les permitía alimentarse por más tiempo). Estos hilos de sangre realzaban la extraordinaria belleza que trazaba la curva de sus largas piernas, y el interés de Maturin, el interés propio del anatomista, del científico, empezó a abandonarle.

—Los mosquitos no tardarán en resultar de lo más molesto -dijo Christine-. Será mejor ponernos la ropa mojada antes de que nos devoren. — Pese a decir esto, extendió algunas de las prendas más húmedas en la roca bañada por el calor del sol; se secó bastante pronto, aunque no antes de que el calor se volviera insoportable. Se taparon tan bien como pudieron, y ella empezó a andar murmurando-: Espero que no se haya marchado.

Llegaron a una última pared de juncar situada ante la aislada cala, y en ese momento remontó el vuelo un ave enorme perteneciente a la familia de las garzas, con la parte superior azul, castaño el resto, inmensas patas verdes y un graznido furioso que cubrió el estrecho espacio de cielo antes de desaparecer en el mar, dejando a Stephen totalmente boquiabierto. Besó a Christine con cierto ardor para mostrarle todo su agradecimiento, su más profunda gratitud.

—Oh, cuanto me alegra no haberlo abochornado -dijo ella, ruborizada-. Es sensible como un emperador romano.

—Dios mío -dijo Stephen-, ¡parece imposible que semejante ave pueda volar! ¡Pensar que es capaz de alzar el vuelo!

Cuando se hubo recuperado de la sorpresa, lo cual tardó un poco en suceder, y cuando se hubo secado bastante la ropa, observó complacido que, a pesar del hecho de que ambos habían estado desnudos un buen rato, ella no había abandonado cierta coquetería, como demostró al arreglar la caída de su falda.

—¿Le apetece que volvamos a casa y tomemos un té, antes de acercarnos a esos refugios de allí? — preguntó al tiempo que inclinaba la cabeza en dirección a unas chozas de caña levantadas en la costa; cuando se oculte el

sol, espero poder mostrarle un auténtico prodigio de la naturaleza. ¿No tendrá usted que volver al barco enseguida?

—Oh, no. Si surgiera a bordo algo urgente, enviarían a alguien a buscarme. Puesto que otro cirujano se encuentra en el barco, no creo que se dé tal circunstancia.

—Entonces, a tomar el té; al menos disponemos de un sendero cristiano para volver a la casa. Será mejor coger algún arma cuando vayamos al refugio. El pobre leopardo está cada vez más desesperado, me temo, al igual que sus insaciables crías.

—¿Ha tenido usted ocasión de verlas?

—Sí. Las tiene bajo unas rocas en la ladera de la colina, y si asciende usted por el tronco de aquella palmera situada a doscientas yardas, las verá al alba, esperando a su progenitora. He claveteado el tronco, y le aseguro que he echado a perder más de una falda al resbalar.

* * *

—Jenny -llamó al entrar en la casa rodeada por una nube de perros-, dile a N'Gombe que nos apetece un té, y haz el favor de traer un pepino bien fresco para preparar unos emparedados. Stephen -añadió-, ¿puedo ofrecerle un batín?

—No, gracias, querida, tengo la ropa seca.

—En tal caso, discúlpeme un segundo mientras me pongo algo decente.

Vio algunas pieles extendidas en la mesa de trabajo, junto a montones de notas imprescindibles para un comentario inteligente acerca de Adanson, notas que Stephen hojeó con un interés desprovisto de curiosidad, al tiempo que daba vueltas a uno de esos curiosos problemas relacionados con la ética: Uno puede matar a un leopardo si el animal adopta una actitud amenazadora, condenando por tanto a sus preciosas crías a una horrible y lenta muerte. Puedes disparar y despellejar a cierta cantidad de tórtolas de fruta y tórtolas rabiche sin mayor temblor de pulso que el experimentado por sir Joseph Blaine al atravesar una mariposa con un alfiler. Sin embargo, ante la pregunta: «¿No destruirías a toda la carnada antes de convertirte en su presa?», sólo podía responderse: «Si hubieras visto una cría de leopardo, no harías semejante pregunta.»

Se abrió la puerta.

–Querida, después de limpiarse y cepillarse el pelo tiene usted un aspecto espléndido. Dígame, ¿a qué animal pertenece esta piel? A una tórtola, sin duda, aunque no sé a cuál.

–A la *Treron thomae* de Gmelin; este ejemplar proviene de la isla que hay en el golfo. Ahí llega el té, qué alegría. Nada como el té para olvidar el desagradable sabor del fango del manglar.

Lo sirvió con la debida ceremonia un inmenso y serio hombre negro; casi inmediatamente después, se sirvieron también los emparedados de pepino y unos dulces redondos, cuyo sabor recordaba al mazapán.

Disfrutaron de un buen té mientras las pieles de las aves pasaban de mano a mano, todo ello sin dejar de mencionar las debilidades que habían tenido de niños: panecillos, bollitos, tostadas con mantequilla y anchoas, granizados... Una conversación que no pudo ser más agradable. Sin embargo, hacia el final, Stephen reparó en que ella miraba hacia la ventana con la inquietud de quien no quiere dejarse sorprender por el atardecer. Él rechazó otra taza de té, y se levantó de pronto al sugerir Christine que podían acercarse al refugio. Dijo también que no debían olvidar las linternas que alumbrarían el camino de vuelta, porque así podrían quedarse cuanto quisieran.

–Si me permite, le confiaré a usted el arma -dijo ella como si hablara de un parasol. Al llegar al recibidor, se puso de nuevo las botas y encabezó la marcha con paso enérgico.

Descendieron por la colina con mucha luz y aquella luna creciente que iluminaba África.

–Diría que, en ocasiones, olvido las buenas costumbres -dijo Stephen.

–¿No se referirá a la escasa resignación que demostró al desnudarnos?

–Dios santo, no. Nuestros antepasados lo hicieron mucho antes que nosotros, antes siquiera de inventar el taparrabos. No, lo que me mortifica es que ni siquiera se me ha ocurrido preguntarle una sola vez por sus azores lagartijeros. Dígame, ¿cómo se encuentran?

–Ay, Stephen, ay. Un águila volatinera mató a su madre, y no pude criarlos. Seguro que conoce usted al águila volatinera.

–Así es. El águila más notable, eso siempre y cuando demos por sentado que se trata de un águila, lo cual niegan algunos naturalistas.

–Estaba en el patio, colgada de la percha, y el águila cayó sobre ella con un ruido similar al que hace un halcón peregrino cuando se abate sobre la

presa, pero dos veces más alto. La persiguió hasta el interior del establo y la mató de inmediato. Hassan retiró el cuerpo, atrapó con una red al águila y ahí lo dejó, en la oscuridad. Era (es) un ave joven, feroz ante la menor señal de amenaza, pero no tardamos en llevarnos bien. Tiene una inteligencia sorprendente, incluso es capaz de ser amable; sí, nos llevamos muy bien. La puse en libertad, e incluso ahora (puesto que éste es su territorio) se posa en mi hombro de vez en cuando para preguntarme cómo estoy.

—Me gustaría mucho verla. Al menos se trata de un ave que nadie confundiría: no tiene cola, carece por completo de cola. Recuerda a una guadaña volando a gran velocidad. Magnífica forma de girar. Dígame, ¿qué me cuenta de los murciélagos?

—Debo confesarle que no he prestado mucha atención a los murciélagos, no tanta como debería, al menos. Hay tal miríada de aves... Una de ellas, por cierto, se alimenta de murciélagos, además de la bisbita. En realidad es una especie de buitre, de tamaño medio pero de una extraordinaria agilidad, como podrá usted imaginar. Captura al murciélago con las garras posteriores, en pleno vuelo. Sólo conozco dos parejas. Ya hemos llegado, y aquí tiene esta especie de terraplén que lleva al lugar (no me atrevo a llamarlo casa), al lugar desde el cual mi marido y sus invitados acostumbraban a cazar el pato y los gansos más pequeños. Puede usted quedarse ahí, ver sin ser visto: excelente lugar si disfruta viendo aves zancudas y demás seres voladores que pueblan los juncos. Cuidado con el terraplén, aquí tiene una cuerda.

Había luz en el interior de la cabaña. Sus ojos se habían acostumbrado al resplandor del crepúsculo y al cabo de poco empezaron a disfrutar de la visión de centenares de gansos y patos.

—Querido Stephen -dijo ella, volviéndolo suavemente hacia la orilla y los árboles-, debe usted mirar en esta dirección. Oh, deseo con todas mis fuerzas que la maravilla de los nueve días no haya olvidado nuestra cita. Aquí abunda el chotacabras, como bien sabrá... ¿Oye usted el canto de uno, a poniente?

—Bendita ave. Es nuestro chotacabras europeo, ¿estoy en lo cierto?

—Así es, pero me refería al grave graznido que suena a la izquierda. Prestó atención, distinguió el sonido y dijo:

—Se trata sin duda de alguna especie de chotacabras, seguro. Es el graznido de rigor. — Cesó el ruido, y ambos permanecieron inmóviles,

escuchando; de pronto, ella le tocó el brazo.

—Mire, ahí, ahí está mi ave -susurró-. Espero que se acerque.

Stephen reparó en el agudo y duradero arrullo, y al aguzar el oído notó que el canto cedía un tono, de modo que tuvo la impresión de oírlo más cerca.

—No se mueva -murmuró Christine.

Ambos permanecieron tensos, tensos sus cuerpos, tensos sus sentidos, tensos. Recortado contra la claridad del atardecer, voló un ave a veinte yardas del lugar donde se encontraban. Parecía el vuelo de un chotacabras, pero era distinto, contaban sus alas con dos inmensas y alargadas plumas de vuelo a ambos lados, plumas que parecían quedar atrás y que prácticamente doblaban su envergadura. Con un instantáneo cambio de dirección, cayó sobre una polilla, la capturó y remontó el vuelo hasta perderse en la oscuridad de los árboles.

Ella le tenía cogido del brazo; llegado ese punto, le soltó.

—Ha venido -dijo-, me alegro tanto. ¿Lo ha visto bien, Stephen?

—Con total claridad, y estoy asombrado, asombrado. Gracias, muchísimas gracias por mostrármelo, querida Christine. Dios mío, ¡que belleza! ¡Qué ejemplar! Hábleme de él.

—Sé muy poco. Es el *Gaprimulgus longipennis* de Shaw, poco común en esta zona, sobre todo con el plumaje de emparejamiento al completo. Tan sólo he visto a dos desde que vivo aquí. Y la asombrosa cola, por cierto, es una de las muchas cosas destacables en él. No sé cómo se las apaña para alzar el vuelo, sobre todo cuando está en tierra. Tenemos otro chotacabras con un plumaje muy exagerado, se trata del *Macrodypteryx vexillarius*, pero las suyas son puntiagudas, y no espesas en las extremidades como las de nuestro... ejemplar. En cualquier caso, no he tenido ocasión de realizar observaciones fiables de ambos, ni de su pariente de cola larga.

—No me lo hubiera perdido por nada. Pensándolo bien, ese plumaje dificulta la eficacia del ave, igual que sucede en el caso de la ridícula cola del pavo real; y lo mismo sucede con la magnífica flor que ha de desarrollar la bulbácea Ave del Paraíso que, aun así, vive e incluso florece, y me pregunto si no será que nuestras convicciones al respecto o, al menos mis propias convicciones, no serán erróneas.

—Ahí está otra vez. Y otro, el ave de cola larga.

Guardaron silencio, relajándose poco a poco.

—Ahí tiene a nuestro autillo -dijo Maturin. Cruzó un pato, silbón a juzgar por el sonido de sus alas, que terminó por posarse en tierra a un centenar de yardas de distancia, con un ruido sorprendente que no hizo sino quebrar la quietud del crepúsculo.

—Stephen -dijo ella, al cabo-. Me temo que está usted incómodo. ¿Quiere estar solo unos minutos? Silbe usted cuando quiera que vuelva.

—No, querida -replicó-, no se trata del habitual asunto físico, sino más bien de formular mi petición de un modo razonable, aceptable. En resumen, diré que me alegraría infinitamente que accediera usted a casarse conmigo. Sin embargo, antes de que me pida que guarde silencio, permítame al menos argumentar cuanto pueda en mi favor. Lo admito: lejos estoy de poder considerarme atractivo, aunque desde un punto de vista médico estoy sano, y carezco de vicios reseñables. En lo material creo poder decir que soy lo que por lo general se tiene por próspero, poseo una casa antigua y una propiedad considerable en España, y podría adquirir sin mayores dificultades una morada decente o unas habitaciones en Londres, Dublín o París, para el caso. Tanto en mi profesión como en la Armada no podríairme mejor. Mis peores enemigos mentirían si afirmaran que soy un vividor, adicto al juego o a la botella. Y si bien no puedo negar que soy hijo ilegítimo y que mi Iglesia es la romana, no creo (no me gustaría creer) que para una persona de su inteligencia constituyan un obstáculo estos detalles, sobre todo teniendo en cuenta que no albergo pretensiones de ningún tipo. Finalmente, querría añadir que, como usted sabrá, soy viudo (la carta de usted me llegó al corazón), y que tengo una hija.

Al cabo de un rato, un rato durante el cual escucharon el arrullo de al menos tres chotacabras distintos y de una lechuza, dijo Christine:

—Stephen, me honra usted con su petición, y me apena más de lo que puedo expresar con palabras tener que pedirle que olvide el asunto. He estado casada, como usted bien sabe, y mi matrimonio fue muy desdichado. Desde un punto de vista médico, también yo estoy sana, y también disfruto de una posición desahogada. Sin embargo (y sé que me dirijo a una persona decorosa), mi marido era incapaz de responder a los aspectos físicos del matrimonio y sus vanos intentos por superar tal defecto me produjeron lo que, creo, es una imborrable aversión por todo lo relacionado con este aspecto: todo el conjunto se me antoja un deseo violento y, por descontado, inútil, de posesión y de dominio físico. Esta impresión se vio sin duda

reforzada por el miedo y la desgana. – Y en un tono totalmente distinto, después de guardar silencio durante un rato, añadió-: En el transcurso de su carrera como médico, ¿diría usted que se trata de algo normal en una mujer joven casada?

–No puede decirse que me haya topado con un caso en el cual las circunstancias sean tan extremas como el de usted -dijo tras reflexionar-, pero sé cuan a menudo la pena y el dolor de un matrimonio surge de una carencia de comprensión física, por no mencionar la ineptitud, el egoísmo, una total ignorancia...

–Y una especie de hostilidad, de resentimiento...

–Cierto, cierto. Por favor, borre usted de su mente en lo posible mis egoístas y estúpidas palabras. Veamos si podemos centrarnos ahora en intercambiar impresiones acerca de Adanson. Creo distinguir dos linternas que se acercan por entre los árboles.

–Oh, querido -dijo ella, tomando su mano-. Temo haberle herido, y lo lamento porque es el hombre a quien más aprecio de cuantos me han pedido en matrimonio. Stephen, lo lamento tanto...

A poniente, el chotacabras había empezado de nuevo el canto, el arrullo, por lo visto sin tomar aire. Con tal de apartar de sus pensamientos la pena que sentía, Stephen se tomó el pulso. Había contado hasta setenta y cinco cuando el ave cesó su canto. Las luces se encontraban en la linde del bosque, y sólo entonces se dio cuenta de que Christine había estado llorando.

De regreso a la casa, ella le cogió del brazo y, al llegar, ambos compartieron una deliciosa y curiosa cena a base de verdura africana que desconocía por completo, además de huevos y un vino blanco tolerable; después, pudín de almendra, seguido por un excelente madeira.

Tras hacer a un lado los platos, ella le mostró la asombrosa piel del *Caprimulgus longipennis* y le habló de la importancia nigromántica de aquel peculiar plumaje en las supersticiosas creencias locales.

–Cuanto más tiempo paso en África -comentó mientras tomaban un café malísimo y un ron excelente-, y cuanto más sé de los africanos, más cerca estoy de alcanzar una especie de difuso panteísmo.

Al cabo de poco, cuando ambos recobraron un poco el ánimo, volvieron a hablar de ello.

—Sé que mi teología angustia mucho a los misioneros, pero no me preocupan nada, no mucho, al menos. A veces conozco a algún misionero que también es naturalista, y si se adentra en lo frondoso puede disfrutar de grandes oportunidades. Estoy segura de que habrá usted oído hablar del pavo real del Congo.

—En efecto, he oído hablar a menudo de él, aunque jamás me lo haya descrito un testigo digno de crédito.

—En fin -dijo ella mientras tanteaba el interior de un cajón-, yo no diría que ésta sea una prueba definitiva -dijo entonces, mostrándole una pluma verde-, pero me la dio un viejo... franciscano, creo, un católico en cualquier caso, que murió antes de poder embarcar; me dijo sin jactarse en absoluto, sin pretender impresionarme, que, estando en el Congo, la había arrancado del lomo de un pavo que acababa de morir. He olvidado el nombre del lugar concreto, pero el ave vivía en libertad.

—Dios mío, Christine -dijo acariciando la pluma-, me ha sorprendido y hechizado tres veces hoy. La enorme garza, el estrafalario y más que inverosímil chotacabras y ahora esta mítica y legendaria pluma de pavo real del Congo, por cuya auténtica existencia estaría dispuesto a apostar el alma. Lamento mucho que no quiera casarse conmigo, pero entiendo sus... ¿cómo decirlo? Su poca disposición.

Había transcurrido un espacio de tiempo sorprendente, de tiempo emocional, entre el momento en que se había declarado y el actual, que discurría en un contexto totalmente distinto. Ella sonrió, tomó un sorbo de ron, le dio una palmada en la rodilla y dijo:

—Dígame, Stephen, de haber aceptado su encantadora propuesta, ¿cómo habría dispuesto el aspecto puramente material del matrimonio? Ha mencionado usted que tiene una hija. ¿Cuántos años tiene?

—Me avergüenza admitir que no lo sé. Es muy joven, eso seguro. No anda cerca de la pubertad.

—¿Y se ha empeñado usted con su amigo en un viaje lejano e importante?

—Así es -respondió Stephen, que dedicó una mirada algo desolada a uno y otro lado-. No crea, ya había pensado en ello. Le aseguro -se apresuró a añadir- que no he sido totalmente egoísta en esto. Tenía una excelente solución. Verá, mi idea consistía en que fuera usted a Inglaterra, donde podría convivir con Sophie Aubrey, una mujer encantadora y una vieja

amiga mía; tiene dos hijas y un niño, cuida de Brigid, mi hija, y vive en una gran casa en Dorset rodeada de amigos y de un respetable conjunto de sirvientes. Después, le pareció a lo que tan sólo puedo cualificar de mi difusa mente (en otras palabras, el conjunto de mis deseos) que yo volvería del mar, y que juntos podríamos planear qué rumbo tomarían nuestras vidas: Inglaterra, Francia, Irlanda o España, o cualquier combinación de las anteriores según sus deseos.

–Querido mío, querido mío -dijo Christine con un suspiro, antes de añadir tras escuchar la puntual campanilla del reloj de Stephen-: ¿Es un reloj eso que he oído? ¿Es posible que sean las doce?

Stephen sacó el reloj del bolsillo del chaleco.

–En efecto, son las doce, según la precisa medición de la altura del sol que se hizo a bordo al mediodía.

–Oh, qué cosa tan bonita. ¿Volverá a repicar?

Y así lo hizo.

–¿Le gusta? – preguntó Stephen.

–Creo que es precioso. ¿Es lo que se conoce por reloj de repetición?

–Así es, señora.

–Es la primera vez que veo uno.

–Estaba fascinada.

Él lo colocó en su mano, le mostró para qué servían los botones y dijo:

–Querida, es todo suyo. Un diminuto gesto de reconocimiento por todo el placer que me ha proporcionado hoy.

–Oh, qué tontería, Stephen, querido -replicó ella, conteniendo una sonrisa-. Comprenderá que no puedo aceptar semejante regalo, aunque sí puedo darle un millar de gracias por la intención. – Colocó con suavidad el reloj encima de la mesa, se levantó y añadió-: Vamos, ya es tarde.

Permítame mostrarle su habitación.

La estancia era cómoda y ventilada, y las ventanas servían de marco a la luna menguante.

–Supongo que no habrá traído un camisón, Stephen -dijo ella mientras corría las cortinas-. ¿Quiere que le preste uno de los míos?

–No, por Dios, querida. Me contentaré con yacer sobre mi piel, como Adán antes de descubrir el pecado.

–Buenas noches, Stephen. Ahí tiene el agua, una toalla y jabón. Confío en que duerma bien.

–Buenas noches, querida. Me pondré en marcha antes del amanecer, puesto que he de caminar para volver a bordo. Permítame, por tanto, despedirme de usted ahora.

No añadió nada más, y durante largo rato permaneció despierto, boca arriba, con la cabeza apoyada en ambas manos; tenía la sensación de que la absoluta resistencia de Christine había empezado a flaquear. Repasó mentalmente lo mucho que había sucedido aquel día, mientras lejos, muy lejos, dos, tres e incluso cuatro chotacabras distintos cantaban en tonos distintos.

* * *

Christine se había reunido con él para desayunar, «Quizás porque me despedí tan precipitadamente...», pensó Stephen.

–Lamento haberle entristecido -dijo ella incómoda, una vez cruzados los saludos de rigor.

–Desconocía por completo sus más que tristísimos motivos -respondió él-. Ha sido muy poco perspicaz por mi parte. Pero antes de despedirme de usted, permítame decirle que por lo que a mí respecta el matrimonio no tiene por qué comportar necesariamente la posesión, ni, mucho menos, la dominación.

–Stephen, lastimarle a usted sería lo último que haría en el mundo. Está a punto de emprender un largo y espero que fructífero viaje. ¿Me permite meditarlo mejor mientras esté usted fuera? Quizás cambie de opinión, quizás también cambie o recupere el modo de pensar y sentir propio de una mujer normal. Pero, querido -dijo tras una larga, larga pausa-, no debe usted sentirse comprometido en lo más mínimo; no, en absoluto. – Stephen inclinó la cabeza; después de servirle más café, Christine añadió titubeando-: ¿No me dijo que los Aubrey vivían en Dorset? Dentro de un mes partiré a Inglaterra para visitar a unos primos que residen cerca de Bridport, y si puedo servirles de correo, no tienen ustedes más que pedírmelo.

–Nos haría usted un gran favor. Sé que el capitán Aubrey tiene una pila de papel escrito en letra pequeña; yo mismo tengo correspondencia. Pero, dígame una cosa, aunque se trata de una pregunta personal que detesto hacerle: ¿No le importa viajar?

—Dios mío, no, en absoluto. Voy a Inglaterra a menudo. A veces me acompaña Jenny, otras viajo totalmente sola. Creo que los hombres, sobre todo los marineros, se muestran muy amables con las mujeres que se valen por sus propios medios. Me basta con un solo baúl. Cada mes recala en la costa un espacioso y enorme mercantón portugués. Me desembarcará en el Pool, como de costumbre, y los agentes me llevarán a mí y al baúl a Grillons, que es donde suelo alojarme. Tras uno o dos días de compras, tomo una silla de posta, tan sencillo como eso.

—Por supuesto. He conocido a muchas mujeres capaces de viajar solas hacia y desde la India. No sé por qué estúpido desliz se me ocurrió pensar que África Occidental se encontraba mucho más lejos. Si me permite, le enviaré nuestros paquetes sin mayor tardanza, puesto que mañana nos haremos a la mar.

—Adiós, querido Stephen -dijo ella en el umbral de la puerta.

—Adiós, querida Christine. Que Dios la bendiga.

Se alejó caminando de la casa un poco después de salir el sol sin que los perros que merodeaban a un extremo del patio le dedicaran más que una mirada desaprobadora o inquisitiva. Era una mañana limpia y fría, y una bandada de bulbules voló sobre su cabeza al sentarse a medio camino colina arriba para observar las aguas. Los patos habían desaparecido, pero los flamencos estaban en pleno ajetreo, y se entretuvo pensando que, oculto por el cinturón que formaba el manglar, casi podía distinguir la impresionante silueta del inverosímil *Ardea goliath*.

Se levantó para subir la colina, y lo hizo a paso lánguido, pues incluso una breve temporada en la mar volvía arduo el hecho de caminar en tierra firme por un tiempo. Sin embargo, había algo en su interior que ardía esperanzado. A pesar de todo lo que había meditado acerca de la posibilidad de disfrutar de un futuro feliz, y el modo en que había recordado las maravillas vistas el día anterior, su estómago no dejó de protestar, sobre todo al percibir el aroma del café que surgía de la puerta sur. Los sirvientes de Christine, aunque leales y tan de confianza que podía ausentarse de la casa sin mayores problemas, carecían de la virtud esencial de saber preparar el café. La servidumbre tomaba té, y el agua de fregar marrón de aquella mañana (lo que había sobrado del día anterior) fue la única concesión que hicieron al invitado, pobre diablo. En cuanto atravesó la muralla, caminó

derecho a un lugar de aspecto decente situado en la esquina del mercado, pidió una cafetera, y oyó a Jacob decir:

—Te deseo muy buenos días, querido colega. ¿Te importa que te acompañe?

Stephen respondió que nada en el mundo podía complacerle más.

—Si no fueras mi superior -dijo Jacob tras unos pocos preliminares-, me atrevería a decir que llevas un poco lejos la discreción al no preguntarme qué hago, en qué ando metido, por qué estoy aquí y quién cuida de nuestros pacientes. Pero el caso es que eres mi oficial superior, de modo que sin necesidad de que me formules las anteriores preguntas te diré de forma voluntaria que otros dos barcos de guerra arribaron poco después de partir tú con Cuadrado y la chica. Sus respectivos capitanes se personaron a bordo poco después, y por la tarde empezamos una competición a tres bandas (partidos de críquet, campeonato de boxeo y carreras entre diversos botes). Tenían pensado repetir tan agotadores esfuerzos hoy mismo, e incluso hacerlo a mayor escala, junto a una competición para determinar quién aferra antes el aparejo, y una de puntería con los cañones. Todo ello cronometrado, por el amor de Dios. No lo soporto, de modo que huí en cuanto se me presentó la ocasión de hacerlo. Me meto en medio, me empujan, me insultan e incluso me maldicen. Respecto a los pacientes, no hay tales, no hay pacientes en cama que valgan, todos los enfermos se han declarado a sí mismos curados. Ni uno sólo, aparte de un joven del *Erebus* a quien tu amigo Hanson derribó de un golpe malintencionado. En realidad no se trata más que de una leve conmoción, aunque sus compañeros de rancho fingen sentirse infinitamente preocupados y juran que si resulta mortal pasarán por la quilla al León del Atlas, que así llaman a nuestro campeón, y lo harán después de destriparlo. El empeño y la animación que se han extendido en estos tres barcos, además de las diversas exhibiciones de destreza náutica, superan mi capacidad de comprensión. La mayoría de los oficiales se muestran tanto o más preocupados por esas cuestiones que los marineros, aunque debo decir que el capitán Aubrey parece algo agobiado. Quizá si no tuviera asuntos oficiales que resolver en tierra, acabaría sucumbiendo a todos esos jueguecillos incomprensibles para mí. — Se sirvió más café, arrancó unas seis pulgadas de pan blando y, observando con atención a su viejo amigo, preguntó:- Stephen, ¿estás satisfecho de la salud del capitán?

—¿De su salud física?

—¿Podrían ambas separarse?

—A veces, sí, aunque, a decir verdad, ambas suelen estar muy pero que muy relacionadas.

—Sus luces parecen haberse apagado.

—Su mujer empleó más o menos las mismas palabras.

—Mientras que las tuyas, si me permites decirlo, Stephen, brillan como un sol resplandeciente. Espero, amigo mío, que no te disguste mi modo de hablar. — Como era habitual, conversaban en el francés de su juventud-. Después de todo, hace años que nos conocemos.

—Así es, Amos. Y no, no me desagrada en absoluto tu modo de hablar. Si proviene de ti, claro está. Intentaré hacer que el deslustre de sus luces (fenómeno cuya existencia admito sin reservas) te resulte más comprensible: En cuanto a la Armada Real concierne, yo, por ejemplo, soy un oficial adjunto, holgadamente adjunto, al servicio. Él, no obstante, pertenece en cuerpo y alma a la Armada, y el éxito o el fracaso en su carrera siempre han tenido, y tienen, la mayor importancia. Ha llegado lejos, es capitán de navío y su nombre se encuentra inscrito en lo alto de la lista de capitanes de navío. Sin embargo, se encuentra en ese momento en que algunos miembros del grupo con más o menos la misma antigüedad son elegidos para ascender al Estado Mayor, en calidad de contralmirantes de la Escuadra Azul. De ningún modo ascenderán todos. Aquellos que no lo hacen, aquellos a quienes se ignora, son conocidos en términos coloquiales como almirantes en tierra o almirantes amarillos, almirantes al mando de una escuadra inexistente. Y con eso termina la esperanza del pobre desdichado, no hay vuelta atrás. El mérito guarda relación con este paso vital, pero la influencia tiene mayor importancia, la influencia política o familiar, mucha, mucha más. Jack Aubrey no siempre se ha mostrado «hábil» desde un punto de vista político. Tiene un miedo atroz a abrir las páginas de la *Gazette* en los próximos meses y ver que hombres más jóvenes en el servicio han obtenido la insignia, una insignia azul que izar en el palo de mesana; si no me falla la memoria, se trata de una bandera muy importante para él, una insignia que ha perseguido durante años con tanto ahínco como quepa imaginar. Ahora que ya no estamos en guerra, ahora que prácticamente no existe posibilidad de distinguirse en combate, es comprensible que sus luces se hayan, al menos, atenuado, incluso existe la

posibilidad real de que se apaguen por completo. No hay nada que pueda volverlas a encender, nada excepto ese condenado retazo de tela. Nada. – Hizo una pausa, y continuó-: La enfermedad, el mal que atormenta su ánimo, se conoce en la Armada como *insignianitis*, y afecta a la práctica totalidad de los capitanes de navío ambiciosos que se acercan al momento decisivo. Rara vez había tenido oportunidad de seguir de cerca un caso, puesto que he servido siempre a las órdenes de un único oficial, pero a menudo he podido hablar al respecto con mis colegas, y estos se han mostrado de acuerdo a la hora de decir que los afectados (o sea, todos a excepción de aquellos oficiales que por logros, contactos familiares o influencias políticas directas dan por hecho su ascenso) padecen de ansiedad, pérdida del apetito y *joie de vivre*, mientras que a menudo se ven perjudicadas aquellas funciones que tenemos por esencialmente masculinas, de tal modo que los médicos han observado o bien una impotencia virtual o una actividad insalubre. En el caso que nos ocupa, no se dan los extremos, pero sí hay cierto ahogo, poca si es que hay algo de música, mientras que tan sólo lo verás jugando al ajedrez, a los naipes o al backgammon por compromiso.

Volvieron a volcar su atención en el café, mientras, sentados, meditaban el asunto.

–Amos -dijo al cabo Stephen-, hubo un tiempo en que sirios y armenios convivieron en este lugar, hombres de negocios, agentes. ¿Conoces a alguno? No es de vital importancia, pero me gustaría investigar un mercantón portugués que recalca en Inglaterra, a bordo del cual embarcará una dama amiga mía.

–Pues claro, querido amigo -dijo Amos, encantado-. Tú te refieres a mi propio primo, el representante de Lloyds en este puerto. ¿Quieres que te lo presente?

Stephen palpó el chaleco en busca del reloj. No lo tenía, claro, en su lugar sintió una punzada de alegría, y el reloj de la iglesia le informó de que eran las nueve.

–Eres muy amable. Pero, ¿querrá él, o alguno de sus empleados, aceptar un encargo tan modesto? Sólo quiero llenar su cabina de flores, o más bien hacer que la llenen de flores. Puesto que nosotros nos hacemos mañana a la mar, y el mercantón no recalará aquí hasta dentro de un tiempo, las flores tendrá que colocarlas un representante mío.

–Estoy convencido de que estará encantado de hacerlo. ¿Otra cafetera?

–Gracias, pero creo que debería embarcar en cuanto conozca a tu amable primo.

–Te acompañaré, si me lo permites. Tu antigüedad, tu austera mirada, quizá sirvan de salvaguarda para el comportamiento rudo. Sea como fuere, esta mañana pretendían volver a dedicarla al pugilismo, de modo que quizás tengamos bajas serias que atender.

Ambos médicos se dirigieron a bordo tras resolver felizmente el asunto del mercantón y las flores, aprovechando un descanso en la febril actividad de la *Surprise*. «Despedázalo, compañero, hazle picadillo», voceaban a bordo mientras se daban y recibían los apasionados golpes. Algunos de sus amigos les echaron una mano para subirlos a bordo.

–Gracias, señor Hanson -dijo Stephen, a salvo ya en cubierta-. Pero -añadió, observando al joven-, me temo que ha estado usted en las guerras.

Tenía un ojo a la funerala y sangre seca en el labio inferior, además de una hinchazón en la oreja izquierda.

–Verá, señor -protestó Hanson con una sonrisa alegre que dejaba ver todos los dientes en su lugar-, he practicado un poco.

–Aun así, será mejor que me acompañe abajo y me permita darle una puntada o dos a esa ceja.

Sentado en un taburete, mientras el doctor preparaba la aguja, Hanson le explicó que su adversario, un segundo del piloto de derrota del Héctor, aunque recio y buena pieza, no tenía ni idea del directo de zurda a la garganta. «No al pico, señor, sino a la garganta. Nada mejor para dejar fuera de combate al oponente que un decidido golpe en la garganta.»

–No, supongo que no -dijo Stephen-. Ahora, tenga la amabilidad de inclinarse y contenerse cuando sienta el pinchazo. Ahora. Bien hecho. ¿Volverá usted a boxear?

–No hasta después de comer, señor; se dice de él que no es mala gente.

–Aun así, hará usted bien en apartarse si pretende golpearle la cabeza, apartar la ceja y retroceder como un cangrejo. Ahora debo ir a ver al capitán. Estará en la cabina, supongo.

–Así es, señor. Muchísimas gracias por cuidar de mí.

* * *

OceanofPDF.com

El capitán Aubrey se encontraba en su cabina, inclinado sobre unas pilas de papeleo oficial atadas con cinta negra o roja.

—Ahí estás -exclamó, levantando la cabeza con una sonrisa; después de escrutar el rostro de Stephen, añadió-: Espero que traigas muy buenas noticias.

—Así es -dijo Stephen-. No tan buenas como hubiera deseado, puesto que la dama, sin que ello pueda sorprenderme, rechazó mi propuesta. Sin embargo, dijo que lo consideraría mientras estuviéramos de viaje. Y se ofreció a llevar nuestra correspondencia a Inglaterra. Por lo visto ha planeado visitar a unos primos suyos que residen cerca de Bridport, de modo que te ruego, querido Jack, que escribas a Sophie y le pidas que invite a la señora Wood.

Me encantaría que ambas congeniaran, y que no sólo conociera a Sophie y a los niños, sino también a mi Brigid. Sería tan feliz si se quisieran.

—No veo motivo para que suceda lo contrario. Estoy seguro de que la señora Wood y Sophie, que Dios la bendiga, se llevarán de maravilla. Brigid es una criaturita muy afectuosa, y agradecerá la amabilidad y la atención. Mis niñas, por ser mayores, no le hacen todo el caso que debieran... A menudo he pensado en mencionarlo, pero, como dice Sophie, ella no ha tratado de forma distinta a unas de otras. Mis hijas tienden a mostrarse... celosas. Es terreno delicado donde adentrarse, entiéndeme. A veces un extraño puede hacer más que un miembro de la propia familia. Sin duda Brigid y la señora Wood se llevarán de maravilla; la aprecio muchísimo, y también la admiro, si me permites decirlo. ¿Quieres que Sophie le pida que se quede con ella hasta nuestra vuelta? Tenemos habitaciones de sobra, sobre todo desde que Clarissa se casó y vive con su esposo.

—Sería un detalle muy amable, pero tiene pensado viajar a Northumberland para visitar a su hermano Edward, muy amigo mío y filósofo natural a quien seguro habrás visto de vez en cuando en las reuniones de la Royal Society. Además, dudo de que quiera abandonar durante tanto tiempo su casa africana. Suele viajar a menudo, sola o con uno o dos sirvientes. Ha planeado subir a bordo del *Gaboon* el próximo mes; se trata de un espacioso mercantón portugués, a bordo del cual ha navegado en anteriores ocasiones. El barco la llevará a Londres, y se ha

ofrecido a entregar algunas de nuestras cartas. Permanecerá allí unos días y después tomará una silla de posta al sur. Entre nosotros, te diré que es bastante rica.

—Tanto mejor. Sin duda eso facilita el viaje. Dios mío, Stephen, me alegra tanto todo lo que me cuentas. Tomarás una copa de vino, supongo.

—Si tienes la amabilidad. Me encantará tomar una copa de vino contigo, querido, pero antes, Jack, permíteme decir que el paquete del gobierno partirá con la marea alta pasado mañana, y que si pudiera adjuntar a tu carta a Sophie unas líneas de mi parte, te estaría muy, pero que muy agradecido.

Jack hizo sonar la campanilla, y sin que ello fuera motivo de sorpresa se abrió al instante la puerta, por la que asomó un rostro feo y de expresión interrogativa que en vano intentó disimular una sonrisa.

—Killick -dijo Jack-, ¿qué pusimos a enfriar en la red?

—Tres del Rin, señor, y un par de docenas de champán.

—Pues levanta un par de champán, ¿quieres?, y trae enseguida mi mejor papel y un tintero nuevo.

—A la orden, señor. Champán y papel (el mejor). Ah, el señor Hanson se está desnudando para su pelea con ese terco gaviero de la *Polyphemus*.

—¿Quieres verlo, Stephen? Uno o dos asaltos, al menos -preguntó Jack.

—Claro que sí. Tú mismo me señalarás los golpes más certeros, pero no permitamos que el vino pierda la frescura que pueda tener.

Se había improvisado un aceptable cuadrilátero en el castillo de proa, gracias al equipaje, la cabuyería y los puntales. Ambos jóvenes se encontraban situados en sus respectivos rincones, escuchando los consejos de sus maltrechos segundos. Al sonar la campana, dieron un respingo, se situaron paso a paso ante una línea imaginaria en mitad del cuadrilátero, y empezaron a golpearse con singular ferocidad. Era el último combate de la categoría de peso ligero, y ambos ansiaban ganar el título para su barco, y también para ellos, aunque esto último parecía menos evidente. El gaviero de la *Polyphemus*, grueso y recio, gustaba de cerrar y castigar las costillas, el pecho y, a ser posible, los costados. El joven marinero de la *Surprise*, más ágil, mantenía la distancia, arrojando el puño izquierdo al rostro ensangrentado de su contrincante. En los tres primeros asaltos, no tuvo oportunidad de alcanzar la dura barbilla del joven lo bastante como para echarle atrás la cabeza. Las susurradas plegarias de Jack y Stephen, y los audibles consejos de los marineros, no sirvieron de nada, al menos hasta el

quinto asalto, cuando el gaviero bajo la guardia, hizo por evitar un golpe contundente en la nariz, se inclinó hacia atrás, cabeza y todo, dejó al descubierto la garganta y recibió el último, definitivo y asfixiante golpe.

Jack felicitó a los jadeantes y exhaustos luchadores, e hizo entrega de la copa de plata. Después descubrió que la *Polyphemus* había vencido a la *Surprise* en la carrera que los cúteres habían llevado a cabo en aguas del puerto. Disfrutaron con alegría del festín encargado por la *Surprise*; lo presidió Harding, debido a que el capitán estaba ocupado con el papeleo. Aquella noche, todos a bordo eran conscientes de que llevarían anclas con la pleamar.

CAPÍTULO 6

—Confiados a la sabiduría y piedad del padre eterno Dios nuestro Señor -dijo el capitán Aubrey-, entregamos este cuerpo a las profundidades, en espera del día del juicio, en el que las almas de todos los hombres sean llamadas en presencia de Dios Todopoderoso. — Y Harding, primer teniente, dirigió al contramaestre una inclinación de cabeza apenas perceptible. Al descubrirse todos, se inclinó la cubierta de escotilla para descargar su peso en mitad del balanceo, y la ola lo engulló sin dejar ni rastro. Así fue como Henry Wantage, ayudante del piloto de derrota, se hundió en el acto, cosido al coy y con la compañía de cuatro balas redondas a sus pies.

* * *

—La última vez que leí esas palabras, no habían pasado ni diez días desde que abandonamos Freetown -dijo Jack en la cabina-, y sabe Dios que habré tenido que pronunciarlas después de más de un combate; aun así, me conmueven cada vez que lo hago, y siempre, siempre, tartamudeo al final. Sobre todo en el caso del pobre Wantage, que sufrió tanto en Funchal.

Stephen le sirvió más café.

—Claro -dijo-, y yo lo siento por esos dos pobres muchachos que hemos perdido por culpa de la fiebre amarilla. Al final, Jacob y yo creímos que podríamos salvarlos, pero no estaba escrito que fuera así.

—Más allá de lo que he presenciado tras un combate particularmente sangriento, no recuerdo haber visto una camareta de guardiamarinas tan deshecha. Sólo disponemos de un segundo del piloto, y en este momento el pobre señor Woodbine apenas se tiene en pie para realizar la guardia. —

Reflexionó mientras tomaba más café, y finalmente hizo sonar la campanilla-. Llaman al señor Hanson -ordenó.

—Al señor Hanson, señor-respondió, adusto, Killick. Y aquel apellido corrió de boca en boca por toda la embarcación.

—¿Señor? — preguntó el muchacho, el mismo y jovencísimo señor Hanson en persona, que era obvio que había estado llorando.

—Siéntese, señor Hanson -dijo Jack-. Hará muy poco, el señor Adams me señaló que contaba usted en el rol con mucho tiempo en la mar.

—Así es, señor. Mi tío tuvo la amabilidad de apuntar mi nombre en el rol de tripulantes del *Phoenix* y de algunos otros barcos, antes de que yo pudiera vestir calzones.

—Precisamente. Muchos capitanes hacen lo propio. Debido a ello, usted es por ley superior en antigüedad a muchos de los jóvenes que cuelgan su coy en la camareta, aunque sea más joven que ellos. Puesto que tiene mayores conocimientos de navegación que ellos, me aprovecharé del espacio de tiempo que en teoría ha pasado usted en la mar para nombrarle segundo del piloto de derrota. El señor Daniel es mayor que usted, y quizás esté más capacitado, pero con el tiempo que cuenta usted en su haber, no podemos permitir que él ascienda antes, y estoy convencido de que conoce lo bastante la Armada como para aceptar esa aparente injusticia sin guardarle a usted rencor alguno. Ambos constituirán un gran apoyo para el señor Woodbine. Usted ocupará hoy el lugar del pobre señor Wantage en la guardia del segundo cuartillo.

—A la orden, señor. Gracias, muchísimas gracias, señor -dijo Horatio, que parecía confuso, incómodo y nada contento.

—Adelante, pues. Diga a la camareta que doy estas órdenes por cumplidas. Quizás no le gusten a usted, y quizás tampoco a ellos les gusten, pero tendrá usted que organizar un banquete el último día del mes. Si quiere convidar a los compañeros de la *Ringle*, yo mismo le proporcionaré una botella de vino por cabeza, por el honor del barco. Es la costumbre, ya sabe.

— Cuando Horatio se hubo retirado, Jack dijo:- Es un buen chico. No le gusta mi decisión, y a ellos tampoco les gustará. Sin embargo, no creo que lo despedacen ahora que les ha demostrado de qué madera está hecho. Sea como sea, John Daniel no lo permitirá; tiene autoridad en la camareta, aunque no lleve mucho tiempo a bordo.

El nombramiento fue acogido con ciertos murmullos en la camarata, pero se celebró con la aprobación de todos en las cubiertas inferiores, cuyos integrantes exigían un valor superior al coraje físico que a los conocimientos más precisos de la náutica, y no es que el señor Hanson careciera de ellos.

Mi querida Christine -escribió Stephen en la página diecisiete de una carta por entregas que enviaría a Dorset bien desde Río de Janeiro, o bien por mediación de los buenos oficios de un mercante con el que se cruzaran, y que navegara rumbo a Inglaterra-. Creo que le complacería observar los entresijos de una comunidad tan cerrada y, al cabo, tan entrelazada como la que forma la tripulación de un barco, sobre todo la de un barco de guerra, que dispone de tanta gente para servir los cañones, y una jerarquía más rígida. Surgen amistades duraderas y muy, muy estrechas, sobre todo en travesías largas; pero incluso en una misión tan reciente como la nuestra el proceso resulta evidente. El joven Hanson, a quien he mencionado antes, disfruta, según me ha dado a entender Jack, de un gran talento en lo que a las matemáticas concierne, y el señor Daniel, un segundo del piloto, le ha ayudado en la aplicación práctica de éstas a la guía del rumbo del barco, incluso para determinar su posición exacta en mitad del océano, aunque tal cosa cueste de creer. Se han hecho buenos amigos, lo cual no hubiera podido suceder en tierra, puesto que su origen, educación y forma de hablar distan mucho uno del otro. Cuando estuvimos en Freetown eran inseparables, paseaban juntos, tomaban mediciones de cabos y promontorios, la altura de las torres, minaretes, fortificaciones y demás, todo ello sin contar las sondas y mareas. Ahora, desde que hace dos o tres semanas después de dejar atrás la costa guineana flaqueara la salud del señor Woodbine, ambos han volcado toda su atención en los progresos del barco, en latitudes, longitudes y demás, factores estos sometidos al impredecible capricho de los vientos que atormentan al marino que navega el Golfo, al menos hasta alcanzar el bendito monzón del nordeste, lo que ha sucedido hace poco; ahora navegamos creo que a diez nudos por hora. Por fin ha llegado el momento de que ambos puedan respirar más tranquilos.

Pocas cosas hay tan agradables a la vista como la aparición y fortalecimiento de un cariño mutuo, espontáneo y natural, a veces, a menudo en realidad (como por ejemplo en el presente caso), acompañado por gustos similares, habilidades y estudios. Esto no siempre sucede, a

veces por una simple cuestión de edad, y me encantaría, al regresar, descubrir que usted y Brigid son amigas. Poco tendría que esforzarse para superar su timidez, y sé que no la encontrará falta de cariño, aunque la vea desalentada. Las mayores no la tratan con demasiada amabilidad, y, aunque no debe tomar lo que diré más que como una conjetura, tengo la impresión de que la consideran una intrusa. Puesto que los sentimientos infantiles rara vez se ocultan con habilidad, creo poder decir que las atenciones que su madre dedica a Brigid despiertan los celos de sus hijas, la más corrosiva de las pasiones, y también la que más infelices nos hace. Ay, querida mía, oigo sonar la imperiosa campana (la nuestra es una vida regida por campanadas), lo que viene a señalar, entre otras cosas, que debo empezar mis rondas. Si no acudo de inmediato, recibiré miradas de desaprobación, quizás no por parte de Amos Jacob, pero sí de Poll Skeeping y de su ayudante, así como de todos los pacientes, tiesos en los coyotes, planchadas las sábanas, ocultos sus modestos consuelos, lavadas las caras. Incluso me miraran mal los dos gatos de a bordo que embarcaron furtivamente en Freetown. Se han acostumbrado a los rigores de la vida en el mar, desaprueban el menor cambio, y son gatos escrupulosos que visitan con regularidad sus cestitos de ceniza, improvisados en la cocina por un cocinero tanto o más severo que ellos. Querida, debo despedirme por el momento...

Querida, el momento ha pasado -escribió bien sentado al escritorio para combatir los movimientos rítmicos del barco, el balanceo y el cabeceo-, y me alegra contarle la mejora experimentada por la salud del piloto. Ha comido y retenido dos copiosas comidas, la primera un pez volador, la segunda una porción abundante de pudín. Quizás esto tenga algo que ver con la velocidad, la mayor velocidad del barco, y con el aire de satisfacción que se respira a bordo, un aire fresco y (pese a la contradicción) cálido. Pero no me gusta mencionar ninguno de estos factores, pues el piloto es un marinero curtido, colérico y convencido de su propio diagnóstico, lepra incipiente, contenida por una total abstinencia de sal, alcohol y tabaco. Querría poder transmitir lo agradable que resulta navegar a bordo de un barco estanco y bien gobernado, orientada la razonable cantidad de lona del mejor modo para aprovechar el fuerte viento que recibe por la aleta de babor. La proa (creo que debería decir tajamar) arroja una cortina de espuma a sotavento con cada cabeceo acompasado, y se respira un ambiente de alegría a bordo. Puesto que hoy es día de arreglos, la parte frontal del

buque está repleta de marineros entretenidos, algunos con tijeras y muchos más con agujas, empeñados en cortar la tela de dril y en coser juntos los retales. Como verá, se procuran la ropa de abrigo con una destreza sin par. Hacen una pausa cada vez que echan la corredera, aguzan el oído para escuchar el informe del guardiamarina al oficial de guardia: «Nueve nudos y dos pulgadas, señor, con su permiso», grazna el pequeño señor Wells, cuya voz empieza a cambiar. Una discreta oleada de alegría y satisfacción se extiende por el castillo de proa, y saludan esos diez nudos estampando los pies en cubierta con tal entusiasmo que el oficial de guardia ordena a su segundo encargarse de «ese maldito estampido, que parece provocado por un rebaño de vacas beodas, locas por arrimarse al toro».

En el relativo silencio que siguió (relativo puesto que el viento franco, el trabajo del barco y la mismísima voz del mar nada importaban al oficial de guardia), Stephen abandonó el escritorio y se dirigió al paso de un buen marinero al coronamiento, en el cual se inclinó para observar la interminable estela que se extendía para dar forma a una turbulenta línea, pero también al acompañante del barco, siempre allí, a ese lado del remolino, el tiburón azul que parecía más grande que la mayoría de los ejemplares que había visto. Hizo todo esto como si fuera un ingenio mecánico, pues su mente seguía ocupada por Christine, por sus aves de África Occidental, por su elegancia, franqueza y originalidad. Otra parte de su atención reparó en el violín que estaba siendo afinado en la cabina situada a sus pies, y, después, en el intento de dar comienzo a un adagio, adaptado de una de las suites que Stephen había escrito para violonchelo. El tono era adecuadamente solemne, lo que provocó en Stephen un sentimiento encontrado: placer por lo que Jack interpretaba al violín, y cierta envidia por que lo interpretara tan bien. Dolor al oír que aquello que Jack interpretaba no podía resultar más ajeno al Jack Aubrey que conocía, al hombre audaz, optimista, emprendedor, cuyo rostro parecía hecho para la risa o, al menos, para la sonrisa.

Una sombra tras él interrumpió de pronto el hilo de sus pensamientos.

—Señor Woodbine -dijo al volverse-, cuan feliz me hace verle caminar por su propio pie. ¿Cómo se encuentra?

—Regular, señor, regular. La abstinencia, si no se lleva a un extremo supersticioso, se basta y se sobra, créame. ¿Contempla usted a ese viejo y solitario tiburón?

—Así es, piloto. No está solo, no, en absoluto, y mantiene la posición bajo la bovedilla. Mire, eso de ahí es una cicatriz, justo detrás, o a popa de su aleta dorsal, tan clara como una tarjeta de visita. Sospecho que al menos lo acompañan media docena de los suyos en la oscuridad de nuestro casco, y ahí seguirán ocultos a menos que les ofrezcamos sangre.

—Dígame, doctor, ¿cómo cree usted que intuyen dónde buscar sangre? Pues son capaces de ello, incluso he podido comprobar que perciben la sangre de los peces.

—Sabrá usted que tienen agallas, más agallas que muchos de su especie. Inmensas, inmensas cantidades de agua entran por su enorme boca y son expulsadas por esas agallas, cubiertas de un tejido no muy distinto al que nosotros tenemos en la nariz. En ese lugar, creo, se halla la explicación.

—Pero bueno, señor, ¿se puede saber qué está usted haciendo? —protestó Killick-. La comida de la cámara está en la mesa, y ahí está usted, vestido con la ropa de faena. El capitán lleva de punta en blanco toda la ampolleta, mucho antes de ponerse a tocar el violín.

Sólo entonces se dio cuenta un preocupado Stephen de que el piloto llevaba su mejor casaca, que se distinguía de las demás por una total ausencia de grasa.

—¿De veras recibimos al capitán? —preguntó alarmado.

—Ya se lo dije en el desayuno, señor -respondió Killick con la dosis justa de insolencia.

—Y pensar que he estado a punto de olvidarlo -dijo Stephen, quien, aunque a menudo, más bien por lo general, comía en la cabina, era miembro *ex officio* de la cámara de oficiales y, por tanto, uno de los anfitriones del evento.

—Eh, tú, ¿qué crees que estás haciendo? —preguntó a voz en grito Killick a uno de los ayudantes del cocinero, que se había acercado no sin cierta dificultad a popa, pues llevaba un cubo en cada mano.

—Hagan sitio ahí -respondió el ayudante del cocinero con idéntica rabia-, siempre y cuando no quieran ver la cubierta hecha jodi... pedazos -y dijo al piloto, con cierta deferencia, mientras le ofrecía un cubo-: Con los saludos del cocinero, señor.

—En lo alto -señaló el señor Woodbine, armado también con un cubo que arrojó por el coronamiento. El ayudante del cocinero hizo lo propio sin dejar caer una gota en cubierta. En una fracción de segundo, la estela blanca

se volvió roja, adquirió una espléndida tonalidad roja por espacio de treinta yardas a popa, y a lo largo y ancho de ella asomaron los tiburones a la superficie, a veces rompiendo el agua, mordiendo, azotando el agua con furia ciega, codiciosos, y cuando descubrieron que la presa malherida no existía en realidad se volvieron hacia el rey tiburón, el grandullón, y una borboteante masa de largos y delgados peces que no medían ni la mitad que él lo aferraron y mordieron hasta hacerlo pedazos. Todo terminó en menos de un minuto.

—Dios nos asista -dijo el piloto-. En la vida había visto nada parecido.

—Vamos, señor -dijo de nuevo Killick, imperturbable, tirando a Stephen de la manga, antes de dirigirse al piloto de la siguiente guisa-: Señor Woodbine, señor, por favor, vaya usted delante. Yo me encargaré en la cabina de ponerle el abrigo al doctor.

Los tenientes agasajaban a su invitado con jerez cuando Stephen hizo acto de presencia, y su entrada fue disimulada por Candish, el contador, y por Jacob. Entonces dio comienzo la comida con la debida ceremonia.

Stephen Maturin hubiera sido el primero en admitir que no podía alardear de su belleza masculina, pero sí era capaz de auténticos prodigios y extravagancias de conducta. Había sido cuidadosamente educado por su abuelo catalán, para quien valían lo mismo la elegancia en los modales, el dominio de ambas lenguas (además del francés), la equitación, la destreza a la hora de disparar con pistola, y el saber tirar de espadín. Cuando Stephen cometía una falta grave, como en esta ocasión, se ponía triste, se volvía mudo y se sentía agobiado, de modo que sólo se prestó a hacer los imprescindibles comentarios inofensivos a sus compañeros de mesa.

La ritual olla con sopa de guisantes, regada con un par de copas de vino, sirvió para animarle, y cuando por ser el trinchador más diestro de la mesa le pidieron que desmembrara un par de patos, comprendió que el señor Harding, el primer teniente, seguía hablando de su betún, del soberbio betún de cosecha propia que aguantaría contra viento, marea y sol los rociones y las nocivas influencias lunares de forma indefinida, betún que conservaría su extraordinario brillo hasta bien entrado el día del juicio final. Estaba compuesto por dragón, además de una serie de ingredientes secretos, y su función consistía en salvaguardar y, sobre todo, embellecer las vergas. Vergas bien ennegrecidas, relucientes, igualadas respecto del casco mediante las brazas, valor añadido al aspecto de un barco precioso, valor

que otras embarcaciones no tendrían. Había oído decir que el príncipe William debía su insignia al perfecto orden que había logrado mantener en la *Pegasus*: él embetunaba las vergas hasta más no poder, y que conste que no pretendía hacer ningún juego de palabras, ja, ja, ja. Si el embetunar las vergas bastaba para proporcionarle a uno un ascenso, pues la perfección de la tarea le haría ascender aún más rápido... Siguió comentando las peculiaridades de su invento y, debido a su entusiasmo, llegó a decir que estaba impaciente porque llegaran las calmas de las zonas ecuatoriales, donde no habría embetunado que valiera, ni siquiera para la verga de mayor, arrizadísima la gavia. El betún normal gotearía por doquier y echaría a perder la cubierta.

El rostro de Jack adquirió una expresión grave y distante. Mucho antes de que esto sucediera, Harding había perdido al resto de la audiencia. Pasó algo nervioso la jarra, y dijo:

—Le ruego que me perdone, señor, me temo que he estado diciendo vulgaridades durante largo, muy largo rato. La afición de uno puede constituir un soberano aburrimiento para el prójimo. Permítame brindar por usted, señor.

Era la primera vez que Stephen veía a Harding tan afectado. Resultaba doloroso en un oficial tan capaz y respetado; sabía que ese tipo de conversación (esa libertad) pertenecía al tipo de divagaciones que desagradaban a Jack. No obstante, gracias a la mención casual y fugaz del duque de Clarence, era evidente que Horatio había seguido a rajatabla la advertencia que se le hiciera de no mencionar su influyente relación con la realeza, de modo que nadie sospechaba ni de la influencia ni de la relación. Aquello sirvió para aumentar el aprecio que sentía Stephen por el muchacho. Por ser también él hijo bastardo, conocía perfectamente la tentación de hablar, y las ventajas que conllevaba hacerlo.

En todo el tiempo que hacía que navegaban juntos, Jack jamás había comentado con Stephen nada respectivo a sus oficiales. Después de todo, el cirujano tomaba parte en las actividades de la cámara, era uno de ellos. Sin embargo, en la camareta de guardiamarinas se observaban otras costumbres, y, aunque uno o dos de sus miembros tenían ciertas inclinaciones *whig*, las palabras de Harding respecto a Clarence fueron abiertamente censuradas por los demás miembros.

—Es cierto -dijo Candish-, que no puede decirse mucho de los actuales príncipes de la realeza. Pero, después de todo, son los hijos de nuestros reyes. Es muy probable que uno de ellos lo suceda en el trono, y se impone cierto respeto, digo yo.

Pero lo que realmente conmocionó y entristeció a las cubiertas inferiores (cuyos integrantes fueron rápidamente puestos al corriente de tan desdichada rabieta, gracias a los solícitos sirvientes de la cámara, quienes formaban de pie al respaldo de cada una de las sillas, atento el oído) fue lo mucho que el señor Harding ansiaba llegar a la zona de calmas ecuatoriales, comentario que tardarían en digerir.

—Por lo visto nunca se ha asado vuelta y vuelta en su barquito, sin pizca de viento, semana tras semana, sin más lluvia que la que cae a diez millas, respirando los hedores del agua que se consume poco a poco, verde y maloliente. El jodido sol cae a plomo, mortífero como para hacer que goteé la brea del aparejo y se abran las costuras como la puerta de un coche.

—Estaba borracho, y yo te he visto borracho, Abel Trim, bebido como un arenque ahumado, y mudo, más de una vez en Pompey, Rotherhithe y Hackney Wick.

—De acuerdo, de acuerdo, lo mismo te digo, Joe Plaice. Pero al menos no se me ha ocurrido ir por ahí llamando al mal tiempo con eso de que ansiaba la calmas ecuatoriales. A ver si lo entiendes, pedazo de bestia.

Querida mía -escribió Stephen-, me encanta imaginarla en Woolcombe, acogedora casa que conozco tan bien y que constituye una suerte de tenue nexo entre nosotros. No necesariamente tan tenue, puesto que el alba podría relevarnos un barco con rumbo a Inglaterra, orzando al monzón, deseoso y capaz de transportar nuestro correo a puerto inglés. De modo que permítame rogarle que se dirija usted a la biblioteca, y busque en el diccionario de Johnson o en el de Bailey la raíz etimológica de «calma». No sé de dónde proviene. La noción, el concepto, lo conozco perfectamente, puesto que lo he sufrido, sobre todo con fiebres a bordo. Lo que ignoro es cómo ha llegado a tener ese nombre. Los franceses lo conocen por *le pot au noir*, y puede ser muy negro en ocasiones, cuando dos vientos monzones convergentes copan un vasto espacio más o menos sobre el ecuador, con nubes, oscuridad, truenos y relámpagos en ambos hemisferios, norte y sur, una extensión prodigiosa de espacio que tenemos que cubrir, un trecho del que ningún marinero en sus cabales se burlaría o haría mofa. No sabría

decirle cuándo penetraremos en tan desgraciada zona (diría que ahora debemos encontrarnos cerca del límite norte), así que iré a preguntar al señor Daniel.

Encontró a éste en la cabina del piloto, acompañado de Horatio Hanson. Solían ocupar ellos ese lugar, ahora que el señor Woodbine pasaba más tiempo abajo, absteniéndose de todo. Estaban enrollando una carta, empresa solemne que abandonaron de inmediato para ponerse en pie al verle entrar.

—Señor Daniel -dijo-, tenga la bondad de decirme cuándo se prevé que entraremos en la zona de calmas ecuatoriales.

—Señor -dijo Daniel-, hemos recibido informes de fuertes y entablados monzones del sudeste, mientras que los de nuestra posición han sido más bien moderados. Es más, el barómetro ha estado comportándose de un modo muy caprichoso desde la última guardia de cuartillo de ayer. — Señaló una serie de anotaciones barométricas, prueba evidente de la irreflexiva conducta del barómetro-. No me sorprendería si resulta que mañana cruzamos su extremo norte.

—¡Santo Dios! ¿Tan pronto? — dijo alarmado Stephen-. Me alegro mucho de habérselo preguntado. Tengo unos especímenes algo delicados de *Hydrozoa* que debería proteger, porque a veces el mar está en calma, como abrumado por el peso del aire que tiene encima, y otras, sin apenas viento, pierde el ritmo, la razón, y zarandea todo cuanto tiene a su alrededor de un modo extraordinario.

—Oh -dijo Hanson-. ¡Tengo tantas ganas de verlo!

—Debo proteger las cazoletas de *Hydrozoa*. Usted avíseme en cuanto tenga la seguridad de que nos acercamos.

A esas alturas, Stephen se había convertido en un veterano lobo de mar, tanto que la rutina diaria de la piedra arenisca y los lampazos en cubierta, justo encima de su cabeza, no bastaban para importunarle. Poco después de que empezara a oírlos, alguien lo zarandeo suave pero persistentemente.

—Señor, oh, señor, discúlpeme. — Finalmente, logró que se volviera en el coy con un desagradable gruñido. No respondió. Estiró la columna en el coy, y vio al joven Hanson con una linterna que iluminaba la alegría de su rostro y sus ojos febriles-. Señor, me pidió usted que le avisara cuando nos acercáramos a las zonas de calmas ecuatoriales. ¡Ya lo hemos hecho! A eso de las seis campanadas, se fundieron las estrellas, una tras otra en el cielo, justo antes de empezar los ensordecedores truenos y ver los relámpagos,

más intensos que en la noche de Guy Fawkes. El mar parece venir de todas direcciones. Tenemos tres asombradísimos alcatraces en cubierta, a popa del cúter azul. Venga a verlo, señor, que ya no será lo mismo cuando salga el sol.

Pero fue lo mismo al salir el sol, pues éste hizo poco más que iluminar un trecho más amplio del espumoso mar. Salió el sol, sí, pero no logró disminuir el brillo de la casi continua serie de relámpagos que iluminaba de forma pareja la parte baja y oscura del techo de nubes. El bramar de los truenos, por su parte, apenas permitió un instante de silencio.

—¿Ve el mar, señor? —preguntó Hanson a su oído-. ¿No le parece turbio?

—En cierto modo, también me parece espeluznante. Por favor, lléveme a ver esos alcatraces.

—Permítame darle la mano, señor -dijo Davies, arisco de temperamento, no muy inteligente, que no servía de mucho más allá del combate, pero que mostraba una absoluta lealtad tanto hacia Jack como hacia Hanson e, incluso, de un modo condescendiente, hacia Stephen.

Se habían colocado andariveles de proa a popa, y Stephen fue conducido con paso inseguro hasta el cúter azul. No había alcatraces por ninguna parte.

—¿Alcatraces, señor? —preguntó un segundo del contramaestre que reforzaba los durmientes de un bote estibado en cubierta-. El señor Harding los ha arrojado por la borda.

—¿Volaron?

—Perfectamente. Cayeron como el plomo, las criaturas.

—¿Sabe por qué los arrojó por la borda?

—Bueno, pues porque eran alcatraces marrones, señor. No se puede permitir pasear por cubierta a unos bichos así de gafes.

—Ah, no lo sabía.

El segundo del contramaestre tomó aire, con lo cual dio a entender, entre otras cosas, que el doctor, si bien debía de poseer cierta inteligencia, era incapaz de distinguir babor de estribor, o el bien del mal.

* * *

A partir de tan apocalíptico principio, la zona de las calmas ecuatoriales adoptaba poco a poco una monótona quietud, bajo un cielo gris plomo, algo habitual de no ser por el exorbitante calor que hacía. Las finas nubes,

aunque bajas, parecían aumentar la intensidad del sol, una bola enorme que tan sólo podían ver con los ojos entrecerrados, tan intenso era el calor que, como habían predicho los hombres, derritió la brea del aparejo en la cubierta recién limpiada y dispuso en su contra a todos los gatos de a bordo. Estos habían permanecido silenciosos, dóciles, espantados, ocultos en los rincones, dando las gracias por la comodidad de que disfrutaban mientras el barco daba bandazos de un lado a otro. Permanecían como al acecho, maullaban a veces, y otras hundían la pezuña en las gotas de brea para apartarlas rápidamente con maullidos de enfado, sumidos en la búsqueda perpetua de un rincón fresco, rincón que no encontrarían en ningún lado, ni siquiera en lo más hondo del casco, entre los toneles de agua.

Sobre todo se quejaban por la falta de aire. Con tiempo cálido solían tumbarse cuan largos eran en el puño inferior de las mangueras de ventilación de que disfrutaba la enfermería. No obstante, en ese momento la enfermería carecía tanto de pacientes como de aire fresco, de modo que se tumbaban en vano. Las velas del barco caían flácidas de las vergas; la corredera, cuando se echaba al mar, permanecía inmóvil y ni rodaba el carrete, de tal forma que siempre se informaba «Ni nudos, ni brazas, señor, con su permiso», y tanto el humo como el olor de la cocina flotaban sobre el barco hasta que se preparaba la siguiente comida.

Aun así, la fragata no permanecía totalmente inmóvil. Las leves, oscuras y a menudo opuestas corrientes que empujaban las algas a los costados del barco, a proa y a popa, también lo hacían virar de forma imperceptible, de tal modo que a las cuatro campanadas aproaba al sur, y a las seis campanadas lo hacía al norte. Las guardias del cuartillo, por lo general distendidas, momentos en los que se bailaba y se interpretaba música estando en aguas calmas y cálidas, se dedicaron ahora a las muestras de cansancio, a la irritabilidad en forma de pullas a media voz y a la indecorosa desnudez.

Pero la inmutable secuencia de las campanadas anunciando el cambio de guardia, el aviso de las comidas y el grog, y el pase de revista, servían para mantener a todos a bordo con un pie en la realidad.

—Señor Harding -dijo Jack mientras veía ascender el fanal de tope, cuya luz disminuyó hasta desaparecer sobre la verga del mastelerillo-, mañana, temprano, momento en que el mar estará todo lo fresco posible en estas latitudes, envergaremos unas cuantas gavias de respeto en el combés, y las

llenaremos de agua a proa y popa de ambos costados para que los marineros puedan chapotear y refrescarse un poco.

Al día siguiente, después del desayuno, se ejecutaron estas órdenes. Mientras Harding, el contramaestre y el velero se aseguraban en la medida de lo posible de que el baño fuera inexpugnable, incluso para las medusas que pudieran practicar un agujero y provocar la dolorosa mordedura que las caracterizaba, Stephen dijo:

—Querido Jack, ¿no vas a tomar tu baño de costumbre? Mira a esa gente -dijo señalando a los desnudos y traviesos integrantes de la guardia de estribor-, se lo están pasando en grande. Me propongo imitarlos si tú me acompañas a nadar un poco.

—Gracias, pero no será en estas aguas. No son de mi agrado. Recuerda que estaba de pie en el ventanal de popa cuando sus hermanos despacharon a nuestro gigante azul. Pero ve tú, por favor.

—¡Vela a la vista! — voceó el vigía del tope-. Vela a una cuarta por la amura de estribor.

No había pronunciado la última palabra cuando todos repararon en las tres espectrales pirámides de lona que caían lentamente hacia el escaso rumbo que llevaba la *Surprise*. Jack metió a banda el timón y corrió a proa.

—¡Ah del barco! ¡Ah del barco! ¿Qué barco anda?

Hubo cinco segundos de silencio. Después, oyeron la respuesta, alta y clara.

—*Delaware, US Delaware*. ¿Qué barco anda?

—*Surprise*, buque hidrográfico de su británica majestad. Por favor, tengan cuidado con el timón. Mi gente se está dando un baño en los costados.

El soplo de aire no sólo despejó un poco la melancolía, sino que, además, transportó las voces norteamericanas con su característico y nada desagradable acento con tanta claridad como si las hubieran pronunciado a diez yardas de distancia.

—Dice que es la *Surprise*. Ojo al timón, Plimpton. A viento ahí, o a lo que sea. Dice que los suyos se están dando un baño en los costados.

La verdad de esta afirmación, dicha con cierta reserva, pudo constatarse al cabo de treinta segundos, cuando el soplo de aire, espoleado por el sol naciente, llevó a la embarcación tan cerca que los desnudos miembros de la

guardia de estribor se vieron expuestos a las miradas burlonas de los marineros de la *Delaware*, asomados por el costado de su preciosa fragata.

Por estar prácticamente sin viento, las fragatas corrían peligro de abordarse o caer a la deriva una sobre la otra, para después enredarse sus baupreses y acabar perjudicando el perfecto orden que reinaba a bordo de ambas embarcaciones. Sin embargo, disfrutaban de buenos marineros, de modo que en unos instantes se zallaron los botalones, embolados con lampazos, para evitar que pudieran abordarse.

Prosiguió el intercambio entre ambos capitanes.

—No es muy probable que usted me recuerde, señor, pero cenamos juntos con el almirante Cabot cuando visitó usted Boston. Soy Lodge.

—Le recuerdo perfectamente, capitán Lodge. Estaba usted acompañado por su madre, mi vecina de mesa, y hablamos de la casa de sus padres en Dorset, no lejos de la mía. Confío en que se encuentre bien de salud.

—Muy bien, señor. Se lo agradezco. Antes de hacernos a la mar celebramos su octogésimo quinto cumpleaños.

—Ochenta y cinco... Una edad considerable -dijo Jack, que al instante lamentó haber hecho tal comentario. A continuación, dijo que tanto él como sus oficiales estarían encantados de contar con la compañía del capitán Lodge y de su cámara de oficiales a comer a bordo de la *Surprise* al día siguiente, viento y tiempo medianoche.

El capitán Lodge aceptó, aunque con la condición de que los de la *Surprise* subieran a bordo de la *Delaware* al día siguiente. Después, bajando el tono de voz, preguntó si podía enviarle al piloto aquella misma tarde. Por lo visto tenían un problema de navegación.

El piloto de la *Delaware*, el señor Wilkins, llegó a bordo malhumorado, terco y deseando ser ofendido. Su propósito consistía en exponer el problema, y no obstante parecía resistirse a ello, aunque llevara consigo los dos cronómetros del barco y los cálculos y anotaciones realizados a lo largo de las últimas semanas.

—Bueno, señor -dijo cuando el señor Woodbine lo acompañó al interior de su triste y húmeda cabina, ambos con una jarra del grog del contramaestre-, en resumen le diré que todos somos humanos.

—No podría estar más de acuerdo -admitió el señor Woodbine-; es más, yo mismo di pie en mis tiempos a más de un sombrero de dos picos. En una ocasión, navegábamos rumbo a Scillie largadas las gaviotas y con un viento

estesudeste tan fuerte que quise ser romano y rezarle a san Woodbine para que no topáramos con ese maldito arrecife, como le pasó a sir Cloudesley Shovel.

—Doy por sentado que podría arreglarlo con un par de mediciones lunares -dijo el norteamericano-. Pero no ha habido luna desde hace unos días, y mi capitán es un hombre muy peculiar.

—Puede que hayan calculado mal la posición.

—¿La posición? Francamente, tomando la media de ambos cronómetros, no hay posición que valga, al menos no lo que podríamos entender como tal. Claro que con un par de lunares podría arreglarlo... excepto en lo que a la relojería respecta... me refiero a eso de navegar por entre arrecifes.

Woodbine sabía muy bien a qué se refería su colega, de modo que sugirió comparar cronómetros. Así lo hicieron: Los dos Earnshaw de la *Surprise* coincidían con un margen de cinco segundos, mientras que los de la Delaware acusaban una diferencia considerable que iba en aumento, de modo que no era sorprendente que el sombrero de dos picos, el triángulo de incertidumbre, variase tanto. La cuestión era averiguar en cuál de ambas lecturas debían confiar, puesto que no contaban con la posibilidad de hacer una buena observación estelar, o tomar, lo que aún hubiera sido mejor, uno de los satélites de Júpiter como referencia. El dilema hubiera sido más grave de haber estado cerca de la costa, pero incluso en mitad del océano podía un barco topar a diez o doce nudos con un malvado arrecife. Saint Paul Rocks, lugar que maravillaba a Stephen, no se encontraba a mucha distancia.

—Le diré qué vamos a hacer, señor Wilkins -dijo Woodbine; vestía la casaca del uniforme, confeccionada con el mejor doble paño de Bristol, y sufría un calor horroroso-. Tengo un segundo muy capacitado: No necesita tablas ni logaritmos porque los tiene en la cabeza, y le encanta enfrentarse a problemas como éste y resolverlos sin dilación. Es más, tiene a su cargo a un joven que también es muy brillante. Aquí dentro estaremos muy apretados, de modo que los convocaremos arriba y les mostraremos los últimos cálculos que hizo usted. ¿Corresponden a Río?

—A Río.

—Dejemos que ellos se encarguen del resto, mientras nos quitamos la casaca y nos sentamos a la sombra del combés. No hay nada mejor para una mente joven y activa.

—En fin, si insiste, señor Woodbine, tendré que aceptar.

* * *

—¿Así que doblaron ustedes Cabo de Hornos, señor? — preguntó Woodbine mientras se tumbaba a la sombra en una pila de esterillas.

—Por Cabo de Hornos, sí, señor. No hay nada como ese endiablado lugar. Me refiero a que simplifica las cosas, ¿me comprende? Nada de echarse pedos consumido por las dudas, ¿estamos aquí, o no estamos aún aquí? Con ese endiablado lugar, o estás o no estás. No hay dudas que valgan, nada de consultar las cartas hasta que se te cierran los ojos. ¿A cuántas podridas isletas estaba eso a babor? No, nada de eso. O estás ahí o no estás ahí.

—¿Hay mucho hielo en los alrededores, señor?

—No. Finas capas de vez en cuando, y un terrón desprendido del glaciar que hay más allá, pero nunca tuvimos que colocar las defensas de jarcia para protegernos de los hielos.

Comentaron el asunto de las defensas, de las redes, y de unos objetos muy curiosos empleados por los balleneros de Groenlandia. Cuando hubieron agotado el tema, el norteamericano, procedente de Poughkeepsie, dijo:

—Ese joven tan listo, el ayudante de navegación, ¿es boxeador?

—Dios santo, no. Es un caballero.

—¿Cómo? Ah, no pretendía insultarlo, créame. Pero parece acostumbrado a repartir y encajar, por esa oreja en forma de pella y demás.

—No le negaré que nuestros jóvenes no hacen ascos a la perspectiva de cruzar unos golpes con fines deportivos. El joven no pesa ni ciento cuarenta libras, pero tendría que haberle visto cuando le dio una buena tunda a un gaviero enorme de la *Polyphemus*, estando en el golfo. Dios mío, menudos golpetazos se dieron en los ojos, qué bajezas. En la cámara lo llamamos el León del Atlas. También lo conocen así en las cubiertas inferiores.

Charlaron amistosamente un rato de los extraordinarios combates que habían tenido ocasión de ver a lo largo de su vida, celebrados en ferias, en Blackfriars, en Hockney-in-the-Hole, donde había un deshollinador que desafiaba a todos los recién llegados que no pesaran catorce libras más que él a luchar por media guinea. Un combate justo, nada de cogerse por la garganta, dejar caer todo el peso sobre el oponente caído o estrujarle las

partes. No prestaban mucha atención a las palabras del otro, pero al menos no había enfrentamiento, altibajos en la conversación, ni sorpresas. Para tratarse de una charla entre un hombre que desconocía su posición, y otro que estaba seguro de la suya (con un margen de error de diez millas), lo cierto es que no tenía precedentes.

—A ver, compañeros -dijo Woodbine, interrumpiendo su relato del memorable combate celebrado en Coldbath Fields entre Sayers y Darkie-, ¿qué estáis haciendo?

—Estamos con los relojes, señor, y el pequeño bostoniano está en hora, vamos, que concuerda con nuestro Earnshaw con un margen de cinco segundos.

—En tal caso, ¿de qué os quejáis? —preguntó Woodbine, cuya mente, que no discurría a mucha velocidad, seguía anclada en el Coldbath Fields de antaño.

—¿No pretenderá depender de un único cronómetro? —preguntó alarmado Wilkins-. ¿Cómo? ¿Está hablando de confiar todo un barco y su equipaje, por no mencionar siquiera a todas las personas que van en él, a un sólo cronómetro?

Guardaron silencio, conscientes del daño infligido a las buenas costumbres del mar, sin saber no obstante qué podían hacer para solventar la situación.

—Aquí viene el doctor -susurró el segundo del armero, capaz de trabajar muy bien el metal, que a menudo ayudaba a Stephen con su instrumental y que a veces le hacía instrumentos nuevos. Stephen conocía a pocos hombres capaces de hacer un serrucho con la misma precisión que él.

—Muy enfrascados les veo con esos relojes -dijo Stephen tras saludar-, máquinas ingeniosas donde las haya.

—Así es, señor -dijo el segundo del armero-, son ingeniosas, y mucho. Claro que de vez en cuando pueden rebelarse, y en tal caso...

—Pero imagino que un artista como usted, Webberfore, será capaz de abrirlos por dentro y procurar que la maquinaria vuelva a cumplir con su cometido.

Se produjo un rumor generalizado de desaprobación y rechazo.

—Recuerde usted, señor -dijo Webberfore-, que, según las Ordenanzas, todo aquel que abra la caja de un reloj será azotado hasta la muerte, no se le

respetará la paga atrasada, la viuda se quedará sin pensión y encima será expulsado sin decir una palabra.

—No debe abrir un cronómetro, claro que no, si resulta que al final terminará de ese modo -opinó el piloto, opinión que los demás dieron por válida.

La conversación siguió por estos derroteros un rato, hasta que Stephen comprendió que se acercaba la conclusión.

—Claro que la tapa exterior podría abrirse -sugirió Webberfore-, para que el oficial, por lo general el piloto -dijo inclinando la cabeza ante Woodbine-, pueda dar cuerda a la maquinaria. Siempre cabe la posibilidad de que una pieza, por ejemplo la palanquita, se salga de su sitio empujada por el cabeceo y balanceo del barco, lo cual perjudicaría la precisión del cronómetro. Puede que se hundiera en la rosca, y de ahí sólo podría sacarla una persona con un pulso a prueba de fuego, armada con un par de precisas pinzas suizas. Podría sacarla sin siquiera abrir el reloj...

—Muy cierto -dijo el piloto, que no quitaba ojo a Stephen.

—Es esa pieza que se levanta cuando se da cuerda al reloj, ¿verdad?

Todos asintieron.

—Como en un molinete -dijo uno.

—O en un cabrestante -añadió otro-, aunque en tal caso lo llamemos linguete.

—Claro que si falla la palanquita -dijo Stephen-, la rueda corre hacia atrás sin control. A mí me ha sucedido.

Ahí estaba, dando cuerda a mi reloj, y al sacar la llave se produjo un inquietante chirrido y el reloj se paró.

—Eso mismo, señor -dijo Webberfore-, la punta de la palanquita desapareció, y no hubo nada capaz de detener la rueda o el eje. Aunque si sólo ha desaparecido la punta, algo que a veces sucede con un metal recalentado, el resto podría aguantar tenso el eje, bajo tensión, de tal forma que el reloj siguiera funcionando, aunque la parte desmontada impediría que el mecanismo diera la hora exacta, por supuesto.

—Estoy satisfecho, Webberfore -dijo Stephen-, debo felicitarle de todo corazón.

—Yo también -exclamó Wilkins-. Dios mío, eso de navegar con un sólo cronómetro es... -Sacudió la cabeza, incapaz de expresar con palabras el horror, la increíble inquietud que sentía. Entonces, después de retirarse los

demás, preguntó a Woodbine si fumaban o mascaban tabaco. Woodbine respondió que hacían ambas cosas, cuando podían, pero que el barco andaba falto de suministros, y que deseaban arribar a Río para reaprovisionarse.

Wilkins asintió muy satisfecho, guardó los cronómetros en una bolsa acolchada y, al despedirse, dijo:

—Creo que tendré el placer de comer con ustedes mañana, ¿verdad?

Dicen que mañana será otro día, y así fue, al menos según el calendario, porque a juzgar por el calor que hizo, la fuerza con que cabeceó el barco sin andadura y la flacidez de las velas, no se distinguió del anterior. Un molesto rabihorcado había sustituido a los alcatraces, y un tiburón azul más pequeño nadaba bajo la bovedilla, pero la brea seguía goteando y los marineros maldecían y sudaban.

—Lamento no avistar aún a la *Ringle* -dijo Stephen, cuyos ojos intentaban penetrar la oscuridad.

—Yo también lo siento -dijo Jack-. Aunque no creo que debas temer por ellos. William es un buen navegante, y su piloto es aún mejor. Navegó con Cook. Además, una goleta tan ligera como la *Ringle* se ve más afectada por estas corrientes variables que nosotros. De cualquier modo, William sabe muy bien que reaprovisionaremos y haremos la aguada en Río. Perdóname, Stephen, pero tienes brea en los calzones, y nuestros invitados no tardarán ni diez minutos en llegar.

* * *

Se cruzaron las invitaciones, comidas celebradas bajo improvisados toldos que cubrían la cubierta de la crueldad de un sol nebuloso y particularmente tórrido, así como de la brea, cada vez más líquida. Disfrutaron más de lo que hubieran creído posible dadas las circunstancias. Los norteamericanos quedaron en mejor lugar, por supuesto, pues se habían pertrechado en Río y conservaban existencias de fruta tropical y verduras. Los de la *Delaware* también habían visto a la *Asp* reaprovisionarse allí, lo cual dio pie a una larga serie de descripciones técnicas que facilitaron que Stephen se sumiera en su propio mundo, por mucho que Jack y sus oficiales le aseguraran que aquellos detalles eran de capital importancia.

* * *

–Todo estaba delicioso -dijo Stephen mientras la falúa regresaba a la *Surprise* a. través de la bruma. El timonel arrumbaba guiado por los disparos que efectuaba una pistola cada treinta segundos.

–Tienes toda la razón -admitió Jack. Los demás oficiales que les acompañaban en la falúa pasaron a describir las diversas delicias servidas, la mayoría pertenecientes a la categoría tropical; otras, como el pastel de queso, podían considerarse piedras angulares de la cocina norteamericana. Por su parte, Candish y el piloto admitieron que jamás habían bebido tanto vino en la vida.

Después de una pausa que aprovecharon para recordar la velada, Jack dijo:

–El capitán Lodge me dijo que en cuanto oscureciera y refrescara un poco tenía planeado enviar sus botes por delante y remolcarse estenordeste durante una o dos guardias, ahora que ya conocen cuál es su verdadera posición. Cree que hay una corriente estable... Dice haberla aprovechado antes.

Subieron a bordo y se dirigieron a la cabina.

–Fue un placer conocer al doctor Evans, y oír todo lo que me contó acerca de los estudios médicos del joven Herapath y el éxito de su libro. Que talento el suyo -dijo Stephen.

–¿El joven Herapath? Sí, buena persona donde las haya, aunque no existe poder en la Tierra capaz de convertirlo en un marinero decente. Diablos, cómo truenas -exclamó con su vozarrón para imponerse al estruendo del trueno; la cabina se iluminó fugazmente por los relámpagos que hendían el cielo, e inmediatamente después cayó en cubierta una tromba de agua-. Esos pobres diablos terminarán calados hasta los huesos.

El inmenso aguacero poseía una densidad tan monstruosa que apenas se podía respirar bajo la lluvia. Al cabo de diez minutos, pudieron distinguir unas sombras que desafiaban el diluvio para abrir los conductos que llenarían los toneles con un agua tan limpia y potable como podía esperarse que cayera del cielo. Todo ello, no obstante, molestó y aterrorizó a los gatos más que ninguna otra cosa por la que hubieran pasado antes. El más reservado de ambos, uno patilargo con la panza color melocotón, se arrojó sobre el regazo de Stephen, y no hubo forma de tranquilizarlo.

Era imposible pensar que el diluvio pudiera durar hasta el alba, porque el cielo no aguantaría tanto, pero el caso es que lo hizo, y al verlo quedaron

anonadados, ensordecidos, asombrados cuando salió al este la luz del día, acompañada por las familiares velas de la *Ringle*, que marchaba a tres o incluso cuatro nudos hacia ellos con una imperceptible brisa a popa. Encontraron la cubierta alfombrada, totalmente en según qué partes, de extrañas formas de vida de las profundidades del mar. Supusieron que habían sido absorbidas por una distante tromba marina, para terminar arrojadas ahí.

A todo esto, Jack Aubrey no estaba dispuesto a ceder un ápice. La única preocupación de la *Surprise*, y también de la *Ringle*, consistía en salir cuanto antes de ese odioso rincón del mar. Ni siquiera desayunarían hasta que se encontraran navegando con las cubiertas en condiciones y el aparejo limpio de algas, calamares voladores y otros tantos monstruos más. Stephen tuvo que contentarse con guardar en el bolsillo las criaturas menos gelatinosas, que enseguida llevó bajo cubierta antes de que aquel capitán de expresión pétrea los hiciera retirar por la fuerza.

Con todo, se sirvió el desayuno más o menos a la hora. Para todos, excepto para quienes manejaban las bombas, que soltaban a ambos costados enormes chorros de agua. El rostro del capitán Aubrey recuperó su humanidad, y Stephen, al verlo, aprovechó para preguntarle con cierta timidez si creía que habían abandonado la zona de las calmas ecuatoriales.

—Eso espero, al menos -respondió Jack-. Cuando el cinturón, la convergencia, es muy angosta y concentrada como creo que era ésta, a veces termina en una rabieta violenta como la que acabamos de sufrir, que podríamos llamar... -Al cruzar su mirada con la mirada atenta de los gatos, olvidó lo que estaba a punto de decir-. «Adiós, españolas.» ¡Killick, Killick!

—¿Señor?

—Avisa a Poll Skeeping. Discúlpame, Stephen, me entrometo en tu terreno.

—¿Señor? — preguntó Poll Skeeping al tiempo que se ataba a la espalda un delantal nuevo.

—Tenga la amabilidad de deshacerse de esos gatos. Saben perfectamente que no pueden entrar en la cabina.

Lo sabían, por supuesto que sí, y tuvieron que resignarse cuando se los llevaron colgando de una pata, tiesos, dóciles y con la mirada gacha.

—Qué alegría me he llevado al ver a la *Ringle* -dijo Stephen al cabo de un rato.

—Yo también, por Dios. Es pequeña, y en ocasiones, el tiempo se portó con toda la dureza que cabía esperar de él.

—¿Sería impropio o desafortunado preguntar dónde nos encontramos? Es decir, me basta con que me des una idea aproximada.

—Después de calcular la altura del sol al mediodía, lo cual creo que lograremos, espero poder decírtelo con mayor precisión de la que me pides. Por ahora aventuraré la suposición de que mañana por la mañana nos encontraremos disfrutando de un entablado monzón del sudeste, a no más de una semana de navegación de Río, según lo fuerte que resulte ser.

—Bien, bien. Muy bien. Acabas de tranquilizarme. Pero, cuéntame, Jack, dado que veo que, a pesar de no haber pegado ojo en toda la noche, ansias levantarte para inspeccionar la nave de quilla a perilla... Cuéntame, te lo ruego, cuándo crees que tendrás un respiro para sentarte y confiarme los aspectos menos físicos de nuestra empresa.

Jack le miró pensativo, dando vueltas a los aspectos menos físicos. Entonces, sonrió y dijo:

—Aunque disfruto de un excelente teniente, hay muchos asuntos arriba que no delegaría en nadie sin revisarlos en persona. También los hay bajo cubierta, no creas. ¿Qué te parece después de comer, cuando tomemos un café a solas?

* * *

Jack Aubrey empujó hacia atrás el respaldo de la silla, y desabrochó un par de botones de su chaleco.

—¿Quién iba a decirme que estaba tan hambriento? Me temo que debo de haber comido como un ogro.

Pudo verse sonreír a Killick: El caso era que el apetito de Jack siempre le complacía. Era la única concesión que hacía a la amabilidad.

—Oh, vamos -dijo Maturin-. Seis chuletas de cordero no constituyen una ración excesiva para un hombre de tu corpulencia. Un ogro abstinento lo llamaría moderación. Esos benditos norteamericanos dijeron que el animal provenía de un paraje favorecido, y no me extraña porque la carne era tierna y succulenta.

La tomaron con un queso de Essex algo duro, que engulleron con la ayuda de un vino de Borgoña. Jack, al recordar el asunto que los había

llevado allí, preguntó a Stephen si la inspección había resultado satisfactoria.

—Ha ido muy bien, gracias. No tanto dado que habrá que empezar de nuevo con la recuperación de tres de las fracturas más recientes. Pero en general, no tengo por qué quejarme. Sufrieron una sacudida, cayeron al suelo, pero la mayoría (y no es que tenga muchos pacientes en el sollado), soportaron bien los golpes, el balanceo y el cabeceo del barco. He tenido ocasión de comprobar que un prolongado y violento chaparrón tiende a mejorar a mis pacientes. Quizá se deba a que el hecho de constatar la cercanía de la muerte devuelve a la salud el adecuado equilibrio.

—Killick -llamó Jack-. Pon la cafetera al fuego, ¿quieres?

Tardó más de lo acostumbrado, y, mientras el compañero de Killick, Grimble, sostenía la puerta, el dispensero del capitán hizo su entrada caminando de espaldas, protegiendo la bandeja en que llevaba la cafetera, las tazas y una jarra.

—Con los saludos de la *Delaware*, señor. Schnapps holandés.

—Han vuelto a ganarnos por la mano -dijo Jack, sacudiendo la cabeza-. Me hubiera gustado poder darles algo, cualquier cosa.

—Yo me las apañé para que les llevaran en bote una damajuana de tintura de escoba negra -dijo Stephen, titubeando-. De la mejor escoba negra -añadió, menos convencido de la conveniencia de sus palabras.

—En fin, espero que les aproveche -dijo Jack-. Aunque no sean más que unos demócratas y unos republicanos, espero que le saquen provecho.

—Amén -dijo Stephen.

—Estás en la luna, hermano -dijo al cabo Jack-. ¿En qué piensas?

—En mi salto al pasaje en do mayor del adagio -respondió Stephen, que silbó a continuación la melodía.

—Conozco la pieza.

—Se me ocurrió, durante la tromba de agua, que estaba fuera de lugar, que era demasiado llamativo.

—Por nada del mundo lo acusaría de tal cosa. Aunque quizás esté fuera de lugar.

—Oh, gracias, Jack. Creo que lo eliminaré. ¿Me permites ahora servirte una taza de café y pasar al tema de Río?

—Por supuesto.

—Me has hablado hasta cierto punto de sir David Lindsay, aunque no de un modo continuado, ni de principio a fin. ¿Qué te parece si lo comentamos ahora? Es muy probable que el caballero represente un papel de gran relevancia en nuestra empresa.

—Nada más lejos de mi capacidad, como bien sabes, Stephen. Soy capaz de convertir un sencillo despacho de guerra del que conozca hasta el último detalle en una relación simplona de lo sucedido, por mucho que Adams o tú tengáis la amabilidad de echarme una mano.

—Así es. Un relato frío, destinado a publicarse en un medio oficial puede ser muy difícil de escribir, y Dios sabe que son pocos los almirantes o los secretarios que logran hacerlo de la forma adecuada, hacerlos atractivos, embellecerlos. Pero entre amigos, en un barco que parece navegar de un modo ejemplar (¿me equivoco al pensar que son estos los vientos del sudeste?), ¿podrías explicarme a grandes trazos a qué debo atenerme?

—Verás, Stephen -dijo Jack-, no puede decirse de él que sea un mal marino. Ha tomado parte en dos o tres reputados combates entre corbetas y fragatas, y gobierna bien su barco. El caso es que no parece un marino. Si lo vieras vestido de civil podrías confundirlo perfectamente con un soldado. Creo que se debe a que, por ser más bien pequeño, se mantiene tieso como un palo. Es un tipo caballeroso. Nada sé acerca de su familia, pero ostentan el rango de baronets desde hace un par de generaciones, y creo que viven en el norte del país, quizás en Escocia. Habla... Bueno, quizás mucho y demasiado, pero Stephen, no creas que lo estoy destrozando ante tus ojos, tan sólo hablo abiertamente, y no hablaría así con nadie más.

—Lo entiendo, amigo mío.

—Puesto que no te he contado gran cosa, te diré que es muy susceptible, no soporta que lo interrumpan, y le resultaría insoportable que se difamaran sus conocimientos del mundo, por no mencionar a su familia. Oh, tendría que haberte dicho antes que nada que se crió en una de las escuelas públicas más importantes, hasta que su tío lo embarcó con el rango de guardiamarina, a pesar de que ya no era un niño. Durante esa época leyó mucho, y aprendió más latín y griego que la mayoría de sus compañeros de aquel entonces, lo cual, sin duda, constituye una de las razones de que hable como habla. Pero volvamos a su susceptibilidad: Cuando uno habla tanto, es casi seguro que habrá quien te interrumpa o contradiga, lo cual, como ya te he dicho, no puede soportar.

—Pero bien que debió de soportarlo cuando iba a la escuela.

—Y también en la camareta de guardiamarinas. Pero en cuanto tuvo un nombramiento en la Armada del rey, y toda la autoridad que éste concede, vio que tenía campo libre. De hecho, era bastante problemático, y no creo que nadie como Lindsay tuviera tantas citas, me refiero a que era de los que salían con un par de pistolas bajo el brazo, para luego tomar a solas el café. No creo que eso aumentara su reputación de corajudo, probablemente todo lo contrario, puesto que era obligada y exagerada. No obstante, es valiente, eso sin duda. Nadie sin las agallas necesarias sería capaz de abordar y tomar una embarcación de igual porte.

—Cierto.

—Pero fue su susceptibilidad, su incapacidad de morderse la lengua o, quizás, su exceso de coraje, lo que resultó fatídico para él. Durante un ejercicio de la flota, cuando forraban con planchas de cobre los fondos de su fragata de veintiocho cañones, se le asignó una corbeta, y permitió que ésta abandonara su puesto, lo que descompuso la línea de un modo horrible. El almirante lo hizo llamar y, por lo que he oído, le dedicó una larga serie de reproches lacerantes. Lindsay le escuchó sin decir palabra, pero por la mañana envió una nota de desafío al almirante. No sé cómo lograría convencer a alguien de que entregara semejante billete, porque desafiar a un oficial superior (ya no digamos si se trata de un oficial del Estado Mayor) resulta inconcebible en la Armada. Pedirle explicaciones por un castigo recibido, una orden o un reproche con el que no estés de acuerdo es inconcebible, como cualquier amigo de Lindsay podría haberle recordado. Creo que tiene pocos. Me refiero a amigos. En fin, sea como fuere, resultó que lo arrestaron, lo sometieron a un consejo de guerra y lo expulsaron de la Armada.

Durante un tiempo vagabundé de un lado a otro, reclamando justicia y gastando un dineral en abogados (por lo visto, había heredado) y después desapareció, se vino a estos lares, o eso tengo entendido, con la reputación de ser persona que ama la libertad y que ha sufrido por ella. Hay muchos buenos comerciantes en Chile y Argentina, y algunos de ellos estuvieron encantados de tener a su cargo a un baronet de verdad, y algunos de ellos, repito, y de sus amigos sudamericanos eran partidarios de la libertad, con respecto a España, me refiero, porque la libertad de poder disparar al

almirante de uno en pleno Hyde Park ya es otra cosa. Su nombre sonaba como una especie de eco siempre que se apelaba a la libertad.

–Por cierto, ¿habla castellano el caballero?

–Oh, extraordinariamente bien, según me han dicho.

CAPÍTULO 7

En una mañana preciosa, al sur de las viles calmas y el enervante y asfixiante calor, orzó la *Surprise* al viento bien lejos de la emergente costa americana, y Jack, que caminaba arriba y abajo con una tostada en la mano, dijo:

–Stephen, ¿quieres subir al tope? Con este suave balanceo constante apenas se mueven los palos.

–¿Es Sugar Loaf lo que quieres ver?

–Me gustaría ver Loaf, aunque si te soy sincero asoma sólo cuando nos suben las olas, pero en esta ocasión no me importa puesto que lo que realmente me preocupa es la actividad en puerto, las idas y venidas, las vergas. Sugar Loaf lo oculta prácticamente todo. Ya veo que tendré que enviar de todos modos a la *Ringle*, para preparar los suministros, la aguada y la madera. ¿Te gustaría acompañarlos?

–No, en absoluto. Estoy más que dispuesto a trepar a cualquier altura que tú desees.

–Señor Hanson -llamó Jack-. Señor Wells. El doctor se dispone a subir. Lo acompañarán ustedes y no duden en prestarle toda la ayuda que pueda necesitar, como si fueran dos asideros más.

–A la orden, señor, a la orden -respondieron. Jack trepó de nuevo por la familiar obencadura, flechaste tras flechaste con la facilidad de alguien acostumbrado al ejercicio, hasta llegar a la cofa, donde saludó al vigía y contuvo un rato la respiración para facilitar de algún modo el trabajoso ascenso de su amigo.

Llegó Stephen, pálido; no estaba exactamente nervioso, pero sí algo cansado. Le seguían los ayudantes. Tomaron todos asiento un rato, observando el continente y la goleta a través del catalejo del capitán.

Era verdad. No podía decirse que los palos se movieran. Aun así, en la siguiente escala del ascenso, en las crucetas, Jack dijo que sería necesario subir más. Oteó el horizonte un rato, señalando diversas elevaciones del terreno. Entonces, aferrándose a un contraestay, su propia y expeditiva

manera de descender, confió a los jóvenes la tarea de devolver sano y salvo al doctor a cubierta en cuanto éste quisiera hacerlo, y, después, desapareció.

Posó ambos pies con un estampido ahogado y se encargó de que el guardiamarina de señales izara la señal de la *Ringle*, a quien ordenó acercarse a la voz. Después, empujado por el aroma del desayuno, se dirigió apresuradamente a la cabina. Allí se reunió Stephen con él, pálido aún, pero con la seguridad de quien camina de nuevo por tierra relativamente firme. Killick les sirvió café, bacón, salchichas y tostadas, de modo que no tardó su cordialidad, incluso su alegría, en recuperar también el equilibrio acostumbrado.

—Espero que el doctor Jacob tenga la amabilidad de acompañar a William a Río -dijo Jack-; ya que habla portugués, podría averiguar cuanto pueda de la *Asp*. William sabe qué preguntas hay que formular, pero será mejor que no las haga un inglés, alguien, pongamos por caso, que conoció la embarcación cuando estuvo en La Valetta, antes de que la desestimaran para el servicio, y que por dicha razón se interese por ella.

—¿Me equivoco al pensar que lo mejor sería que William adoptara un papel pasajero, preocupado con otros asuntos navales, mientras que Jacob fuera un auténtico pasajero ocioso, entregado a un paseo por el puerto, donde ver algo de Brasil, ignorante del mar, pero interesado por los asuntos terrenales?

—Has dado en el clavo, querido amigo. Eso es exactamente lo que me gustaría haber dicho. ¿Otra taza?

En ese momento, Killick anunció tres cosas: El deseo del señor Woodbine de ver al capitán de inmediato o a la mayor brevedad; la cercanía de la *Ringle*, y, finalmente, la noticia de que aquellos gatos africanos la habían tomado con los mangos.

—Y todo lo que no comen, lo estropean -añadió con un brillo malvado y triunfal en la mirada.

La única misión del señor Woodbine consistía en informar de la existencia de cierto desvío de los machos del timón, desvío calibrado durante aquella cristalina calma, y que el señor Seppings había pronosticado al colocar el nuevo codaste. La corrección se había efectuado gracias a tres cálculos sencillos, expuestos con claridad por el joven Seppings en un dibujo que encontrarían en el interior de la caja donde se guardaban los enseres de rigor. La siguiente entrevista no fue tan satisfactoria: William

Reade no tenía la impresión de que sus explicaciones relativas a las preguntas simples acerca de la resucitada *Asp* hubieran penetrado las capas y capas de la inmensa laguna que tenía el doctor Jacob respecto al lenguaje náutico inglés y portugués. Sabía muy bien qué deseaba averiguar el capitán Aubrey, pero tenía la impresión de que, aparte de arreglar los habituales asuntos relacionados con la aguada y los pertrechos, desembarcaría en vano.

—Será como afeitarse con el cuchillo de la mantequilla -masculló al sentarse junto a un sombrío doctor Jacob en la canoa de la *Ringle*.

Jacob, que en según qué aspectos se mostraba tan estúpido como el más parcial de los marineros pudiera desear, era un dibujante de primera. Evidenciaba esta cualidad la exactitud y belleza de sus láminas de anatomía, y era capaz de cambiar la escala, la actitud y la naturaleza de la descripción. De modo que fue gracias a sus esbozos y a las descripciones técnicas de Reade hechas en la cabina, que Jack Aubrey obtuvo una idea clara de la renovada, la casi reconstruida *Asp*.

—Señor, dudo mucho que hubiera podido reconocerla, con esa línea tan nueva -y la siguió con el dedo en el dibujo de Jacob-. Debo hacer justicia al doctor al decir que no podría haberla dibujado mejor de haberse ganado la vida en el oficio. Mi única duda es si con esos pies adicionales navegará de bolina tan bien como antes. Seguro que es más rápida, pero ¿barloventeará tan bien? Tengo mis dudas.

—Me atrevería a decir que tiene usted razón. — Jack prefirió no mostrarse más específico, aunque habló con seriedad, y mientras William Reade reanudaba la descripción de las mejoras en armamento, incluyendo una elegante pareja de cañones de caza de cobre, la expresión de su rostro, alegre por lo general, adquirió una mayor seriedad.

Querida -escribió Stephen-, he pasado años enteros navegando los mares, pero rara vez he percibido una preocupación tan compartida. No se trata de mera intranquilidad, porque la *Surprise* es estanca, eso lo sabemos todos, está bien pertrechada y cuenta con una dotación de marineros acostumbrados a trabajar juntos. Sin embargo, andamos faltos de alegría, de las bromas convencionales, de los insultos jocosos y de las agudezas que tanto amenizan la vida a bordo. Lo que más me extraña es que se trata de algo no ya extendido, sino universal, quizás con la salvedad de la camarera de guardiamarinas y de los pajes de escoba. La primera vez que reparé en

este fenómeno, fue cuando paireamos en el estuario del Río de la Plata. Habíamos despachado al buque de pertrechos a ese desolado e inmenso territorio que, al menos hasta donde pude ver, carece de aves. Buenos Aires. Cargaba, entre otras cartas y paquetes, una nota destinada a usted, en la que señalaba el extraordinario contraste existente entre los lagos africanos, donde chapotean familiares y exóticas variedades de patos, gansos, aningas y aves zancudas, hasta la *Ardea goliath*, y este enorme desierto, quizás poblado más allá del alcance de mi catalejo por un pato de agua que esté mudando la pluma. Espero de verdad que reciba mi nota en Dorset, pues es portadora de mayor afecto del que acostumbra a cubrirse con loneta.

Es cierto que pongo fecha al origen de todo esto (de la tristeza, de la adversa atmósfera que nos rodea) en el momento en que recorrimos el Río de la Plata, y es que por un tiempo quise achacar nuestro humor a la ausencia de vida animal, lo cual por supuesto es una tontería. En cuanto se reúna con nosotros el buque de pertrechos, y en cuanto podamos reemprender el rumbo, podremos ver a las aves del sur. Es más, antes de anclar aquí observamos unas pocas skúas, y dentro de poco veremos pingüinos por todas partes.

No, debo encontrar una explicación más racional al humor que nos acompaña. En parte podría atribuirlo a la naturaleza *in media res* de la estación, que no corresponde a una ni a otra. Quizás más se deba al hecho por todos conocido de que navegaremos al Pacífico vía Cabo de Hornos, en lugar de hacerlo por el Estrecho de Magallanes (del que Jack Aubrey no es muy amigo) de este a oeste; los puntos más alejados requieren de maniobras que resultan extraordinariamente peligrosas con vientos fuertes de poniente.

Creo que puede decirse sin faltar a la verdad que nadie ejerce tanta influencia en un barco como su capitán. Creo que la fuerza de su influencia aumenta, y mucho, cuando el capitán lo ha comandado durante años, como sucede en el caso del capitán Aubrey. Su expresión, su humor diario, su tono de voz son observados de modo natural, automático, por todos. No por curiosidad o un interés intenso y personal, sino como le sucede a cualquiera (marinero, granjero, pescador) que, supeditado al tiempo atmosférico, levante con frecuencia la mirada al cielo. Yo no me veo sujeto al estado de humor, al *état d'âme* de este gran hombre, excepto porque es mi amigo, pero, aun así, me siento curiosamente afectado...

En este punto interrumpió la escritura, que retomó al cabo de muchos días con una pluma distinta, mojada la punta en un tintero diferente, y escrita en una hoja de papel más bien descolorido.

Querida, no es sino con gran pena que contemplo la pérdida de tantas páginas, maltrechas por la terrible ventada, aporreadas y golpeadas por la entrometida agua de mar que se mezcló con hielo y que cubrió la cabina mientras la pobre *Surprise* yacía tumbada de costado en uno de los innumerables bajíos que no aparecen marcados en las cartas que hay de este amenazador rincón del mundo. Sucedió cuando Poll Skeeping y yo vendábamos y atendíamos a algunos marineros, heridos cuando un cañón se destrincó debido a la presión del hielo. En este momento estamos de nuevo a flote, y navegamos con las mayores y gavias arrizadas por la cara interna (a sotavento) de una de las incontables islas que orlan este desolado rincón del mundo.

Estas páginas ahora hechas pulpa, eran poco más que una especie de diario, un entretenimiento que aprovechaba para compartir con usted cosas como el avistamiento cada vez más frecuente de pingüinos (entre estos, algunos pingüinos emperador), albatros, petreles grandes y pequeños, focas, por supuesto, y leones marinos, además de la siniestra criatura conocida como ballena asesina, a veces en bandadas numerosas. Incluían sus páginas una disculpa por dirigirme a usted con tanta familiaridad, que justificaba por el hecho de no verme en la posición del pretendiente total y formalmente rechazado, de modo que resulta permisible cierto grado de familiaridad (que por otro lado no deja de ser censurable, incluso grosera). Contenían también un pasaje que describía nuestra llegada al Cabo de las Once Mil Vírgenes, más allá del cual se encuentra la embocadura tranquila y amplia del Estrecho de Magallanes, quizá de unas doce millas de ancho. Soplaban buen viento en nuestra aleta de babor, pese a lo cual no se ordenó cambiar lona o rumbo. Los marineros se alinearon en el costado, con la vista en tierra, mientras veían pasar el estrecho, la mayoría de ellos con un rostro tan serio como el de su capitán. No se hizo comentario alguno, el silencio tan sólo fue quebrado por el regular tañido de la campana.

Desde entonces, y desde nuestro pasaje del Estrecho Le Maire, que sólo conduce de una parte del océano a una parte peor un poco al sur, hemos tenido mal tiempo, y el ventarrón tiene mayor componente sur que el que suelen encontrar la mayoría de los barcos. Esto hace del hielo un factor más

peligroso, pues abunda más. Hay muchísimos témpanos de hielo, enormes hojas llanas de hielo que no alcanzan una gran profundidad, a los que difícilmente pueden hacer frente nuestros diestros balleneros (y contamos a bordo con unos cuantos) y la defensa que hemos pertrechado. De vez en cuando, vemos montañas de hielo que, en ocasiones, cuando el cielo está despejado, poseen una extraordinaria belleza verde, azul y turquesa. Nuestros balleneros afirman que, a medida que avance la estación, sobre todo con un viento tan de sur como éste, veremos más. Desde un punto de vista puramente estético, constituyen un precioso espectáculo, ya que estos vientos continuos levantan olas monstruosas, quizás de un centenar de pies de alto, y es un gran espectáculo verlas romper con todas sus fuerzas contra una masa de hielo enorme.

No obstante, su presencia, y la presencia de las gigantescas olas y los vientos adversos, nos obligan a hacer todo el avance al oeste que podemos al abrigo de muchas, muchas islas que en ocasiones ofrecen una asombrosa protección. Sucede a veces, después de días de perpetua y agotadora lucha contra el temporal, que nos refugiamos al abrigo de una bahía para descansar, pescar (principalmente en busca del succulento arenque) y recoger los grandes mejillones que no se encuentran a mucha profundidad.

Es en una de estas bahías donde paireamos en este momento. Jack Aubrey y yo acabamos de cenar estos platos. Supongo que usted sabrá que de niño tuvo relación con la familia Byron. Es posible que exista cierta relación, aunque no estoy seguro, pero en cualquier caso tuvo ocasión de conocer al almirante (conocido en la Armada por el apodo de Jack El Tormentoso), a quien admiraba mucho, y cuyas anécdotas repite a menudo. Recordará usted que siendo guardiamarina, el almirante navegó a bordo del desdichado *Wager*, un barco de la escuadra con la que Anson hizo su famosa circunnavegación. El *Wager* naufragó en el archipiélago de Chonos, y Byron y algunos de sus compañeros tuvieron que convivir con los indígenas de esos lares, una vida dura, muy dura. Le contaré a usted que las mujeres, algunas de las cuales se portaron muy bien con él, se encargaban de la práctica totalidad del trabajo. Eran ellas quienes paleaban las canoas, por ejemplo, embarcaciones frágiles muy proclives a tumbar, y pocos eran los hombres que supieran nadar, mientras que las mujeres aprendían de niñas. Ellas pescaban, arrojaban las redes y después animaban a los perros a arrinconar al pescado hasta la red, unos perros pequeños y poco

inteligentes, capaces no obstante de nadar y sumergirse en el agua. Las mujeres también cocinaban, y cosían la escasa ropa que llevaban, puesto que la mayoría de ellos iban desnudos, o se colgaban una piel de foca para protegerse del viento. Los hombres se acercaban a la playa para recoger leña, a veces cazaban, pero sin demasiado éxito. No obstante, encendían el fuego, incluso cuando todo estaba empapado, como solía suceder. La única comunicación era la que se hacía mediante señales de humo, sistema que les permitía cruzar mensajes entre distancias considerables. Sin embargo, querida... No sé, ha llegado el momento de mis rondas. Acaban de pitar a los marineros a levar el ancla. Reverbera en cubierta el estampido ordenado de las pisadas, el sonido metálico de los linguetes al cobrarse el cable. Recuerdo ahora que debíamos aprovechar la marea alta para acercarnos a un promontorio desde el cual poder ver el océano, mar abierto.

Ocho campanadas, momento para las habituales rutinas de la mañana, una de las cuales eran las rondas de Stephen. La enfermería parecía deshabitada en aquel momento, pero el coy en el que descansaba un ballenero sueco llamado Björn tenía visita. Se había roto tres costillas debido a un golpetazo reciente. La visita era Hanson, compañero de división del paciente.

—Progresas usted muy bien -dijo Stephen con ese tono alto y claro de voz que incluso los médicos inteligentes emplean con sus pacientes extranjeros-, y si el señor Hanson avisa a uno de sus compañeros para asegurarnos de que no se caiga usted, podría subir a cubierta un rato, ahora que el barco permanece inmóvil.

Las ceremonias matutinas también incluían el desayuno.

—Es un placer ver cómo se cuidan unos a otros los jóvenes marineros que pertenecen a una misma división -dijo Stephen mientras tomaban el café-. Desde el temporal que inundó la enfermería, no ha pasado un sólo día sin que tres o cuatro se hayan acercado a preguntar cómo se encuentran sus compañeros.

—Sería éste un barco muy extraño y desdichado si no sucediera tal cosa -opinó Jack-. Lo correcto es que los oficiales sientan una preocupación real por sus hombres, y si tuvieras que servir a bordo de otros barcos, creo que descubrirías que sucede igual en todas partes.

Aunque Stephen no estaba muy de acuerdo, no dijo nada. Antes de servirse la siguiente taza de café, Whewell, el oficial de guardia, entró en la

cabina.

—Les ruego que disculpen esta interrupción. Señor, acabamos de franquear el estrecho y me temo que el viento sopla con fuerza ahí fuera. El oleaje entra como empujado por las aspas de un molino, y trae consigo esos jodidos... trae consigo unos condenados bloques de hielo.

—Lamento oír eso, señor Whewell -dijo Jack-, pero a menos que hayamos errado por mucho en la medición, no tardaremos en encontrar aguas más calmas. Eche el anclote, tenga la bondad, y procure mantener el viento justo a popa, de tal modo que podamos observar el estrecho siempre que queramos. Ahora mismo subo a cubierta.

Querida -escribió Stephen-, los he seguido a cubierta. Permanecíamos al abrigo de un acantilado de paredes negras, a babor, con apenas mar para la maniobra. Sobre nuestras cabezas, el viento silbaba al atravesar una apertura natural en las rocas con un rugido constante y ronco, mientras que, por el pasaje a mar abierto, podíamos ver que los «condenados bloques de hielo» a los que el señor Whewell hizo referencia eran masas irregulares del tamaño de un almiar gigantesco; es de suponer que correspondan a fragmentos de las montañas de hielo caídos del acantilado con gran fuerza. Nosotros (y no incluyo a la *Ringle*) podríamos haber sobrevivido al golpe de uno de estos bloques, pero no parecía que pudiéramos pensar en la misma suerte para la canoa que intentaba superar el oleaje al otro extremo. Me refiero a nuestra mano derecha o costado de estribor, donde la corriente discurría con fuerza hasta besar la orilla. Por un instante, no entendí qué sucedía; entonces, Hanson y sus marineros me lo explicaron con pocas palabras, y me ofrecieron un catalejo. En la canoa había una joven con una piel de foca al hombro y una pala en las manos. En la cubierta de la canoa, cubiertos con redes, media docena de cachorrillos a la derecha de una anciana completamente desnuda, que sostenía un cesto lleno de peces y un bebé tan desnudo como ella. Estaban todos empapados por la lluvia y la espuma de mar, a punto de congelarse. La chica, con una capacidad extraordinaria para maniobrar la canoa, intentó una y otra vez deslizarse entre los bloques de hielo, tumbando a menudo, pero sin volcar. Observamos la escena con toda la atención posible, y con inquietud también. Finalmente, puesto que los bloques flotaban formando una especie de caravana, hizo virar la embarcación y se dejó llevar por la corriente que dibujaba una curva a través del canal hasta nuestro costado, de modo que se

puso a la voz. El capitán Aubrey la llamó y le ofreció un cable. Ella no quiso aceptarlo, creo que el sólo hecho de arrimarse hubiera bastado para que se despedazara la frágil canoa. Björn voceó algo y ella respondió. Alguien arrojó una manta, que cayó sin problemas en manos de la anciana: dicen que ésta sonrió, y la embarcación fue entonces arrastrada a la orilla hasta detener su andadura en una playita de guijarros donde vimos una casucha, el humo de un fuego y unos hombres desnudos que se dirigieron despacio hacia ellas para recoger el pescado, los perros y la manta.

Poco después de suceder esto, en uno de esos cambios que parecen propios de un sueño, cesó el oleaje. Jack llamó a la voz a la *Ringle*, que se encontraba a sotavento, y pidió que echara un vistazo al pasaje, al canal, y que informara después del estado de la mar y del hielo. Entonces llamó a Hanson y a Björn, a quienes pidió que se reunieran con nosotros en la cabina. Una vez allí, les ofreció café, y, hablando principalmente por mediación de Hanson, que no sólo era el oficial superior de Björn sino que, además, estaba acostumbrado a su modo de hablar, le preguntó qué opinión general se había formado de las circunstancias actuales. Entre otras cosas, ¿hablaba Björn la lengua del lugar?

Sí, señor, la hablaba; bueno, más o menos. Había naufragado en el Ingeborg, de Malmö, a un trecho al oeste, en Wigwam Reach o por ahí (el barco ardió hasta la línea de flotación, y sólo cinco hombres lograron ganar la orilla). La gente se había mostrado muy amable y, aunque les quitaron la mayoría de sus pertenencias, les dieron de comer. Les encantaban los cuchillos, no tenían cuchillos ni metal. Les ofrecieron una niña a cambio de su segundo mejor cuchillo. Al cabo de uno o dos años (pues perdieron la cuenta), llegó a entenderlos bastante bien. Eran buena gente, aunque no sabían qué era la limpieza. Su lengua se llamaba Tlashkala. No, no se hablaba en toda la costa, ni mucho menos. Otro pueblo habitaba a unas cincuenta millas a poniente, y no entendían ni una palabra de lo que decían. Cuando ambos pueblos se encontraban, solían enfrentarse a muerte, y el bando más fuerte saqueaba todo cuanto podía llevarse de vuelta a su territorio. Más allá de este otro pueblo, los Wona, había otro, y así era en todo Wigwam Reach. Algunos de ellos comían carne humana, otros no. Pero todos hacían señales de humo a sus amigos. Tras hacer una pausa, Björn preguntó con un murmullo a Hanson si el capitán sabía qué era Wigwam Reach.

Hanson se sonrojó, superó su confusión y comentó al capitán Aubrey que Björn se preguntaba si sabía qué era Wigwam Reach.

–Por favor, dígle que me cuente todo lo que pueda -dijo el capitán Aubrey.

–Señor -dijo Björn-, no me apostaría el arpón, pero los balleneros de Malmö y Gothenburg que navegan de vuelta a su hogar y sin prisas, procedentes de los lejanos bancos del sur, lo aprovechan a menudo, sobre todo cuando tienen tanto viento del sur frente a Hornos como sucede ahora. Wigwam Reach es un pasaje abrigado, no es el que ahora tenemos al oeste, sino el siguiente. Ofrece un abrigo constante, y es lento de navegar, pero se extiende por lo menos ciento cincuenta millas, pasado Cabo Pilar hasta dar al Pacífico. Es el extremo del Estrecho de Magallanes. Sucede que los indios son de lo más molesto, eso es lo único que preocupa a los balleneros. Sin embargo, un barco de guerra nada tiene que temer.

–Gracias, señor Hanson -dijo Jack al tiempo que se levantaba-. Y gracias, Björn; espero que pronto se recuperen esas tres costillas tuyas.

Stephen continuó escribiendo; esta vez lo hizo con una caligrafía desigual, aunque tanto él como el taburete y el escritorio estaban tan apretados que nada excepto su muñeca tenía libertad de movimientos. Por lo visto, el barco y el mar sobre el que éste flotaba (al menos, de momento) habían anulado sus derechos a este respecto.

Querida, de nuevo nos hallamos en un océano ilimitado, y bendecidos por lo que llaman un viento favorable avanzamos como podemos al noroeste. Ya hemos doblado, como seguro te habré contado hace mucho en alguna de estas páginas confusas e incoherentes, el temible Cabo de Hornos, y ahora el capitán Aubrey ha decidido que el deber le exige no perder un sólo minuto en la placentera navegación por aguas lentas y abrigadas, y avanzar a toda vela por mucho que nos azote la tempestad, nos embista el hielo, perdamos palos, motones, cabuyería... Ahora, incluso, por mucho que nos muramos de hambre. Tenemos de todo menos agua, pero cada vez menos, y menos.

La escasez se deja sentir en la enfermería, donde las viejas heridas se abren por nada, donde se evidencia la debilidad y, quizás, los primeros síntomas de escorbuto. Tres hombres y un muchacho han muerto de una simple neumonía sin complicaciones, y el pobre señor Woodbine se nos irá pronto, debido a una complicación derivada del hecho de haber tratado él

mismo sus enfermedades crónicas. ¿Qué puede hacer la medicina en estos casos, excepto facilitar el final sin provocarlo de forma deliberada?

Él en persona, y me refiero a Jack Aubrey, puesto que él personifica el barco, se ha vuelto serio, duro, inaccesible. No pide opinión a nadie, y tengo la impresión de que sabe exactamente lo que se trae entre manos. Navega con la misma determinación y claridad de mente que los albatros que nos acompañan en ocasiones, con los ojos entrecerrados, planean majestuosos sobre nuestras cabezas.

Aunque a estas alturas ya puedo considerarme un marino veterano, acostumbrado a la vida en la Armada y en el mar, me sorprende observar la fuerza del tratamiento, la costumbre, la necesidad, la disciplina. La gente, debilitada por la pérdida y, ahora, por la escasez de comida, trabaja duro para virar el barco en estos mares y con estos vientos, con frío, con mucho frío, lo cual resulta cuando menos agotador. Llevan haciéndolo tanto tiempo que parece una eternidad, pero aún tengo que oír una sola queja, una maldición. Ha desaparecido la alegría, cierto, pero ha quedado la asombrosa fortaleza, incluso entre los pajes y guardiamarinas que quedan con vida a bordo. Alguna que otra vez he oído al capitán reprender a uno de sus oficiales, pero no es algo que suceda todos los días.

Comemos juntos, como hemos hecho siempre. Sin embargo, no es buen momento para mantener una conversación íntima. Hace mucho que no conversamos. La última vez que tomamos café se limitó a inclinar la cabeza, y también me dijo, al finalizar la guardia de alba, que acababa de recordar el regalo de la *Delaware*, las botellas de ron de Jamaica que seguían guardadas en una caja, en su alacena particular. «Los hombres irían hasta las puertas del Infierno para salvar a la *Surprise* -me dijo-, pero si les tocas el grog no seré yo quien responda por ninguno de ellos.»

De modo que el grog está a salvo, al menos de momento. Si no he malinterpretado la conversación de la cámara de oficiales, la inquietud derivada de la escasez de alimentos (ya nos quedan pocos barriles de ternera en salazón) pronto se verá aliviada, dado que arrumbaremos, o intentaremos arrumbar, a un conjunto de islas cartografiadas en tres cartas distintas, situadas cerca de lo que se entiende aquí por la costa. Nos encontramos, y le costará a usted tanto como a mí entenderlo, en el inicio de la primavera antártica. Empieza de nuevo el ciclo de la vida, razón por la cual confiamos conservar la nuestra. Se apaga la escasa luz que había,

aunque en este atardecer no lo hace bajo la habitual nube de fina nieve, sino bajo una lluvia sombría. Así, querida, le deseo buenas noches, y que Dios la bendiga.

Al cabo de unos días, un cansadísimo doctor Maturin se acomodó como pudo en el mismo lugar de escritura, observó sus manos peladas, y mojó la pluma en el tintero.

Querida, puede que no sea cierto, pero según he oído decir no se permite a los carniceros formar parte de un jurado, debido a que están tan acostumbrados a la sangre que carecen del menor atisbo de sensibilidad. Por mi parte, durante mi etapa de estudiante de Medicina, no podía yo estar más acostumbrado a diseccionar cadáveres. Es cierto que al principio tuve que superar cierta renuencia, una renuencia extraordinaria, y creí haberla superado por completo. Por lo visto, no es así. La carnicería de ayer, y de anteayer, me ha perturbado mucho más de lo que hubiera creído posible. El tiempo se mostró muy bondadoso, y la *Surprise* y la *Ringle*, pusieron proa a una bahía resguardada, donde anclamos en quizás veinte brazas de agua. Después, nos acercamos en bote con un oleaje moderado, a través del hielo, que no presentaba una gran dificultad. La muerte estaba al acecho. Junto al cúter azul en el que yo me sentaba surgió un león marino que saltó sobre uno de los pingüinos pequeños; éste salió volando como un cohete o el corcho de una botella, y fue a caer en un témpano de hielo. La costa era un espectáculo aterrador, dividida en colonias (como las llaman) para las diversas familias de pingüinos (alturas distintas para las diferentes especies), y después playas, rocosas o llanas, apropiadas para las focas según sea su especie, y una cala en particular para los elefantes marinos, cuyos enormes machos, como seguro sabrá, presentan un carnosos *proboscis*, y al dar la vuelta lanzan un rugido infernal. Sobre todas estas criaturas, en el escaso herbaje de la parte superior de la isla, volaban las golondrinas de mar, tres o quizás cuatro albatros, petreles y skúas. Con el catalejo se podían distinguir cientos de aves. Como creo haber dicho antes, algunos de nuestros hombres han navegado a bordo de balleneros, y por tanto están acostumbrados a la sangre. Otros, después de los gritos y el nerviosismo iniciales, se propusieron perseguir a las focas de tamaño medio y golpearlas en la cabeza, mientras que los más familiarizados con la labor del carnicero cortaban la carne en filetes, con la intención de salarlos. No tardó en cesar la algarabía desatada al principio, momento en que me dispuse a impedir

sufrimientos innecesarios con la ayuda del escalpelo. Fue un ejercicio sanguinario y muy desagradable, ejecutado en su mayor parte vestido con la ropa de cada día. A la mayoría de los muchachos les angustió mucho, otros, en cambio, parecían disfrutar. Por suerte, o quizás debería decir que por prudencia, teníamos sal en abundancia. Las bodegas, también las de la *Ringle*, están llenas de barriles de foca y león marino en salazón, carne tan sabrosa y nutritiva como se pueda desear.

No obstante, tuve ocasión de observar que, si bien había desaparecido por completo el miedo palpable a quedarse sin provisiones en el lejano mar del sur, aún acongojaba al barco cierto temor. Temor que desapareció con el grog y un espléndido festín de filetes de foca. Tonto de mí, no me di cuenta de la cantidad de personas que se habían visto afectadas, aunque, a muchos no les había afectado en absoluto, la mayoría paisanos acostumbrados a matar desde la más tierna infancia. Sin embargo, sí reparé, puesto que estábamos en el mismo bote, que Hanson y su buen amigo Daniel hicieron cuanto pudieron por ocultar la desazón provocada por nuestras sangrientas excursiones, mientras los skúas graznaban en lo alto.

CAPÍTULO 8

Jack Aubrey se volvió tras pronunciar las últimas palabras por su compañero Henry Woodbine. No había recorrido todavía el costado del barco, cuando el vigía informó de que avistaba la señal de la *Ringle* a lo lejos, hacia el despejado nornoroeste.

—Suba de inmediato con un catalejo, señor Hanson -ordenó. Después, aguardó inmóvil mientras el joven trepaba a toda prisa hasta la cruceta de trinquete.

—¡Señor! — Su joven voz pareció flotar hasta la cubierta-. La *Ringle* dice: «Situamos Cabo Pilar norte y media al oeste, quizás treinta y cinco millas.»

Con tiento, pero con el corazón si cabe más acelerado, Jack subió a mayor altura, se colocó cómodamente en el lugar donde solía situarse, y encaró el catalejo hacia el horizonte, más allá del lugar donde se perfilaba la distante goleta. La fría claridad del aire ofrecía una excelente visibilidad, toda la que permitía la curvatura de la superficie de la Tierra. Tras calcularlo unos instantes, comprendió que lo que alcanzaba a verse desde el lejano tope de la *Ringle* no podría verse desde la *Surprise* durante buena

parte de la siguiente hora, por mucho que mantuviera los maravillosos diez nudos a los que marchaba en ese momento.

Ahí siguió, de todos modos, mientras el frío penetraba en su enorme capote y en el impropio pero útil gorro de lana. Al cabo, se medio convenció de que podía distinguir una muesca en el horizonte, a cinco grados de la posición apropiada, un horizonte por otro lado tan tieso como un cable tenso.

Lentamente y con soltura, se dirigió a popa, abriéndose paso ante las miradas inquisitivas de quienes estaban de guardia en cubierta (guardia que la muerte había menguado), hasta llegar a la cabina, en cuyo interior encontró al doctor Maturin. Agitaba éste una jarra de clarete con especias sobre un hornillo.

—Toma un sorbo de esto, amigo mío -dijo Stephen-. Te ayudará a combatir el frío. He añadido una pizca de ginebra a las nueces y al clavo de especias.

—Entra de maravilla -admitió Jack-, y si hay algo en este mundo capaz de sustituir al café, al buen Mocca recién tostado y molido, debe de ser esto. Muchas gracias. ¿Has oído las noticias?

—No. Poll, Maggie y un veterinario de la guardia de estribor han estado administrando enemas a muchos, muchos pacientes aquejados del empacho que ha venido a sustituir los síntomas de congelación, las torsiones y la debilidad de estos últimos días. La carne fresca de foca no tiene parangón a la hora de trastornar el metabolismo del marinero, que soporta mejor la galleta de barco, el queso de Essex y un pedazo de cerdo en salazón (del que por cierto recibe una ración exigua). ¿A qué noticias te refieres?

—William ha hecho señal de que ha avistado tierra a treinta y tantas millas al norte. Podría ser Cabo Pilar, que está situado más o menos en esa posición.

—Lo siento tanto. Creí que ya habíamos terminado con los cabos. Toma un poco más de vino, le sentará bien a tu estómago.

—Si insistes... Pero permíteme decirte, Stephen, que si bien Cabo Pilar o Cabo Deseado, como algunos lo llaman, forma parte de la Isla Desolación (otra Isla Desolación, entiéndeme) constituye un avistamiento favorable para el marino que busca la costa chilena, puesto que más allá del bendito cabo se extiende el océano Pacífico.

—¿Te refieres a que podríamos sobrevivir a este periplo?

—Oh, yo no diría tanto. Sin embargo, por el momento ordenaré a la *Ringle* acortar de vela, y pediré a William que nos acompañe durante la comida, después de que hayamos realizado una muy cuidadosa observación de la altura del sol. Compararemos posiciones y nos alegraremos o nos lamentaremos según sea el caso. ¡Killick! ¡Vamos, Killick!

—¿Señor?

—Llame al piloto en funciones.

—Que llame al piloto en funciones, señor -replicó Killick con un extraordinario sentido del humor, tratándose de él, claro está.

—Ah, y Killick, dígame al cocinero que prepare una comida tan decente como podamos permitirnos. El capitán de la *Ringle* subirá a bordo. — Cuando Killick se hubo retirado, añadió:- Stephen, no sé si la enfermería podría contribuir al festín de alguna manera.

—Quizás pueda prescindir de un poco de sopa en polvo, muy poca, ojo -dijo Stephen-, y miraré a ver si en mis existencias encuentro dos o tres botellas de vino decente. Así que, según tú, se trata casi seguro del Pacífico.

—A menos que el bueno de William haya perdido el juicio por completo, las aguas de ambos océanos se mezclan frente a la punta exterior de ese Cabo Pilar. Recordarás que el Pacífico baña las costas de Chile y Perú, extendiéndose hasta el Istmo de Panamá, y, de allí, al Estrecho de Nootka y a la fría costa canadiense. Adelante, señor Daniel. Permítame decirle que una de sus principales atribuciones como segundo del piloto consisten en realizar mediciones exactas y meticulosas de la altura del sol. Me atrevería a suponer que ya lo habrá oído por ahí, pero la *Ringle*, que anda lejos, a proa, ha hecho señal para informarnos de un probable avistamiento de Cabo Pilar, situado casi en el lugar adecuado. Por favor, informe al señor Harding, sin olvidar transmitirle mis mejores deseos, que me gustaría que largara toda la lona posible para cerrar sobre la goleta.

En cuestión de segundos, oyeron el rumor de una intensa actividad en cubierta. Siguió el vozarrón roto del contramaestre, que atosigó a los marineros «a arrancar y amarrar», el estampido de los pies a la carrera, y el chirrido de los motones, además de las innumerables notas que contribuyeron a elevar el tono e intensidad de la voz del barco, mientras que el embate de las aguas que hendían la tajamar parecía cada vez más apremiante.

El mar, si algo enseña, es una especie de sumisión ante lo inevitable muy parecida a la paciencia. Todos los involucrados se contuvieron protegidos por esa sumisión disfrazada de virtud durante las claras horas que duró el acercamiento. Tanto en la cabina como en la cámara de oficiales corrió la buena noticia (al menos entre quienes entendían de navegación) de que sus posiciones coincidían totalmente. Luego vino el festín, durante el cual se descubrió que el excelente cuerpo del borgoña acompañaba perfectamente a la carne de foca. Sin embargo, el auténtico motivo de alegría vendría después, cuando, rematada la faena con un trago de ron norteamericano, treparon a la cofa de trinquete. Allí, Jack Aubrey llamó uno a uno a los guardiamarinas, a quienes pidió tomaran nota de la alta y pelada montaña que había en la isla, a proa, la montaña con dos pilares de roca a la mar, negra la más alta.

Jamás debían olvidar esa peculiar silueta, que señalaba el extremo occidental del Estrecho de Magallanes. De ahí, con algo de suerte y el viento soplando oeste o noroeste, un barco podía llegar hasta el Atlántico en una semana.

Pasado Cabo Pilar disfrutaron de un tiempo perfecto, con cielos despejados, vientos de juanete sin pizca de hielo, y un mar bendito donde los hubiera, con olas suaves que morían en una costa tan lejana que semejaba un espejismo, un mar con alguna que otra ballena, y pesca en abundancia que subieron por la borda. Sobre todo y ante todo, aquel era un mar pacífico: nada de violentos chaparrones que estallaban de pronto, ni noches en que hubiera que despertar a toda la tripulación y arrancarla de los coyotes medio calientes para enfrentarse a cubiertas resbaladizas por el hielo, a las cofas y los marchapiés. Volvió poco a poco la buena salud, y con ella la risa, la broma, el ingenio. Finalmente, los gatos africanos abandonaron su refugio en la cocina, donde habían disfrutado del poco calor que había al sur del Cabo de Hornos.

Este tiempo encantador duró de un domingo al siguiente, cuando se prepararon para la misa vistiéndose con las mejores galas (aunque pocos baúles habían escapado del agua). Se afeitaron y arreglaron con la ayuda del barbero y su ayudante, cepilladas y recompuestas las coletas. Por su parte, los cantores, que componían el grueso de la tripulación, entonaron con voz fuerte y animada. Jack leyó para ellos uno de los sermones escritos por Taylor sobre el exceso en la bebida, sermón que escucharon con seriedad.

Mientras, los marineros de la *Ringle*, a sotavento, tuvieron que oír de nuevo los artículos del Código Militar, debido quizás al hecho de que el señor Reade no confiaba demasiado en sus poderes para el mando.

Desde mucho antes del alba del miércoles siguiente, todos a bordo comprendieron que iban a volver a pasarlo mal. Sin embargo, pocos de los que no habían reparado en la preocupante caída del barómetro hubieran podido imaginar lo mal que iban a pasarlo, o lo pronto que se torcerían las cosas. El viento sopló de nuevo como no podía suceder de otra forma. Lo hizo del nornoroeste, cada vez más fresco y en contra del flujo de la corriente y el oleaje. Al sonar las dos campanadas, se llamó a toda la tripulación a poner el barco en facha. El viento no podía ser más gélido, se colocaron toldos y una extraña corriente cruzada azotaba el costado de la fragata, e inundaba la cocina, cuyos fogones apagó.

El frío y el durísimo esfuerzo de mantener el barco así, con los palos desnudos a proa y con apenas un pañuelo a popa, mientras las bombas trabajaban sin cesar, fue tan agotador como cualquier otra prueba por la que hubieran pasado, exceptuando la amenaza, incluso más mortífera, que suponía la gigantesca masa de hielo perfilada al sur.

Por fin cesó el viento. Estaban totalmente agotados. Jack observó con aprobación que la goleta había salvado la situación bastante bien. Había perdido buena parte de las batayolas de proa, y el bauprés se había convertido en una especie de muñón; también tendría que procurarse un botalón nuevo. No obstante, parecía mantenerse a flote mejor que la *Surprise*. Se mantuvieron al paio en aquellas aguas violentas y traicioneras. Jack comprobó que estaban más cerca de la costa de lo que había calculado. Debido a las densas nubes no pudo ver con claridad, pero a lo largo del costado de estribor atisbo árboles maltrechos, vegetación, como si la mano de un gigante los hubiera arrancado para llevarlos lejos. Y en la distancia, a poniente, alcanzó a distinguir lo que parecía ser una luz.

—Señor Whewell -dijo al oficial de guardia, después de considerar un instante la situación-. Hagamos una señal a la *Ringle*, conforme navegue en vuelta de fuera todo lo posible. — Vio izarse las linternas de colores, señal de que habían recibido la orden. Ordenó a Harding que la guardia de bajo cubierta podía, efectivamente, retirarse en cuanto se hubieran servido el grog y un pedazo razonable de pingüino ahumado, todo ello acompañado de galleta de barco.

Reparó en la mirada del primer teniente al pronunciar la palabra «galleta», pero sin darle mayor importancia se dirigió a la cubierta inferior. La enfermería mostraba el aspecto que era de esperar, un aspecto poco halagüeño, después del repentino y fuerte temporal. No tan malo, pensó al ver que había pocas torceduras, fracturas y miembros dislocados o rotos. Todos, además, eran marineros bregados, acostumbrados a los rigores más extremos del temporal, y a guardar una mano para sí y otra para el barco. Hizo lo que le pareció apropiado en cada caso, y observó que Stephen se había mostrado tan generoso como de costumbre con el láudano, sobre todo en aquellos casos donde el dolor representaba un papel importante. A lo largo de su carrera había conocido a cirujanos que, debido a una especie de ascetismo mojigato, no administraban nada más que linimento para el dolor, incluso en las torceduras más dolorosas.

—¿Y tú? — le preguntó en privado-. ¿Cómo te encuentras después de lo sucedido?

—Bastante bien, amigo mío, gracias -respondió Stephen-, aunque me iría bien comer un pedazo de galleta, y tomar un trago de brandy.

—Lo del trago podemos arreglarlo, aunque sea eso, un trago. Pero en lo que respecta a la galleta... Cuando tengas un minuto, sube a cubierta. Hay unos árboles muy curiosos en la costa. Dentro de poco no habrá luz.

—Me reuniré contigo después de entablillar las tres fracturas que tengo pendientes.

La luz estaba a punto de desaparecer, pero Stephen aún tuvo tiempo de experimentar la fuerte impresión que acompañaba al espectáculo de aquel océano desordenado. Acres cubiertos de espuma amarilla, olas irregulares que entrechocaban a menudo, y restos esparcidos por toda la costa, en todas y cada una de las superficies que había.

En esa misma batayola junto a la cual observaba la situación, había un inmenso pino chileno de hoja puntiaguda que unos marineros talaban por temor a que las raíces pudieran enredarse en el timón. No hacía mucho que esas mismas raíces estarían enraizadas en una ladera que, con toda probabilidad, se había llevado consigo.

—Es una escena asombrosa -dijo Stephen-. Pero con tu permiso creo que volveré abajo. Los pies me están matando. ¿No te parece que la atmósfera se vuelve densa?

—Dentro de tres minutos no creo ni que alcancemos a ver el bauprés. En estas aguas es normal que haya bruma después del temporal. Y menudo temporal hemos sufrido, por Dios.

Siempre había creído justificado Stephen Maturin disfrutar de una larga noche de sueño cuando estaba agotado. Si era necesario, ingería para conciliar el sueño una cantidad apropiada de láudano, o de cualquier sustancia que tuviera a mano, suficiente para matar a un caballo. Fue por esa razón que resultó tan difícil despertarle a la mañana siguiente.

—Oh, vete al diablo, mono monstruoso -dijo exasperado, con odio, al volverse primero en el coy para después cubrir su cabeza con la almohada.

Pero de nada sirvió. Lentamente, gracias a la repetición y la constancia, entendió el mensaje. El piloto de un ballenero de Hull, que se encontraba abarloado a la Surprise, había subido a bordo para pedir su ayuda con un herido. Se trataba de un hombre cuyo brazo había sufrido una terrible herida hacía tres días, después de engancharse al cable del arpón clavado en una ballena que se sumergía en el agua.

—No estoy en condiciones de tratar una herida semejante, como tampoco estoy en condiciones de curar un simple corte en un dedo -dijo mientras se incorporaba observando el pulso de sus manos-. ¿A qué huele?

—Es café. El ballenero nos ha regalado un par de libras. ¿Le apetece una taza?

—No me sentaría mal -respondió Stephen, con un aspecto más humano, incluso con cierto brillo de inteligencia en la mirada. Cuando dos o tres tazas de fuerte café negro disiparon los efectos de la adormidera, el eléboro y el ron de Jamaica, su sentido del deber, del deber médico, profundamente enraizado, empezó a asomar-. ¿Cómo se llama mi asistente? — preguntó.

—Poll Skeeping-respondió Jack en tono conciliador.

—¿Está el mar en calma?

—No como las aguas de un estanque.

—¿Cómo dices?

—¿Acaso no has oído llover toda la noche?

—No.

—¿Qué quieres que haga? — preguntó Jack, temiendo que pudiera escapársele de nuevo.

—Pídele por favor que vaya a echar un vistazo al herido. Es una mujer muy inteligente... Sí, por mucho que te empeñes, existen mujeres de ese

tipo. Cuenta con excelentes referencias de mi viejo amigo el doctor Teevan, tiene experiencia, y sin duda sabrá darme los detalles necesarios, aunque no sé si mi nebulosa y estupefacta mente podrá asimilarlos.

Así lo hizo mientras le ponía una camisa limpia y le arreglaba el pelo, indicándole que ni san Lucas ni todos sus colegas apóstoles podrían salvarle el brazo a esas alturas, ni todo el Colegio de Cirujanos de Dublín. Sin embargo, creía que su señoría, si le permitía decirlo, quizás podría salvar la vida del pobre paciente, amputándoselo del todo a la altura del hombro, por la articulación. Había explicado a los balleneros qué debían hacer y qué debían esperar. Y también tenía preparado el instrumental adecuado.

El tiempo que tardó en cruzar dos cubiertas para descender a la cabina iluminada donde el paciente yacía tumbado combatiendo el dolor, la pena y el miedo, bastó para devolver a la vida al doctor Stephen Maturin. Después de una rutinaria inspección que confirmó sin reservas la información de Poli, llevó a cabo una amputación rápida e inusualmente satisfactoria con excelentes solapas de piel sana, piel con la que no esperaba contar.

—Ya está -murmuró al oído del paciente-. Hemos terminado. No tardará en recuperarse, si guarda reposo y no bebe alcohol durante una semana.

—¿Ya ha terminado, señor? — preguntó el paciente-. No me he enterado de nada. Que Dios le bendiga.

En cubierta dijo al piloto del barco:

—Tenga la amabilidad de permanecer por aquí, junto a la fragata. Soy bastante optimista con su hombre (su hermano, ¿verdad?), pero debo cambiarle mañana el vendaje, y enseñar al más inteligente de sus compañeros cómo debe hacerlo hasta que se haya recuperado del todo.

* * *

—Siempre congenié con los balleneros -dijo Jack mientras saludaba con la mano, a pesar de la media milla que distanciaba a ambos barcos en aquella mañana tranquila, de viento favorable-. Por fuerza tienen que ser buenos marinos para sobrevivir. La gente los acusa de aspereza y de querer pasarlo en grande cuando arriban a puerto, y seguro que son muy capaces de armar jaleo en tierra, pero llevan una vida muy dura, durísima. En generosidad no hay quien los supere, aunque por lo general no puede decirse que ningún marino sea tacaño. Ahí tienes a Carling, sin ir más lejos: Joseph Carling, capaz de vaciar su bodega si llego a permitírselo. No acepté

más que un par de barriles de galleta, en cuanto supe que hay cerca un modesto puerto abrigado, un fondeadero, llamado Pillón, donde la mayoría de los balleneros de estas aguas acuden a pertrecharse. El lugar lo regenta un tipo nacido en Hull, casado con una india, un hombre que sabe perfectamente qué necesitan los marineros. – Hizo una pausa antes de continuar: Es agradable comprobar cómo se tratan los marinos por todo el mundo. Lamento que estuvieras tan ocupado a bordo de la *Ringle* y con tus pacientes, porque te has perdido la comida con Carling. Habrías tenido noticias de compañeros nuestros, miembros de la Royal Society.

¿Recuerdas a Dobson, a Austin Dobson?

–¿El entomólogo?

–El mismo.

–Pues claro que sí. Los ejemplares del *Proceedings* no serían lo mismo sin sus aportaciones. Existen no menos de tres escarabajos que llevan su nombre, Austin Dobson; es posible que a estas alturas ya haya dado entrada a un cuarto.

–¿Has oído hablar de su herencia?

–Vamos, amigo mío, no nos importunemos más con preguntas y respuestas. Hoy me siento un poco pendenciero, he trabajado muy duro, me he alimentado con pingüino y foca. Y necesitaría que me hicieras un retrato sin rodeos de nuestro colega.

–Muy bien. Vamos a sentarnos cómodamente. Eso es, ahí. Levanta los pies y ponte cómodo. Austin Dobson tenía un primo lejano a quien no conocía, que vivía rodeado de un lujo decadente en el norte, en Newcastle, donde se embarca el carbón extraído de las ruinas. Pues resulta que su primo falleció, y Dobson heredó una suma absurda: millones, no sé cuántos, pero millones. De pronto, se dispuso a hacer lo que siempre había soñado. Compró el paquete de Lisboa, un recio barco en condiciones, diseñado para hacer rápidos pasajes por la Bahía de Vizcaya, contrató a una tripulación adecuada, y reunió a cinco o seis amigos, todos pertenecientes a la Royal Society, botánicos o entomólogos, además de ser una autoridad en zoología marina. Hombres, todos ellos, poseedores de una gran curiosidad. He aquí que emprendieron el viaje por el Cabo a la India, Ceilán, Las Islas de las Especies y demás, todo vía el Pacífico. Recalaron en Juan Fernández y ahora remontan la costa chilena y peruana hasta el Istmo de Panamá, donde dos de ellos pretenden cruzarlo y tomar un barco al otro lado, con las

semillas y los especímenes más frágiles (por lo visto, tienen compromisos universitarios), mientras Dobson y los demás prosiguen hacia el Estrecho de Nootka y regresan vía Kamschatka, lugar en el que otros dos de ellos tienen planeado estudiar la rata autóctona.

—Qué noble propósito -exclamó Stephen, aplaudiendo-. Qué fortaleza, también, porque por muy cómodo que sea el paquete (y los que yo he tenido oportunidad de conocer eran limpios y cómodos), habrán atravesado aguas que exigen de una gran firmeza, una firmeza que debe renovarse continuamente entre Cáncer y Capricornio. Incluso en un paquete estanco debe darse una gran monotonía en la dieta... no, no, es un modo excelente de disfrutar de una herencia. Le felicito.

—Lamento que no estuvieras ahí -dijo Jack-. Seguro que te hubieran sonado todos los nombres, porque acudes con mayor regularidad que yo a las reuniones de la Royal Society así como a las cenas. Mis amistades allí, aquellos cuyos ensayos leo con gran atención, son astrónomos y matemáticos. Por el contrario, estos de los que te hablo son naturalistas de uno u otro tipo, y cuando ambos barcos recalaron juntos en San Patricio con la intención de pertrecharse, hicieron a los balleneros toda clase de preguntas referentes a las ballenas (las diversas especies, la altura del chorro, el período de gestación, dónde encontrarlas, número de adultos que acompañan a las crías, etcétera. «¿Dónde podríamos encontrar ámbar gris?»

Ambos rieron. En una ocasión, Stephen había naufragado en una isla de coral, donde su única compañía, aparte de los cangrejos, fue un pedazo de ámbar gris.

—¿Por qué nos reímos? Ni tu situación ni nuestra inquietud tuvieron nada de gracioso -dijo Jack.

—Quizás porque me encontraste, de modo que todo terminó felizmente. A veces la risa resulta tener una curiosa opacidad. Sonrío siempre que recuerdo los apagados destellos de ese trozo de ámbar gris. Espero que nos crucemos con ellos. Siento un gran respeto por su curiosidad, y quisiera conocer las respuestas a algunas de sus preguntas.

En ese momento, llamaron a Jack a cubierta (algo relacionado con las velas, seguro) y Stephen se sumió en una agradable reflexión. Quizás no poseía los millones atribuidos a Dobson, y es que obviamente se necesitaba una gran suma para semejante empresa, pero él era lo que mucha gente entendía por acaudalado, o, como mínimo, adinerado. A pesar de ello, no

había hecho más que considerar un viaje al desierto de Atacama, para examinar los efectos de la aridez, y otro viaje para estudiar la vida del *Tetrao urogallus* caucasiense; no obstante, ninguno de estos propósitos se había materializado. No había contribuido en nada al conocimiento de la humanidad. Parte de su intelecto ofreció un torrente de excusas, circunstancias atenuantes, aseveraciones de sus méritos, su historial inquebrantable de respetar la Cuaresma de forma tan estricta como lo haría alguien a punto de ser ordenado sacerdote. Todo ello no logró animarle, y se alegró al ver reaparecer a Jack con la noticia de que el «jodido trinquete ha caído por la borda, aunque todo vuelve a estar en su lugar». Las palabras que siguieron al «jodido» sonaron a obscenidad, una obscenidad mucho mayor que cualquier cosa que Jack tuviera por costumbre decir, y que Stephen seguía intentando aprehender e interpretar cuando cobró conciencia de que le estaba hablando del empeño de Hanson y Daniel por trazar el rumbo al refugio que el ballenero tenía en Pillón, protegido por la isla. Poseían las indicaciones de Joseph Carling, el dibujo de la isla desde sudoeste y oeste, sus instrucciones para hallar la entrada a la pequeña bahía y una tabla aproximada de las mareas.

—Con este viento suave deberíamos llegar frente a la costa un poco antes de la pleamar de las nueve -dijo Jack-. Pairearemos al abrigo de la isla, y despacharemos a la *Ringle* con ambos contadores a bordo. Podrá acercarse con mayor facilidad que la *Surprise*, y el canal tiene una vuelta donde nosotros podríamos tocar y ella no. Todos los balleneros la conocen y se cuidan mucho de pasar por allí si van muy cargados y hunden casco. Desearía que el cielo tuviera mejor aspecto, aunque estamos a una recalada de navegar en aguas de cien brazas, rumbo norte y con la bodega llena.

Todos los balleneros conocían la peligrosa vuelta del pasaje de Pillón, aunque ignoraban que la terrible tempestad que asoló la costa se confabuló con un terremoto (cosa habitual en esa desafortunada zona) que lo bloqueó con un considerable corrimiento de tierras. Los de la *Ringle* hicieron avance con alegría rumbo al recodo, esperando poner el timón a banda llegado el momento cuando de pronto toparon de frente con las afiladas rocas.

Reade, pálido y agitado, volvió en la canoa para informar al capitán Aubrey.

—No se preocupe, William -dijo éste-. Usted guíenos, que sondaremos las aguas. Veremos si con todas las anclas a popa y el cabrestante podemos

sacarle a usted de ahí. La marea está subiendo.

Sacaron de ahí a la goleta con un gruñido estremecedor justo cuando la marea estaba en lo más alto. Todos los marineros y todos los habitantes del pueblecito sudaron agarrados a los linguetes. La embarcación reculó hacia aguas más profundas, aunque las muestras de alegría se vieron silenciadas por el ascenso a la superficie de los restos de madera de la popa y de una parte del tajamar, acompañado por el forro de cobre.

La vararon sin mayores problemas en un llano criadero de leones marinos. Con la bajamar descubrieron que las heridas, aun siendo terribles, no eran mortales. Ambos carpinteros y los pocos hombres diestros del asentamiento (que lo sintieron de veras, y que fueron quienes les informaron del leve terremoto acaecido) trabajaron con la mayor concentración posible, y a la siguiente pleamar la devolvieron al agua.

Estaba claro que sería necesario pasar por un astillero bien pertrechado. El complejo ensamblaje de las amuras, pese a no estar totalmente maltrecho, sí había quedado muy perjudicado. No podía soportar demasiada presión en el trinquete; si bien podía hacer avance, siempre y cuando no se enfrentara a un fuerte oleaje de proa, necesitaría de un dique seco y diestros cuidados para recuperar la combatibilidad que la caracterizaba.

Querida-escribió otra vez Stephen, sentado en esa ocasión con cierta comodidad al escritorio-, no me cabe duda de que recordará usted a ese joven extraordinariamente amable, que en lugar de mano luce un garfio de acero. Se llama William Reade, y no sé la de años que hará desde que le considero mi amigo. Ay, pobre. Verá, resulta que estaba al mando cuando la desdichada goleta embistió a todo trapo unos arrecifes, lo que a punto estuvo de costarle la embarcación. Las aguas estaban calmas, y las rocas habían aflorado hasta quedar a menos de un metro de la superficie debido a un terremoto acaecido mucho antes de arribar nosotros a puerto; de hecho, antes también de que un ballenero que conocía muy bien las aguas del fondeadero nos indicara la posición del pasaje o canal con gran meticulosidad. De modo que el pobre hombre no tiene motivos para culparse. Nadie, y menos que nadie Jack Aubrey, que prácticamente lo ha criado desde que era un niño, y que le quiere y aprecia, le culpa por lo sucedido. Sin embargo, camina encorvado, lastrado por el peso de una culpa imaginaria. Dado que su embarcación no cuenta con cirujano a bordo, le he prescrito una modesta purga, y esta noche dormirá, dormirá y mucho, con

esta oportuna ayuda por mi parte de la sustancia y del pellizco de eléboro que incluiré en el preparado. Qué Dios lo bendiga.

En otro orden de cosas debo decir que, si bien los parajes al sur de este inmenso continente resultan amenazadores, y tienen nombres tales como Puerto Carestía, Cabo Perverso e Isla Desolación, si uno sobrevive y persevera se alcanzan regiones, trechos de costa donde la corriente del sur es constante y favorable, donde la brisa sopla a menudo a favor, al norte, más de lo que necesitamos para arribar a San Patricio con nuestra maltrecha *Ringle*, y, espero, curar la melancolía del buen William. Su estado de ánimo conmueve a los suyos de tal modo, que los he visto en ocasiones sacudir la cabeza y aplaudirle al pasar por su lado.

Estas aguas tan peculiares, esta extensión de inconmensurable océano, rebosa, rebosa, repito, innumerables pececillos tan parecidos a las anchoas que dudo que fuera capaz de distinguirlos de esa especie (o género), a menos que dispusiera de un ejemplar de la anchoa mediterránea para la comparación. Solemos lanzar la red por el costado, lo que nos proporciona en un tris un plato de morralla (quizás con pececillos demasiado grandes, cierto, pero muy sabrosos). Nuestros placeres en nada pueden compararse a los que experimentan las aves marinas de la zona, sobre todo los pelícanos. Vuelan en círculo sobre nosotros, graznando como buitres, se zambullen en el agua, atrapan a sus presas y remontan el vuelo, mudos y con la bolsa llena, antes de repetir la operación. Podemos verlos en las rocas y promontorios a lo largo de la costa; es allí donde, tras el atracón, incapaces de volver a alzar el vuelo, pasan la mayor parte del día y de la noche hasta el amanecer, momento en que todo vuelve a empezar, con sus voces tan claras y penetrantes como de costumbre. Estas rocas están totalmente cubiertas de una capa blanca de desperdicios. Se dice que este depósito, este guano, alcanza una profundidad superior a los diez pies.

Costeamos sin prisas. No creo que mareemos más que las gavias doblemente arrizadas. La lejana y en ocasiones velada costa, con el intermitente destello blanco de los distantes Andes, apenas parece moverse. Nuestros dedicados navegantes toman cuidadosas mediciones a cada guardia, y a cada guardia los alfileres de la carta avanzan de forma perceptible hacia el norte, hacia San Patricio, donde confiamos encontrar no menos de tres excelentes astilleros. Tan cerca estamos ahora que el capitán Aubrey ha ordenado limpiar y embellecer la falúa, de tal forma que ambos

podamos acercarnos al astillero escogido y convencer a sus responsables de que atiendan a la *Ringle* en cuanto ésta llegue. El capitán me ha pedido que le acompañe, y no, como con toda seguridad supondrá usted, para que pueda aconsejarle sobre el gobierno de la embarcación, sino simplemente por mi dominio del castellano.

Acaba de acercarse Horatio para avisarme de que han avistado el promontorio que señala el extremo sur del estuario en cuyas costas se encuentra San Patricio. Pronto ordenará el capitán echar la falúa. Debo ponerme elegante, pero antes permítame decirle que San Patricio, como muchas otras poblaciones de esta incómoda costa, ha contado con muchos otros asentamientos, destruidos por terremotos, incendios o por todo lo contrario, olas inmensas que parecen relacionadas con los terremotos y que no sólo destruyen las ruinas, sino que son capaces de llevarse por delante y pasear a un barco, un barco de ochocientas toneladas, a través de toda la población, hasta clavarlo en tierra, como si de la mano de un gigante se tratara, sobre los restos. Le advierto que cabe la posibilidad de que confunda San Patricio con otras poblaciones, pues son tantas las que han sufrido estas calamidades, por no mencionar las pestes, las plagas y las incursiones de los piratas...

Dejaron la fragata al ancla en buen tenedero, lejos, frente a la costa, y la falúa de la *Surprise* remontó lentamente la confluencia de dos ríos hacia San Patricio. Al adentrarse en la zona más habitada de la población, compuesta por los muelles y embarcaderos a estribor, con sus barcos atracados, el timonel, por lo general reservado, manifestó su asombro de la siguiente manera:

—Por Dios, señor, ahí está ese viejo paquete de Lisboa pintado de azul. Pintado de azul, por Dios. Oh, perdone, señor.

—Sí, ése es -dijo Jack al seguir la mirada del timonel, gesto que imitaron todos los marineros de la falúa-. Ése es. Parece otro pintado de ese color. No creo que lo hubiera reconocido.

—Por el amor de Dios, señor. Yo navegué de niño en ese barco, y era un buen correo. Les gustaba hacer las cosas como en la Armada, y no hay a bordo un sólo metal, perno o motón que no conozca. ¡Ojo a la remada, proel!

Jack se volvió hacia Stephen, que estaba absorto contemplando una bandada de pelícanos.

—Mira a estribor. Creo que el cuarto de esos barcos pertenece a tus amigos, a nuestros colegas de la Royal Society.

—Oh -exclamó Stephen-, pero si lo han pintado de azul. ¿Crees que podría acercarse la falúa para que podamos saludarlos?

Jack dio las órdenes necesarias y la embarcación se deslizó por el río.

—Cuidado con la pintura, cabrones lunáticos -advirtió en castellano de Chile un hombre muy enfadado-. Ojo con la pintura, no la toquen por lo que más quieran. ¡Diantre, pero si es Maturin! ¡Y Aubrey! Qué alegría verles, queridos colegas. Por favor, acérquense al muelle, al otro lado, que está seco, y suban a bordo. Tenemos una limonada de primera.

Hablaron, y mucho, y tomaron una gran cantidad de aquella excelente limonada. Se ordenó a la dotación de la falúa que aguardara en un merendero situado en el muelle contiguo, y los miembros de la Royal Society contaron a ambos los horrores, placeres y hallazgos de sus respectivos viajes. Varios de ellos lo hicieron a la vez, roncos como sapos para cuando Jack se levantó, se excusó por tener que irse a echar un vistazo a los diversos astilleros para cuidar de su maltrecha goleta, y los emplazó a todos al día siguiente a comer a bordo de la *Surprise*.

—Si me lo permiten, caballeros, les privaré también de Maturin, que al contrario que yo habla el español, como bien sabrán

—Hablan muy bien de López -dijo Dobson-. Lo cierto es que se mostró muy solícito con nuestra pintura y una vía de agua.

—Es el segundo astillero de reparaciones a la derecha, según remonten el curso del río -dijo un eminente botánico-. El primero está ocupado por la Armada chilena.

* * *

Echaron a andar, aunque lentamente, en parte porque había varios astilleros de reparaciones a ambos lados (aunque ellos habían oído decir que sólo había tres), en parte también porque las aves marinas volaban sobre sus cabezas, a veces un número considerable de ellas, y Stephen no dejaba de pararse para observarlas y determinar la naturaleza de las mismas, y para maldecir, de paso, el hecho de haber olvidado el catalejo, lo cual hubiera facilitado su tarea. Al acercarse a otro embarcadero, Stephen amenazó con hacer otra parada al ver cruzar en lo alto una bandada de aves zancudas y cuellilargas, similares a la grulla.

–¡Aubrey! – voceó alguien desde el extremo opuesto del camino-. Qué alegría verle a usted aquí. ¿No estará buscando a la *Asp*?

–¡Lindsay! Qué casualidad, hacía años que no nos veíamos.

–Sí, así es -dijo Lindsay, que se acercó hacia ambos. Vestía un uniforme muy similar al de la Armada Real, con más adornos quizás-. Apuesto a que está usted buscando a la *Asp*.

–Estaba buscando el astillero de López.

–Detrás del teatro. ¿No conoce el lugar?

–Dios mío, no. Es la primera vez que vengo, y, aparte de tomar limonada con unos compañeros miembros de la Royal Society, no hemos hecho más que caminar por el embarcadero.

–¿Miembros de la Royal Society? ¿Esos hombres que viajan a bordo del que sirvió en tiempos como paquete de Lisboa? Se habrá sentido usted como en casa, rodeado de tan culta compañía.

Su escasa relación no justificaba la familiaridad en el tono de Lindsay, de modo que Jack guardó silencio un instante, antes de decir:

–Permítame presentarle a mi consejero político, miembro también de la Royal Society. El doctor Maturin. Doctor Maturin, sir David Lindsay.

–Encantado de conocerle, señor -dijo Lindsay, algo confundido. Y a Jack-: ¿Le gustaría echar un vistazo a la *Asp*? Está ahí mismo, en la dársena de la Armada. – Cruzaron al otro lado, y con mayor confianza señaló Lindsay los diversos cambios efectuados en la embarcación, sobre todo el alargamiento de la cubierta para que cupieran más cañones por banda. Jack tenía sus reservas, pero no las mencionó; en lugar de ello, observó que la *Asp* debía de haber disfrutado de un pasaje notable.

–Por Dios que así fue, aunque tenía prisa. Sabrá que no soy de los que se amilanan, de modo que tomé el estrecho. Algunos dicen que es peligroso y prefieren doblar Hornos, pero a mí no me importa correr ciertos riesgos, de modo que tomé el estrecho. Llegado a un punto después de Second Narrows, cuando casi anduvimos de bolina, el viento empezó a rolar antes de doblar el cabo. Con lágrimas en los ojos, el piloto me rogó que pusiéramos la embarcación al abrigo de una bahía. «No, aquí hay que estar a las duras y a las maduras», dije yo, y así doblamos la punta con apenas una braza de margen.

–Bien hecho, bien hecho -dijo Jack, consciente de que eso era lo que se esperaba de él.

Lindsay pasó un rato saboreando su hazaña, sin dejar de murmurar: «A las duras y a las maduras.» Entonces, una de las aves zancudas que volaban por encima de sus cabezas defecó en su sombrero. Lindsay lo limpió por completo con una gamuza.

—Como comprenderán, llevaba prisa -dijo después, ya en un tono más flemático-. Arribé aquí con un buen margen de tiempo. He podido inspeccionar casi todas mis bases, casi todas las embarcaciones que tengo bajo mi mando. Concepción, algunas de las isletas con emplazamientos, Talcahuana, y ahora esto. Aunque debo decirle, Aubrey -continuó tras hacer una pausa significativa-, debo decirle que la disciplina, el sentido del orden y, por supuesto, la limpieza elemental, por no mencionar los conocimientos de náutica, no son tan buenos como desearíamos. Es una de las muchas razones por las cuales me alegro tanto de tener a un hombre como usted, con su reputación, a mis órdenes.

—Todo eso que dice resulta muy amable y halagador -dijo Jack tras guardar un reflexivo instante de silencio y mirar de reojo a un impasible Maturin-, pero mucho me temo que aquí hay un malentendido. En calidad de capitán de navío en la lista de oficiales en activo, a quien se le ha asignado una misión oficial, estoy sujeto a las órdenes del Almirantazgo y de nadie más sobre la faz de la Tierra.

Lindsay se puso rojo como la grana.

—Soy el comandante en jefe de las fuerzas navales de la junta-dijo tras dos intentos de réplica fallidos-, y como tal...

—¿A qué junta se refiere?

—A la combinación de autoridades que conforman la República.

—¿La república de toda la nación?

—De toda, aparte de las pocas bases disidentes del norte, cercanas a la frontera peruana que pronto serán liberadas. Y como tal -repitió con solemnidad-: tengo autoridad para reclutar forzosamente a sus hombres y confiscar su embarcación.

—Caballeros -dijo Maturin en un tono que no expresaba autoridad ni impaciencia, sino que parecía invitar a ambos a hablar en un tono más bajo, adulto y, de paso, a abandonar la retórica-, creo que es hora ya de sentarse a la sombra. Puesto que no somos muy amigos del té, tomemos un café o un mate. Me ha parecido ver un local muy agradable cerca de aquí.

—El caballero, como creo haber mencionado antes, es mi consejero político -observó Jack. Lindsay inclinó de nuevo la cabeza, y dijo que, efectivamente, podía tomarse café, café helado, en aquel local.

Con evidente alivio superaron aquella crisis para sentarse a la sombra de un toldo, pedir café y charlar un rato como seres humanos normales y corrientes. Hablaron de la gente que conocían, de los pocos barcos que seguían en servicio activo, y del destino de los oficiales, sobre todo de los jóvenes, varados en tierra y a media paga. Entonces, Stephen, a quien Lindsay le parecía menos estúpido de lo que había creído en un principio, expuso la situación (o, al menos, una parte seleccionada de ella), tal como se veía en Londres. El Gobierno estaba a favor de la independencia de Chile. No le importaban mucho algunos miembros de la junta sur, o grupo de juntas, y no se había comprometido a reconocer nada. Estaba en mejores términos con los del norte, y había habido cierto cruce de impresiones, un principio de entendimiento. Sin embargo, si cualquier barco remotamente relacionado con la Armada Real sufría maltratos o abusos, las consecuencias podían ser desastrosas para la independencia chilena. Desastrosas. Por el contrario, una cooperación más o menos tácita para eliminar el corso y demás empresas españolas, por no mencionar la invasión peruana, ejercería el efecto totalmente contrario. Sin duda, sir David era perfectamente consciente de la capacidad de la *Surprise*, de su reputación de barco combativo, de la diestra dotación que lo tripulaba. Su función principal era la de levantar planos, una función hidrográfica, pero en el transcurso de sus actividades podía muy bien surgir la oportunidad de ayudar al nacimiento de aquella República, empeñada en dar sus primeros pasos hacia una independencia reconocida por todos. Si sir David expusiera todos estos hechos con claridad a los influyentes caballeros con quienes estaba en contacto, haría un gran servicio a ambos países.

Se despidieron con un intercambio de deseos de buena voluntad y toda clase de promesas hechas por parte de sir Lindsay. Se prestarían una ayuda discreta en caso de necesidad. Cuando un buen trecho los distanció, Jack dijo:

—¿Cómo se le habrá ocurrido pensar a ese joven que podría ponerme a sus órdenes? Es asombroso. Habrás reparado en que no es precisamente ningún tonto. Aun así, creía de veras en lo que decía. Creer que incluso en tiempos de paz un capitán situado en lo alto de la lista y que no se halla en

posición de mendigar consentiría el hecho de actuar de forma tan alocada y desautorizada para servir a sus órdenes... Es increíble.

—Tienes razón. No puedo aventurar ninguna hipótesis que justifique su actitud. Aunque dice el verso, o, mejor, tartamudea, porque no sé si lo citaré bien... «Jockey de Norfolk no seas tan bravucón, que han comprado y vendido a Dickon, tu señor.» -Pasearon en silencio unas pocas yardas, momento en que añadió:- Tengo cierta experiencia con las juntas, y debo decir que a menudo esas combinaciones constituidas con un objetivo común sacan a relucir lo peor de los hombres. Sucede que, en general, persiguen fines más particulares que comunitarios. Y Jack, creo que también a ti te han comprado y vendido, pues un miembro de la junta norte que primero se acercó a ti se ha pasado al sur y ha transferido tus servicios a sus nuevas amistades, como hubiera hecho tratándose de un mercenario. Hablo sin pruebas, de modo que debo antes ponerlo en común con Jacob, cuyos contactos y conocimientos del lugar superan con mucho los míos. Espero verlo en Santiago. Entretanto, no hemos perjudicado a nadie.

CAPITULO 9

Querido sir Joseph -escribió Stephen-, daría lo que fuera por disponer de las palabras adecuadas para expresar la admiración que siento ante la celeridad con que su mensaje llegó hasta aquí, y de su más que particular amabilidad al remitir a Dorset todo lo que pude escribir y enviarle concerniente a las damas. Buena parte de esa celeridad la debemos, por supuesto, al ingenio del señor Bridges, junto a su profundo conocimiento de los pasajes andinos, y a la destacada capacidad física de los corredores indios, pero también a la red de logias masónicas que nos localizaron aquí en lugar de hacerlo en cualquier puerto del sur. Sin embargo, su amable disposición sólo puedo agradeceréla a usted y sólo a usted, y se lo agradezco de todo corazón, adjuntando la más breve de las respuestas. En lo que respecta a la situación actual de nuestros asuntos, tanto aquí en Santiago como en el resto de Chile, y en lo que concierne a la composición variada de las juntas (una, más o menos, por cada considerable extensión de territorio), así como a sus convicciones, por no mencionar sus ansias de poder, sepa que cualquier predicción que pueda realizar con los datos de que dispongo en este momento supone un esfuerzo que apenas vale el papel en el que está escrito. Aun así, diré que O'Higgins, director supremo, parece

perder popularidad junto a San Martín, mientras que los hermanos Carrera y Martínez de Rozas ven aumentar la suya. Cuando haya pasado más tiempo aquí en compañía del valiosísimo doctor Jacob, le enviaré a usted un informe más detallado del mutable, casi incomprensible, panorama político. Sin embargo, de momento, debo concluir, si me lo permite, con mis más sinceras muestras de agradecimiento por el aumento de la subvención, y unas palabras acerca de nuestros asuntos navales. La primera de estas palabras resulta descorazonadora, puesto que concierne a la fragata pesada de su muy católica majestad, rebautizada O'Higgins, de no menos de cincuenta cañones, la cual se ha vuelto inútil debido a su antigüedad y mal estado. Resulta, además, que los puertos republicanos andan faltos de pertrechos navales, por lo que parece muy difícil ponerla al día. Por otro lado, el capitán Aubrey y sir David Lindsay han establecido un acuerdo de trabajo. La *Surprise* pairea frente a un modesto puerto de Chiloé (éste aún en manos de los monárquicos, que en él disfrutaban de una base considerable, a la que cabe añadir dos o tres más de capacidad media). El puerto en cuestión tiene un carácter comercial, y en él se ha refugiado un famoso corsario español; se trata de una embarcación que la *Surprise* se ha propuesto abordar y apresar de noche, aprovechando la marea, de tal forma que si cayera el viento pudieran recurrir al reflujo para salir. Aubrey cuenta con la ayuda de tres corbetas republicanas, las cuales, según dice, nada saben del negocio, pero tienen ganas de aprender. Cuentan a bordo con la ayuda de un experimentado segundo del piloto de la Armada Real, o un guardiamarina con cierta antigüedad. Dios sabe que la República tiene una acuciante y urgente necesidad de marineros poseedores, al menos, de los rudimentos de la profesión. Esta necesidad llama más la atención cuando se considera la fuerza naval peruana, con los treinta y dos cañones de su novísima fragata, con otros barcos antiguos pero en condiciones, con varios bergantines y corbetas tripuladas por un cuerpo de oficiales y marineros competentes, comandadas, en efecto, por un virrey leal a su rey y muy resentido por la derrota que los monárquicos sufrieron en Chacabuco. El Ejército peruano podrá estar desacreditado, pero no puede decirse lo mismo de la Armada peruana. Mientras los españoles conserven en su poder el apostadero sur de Valdivia y los situados en tan importante isla del norte, Chiloé, el comercio de la República, el comercio marítimo, corre constante

peligro, y hordas de corsarios, con patente de corso monárquica o sin patente alguna, apresan cuantos barcos pueden.

De momento, hasta que tenga el honor de ampliar detalles después de consultar con el doctor Jacob, procederé a listar las juntas de cuya existencia tengo conocimiento, cifraré toda la carta y, finalmente, con infinita gratitud, querido Joseph, me despediré con la mayor humildad, obediencia y agradecimiento posibles,

S. MATURIN

No obstante, antes de codificar toda la carta, S. Maturin observó los dos retazos de papel que habían llegado con el mensaje de Blaine. Uno dirigido a él, el otro a Jack. Al desdoblar el que le correspondía, leyó, con infinita emoción: «De parte de dos excelentes amigas de Woolcombe, con todo su cariño. Brigid y Christine.» Al oír a alguien en la puerta, guardó la minúscula nota en el pecho.

El sonido de la puerta obedecía a la llegada de Jacob. Al contrario que muchos masones ortodoxos, Jacob no tenía prejuicios contra las irregulares logias chilenas; no obstante, sí deploraba su locuacidad.

—Al fin -dijo al sentarse pesadamente en la silla, y esnifar un pellizco de rapé-. He descubierto que el joven O'Higgins, el mismo con quien tan bien te portaste en Perú, llegará mañana.

—¿Ambrosio? Sí, me gustó, y me encantará verlo otra vez. Excelente tirador, y buen botánico. ¿Crees que sería adecuado invitarlo?

Jacob lo pensó, esnifó un poco más de rapé y respondió:

—Se sabrá, por supuesto. Sobre todo si vamos a Antoine's. Pero no creo que nos perjudique, más bien todo lo contrario.

—En tal caso lo invitaré. Jamás había conocido una frontera más permeable. Supongo que allí contamos con un número razonable de agentes.

—Razonable, razonable... La verdad es que no nos iría nada mal contar con algunos más.

—Mira a ver si puedes encontrar un par de hombres inteligentes y leales que tengan experiencia náutica, para que echen un vistazo al estado de los preparativos navales en El Callao. Hay rumores de una actividad inusual. Amos, disculpa el carácter personal de la pregunta, por favor, pero ¿incluyes hoja de coca machacada en ese rapé?

—No. Siento un gran respeto por el tabique de mi nariz, de modo que me limito al tabaco. Admito que no es tan bueno, pero me revive después de estas reuniones agotadoras. Como ves -dijo tocándolo con el dedo-, conservo el tabique intacto.

—Y que así sea por muchos años. Personalmente prefiero mascar, o tragar. Con moderación, con moderación, por supuesto. ¿Querías echar un vistazo al resumen que he elaborado de tu información acerca de las juntas y de sus inclinaciones políticas?

—Por supuesto.

—Cifraré mientras mi carta a Whitehall; después, Dios mediante, comeremos juntos. Pasado mañana, después de ver al joven O'Higgins, tengo planeado acercarme a Valparaíso. El capitán Aubrey habrá vuelto para entonces. ¿Me acompañarás?

—Preferiría quedarme, si no te importa. Espero la llegada de dos o tres agentes de Lima.

* * *

Stephen emprendió el viaje a lomos de una yegua de suave trote, cuya piel lucía manchas grises. Dobló un recodo de roca y allí, ante sus ojos, apareció el océano, un mar enorme y magnífico que se perdía en el horizonte, y que se extendía aún más allá si su memoria no le traicionaba: A China, Tartaria y a las regiones que había más allá. Ante él, sin embargo, relativamente al alcance de la mano, estaba su querida *Surprise*, inconfundible por su elevado palo mayor, propio en realidad de una fragata de treinta y seis cañones. Iba acompañada, lo cual no resultaba inusual, por una presa, un barco corsario de buen porte que marchaba con las orejas gachas, escoltado por tres corbetas republicanas. Estas embarcaciones pequeñas, nuevas en el negocio, sabían lo bastante del tribunal de presas como para requisar cualquier cosa de valor que pudiera hallarse a bordo, estuviera o no atornillada. Incluso a esa distancia pudo verlos en cubierta trajinando el botín, como hormigas a la salida del hormiguero.

* * *

En esa etapa temprana, cuando los extranjeros (y nada podría haber resultado más extranjero en Chile que los oficiales, los marineros y el propio Jack Aubrey, de pelo rubio y de enorme rostro sonrojado) eran considerados aliados valiosos, era un placer pasear por Valparaíso, con sus

sonrisas, sus inclinaciones de cabeza y los constantes gritos de alegría y con sus que si feliz Navidad, que si buenas noches, por todas partes. Cuando hubo confiado la yegua al cuidado de un establo que el animal por lo visto conocía, Stephen se dirigió a Capricornio con cierta satisfacción, sino complacencia, sustituida al instante por el sincero asombro que sintió al ver a Dobson y a sus compañeros sentados en una ponchera, divertidos todos de verle tan sorprendido. No tardaron por supuesto en invitarle a sentarse.

–No tenía ni idea de que hubieran llegado tan al norte -dijo.

–Oh, el Isaac Newton es capaz de alcanzar gran velocidad. Contamos con un piloto profesional y con su ayudante, que lo conoce bien de la ruta de Lisboa, de modo que incluso podíamos hacer avance de noche.

–Ahí está ese joven tan amable de la goleta, el señor Reade -dijo otro miembro de la Royal Society, que interrumpió la descripción de una planta dicotiledónea, hasta el momento desconocida para la ciencia-. Guardemos silencio, a ver qué cara pone.

Su cara de asombro alcanzó las expectativas que se habían creado, y después sentaron a William Reade a la cabecera de la mesa.

–Dígame, señor -dijo en voz baja el vecino de mesa de Stephen, señalando con la cabeza el garfio de William-, ¿siente el joven los efectos de la electricidad o de la electricidad estática?

–No lo creo, señor -respondió Stephen-. Claro que tiene una considerable cantidad de aislante entre el acero y la carne, como sabrá usted. – Hizo una pausa, y añadió-: Ignoro por completo el particular. Dígame, ¿existe acaso una teoría general de la electricidad? ¿En qué consiste?

–No que yo sepa. Sus efectos pueden verse y medirse, pero, aparte de eso y de un puñado de afirmaciones insustanciales, no creo que sepamos siquiera ni los principios básicos. Quizás Lankester podría... Verá, ha realizado un gran trabajo en el campo del cable de cobre. Señor Lankester...

–Vaya, Aubrey -exclamó el señor Dobson-, bienvenido a tierra. Ahora ya sólo nos faltan Noé, Neptuno y un par de tritones, ja, ja, ja. – Y pidió otra jarra de ponche.

Con ponche o sin él, los presentes escucharon con atención el breve relato de Jack referente al abordaje del corsario. Se llevó a cabo por el costado de babor, mientras los pocos morteros de la Surprise, servidos con

brío, encendieron las luces en el cielo, luces multicolor acompañadas por estruendos estremecedores.

Tras esto concluyó la velada. Después de una cena neblinosa llena de desvaríos, hubo que acompañar a la cama a tres o cuatro miembros de la Royal Society, mientras que los demás se sentaron bajo el cielo estrellado, para desintoxicarse con un granizado de frutas varias.

—¿Qué daños sufrió el barco? — preguntó Stephen mientras caminaban de vuelta a la fonda donde había dejado la yegua.

—Muy pocos, poquísimos -respondió Jack-. Nada que la buena de Poll no pudiera tratar. Nuestros acompañantes, los corsarios de Chiloé, no tienen ni idea de lo que es un combate: saben gobernar el barco, pero en lo que respecta a combatir con él... Por otro lado, nuestros jóvenes compañeros fueron de mi agrado, me refiero a nuestros chilenos. Gobernaron sus embarcaciones con soltura en la travesía de ida, y llegado el momento saltaron al abordaje como auténticos guerreros, alfanje en mano.

—¿Regresarás mañana conmigo? Tengo que ver a dos hombres y luego me iré.

—No lo creo. Puesto que no hablo español, no sirvo de mucho en Santiago ahora que he hecho lo que debía, con tu ayuda, en favor de las autoridades. No. Aquí abajo puedo resultar útil, puedo lograr algo, según nuestro acuerdo con el director supremo. Tienen buenos astilleros, embarcaciones decentes de hasta cien toneladas o así, y en esta época del año los vientos acostumbran a ser entablados y benévolo. Además, esos jóvenes tienen ganas de aprender, y lo hacen rápido. Harding y Whewell hablan un poco el español, igual que algunos de los suboficiales y marineros, pero lo mejor es que la mayoría de ellos cogen la idea gracias a los ejemplos y a la buena voluntad. Quizás la vuelta de un nudo no sea tan simple, al menos la primera vez, pero sólo tuve que enseñárselo a Pedro una vez más para que lo aprendiera. Tendrías que haberle visto reír como un condenado, mientras se disculpaba conmigo por ello.

—Me alegra de todo corazón eso que me cuentas, querido amigo. Quizás tengamos necesidad de jóvenes capaces de hacer la vuelta de un nudo, quién sabe... Respecto a la risa, a la risa sincera, abierta, coincido con tu Pedro. Hay un algo de ofensivo en la risa, sobre todo cuando no responde a una diversión genuina. Un grupo de mujeres jóvenes riendo en voz alta y parloteando mientras agitan sus cuerpos y extremidades bastaría para hacer

que uno se retirase a un monasterio. Nuestros colegas del Isaac Newton no han ofrecido un espectáculo muy edificante que digamos.

—No me había dado cuenta de que los españoles nos miraban con seriedad, y lamento de veras haber encargado esa última ponchera. Aunque por otro lado, la nuestra es una sociedad eminente y respetable. El *Proceedings* es conocido en todos los círculos académicos, y los hombres del Isaac Newton, por borrachines que puedan mostrarse en ocasiones, cuentan con recomendaciones del Gobierno, del Ministerio de Asuntos Exteriores y de universidades de todos aquellos países que visitan. Te aseguro, Stephen, que nuestra relación con ellos, con la sociedad en general, cuando sus miembros están sobrios y ansiosos de compartir el resultado de sus investigaciones, constituye un gran beneficio para nosotros.

—Querido, no podría estar más de acuerdo contigo. Aun así, me gustaría que no rieran tanto, o, al menos, si de veras les divierte algo, que lo hicieran como hombres en lugar de eunucos.

»Ah, querido Jack -dijo al detenerse en la puerta-. A punto he estado de olvidar una nota que tengo para ti y que llegó en el paquete de sir Joseph. — Se la dio. Al contrario que la nota que había recibido Stephen, la de Jack era una carta de verdad, escrita con letra pequeña.

* * *

Pasó un tiempo antes de que Stephen regresara a la fonda donde se habían instalado en Valparaíso. Se debió al feliz descubrimiento de la colonia catalana, a cuyos miembros encontró bailando sardanas en la plaza, frente a San Vicente. Caminó de vuelta con una sonrisa en los labios, mientras aquella música familiar le rondaba todavía por la cabeza.

Sin embargo, la sonrisa desapareció de pronto al ver a Jack hundido, triste, con los ojos enrojecidos. Stephen había deplorado a menudo la tendencia del inglés a mostrar abiertamente sus sentimientos, gran debilidad emocional, pero en ese momento, al observar con gran atención a su amigo, creyó ver algo fuera de lo común. Además, Jack se levantó, se sonó la nariz y dijo:

—Discúlpame, Stephen. Te ruego que me perdones por tan vergonzosa exhibición. La carta de Sophie me ha llegado al alma -dijo con las hojas transparentes en alto-. Es tan valiente y buena; nunca dice una palabra más alta que la otra, ni se queja, aunque por lo visto las niñas han estado muy

enfermas, y Heneage Dundas no está muy satisfecho con la conducta de George en el Lion. Carga con todo el hogar auestas, Stephen, lo ha descrito de maravilla: El patio, los establos, la biblioteca, las tierras y el ejido. Dice cosas tan amables de Christine y de tu Brigid... Dios mío, me ha hecho añorarla tanto. Aquí me tienes, en el extremo opuesto del mundo, confiándolo todo a su cuidado... No tenía ni idea de cuánto los echo de menos.

Stephen le tomó el pulso e inspeccionó sus pupilas.

—Es muy duro, mucho, pero en primer lugar debes considerar que el buen viento del oeste nos empujará algún día por el estrecho, y que después, lo cual no es improbable si acompañas a la escuadra, nos llevará al cabo. Allí, con la liberación de Chile a tu espalda, podrás traer a Sophie y a todas las personas que quieras a este país delicioso y saludable, repleto de nuevos paisajes y de un vino excelente. Sophie adora el buen vino, y que Dios la bendiga por ello. Como médico, te aseguro, Jack, que nos conviene cenar muy bien. Dos buenos filetes de ternera, por ejemplo, regados con una gran cantidad de borgoña (sé dónde conseguir Chambertin), para después tomar una grajea sedante que nos ayude a conciliar el sueño.

OceanofPDF.com

* * *

Cabalgó de nuevo a la mañana siguiente, tras visitar los dos barcos de guerra, en cuyas cubiertas tuvo tiempo de pensar en lo increíble que era sentirse a bordo como en casa. Saludó a sus viejos camaradas, se recordaron unos a otros las viejas penurias y privaciones, el día aquel que el doctor se negó a cargar con el cadáver de una foca... Finalmente, intercambió impresiones con Poll y Maggie acerca de los satisfechos pacientes que tan bien atendidos estaban.

Dejó atrás la polvorienta ciudad, y tomó la carretera principal a Santiago, que aquel día encontró casi desierta.

Adelante, adelante a lomos de la yegua, hasta alcanzar el tramo de roca tachonado con pequeños y espinosos cactus que los lugareños conocían por el nombre de Cachorro de León. Tardó una hora, quizás más, en doblar esta enorme extensión de terreno y llegar al lugar donde la carretera serpenteaba arriba y abajo por tierras yermas (yermas, si no fuera por algunas maravillas de la botánica). Aquel lugar contaba con un gran surtido de aves de presa, desde el halcón hasta el inevitable cóndor. La subida suponía al menos nueve décimas partes del camino, era un ascenso constante, con alguna que otra bajada tan pronunciada que Stephen se veía obligado a desmontar y guiar a la yegua del bocado. En todo este extraordinario camino que atravesaba las montañas, bien caminara bien cabalgara, ahí, ante él, a diversas distancias, clara y diáfana a veces, desenfocada otras, no veía a Christine, sino las diversas curvas que la conformaban. Las millas pasaron inadvertidas hasta que la yegua se detuvo en su lugar de descanso habitual y volvió la cabeza hacia él, con un brillo de desaprobación en la mirada.

En el siguiente trecho del camino, franquearon una barrera invisible que daba al aire fresco de los Andes, y ahí la tenía de nuevo. No eran ilusiones, sino percepciones: Christine, clara, mejor definida, sobre todo al moverse por la oscura pared de roca. Alta, erguida y ágil, caminaba con soltura. Stephen recordaba con claridad cómo ella, cuando leía, cuando tocaba música, cuando encaraba el catalejo sobre un ave, o simplemente cuando reflexionaba, parecía estar ausente, ajena a todo, en su propio mundo. También recordaba el momento en que ella parecía regresar de pronto, ya fuera porque él hablara, o se moviera. Dos seres completamente distintos; el placer de su compañía, que disfrutaba más al recordarlo, el fruto de la

felicidad, de la consumación de la cercanía. Su deseo era el de un hombre, eso por supuesto, y le gustaría conocerla físicamente, aunque eso era secundario, una emoción muy remota comparada con la experimentada al observar su fantasma, el espectro, la aparición cuya figura se dibujaba con toda la claridad del mundo en la pared rocosa.

Había deducido que Christine no era muy apreciada en la colonia, donde si bien su belleza poco frecuente no pasaba del todo inadvertida, tampoco era admirada. En una concurrida reunión, había oído decir a una mujer que poseía una belleza convencional: «No sé qué ven en ella», refiriéndose al grupo de hombres jóvenes y maduros que rara vez se alejaban del lugar donde ella se sentaba.

Después de mucho pensarlo, lo que más le llamaba la atención en ella era aquel cambio que experimentaba de pronto: la dama de buena cuna, poco dada a las críticas personales, a los chismorreos de las colonias, reservada pero no tanto como para resultar hiriente, se convertía de pronto, se transformaba en alguien cálido, dispuesto a cruzar simpáticos comentarios con alguien que le agradara. Cuando esto sucedía toda su actitud física se veía alterada.

Nunca llegaba a mostrarse hierática, pero en ese momento su pose adoptaba cierta flexibilidad. Stephen, que la había observado con mayor atención de la dedicada al ave más peculiar del mundo, era capaz de averiguar a partir del más leve cambio de postura, si Christine veía con agrado la perspectiva de charlar con alguien, o no.

—Estoy hechizado -dijo en voz alta-, pero esa complicidad espontánea...

No terminó de expresar en voz alta lo que pensaba. En la curva siguiente apareció el líder de una reata de mulas, un animal viejo con un sombrero en la cabeza, acompañado por un hombre que con su estruendosa voz despertó el eco del abismo al ordenar a Stephen y a su yegua que se apartaran a ese rincón.

Isobel, la yegua, sabía exactamente lo que debía hacer. Fue una suerte, porque Stephen estaba tan ensimismado, tan absorto por el convincente (aunque lejano) espejismo, que ignoraba que desde hacía un cuarto de hora recorrían la mula y él un camino tallado en la pared de un risco, al borde de un imponente precipicio.

—Vaya con Dios -saludó el mulero al pasar de largo. No fue el único, puesto que también le saludaron quienes: cerraban la marcha. A Stephen le

pareció un gesto reconfortante, tratándose de un lugar tan inhóspito y solitario. Jinete y montura doblaron el recodo y siguieron subiendo hacia el creciente crepúsculo, para después atravesar una cuenca más angosta. Su ilusión, el espejismo, silencioso siempre, perfecto, había desaparecido. No regresó, por mucho que lo buscó o se esforzó en imaginarlo. Es más, la naturaleza del paisaje había cambiado. Un giro cerrado más y, ante ambos, apareció la pendiente que señalaba el paso elevado; abajo, en una cuesta, pudo ver las luces de una fonda.

Era una mañana helada. Cruzaron el paso para llegar a una carretera más poblada, tediosa a veces, monótonamente uniforme. Otra fonda, con comida aún peor. Arriba y abajo, arriba y abajo... ay, sin espejismos ni visiones. Hacia el final de aquella agotadora jornada, llegaron a Santiago. Isobel, almohazada y alimentada con un potaje caliente, pudo irse a dormir al establo de costumbre, con la cabeza gacha. Stephen volvió a la fonda, donde encontró a Jacob presa de un nerviosismo inusual en él.

—De modo que has vuelto -exclamó.

—No podría estar más de acuerdo con tus palabras -dijo Stephen-.
Ayúdame a quitarme las botas.

—A menos que esos dos nuevos agentes no digan más que mentiras -dijo Jacob cuando Stephen quedó descalzo tras un último tirón que casi los dejó sin aliento-, y creo poder afirmar que ambos trabajan de forma independiente, y que por tanto ignoran la empresa del otro, hemos obtenido apremiantes noticias de Lima y El Callao. El virrey ha decidido invadir, emprender la invasión, con el consentimiento y aprobación del Estado Mayor de su Armada, y atacar Valparaíso.

Asintió Stephen, y Jacob continuó:

—Sobre todo en la vertiente naval del asunto, esto requiere de más pertrechos de los que poseen, y la gente involucrada, las diversas juntas, corren arriba y abajo en busca de cabo, lona, pólvora y demás. Por suerte para nosotros, muchas de esas personas involucradas, los manufactureros de cabo, lona y pólvora, han aumentado los precios, como bien podrás sospechar, u ocultado las existencias hasta que éstos alcancen lo que se supone es el límite.

—¿Es posible? — preguntó Stephen-. Antes de escribir y enviar a todo galope una advertencia al pobre capitán Aubrey, tengo que comer. He olido el aroma casero del cocido al subir las escaleras. He comido tantas cobayas

fritas como me han servido entre este lugar y Valparaíso, tanto en el viaje de ida como en el de vuelta, y debo decir con la mayor seriedad que necesito comer.

–En fin, si Dios es tu estómago, yo también lo adoraré -dijo Jacob, que hizo sonar la campana.

Al cabo llegó la fragante olla, que conservó la temperatura al reposar en un hornillo.

Por fin Stephen quedó satisfecho. Empujó la silla hacia atrás y, de un bolsillo interno, sacó la bolsita donde guardaba las hojas de coca, la lima y la envoltura necesaria. No tenía ganas en ese momento de mascar la coca, pero sabía que una comida tan abundante como la que acababa de disfrutar enturbiaría su mente. Y quería encarar todo aquel asunto con la mente lo más despejada posible.

–Amos, cuando recurrías a la coca en dosis considerables, ¿apreciaste una diferencia en la reacción según la altitud? – preguntó mientras preparaba una bolita de hojas-. Sé que los porteadores de los Andes peruanos aumentan mucho la dosis cuando tienen que transportar bultos pesados por terreno difícil. No me pareció que les perjudicara, y supuse que la energía física, la resistencia física y la ausencia de apetito constituían los únicos efectos. ¿Has observado otros?

–No, al menos en el norte. Aparte, claro está, de la adicción compulsiva. Pero como sabes hay muchos tipos de coca: aquí ingieren la Tía Juana. En pacientes asmáticos o aquejados de migraña se conocen casos de alucinaciones, cuya fuerza y frecuencia varía con la altura. No con el cansancio, sino con la altura.

Stephen separó los ingredientes de la bolsita en sus diferentes compartimientos, y dijo:

–Gracias, querido colega. Aunque no me gusta la idea de que una planta me proporcione mi beatífica visión. Si me permite agudizar la inteligencia, multiplicar siete por doce, me parece bien, pero si toca sentimientos sagrados, no. Amos, tendremos que partir sin demora hacia Valparaíso, aunque sólo de pensar que debo enfrentarme de nuevo a esa carretera...

–Si superaras esa manía que tienes a las mulas, como ya te he dicho en más de una ocasión, podría mostrarte una vía más rápida y fácil. Es verdad que tiene muchos pasajes escarpados que sólo una cabra o una mula

transitaría sin temor, pero tú mismo podrás recorrerlos en cuanto el animal te haya mostrado dónde pisar.

—En tal caso, procurémonos excelentes mulas, una cantidad equivalente de hocicos, y un mulero que sea de confianza.

* * *

Stephen se encontró a lomos de una mula amable y dócil, cuya buena voluntad se veía aumentada en cada alto en el camino con un trocito de pan. Sin embargo, también ella se excitó e inclinó a las cabriolas cuando llegaron a Valparaíso. El lugar estaba lleno de soldados; los vítores y aclamaciones evidenciaron el hecho de que Bernardo O'Higgins, el director supremo, se encontraba en la ciudad con su potente escolta de soldados escogidos, muchos de los cuales habían tomado parte en la batalla decisiva.

Guiaron a las mulas y al mulero a la fonda por callejuelas poco transitadas. Al llegar, encontraron a Killick, quien arrancó el equipaje de Stephen de las manos del mulero con mirada suspicaz, y les informó de que toda la condenada ciudad estaba atestada de jodidos soldados y oficiales, y que sólo por la fuerza había logrado conservar la habitación del doctor, mientras que el pobre capitán había tenido que ceder el salón a un coronelucho, con el pretexto de que el coronelucho hablaba inglés. La *Surprise* se encontraba en el puerto, admirada por todo el mundo, y el capitán Aubrey se había llevado al general O'Higgins a dar una vuelta por la bahía en la *Ringle*; si sobrevivían, habían quedado para comer a bordo de la *Surprise* el día siguiente.

La palabra «mañana» despertó tal impaciencia en la mente de Stephen que se perdió parte de la información que Killick dio a continuación. Más tarde, Jacob, más flemático y menos preocupado, se la repitió. Lindsay se había echado a la mar para proteger el comercio republicano del ataque de los corsarios; cuatrocientos soldados se disponían a marchar a Concepción, lo cual desahogaría Valparaíso.

Se abrió la puerta de la habitación de Stephen cuando el servicio de la fonda hacía la cama, y Killick, enfadado, intentaba colocar la ropa en los inadecuados armarios. Stephen asomó la cabeza, pensó que cualquier cosa sería mejor que soportar esa actividad, y se retiró. Casi de inmediato, se topó con un oficial que se detuvo, le saludó con una inclinación y dijo:

—Doctor Maturin y Domanova, supongo. Permítame que me presente. Soy Valdés. Solía visitar Ullastret para la caza del jabalí, y creo que podríamos considerarnos familia.

—Vaya, usted debe de ser el primo Eduardo, de cuyo inglés tanto se enorgullecía mi abuelo, ¡y con razón! Me alegro mucho de conocerle.

—Y yo de conocerle a usted, primo Stephen. — Se abrazaron, y Stephen sugirió que bajaran al patio y brindaran con vino por tan feliz encuentro.

A la luz del día, Stephen vio que su primo era coronel, un oficial que había estado en varios combates, un soldado, pero un soldado civilizado, que en ese momento hablaba de Jack Aubrey en los términos más halagadores, incluso entusiastas.

—...Qué tipo tan extraordinario. Don Bernardo fue a verlo de inmediato, y en este momento dan una vuelta por la bahía en la goleta...

—Bien hecho, primo. Pasó mucho, mucho tiempo, antes de que aprendiera cómo la llaman: Goleta.

—Ja, ja -rió el coronel, visiblemente satisfecho-. Pero, dime, por favor, ¿cómo se dice «director supremo» en inglés?

—Ahí me has cogido -respondió Stephen- director general huele a comercio, y protector a ese bellaco de Cromwell. ¿Jefe de Estado, quizás?

Intercambiaron propuestas, aunque ninguna pareció satisfacerles para cuando entraron Jack, varios oficiales y el «director supremo» en persona. Tenía éste buen aspecto, y saltaba a la vista su ascendencia irlandesa. Stephen y él eran viejos amigos, y la conversación continuó en inglés. Después de los primeros saludos, el placer de comprobar las cualidades marineras de la *Ringle* en persona, por parte de O'Higgins, las felicitaciones por los hechos de armas de los soldados chilenos y etcétera, prosiguió la conversación.

—Señor, he venido de Santiago en mula -dijo Stephen-, en mula -recalcó-, señor, por una carretera rápida pero peligrosa, casi un sendero, a través de estos intrincados bosques, porque tenía cierta información que pensé debía poner en su conocimiento cuanto antes.

O'Higgins estudió la expresión de su rostro y miró a su alrededor.

—Acompáñeme al almenado. Por favor, venga usted también, capitán Aubrey. Y usted, coronel. Antes, tengan la bondad de emplazar centinelas que velen por la intimidad de nuestra conversación.

Desde lo alto del almenado pudieron ver a la *Surprise* y a la goleta, iluminadas ambas por la preciosa luz del sol. La dotación engalanaba la *Surprise*, debido a que el director supremo comería a bordo al día siguiente.

Caminaron todos juntos, y Stephen resumió las noticias que tenía. La decisión de invadir, tomada por el virrey peruano, de cruzar la frontera a caballo y a pie en cuanto la Armada peruana hubiera destruido a los barcos de guerra chilenos en Valparaíso (el desconcierto en Lima y El Callao en lo que a los pertrechos concernía), la elevada probabilidad de que los buscaran en Valdivia...

—Gracias, muchas gracias, doctor -dijo O'Higgins-. Todo esto viene a confirmar los informes de inteligencia menos fiables y precisos que había recibido.

—Señor -dijo Jack Aubrey-, ¿me permite sugerir que llevemos a cabo un reconocimiento inmediato? El viento es favorable y lo más seguro es que nos traiga pronto de vuelta. Rara vez he visto un viento más prometedor.

—Doctor Maturin -dijo O'Higgins-, ¿mencionaron sus informadores en qué estado se encuentra la Armada peruana?

—No de forma explícita, señor -respondió Stephen-, pero por inferencia, y por los elevados precios, parece claro que la única fragata pesada, la *Esmeralda*, creo que de cincuenta cañones, no está preparada para hacerse a la mar. En lo que respecta a las embarcaciones menores, tengo entendido que aún están peor.

El director supremo reflexionó unos instantes, a la luz de la información.

—Si conozco a esa gente de Lima, seguro que pasaran los próximos diez días distribuyendo minutas y memorias de ministerio en ministerio. Disponemos de tiempo. Querido capitán Aubrey, si me permite acompañarle a bordo durante la comida, como usted sugirió, estaría bien que, mientras, se moviera el barco con soltura pero casi de forma imperceptible, hasta doblar el promontorio sur y, desde ahí, navegar con la máxima celeridad a Valdivia, donde fondearíamos frente a puerto antes de la puesta de sol, de modo que podamos echarle un vistazo con la luz de espaldas. Llevaré todas las cartas, planos y dibujos que tenga.

—Excelente, señor -dijo Jack, incapaz de ocultar la satisfacción que sentía.

* * *

Fue una comida curiosa, de la que se habló mucho. En lo que concierne a la dotación del barco, comenzó con toda la naturalidad del mundo cuando, antes de comer, la *Surprise* y todas sus gentes mostraban un estado de higiene sobrenatural. Era natural, en cambio, que la proximidad del gran hombre se celebrara con el estruendo de los cañones, que no dejaron una sola ave en el agua. El costado estaba engalanado cuando subieron a bordo con los pitidos del contramaestre. Sin embargo, incluso en ese punto hubo algo extraño en el modo en que abarloó la falúa del capitán. Llegó el director general, junto con un coronel que, sin duda, dignificó su profesión de soldado al subir a bordo. Fue aún más extraño el hecho de que, una vez sentados a la mesa, se diera la orden de subir y estibar la falúa, y empezar a retirar los adornos que habían puesto, cobrar los cabos y arrancar el barco.

–Te lo digo yo, Maggie -dijo Poll Skeeping a su mejor amiga-. Creo que aquí se cuece algo.

–En cuanto he visto a Joe Edwards y a sus compañeros recoger esos andariveles, estando aún el caballero sentado a la mesa, me he olido algo.

Para mantener la funcionalidad de un ente tan complejo como un barco de guerra, todos los hombres y la mayoría del equipaje debía poder afrontar un gran número de acontecimientos distintos, de circunstancias y de emergencias, y además debía hacerse con rapidez. En un barco de guerra tan preparado como la *Surprise*, donde la mayoría de la tripulación la constituían marineros de primera, todo esto podía hacerse sin mayores problemas. No obstante, la práctica totalidad de las emergencias que se presentan en el mar poseen un patrón determinado, una secuencia, por desagradables que sean. Basta con trastornar ese patrón, para mermar la confianza. La recogida de esos andariveles causó mucho más daño que el hecho de estibar la falúa en su lugar habitual en cubierta, orden de por sí extraña, inusual y censurable, no parecía una locura, pero sí algo incluso peor: era un mal augurio.

Prosiguió la comida de Jack sin mayores contratiempos, con el habitual tintineo de jarras. Mientras, los marineros de la fragata confiaron el desasosiego que sentían al compañero de coleta, el amigo en cuyas manos ponían la coleta para su cepillado y posterior trenzado, aunque también hablaron con otros que incluso nada tenían que ver con su guardia, pero por

quienes sentían igual simpatía. Estas amistades estaban lejos de poder considerarse infrecuentes, aunque sí había algunas inverosímiles o inadecuadas, como la que había surgido entre Horatio Hanson y Davies El Torpe, torpe no por sus toscos andares, sino por lo furioso que se ponía cuando se ofuscaba. Ambos trabajaban en una nueva sondaleza, y en ese momento hacían las marcas con la precisión necesaria para una navegación exacta.

—Señor, ¿alguna vez había visto usted recoger los andariveles con los invitados a bordo? —preguntó Davies, inquieto y en voz baja. Ahí seguían los invitados, a bordo, y sus voces comentaban los entresijos políticos de las juntas, comentarios que podían oírse desde el lugar donde trabajaban Hanson y Davies.

—Oh, respecto a eso... -dijo Horatio-. Poll lo mencionó cuando bajé a por estropajo, y le dije que se tranquilizara, que así lo había ordenado el capitán.

—Bueno, si lo ha ordenado el capitán... -dijo Davies con un suspiro de alivio.

Poco después llegaron nuevas órdenes de parte del capitán, que habló por boca del pequeño e inmaculado guardiamarina Wells, quien dedicó una sonrisa nerviosa a Hanson, y dijo:

—El capitán me ha enviado con órdenes para el señor Somers. Tenemos que levar el ancla.

—Lo encontrará en el jardín -dijo Hanson.

Poco después, llegó la orden a popa. Debían prepararse para levar anclas, deslizarse con el reflujo de la marea y, después, desarrazar el velacho hasta doblar el promontorio. La actividad se apoderó del barco, una actividad calma y relativamente plácida. Por fin sabían dónde estaban, pues la *Surprise* tenía que escurrirse con el reflujo, según el plan elaborado por su oficial al mando, escurrirse mientras el sol caía en la misma dirección que la ciudad para evitar miradas furtivas. Después, en cuanto doblaran el promontorio, se cubrirían de lona y pondrían rumbo con el terral del este hacia el lugar que escogieran, con el regente de la nación y su compañero a bordo. Con diligencia y mayor discreción, levaron anclotes, tuvieron cuidado a la hora de alotar y atortorar el ancla para evitar hacer ruido, y, aun así, observaron el bote de la *Ringle* que se acercó a recoger al señor Reade, que enseguida embarcó sin la menor ceremonia y animó a los suyos a bogar

con alma hasta llegar a la goleta, donde nada más subir a bordo ordenó imitar la febril y solapada actividad ejecutada en la *Surprise*.

* * *

Noche. Por ser luna nueva, tan sólo brillaban las estrellas. Ni a O'Higgins ni al primo Eduardo les interesaba demasiado la astronomía o la navegación; ambos, guerrilleros bregados, conocían el valor de disfrutar de una noche de sueño. Fumaron un cigarro en el alcázar, arrojaron las colillas encendidas a la espectacular estela, y se fueron derechos a la cama tras despedirse de Jack Aubrey, que enseñaba a Daniel, Hanson y Shepherd (guardiamarina éste, cuya inteligencia por fin empezaba a despertar) las lunas de Júpiter, no por ser objetos dignos de ser observados por su belleza, ni por curiosidad, sino por tratarse de elementos valiosos para una buena navegación.

A la mañana siguiente, durante un desayuno muy agradable, O'Higgins rogó a Jack que se mantuviera bien a la mar cuando pasaran a la altura de Concepción.

—Mi querido señor -dijo Jack-, eso no es probable que suceda antes de las cinco de la tarde.

—¿De veras? Pues creía que estaba usted navegando a una gran velocidad. Claro que poco sé del mar.

—Hemos alcanzado una velocidad de diez nudos, y podríamos haber largado más lona, pero me pareció entender que usted quería arribar a Valdivia a última hora, más o menos, de la tarde.

—Así era, por supuesto, y sin duda se las apañará usted para que lo logre.

—Nada es seguro en la mar, nada en absoluto. Pero el barómetro se mantiene constante. El viento tiene todo el aspecto de seguir igual de entablado, y si no avistamos Valdivia antes de ponerse el sol, donaré diez guineas a cualquier iglesia u obra de caridad que usted escoja.

—Vaya, qué emocionante -dijo O'Higgins con una sonrisa-. Yo haré lo mismo si lo logra.

No tardó en saberse en todo el barco, y lo hizo por el canal de costumbre. Aunque apenas había un sólo hombre en todo el barco que no hubiera zarpado de Gibraltar cargado de oro (con la paga, al menos, de varios años), la mayoría habían empleado su nada desdeñable ingenio para librarse de él. Ciertamente era que algunos habían enviado una suma importante a

sus hogares, pero fuera como fuese habían revivido los antiguos valores de la dotación, y cuando oyeron que diez guineas estaban en juego, mantuvieron la fragata en condiciones con el mismo empeño que demostraban cuando perseguían a una presa. Los oficiales y los gavieros también estuvieron ocupados, aunque ninguno de ellos fuera tan buen marino como Harding y los demás marineros veteranos, y aunque nadie conociera mejor el barco. Se anticipaban a todas las órdenes, y, cuando a eso de las cinco en punto de la tarde, Stephen y Jacob llevaron a cabo las rondas de rigor (dos de las habituales hernias sólo necesitaban reposo, y también tenían un par de obstinados casos de sífilis), y tomaron la taza de té de costumbre con Poll y Maggie, escucharon el vozarrón del capitán Aubrey explicando al director supremo en el alcázar que esa nube de humo, situada a una cuarta por la aleta de estribor, provenía de Concepción.

—Me alegro muchísimo -respondió O'Higgins, proyectando la voz al cielo con toda la fuerza de la que fue capaz-. Y espero que todos mis hombres se hayan instalado cómodamente.

Jack Aubrey pretendía aferrar las juanetes e incluso las gaviotas mucho antes de arrumbar al puerto de Valdivia, en cuanto surgiera por oriente Cabo Corcovado. No obstante, el viento favorable, la corriente y, sobre todo, el empeño de la tripulación, pusieron el cabo ante sus ojos por la amura de babor mucho antes de que tuviera derecho a llegarse allí, mucho antes de que el sol hubiera descendido tal como deseaba. Acortó de vela, y cuando todo estuvo recogido, inmóvil y adujado, dijo al director supremo:

—Señor, se me ocurre que usted y el coronel Valdés quizás querrían practicar el ascenso a la cofa, con el fin de prepararse para el momento en que avistemos Valdivia, dentro de poco, cuando el sol esté cerca del horizonte.

—Me encantaría-dijo O'Higgins, y, claro, el coronel Valdés tampoco pudo objetar nada. Ambos ocultaron su alegría muy bien al trepar más y más con gran estoicismo, hasta alcanzar la modesta altura a la que estaba situada la cofa de mayor.

—Podríamos subir más -dijo el capitán.

—Oh, gracias, pero desde aquí ya lo veo bien -replicó O'Higgins secamente. El coronel Valdés preguntó si sería mucha molestia que les subieran unos catalejos. Pues en esos desacostumbrados ascensos a lo alto, existía el peligro de que se produjera un temblor involuntario, puramente

muscular, de las manos si uno se veía obligado a subir y bajar repetidas veces. Estaba más que dispuesto a quedarse en la cofa hasta que pudieran ejecutar el reconocimiento. Y no podía faltar mucho, porque ya distinguía varios trechos de costa que le resultaban familiares, y el sol no se encontraba lejos del horizonte.

En lugar de estorbarlos en la cofa, Jack optó por descender por los flechastes y regresar a la cabina, donde, de nuevo, estudió las cartas, los mapas y los planos de Valdivia que O'Higgins había llevado consigo. Las cartas sólo podían interesar a un marino, pero hizo una selección de lo demás, lo enrolló y guardó en la pechera, y volvió a cubierta con un mapa panorámico bastante grande en la mano. Allí, vio a Daniel y Hanson marcando las posiciones de algunos picos. A esas alturas, Hanson se había convertido en uno de los gavieros más ágiles del barco, y Jack le dijo:

—Señor Hanson, tenga la amabilidad de colgarse esto a la espalda, y entregarlo a los caballeros que encontrará en la cofa. Si toma usted el obenque de barlovento, yo subiré por el de sotavento.

Para entonces, O'Higgins y Valdés ya estaban más tranquilos y, puesto que se trataba de una zona que ambos conocían bien, no dejaban de señalar las poblaciones y las iglesias repartidas por la costa.

—No falta mucho -dijo el director con la vista al sur. Y así era. Un cabo, luego otro, y ahí estaba la media luna de fortificaciones que protegían el puerto de Valdivia. Ya en su declive, el sol arrojaba una luz intensa tanto sobre la ciudad como sobre el conjunto del puerto.

Jack voceó una orden a cubierta, y el velacho puesto en facha redujo considerablemente la andadura del barco. Ambos chilenos encaraban el puerto y la ciudad con sus catalejos. El puerto parecía vacío excepto por la presencia de algunas barcas y un bergantín mercante. En lo tocante a la fortificación, actividad moderada.

El director general y el coronel Valdés habían participado en más de un combate, ya fuera convencional o de cualquier otro tipo, y cuando Valdés cifró en doscientos cincuenta hombres la fuerza adecuada para tomar el lugar, Jack le creyó, aunque le pareció una minucia para la cantidad de cañones que había en las imponentes y oscuras murallas.

—Señor, ¿podría usted darme su opinión? —preguntó O'Higgins, volviéndose a él-. Me atrevería a decir que tiene usted más experiencia atacando plazas fuertes que nosotros.

—Verá, señor -respondió Jack-, la aproximación desde el mar es distinta al modo en que los soldados afrontan el negocio en tierra. He estado observando esa imponente fortaleza, la parte más exterior de la cadena defensiva, ante la cual caminan algunos soldados. Se me ocurre que si los defensores son algo bisoños y no muy valientes podría tomarse el lugar si se prepara un ataque a dos bandas. Si se tomase ese fuerte, los dos arcos del semicírculo tendrían serias dificultades para cooperar, para organizar un contragolpe. Miren esa ladera de la playa.

Hablaron de ello un rato. Los chilenos, conscientes de la calidad de las tropas de Valdivia, se convencieron de la viabilidad del plan de Jack.

—Excelente -dijo O'Higgins a Valdés-. Pediré al capitán Aubrey que nos lleve de vuelta a Concepción tan rápido como sea posible. ¿Podría este barco con doscientos cincuenta hombres? — preguntó a Jack.

—No sin una gran incomodidad, señor, pero si aguanta este maravilloso viento, y creo que lo hará, no tendrían que sufrir mucho. Siempre podemos recurrir a la *Ringle* para llevar a unos veinte. Además, permítame añadir que puedo ofrecerle al menos cien marineros de primera con experiencia en combate, acostumbrados al aspecto naval del asalto que tienen en mente.

—Espléndida contribución, que acepto de buen grado.

—Muy amable, palabra -dijo Valdés.

—Y ahora -dijo O'Higgins-, si podemos bajar a cubierta sanos y salvos, y si el barco navega hacia Concepción, le estaría muy agradecido si nos pusiera al corriente de su plan de ataque combinado por tierra y mar.

—De acuerdo, señor. Creo que en lo que al descenso concierne, deberíamos dar preferencia al coronel Valdés -y levantando la voz hasta recuperar el tono habitual-: Llamen a Davies y a mi timonel. — Segundos después-: Arriba, arriba, aquí, guiad los pies de los caballeros. Esto de aquí, coronel, es la boca de lobo, y si se introduce usted por ella, un par de fuertes manos colocarán sus pies en unas cuerdas horizontales que hacen las veces de peldaños.

Valdés no respondió en voz alta, sino que inclinó la cabeza y, con sumo cuidado, se introdujo por la boca de lobo.

—Con cuidado, con cuidado ahí -ordenó Jack; desapareció la mirada inquieta del coronel, cuando unas manos competentes rodearon sus tobillos y apoyaron sus pies en los flechastes.

–Excelencia, su turno -dijo Jack-, y si me permite la sugerencia, ¿qué le parece si descansan un poco, estudian los mapas y, después de cenar, discutimos las posibilidades?

–Será un placer-respondió O'Higgins, con el rostro más lívido y descompuesto que el del coronel.

* * *

Sin embargo, ambos parecían muy contentos y satisfechos cuando se retiró la mesa de la cena y tomaron asiento con los mapas y planos desplegados. Tenían el café al alcance de la mano, en una mesita, y también el brandy para quienes lo prefirieran.

–Señor, puesto que me ha pedido usted que empiece -dijo Jack-, lo haré diciendo que el condestable y yo hemos consultado sus pertrechos y que materialmente el plan que voy a proponer es factible. En resumen, se trata de lo siguiente: después de embarcar a sus hombres en Concepción (escogidos por su coraje y agilidad, y también porque no se marean), nosotros, la fragata y la goleta, volveremos poco antes del alba, y desembarcaremos a todos los soldados y marineros acostumbrados a clavar los cañones y destruir emplazamientos de artillería, en este lugar, Cala Alta. Los botes volverán al barco, que seguidamente se hará a la vela y pondrá rumbo a un punto situado frente al fuerte, el cual bombardeará a una distancia que facilite el fuego de respuesta de los defensores. En ningún momento abrirá fuego la fragata sobre la puerta principal que conduce al muelle. Durante este bombardeo, los soldados y marineros avanzarán por el camino del interior. Creo que la intensidad y el estruendo del bombardeo impedirá a los defensores (tropas que, según me cuenta el coronel Valdés, no cuentan con la experiencia que cabría desear) reparar en dicho avance. La labor de los marineros consistirá en lanzar cohetes y frascos de fuego a las aspilleras, para llenar todo el lugar de hedores y humos irrespirables, así como para minar todos los emplazamientos de los cañones. En este momento, los soldados mantendrán un fuego constante sobre las posiciones enemigas, gritando y aullando como súcubos.

–¿Súcubos? – susurró Valdés al oído de Stephen.

–Demonios.

Siguió una conversación susurrada en castellano, en la cual Valdés describió el pilar de una catedral que había visto de niño, en la cual

aparecían esculpidos unos demonios que aullaban mientras ardían en el Infierno.

Cuando esta conversación hubo terminado, Stephen volvió a poner toda su atención en el discurso de Jack Aubrey:

—Y mi motivo para no tocar la muralla norte y su garita es que estoy convencido de que los defensores, a menos que sean granaderos veteranos, se hartarán pronto del bombardeo, de los gases sulfurosos y del hedor, y echarán a correr por la puerta, después al muelle y al punto fortificado que tengan más cerca, sino a la misma ciudad, o, al menos, a los almacenes. Mientras huyen, podremos atacarlos con metralla y, después, perseguirlos...

Hizo una pausa. Los chilenos cruzaron la mirada. O'Higgins, convencido de cuál sería la respuesta, preguntó:

—Coronel, ¿qué opinión le merece el plan?

—Excelencia -respondió Valdés-, parece una operación perfectamente factible.

—Estoy de acuerdo. Querido capitán Aubrey, permítame pedirle que ordene a los suyos llevar el barco de vuelta a Concepción tan rápido como sea posible.

—Por supuesto, señor. Aunque creo que ya habrá observado que hemos alterado el aspecto de la fragata (excelente para cualquier marino). Para volver a Concepción con cierta celeridad, tendremos antes que arbolar el palo mayor. El situado en medio -añadió.

—Claro, claro. El palo central. ¿Se puede hacer tal cosa en el mar?

—Con una buena dotación y un mar no muy encrespado, sí. Pero lleva tiempo, y quizás considere usted más prudente enviar las órdenes a Concepción a bordo de la goleta, que llegará mucho antes. Cuando nosotros arribemos a puerto, si todo va bien, encontrará a sus hombres esperando en el muelle.

—Debo escribir de inmediato una carta pensada para mentes viles. Si no recuerdo mal, debo escoger a mis hombres por su coraje, agilidad y porque no se mareen en un barco.

—Eso es, señor. En cuanto termine, confiaré la documentación con sus órdenes al señor Reade, comandante de la goleta, y le pediré que ponga proa a Concepción sin perder un minuto. Allí, embarcará a los soldados cuyos nombres figuren escritos al margen, y volverá en la mayor brevedad. En cuanto nos despidamos de él, quizás les interese ver cómo se transforma

una fragata manca y abrutada en algo glorioso de veras, gracias al altísimo palo mayor propio de un barco de treinta y seis cañones. Cuando hayamos terminado, nos cubriremos de toda la lona posible, y pondremos rumbo a Concepción.

Un nuevo viaje de ida y vuelta, gracias al valioso y firme viento de poniente y a la espléndida navegación, tan espléndida que reconcilió con el mar a los sombríos soldados apretujados en ambos barcos, tanto que en ocasiones incluso se pusieron a cantar. Disfrutaban de un grupo de oficiales inteligentes y agradables, a quienes se reveló el complejo plan de Valdivia en la cámara de oficiales; a pesar de todo, fue necesario explicar el relativamente sencillo plan de ataque una y otra vez. Dos de estos oficiales conocían bien Valdivia, y señalaron los almacenes situados en el extremo del muelle, con el tesoro tras ellos.

Poco antes del alba, con Marte a popa, se calentaron los fogones de ambos barcos hasta alcanzar temperaturas cercanas a la incandescencia. Los cocineros y sus ayudantes sirvieron entonces un desayuno espléndido a todos los hombres: no quedó sin usar ni un sólo plato de madera, ni una jarra.

A esas alturas, las montañas llenaban una cuarta parte del cielo. En tierra se veían algunas luces dispersas. Los oficiales de la *Surprise* y de la *Ringle* ordenaron echar los botes al mar, que formaron sendas líneas, listas para bogar. En proa, Jack encaró el catalejo de noche, y vio despejada Cala Alta y la fortificación central que se alzaba tras ella. Había ordenado acortar vela, y la dotación del barco guardaba un extraordinario silencio; el único sonido era el que hacía el viento, cuya fuerza caía a medida que se acercaban a la orilla, el viento que silbaba en la jarcia y en el agua que acariciaba los costados.

Con Cala Alta ya cerca, por la amura de babor, Jack ordenó soltar el ancla, y los marineros echaron el anclote al mar. El barco quedó inmóvil de costado a las rocas. Los botes se alejaron uno tras otro, con cinco linternas a bordo de cada uno. Los marineros bogaron hasta el cauce de la marea, formaron las líneas en silencio, brillantes las luces. Harding, al mando del destacamento de marineros, ordenó:

- A desembarcar. — Y desembarcaron, seguidos por los soldados.
- Anclote -ordenó Jack-. Gente a las brazas.

Se volvieron las vergas de la fragata, las velas cazadas tomaron el viento y la embarcación ganó andadura, más y más rápido, más rápido hasta que la fortificación principal se encontró por el través de babor. No había luces, estaba ciega, excepto por una solitaria ventana. Jack se volvió a popa: aún no se veía ni rastro de la columna de hombres.

—Señor Benton -voceó al condestable-. ¿Cuánto diría usted?

—Unas quinientas yardas, señor.

—Pruebe con una cuña de puntería, altura media alta.

—A la orden, señor. Media alta. — La voz del condestable fue interrumpida por el estampido de su propio cañón y el chillido de la cureña al retroceder. El viento barrió el humo a proa, y todas las miradas se esforzaron por distinguir el impacto, pero no había nada que ver en aquella oscuridad. De pronto, la fortaleza cobró vida: una tras otra resplandecieron las aspilleras.

—¡Fuego a discreción! — ordenó Jack, que no levantó la voz hasta añadir-: Fuego graneado ahí.

No era momento de andanadas, tampoco para el fuego de proa a popa propio de las prácticas.

—No quiero perjudicar a la madera del barco -dijo en un tono de voz más alto a los chilenos que se encontraban a su espalda-. Señor Wells, informe a los cabos de cañón de que voy a mover el barco unas cien yardas más. — A esas alturas, el fuerte respondía al fuego con el crepitar de los mosquetes, y una bala perdida silbó sobre su cabeza.

—Señor Daniel -llamó-, avante, si es tan amable, hasta que podamos ver la puerta principal y el muelle. — Y a las brigadas que servían los cañones-: ¡Fuego a discreción!

Hubo tres enormes destellos, lenguas de fuego que iluminaron a la vez la muralla. El fuego de los cañones hacía su efecto: dos ventanas convertidas en una, boquetes en la muralla, llamas en el interior de una estancia y toda la cara exterior de la pared marcada de viruela por los impactos. Empezaron a iluminarse más aspilleras, los cañones abrían luego con alma; sin embargo, no habían superado el palo de mesana de la *Surprise* antes de que una explosión sacudiera la parte posterior de la fortaleza, explosión seguida por el fuego de mosquete y, después, por tres explosiones incluso más sonadas que la anterior.

Apareció ante sus ojos la puerta principal, y la Surprise, levemente balanceada a babor, ofendió el centro con luego cruzado. A lo lejos, las explosiones y el fuego de mosquete fueron en aumento, hasta que el eco que devolvieron las montañas resultó ensordecedor.

–Parece una batalla de artillería pesada -dijo el coronel Valdés.

–Señor Wells -voceó Jack-, corra usted a decirles que no toquen esa condenada garita.

Cedió el fuego de mosquete procedente del fuerte, cedieron también las explosiones.

–Es increíble pensar en la de pólvora que llevaban a cuestras -comentó Stephen.

–Saldrán en cualquier momento -dijo Jack-. Señor Daniel, proa al muelle en cuanto se abra la puerta, entre esas dos barquías. Preparado para amarrarla. Señor Somers, ¡señor Somers! Procure que el armero y sus ayudantes distribuyan alfanjes, pistolas y hachas de abordaje.

El rugido estremecedor que estalló en cubierta ahogó por completo sus últimas palabras. La puerta principal se abrió de pronto, y una densa muchedumbre de gente salió corriendo, tropezando unos con otros a lo largo del muelle.

–¡Carga de metralla! – ordenó Jack. El enemigo recibió media docena de disparos antes de que el barco alcanzara el muelle.

–Que la guardia de estribor amarre el barco a proa y popa. Babor, a la carga.

Los soldados republicanos apostados tras el fuerte habían visto batirse en retirada a la guarnición, y se unieron a los perseguidores. Los marineros se deshicieron de los lingüetes y mazos para seguir a los compañeros con una velocidad encomiable.

–No puede ser -dijo Stephen jadeando-. Es extraño que los perseguidores corran más que la presa.

Extraño o no, así era: en cuanto los fugitivos ganaron el siguiente fuerte, los supervivientes se vieron obligados a correr de nuevo, atrapados y golpeados a menudo. Y así prosiguió el combate, fuerte a fuerte, hasta que un número ínfimo de soldados salvó las puertas de la ciudad y abandonó el puerto y todo el equipaje a la discreción del vencedor.

En este caso, el vencedor no mostró discreción alguna. Algunos de los soldados chilenos conocían bien el puerto debido a que habían trabajado

allí, y enseñaron a sus aliados un extraordinario tesoro en forma de cabo, lona, motones, armas de fuego grandes y pequeñas, madera, pólvora, munición, arcones de medicinas, y, lo que aún les complació más, el tesoro. Se encontraba tras unas puertas acorazadas, pero los marineros, después de doblar (sí, doblar) algunas de las herramientas más resistentes, lograron reducir a la mera anécdota la resistencia de las puertas, así como los pilares que las aguantaban.

En el interior había cuatro arcones llenos de plata y un cofre con oro. Lo más curioso era que tan sólo los habían cerrado con candado y, al ver su contenido un soldado que había hecho la travesía en la *Surprise* dijo que todos se habían jugado la vida por el botín, y que en su opinión todos merecían una parte del total que debía repartirse de inmediato. Opinión que compartieron varios de los presentes.

—Me importa un carajo tu opinión —espetó un fiel y rudo marinero de la *Surprise*, que acto seguido disparó impávido al traidor.

Con tanto muerto en los fuertes, en los muelles y en las fortificaciones secundarias, este suceso no causó una gran impresión, aunque sí restauró el orden. El capitán Aubrey comentó al director supremo que legalmente todas aquellas riquezas pertenecían a Valparaíso, y que la *Surprise* podía transportar los arcones, mientras que los pertrechos navales colocados a las puertas de los pañoles podían embarcarse en dos barquías de buen arqueo, amarradas cerca de la fragata.

En cuanto se hubieron transportado los arcones a la *Surprise* montados en rolletes, que se izaron a bordo gracias a un ingenioso juego de poleas improvisado por los marineros, la moral empezó a flaquear. Los hombres, sobre todo los soldados, miraron los cables con desagrado, y mostraron cierta inclinación por escabullirse. Stephen, no obstante, pidió a Jack que confiara un barril de aguardiente chileno al doctor Jacob. Después, se ordenó a todos los presentes en ambas lenguas que formaran en filas y que avanzaran por turnos. Hecho esto, el doctor Jacob procedió a llenar para cada uno de ellos una taza del barril. Stephen, por su parte, se encargó de entregarles una dosis considerable de coca de primera calidad, con los aditamentos de rigor.

En un tiempo sorprendentemente corto, en tanto en cuanto existiera tal noción dadas las circunstancias y lo sucedido en el reciente pasado, la atmósfera cambió por completo. Se recuperó la energía, y con ella el buen

humor. Los montoncitos del tesoro empequeñecieron hasta desaparecer por completo en las barquías, cuyos patrones aceptaron el transporte, animados por la oferta en oro. La playa de guijarros quedó desnuda bajo la indiferente luz de la luna.

—Primo -dijo el coronel Valdés, abrazándole, a solas en aquellos cinco acres de playa-. Gloriosa victoria la nuestra. Gloriosa victoria.

INTERLUDIO

Mi querida Christine, si me permite tomarme la libertad -escribió Stephen Maturin-, le diré que no hace mucho obtuvimos una espléndida victoria en Valdivia, cuando el capitán Aubrey y sus marineros, junto al general O'Higgins y sus soldados, destruyeron la fortaleza principal, expulsaron a los monárquicos de Valdivia, aseguraron una cantidad importante de pertrechos navales y el tesoro, y regresaron victoriosos a Valparaíso, donde lo celebraron por todo lo alto, con fuegos artificiales, música, tres corridas de toros distintas y, por supuesto, baile. De los nuestros, nadie perdió la vida. Los escasos heridos se recuperan bien, y todos los marineros están que no caben de gozo, al menos en parte por las riquezas que están por recibir cuando se reparta el botín del tesoro. Yo comparto su alegría, y es que la felicidad resulta muy contagiosa: he celebrado la ocasión obsequiándome una esmeralda. Como ya sabrá, mi querido amigo y colega Amos Jacob proviene de una familia de comerciantes de joyas preciosas. El las conoce y las ama, y como mucho en su profesión tiene contactos y conocidos en Golconda y en otros lugares donde se encuentran las gemas, incluido en Muso, en los Andes, cerca de aquí, lugar reconocido por sus esmeraldas. Le pedí que me procurara un ejemplar, y aquí está.

Volvió la oblonga joya en la palma de la mano, era de un precioso color verde.

La envolveré en un paño de joyero, la adjuntaré a un paquete que remito a sir Joseph, y esta tarde partirá rumbo a Inglaterra. Le ruego que la acepte como minúscula muestra de mi aprecio, en agradecimiento por la *Ardea goliath*.

Se detuvo llegado a este punto, sacudió la cabeza, y caminó de un lado a otro de la estancia, consultando la hora en su reloj. Arriba y abajo, de un

lado a otro. Los retrasos no eran propios de Jack Aubrey y, aunque el corredor indio no tenía planeado salir antes del alba, estaba intranquilo.

Volvió a sentarse, y a volcar su atención en la carta.

Pero ahora, querida mía, lamento decir que nuestra alegría se ha visto truncada. La victoria en Valdivia, después de la primera explosión de júbilo generalizado, dio paso a unos celos y a un resentimiento crecientes. La victoria se considera como un mal creciente, sobre todo por haber sido de los ingleses y de O'Higgins, los primeros enemigos tradicionales de los españoles (y republicanos o monárquicos, la gran mayoría de los chilenos son básicamente españoles), ya sea por creernos bucaneros o como Drake, y enemigos nacionales en tiempos de guerra. El segundo, es decir O'Higgins, porque sencillamente no gusta, incluso puede decirse que muchos le odian, sobre todo los cabecillas de las diversas juntas; esto se debe a que desean poner freno a sus pretensiones, al respeto que siente por la ley y el orden, y a su oposición a la presencia de una Iglesia dominante. Hasta cierto punto, este resentimiento une a las juntas, aunque no sé hasta qué punto porque Jacob ha marchado a recabar información. Ahora sabemos que el tesoro capturado no se repartirá, los marineros no recibirán lo suyo, y llevo unos días presenciando actos violentos en las calles de Valparaíso. O'Higgins, sus amigos y la guardia se han retirado a Santiago, quizás más lejos. No tenemos noticias. Es más, y quizá sea lo peor, resulta que sir David Lindsay, por causa de una descortesía, ha sido desafiado a duelo por uno de sus oficiales. En este momento se batien en el campo del honor.

—Estoy perdiendo el juicio -murmuró para sí, dibujando una línea perfecta alrededor de los párrafos de la carta sólo destinados a sir Joseph, en código. Pero no terminó la línea, porque en ese momento llamaron a la puerta-. Adelante.

—¡Oh, señor! — exclamó Hanson, hecho un manojo de nervios-. Le han dado. Me ha enviado el capitán: El cirujano dijo que no había esperanza.

Y no había esperanza.

—Aorta -dijo el médico chileno, señalando el oscuro charco que se extendía bajo el cadáver de Lindsay.

—¿No hay esperanza? — preguntó Jack, y cuando vio que Stephen negaba con la cabeza, añadió:- Señor Hanson, vuelva a la carrera al barco, y dígame al señor Harding que me gustaría disponer de cuatro hombres fuertes y una camilla para transportar el cadáver de sir David. Y una sábana para cubrirlo.

– Y a Stephen-: Lo sepultaremos a la manera de la Armada. A la manera a la que está acostumbrado.

Esto causó cierta inquietud entre las amistades chilenas de Lindsay. Su oponente y los segundos, aparte de Jack, habían desaparecido.

–El prefecto del puerto tendrá que ver el cadáver y aprobar el entierro -le dijo a Stephen uno de ellos.

–Es la costumbre -replicó Stephen con énfasis en la última palabra-. La antigua costumbre del mar. – Aquella palabra tenía tal peso para los españoles, que cesaron los murmullos. Permanecieron inmóviles hasta que llegó la camilla del puerto. Después de depositarlo en la camilla y cubrirlo con una sábana, los soldados y marineros saludaron a la manera militar, y los pocos civiles presentes se descubrieron. Uno de ellos, situado cerca de Stephen, murmuró que sin duda eso que iban a hacer ofendería mucho al prefecto.

Jack ordenó a Harding largar amarras y llevar el barco lejos del muelle, a veinte brazas de agua. Allí, cuando hubo recogido todos los objetos personales de Lindsay que pretendía enviar a la familia, pidió por el velero e hizo traer dos balas rasas. Una vez amortajado a la manera de la Armada, Jack sepultó a Lindsay en presencia de toda la tripulación, con los honores y con la ceremonia debida a su antiguo rango, sin olvidar pronunciar las palabras rituales al arrojarlo por la borda.

La *Surprise* retiró las muestras formales de dolor, volvió a puerto y a su amarradero habitual.

–Podría salir de aquí con cualquier viento -dijo en privado a Stephen-. He visto lo bastante como para sentirme intranquilo, y no me cabe la menor duda de que tú has visto mucho más.

–Sí -admitió Stephen-. Estoy esperando a que Jacob vuelva con información completa de las juntas del sur, para decidir si debo recomendarte de manera oficial que te retires de la empresa política por completo, para dedicarte a la puramente hidrográfica. El archipiélago Chonos es prácticamente desconocido. – «Y quién sabe qué maravillas en cuanto a flora y fauna podría revelarnos», añadió para sus adentros.

Se encontraban en la cabina, tomando un té.

–Stephen -dijo Jack tras un largo silencio-. Quizás juzgues sentimental lo que voy a decirte, pero algunos de esos jóvenes a los que he estado enseñando me demuestran a diario que están preparados para convertirse en

marinos de primera. Por esta razón, entre otras, he estado dando vueltas y más vueltas a un plan. Como sabrás, sólo entregué como un idiota el tesoro de Valdivia a las autoridades pero pudimos aprovechar los pertrechos navales para nuestro propio beneficio, y ahora nuestra querida *Surprise* tiene un aparejo prácticamente nuevo, la santabárbara rebosa pólvora, y el pañol bala. La cabuyería ha sido reemplazada, tenemos lona para vestir un barco de línea, y provisiones de primera. Mi plan consiste en atacar El Callao y apresar la *Esmeralda*. Se lo propuse a Lindsay, pero me dijo que era imposible. Los fuertes de la zona nos hundirían antes de arrojar los arpeos. Dijo también que eso de aferrar una fragata de cincuenta cañones no era tarea para una de veintiocho, por mucho que la acompañase la *Asp*. Se opuso al plan, dijo que era una estupidez, lo cual me sorprendió, pues sabía la de veces que ha estado en combate y conocía su fama de temerario. No diré una sola palabra más acerca de él, descanse en paz.

—Descanse en paz.

—Nada más... Eso es lo que me he propuesto hacer, Stephen. ¿Te gusta mi plan?

—Querido, me las ingenio bien con la cistotomía suprapúbica. Tú eres experto en guerra naval. Tu opinión en el primer caso no me merecería ningún respeto. Y la mía no debería merecerte más en el segundo. Si eso es lo que quieres hacer, estoy de acuerdo.

No obstante, el capitán Aubrey siguió justificándose.

—Es cierto que Perú fue una nación neutral, una colonia española, pero Perú ha invadido repetidamente la república independiente de Chile, y si el virrey español se sale la próxima vez con la suya, la joven Armada chilena (tan prometedora y cumplidora) desaparecerá de los mares. Además, debo añadir que...

—Le ruego que me perdone, señor -dijo un guardiamarina-, pero el señor Somers desea que le transmita sus respetos y que le informe de que el paquete de Lisboa, el Isaac Newton, acaba de doblar el cabo. En cubierta ha visto a alguien muy parecido al doctor Jacob, agitando un pañuelo rojo.

—Gracias, señor Glover. Por favor, dígame que desearía izar una señal, conforme convidamos a la embarcación a abarloarse.

Jack siguió hablando de las ventajas de un ataque sorpresa, de la casi segura superior habilidad artillera y dedicación al deber, hasta que

finalmente ambos escucharon el suave golpe del paquete contra la defensa, seguido de las habituales voces de quienes arrojaban y recogían cabos.

—Santo Dios, señor -exclamó Jacob, dirigiéndose a Jack-. ¡La que se va a armar! El hecho de sepultar a sir David en el mar, que descanse en paz, antes de realizarse un levantamiento del cadáver es ilegal, y ha proporcionado al prefecto la excusa que necesitaba: el barco será confiscado al anochecer. Lo saben hasta en Villanueva, donde la junta local ha estado repartiendo armas.

—¿Se ha dado la orden de apresar el barco?

—Eso creo.

Jack hizo sonar la campana.

—Vaya a buscar al señor Harding. — Luego, dijo al teniente-: Señor Harding, no habrá permisos en tierra esta tarde, y no se permitirá a ningún bote acercarse al barco. Voy a subir a bordo del paquete.

—Pero, señor -protestó Jacob-, veo que me he precipitado: debí decirle antes que el coronel Valdés marcha con sus tropas desde Concepción, y que se han despachado mensajeros al director supremo.

—Aun así, debo llevar a cabo mi plan -dijo Jack. Abandonó a Jacob y a Stephen en la cabina, se dirigió a cubierta y saltó por el costado al paquete-. Caballeros -dijo a los miembros de la Royal Society-, ¿me permiten robarles cinco minutos de su tiempo?

Todos ellos murmuraron que sí, y Austin Dobson le invitó a acomodarse bajo cubierta.

—¿Estoy en lo cierto cuando supongo que ustedes se dirigen a Panamá?

—Así es, en efecto -respondió Dobson-. Sclater y Bewick -dijo señalando a los ornitólogos con una inclinación de cabeza- desean cruzar el istmo cuanto antes, pues allí existe la posibilidad de encontrar tres barcos que parten a Inglaterra en la tercera semana del mes, y les gustaría disfrutar de unos días para estudiar las golondrinas de mar del Pacífico.

—En tal caso, queridos colegas -dijo Jack-, podrían, si quieren, hacernos a Maturin y a mí un favor muy grande. Están al corriente, supongo, de la delicada situación que atraviesa este país, y de la posibilidad de que O'Higgins sea derrocado, por no mencionar el caos que resultaría y la invasión peruana.

Todos los presentes asintieron.

—Pérfidas juntas -murmuró uno de los entomólogos.

—En este momento la situación pende de un hilo. Me he propuesto navegar a El Callao esta noche, con la intención de llevar a cabo una incursión nocturna y apresar la *Esmeralda*, fragata peruana de cincuenta cañones, llevarla de vuelta a Valparaíso y dotarla de hombres escogidos pertenecientes a la Armada chilena, adiestrados por el desdichado Lindsay y por mí. Esta acción inclinaría la balanza a favor de los republicanos, incluso antes de que O'Higgins y sus tropas regresen de Concepción.

—Por supuesto -dijo un astrónomo-, aunque, mi querido señor y colega, somos hombres de ciencia, no de armas.

—Precisamente -dijo el capitán Aubrey-, pero en calidad de científicos son ustedes buenos observadores. Pronto descubrirán si la batalla está ganada o perdida, y la primera de mis dos peticiones es que informen del resultado, por cualquier medio que sea posible, al Almirantazgo, y que lo hagan lo antes posible. Como científicos entenderán la importancia de mi segunda petición: nuestro hermano, Stephen Maturin, ha abandonado sus colecciones en nuestra fonda de Valparaíso. Tanto yo como mi barco hemos despertado las iras de las autoridades locales, de modo que prefiero impedirle desembarcar. Ustedes cuentan con el amparo de la Royal Society de modo que podrán hacerlo sin temor. Disfruten de una agradable cena en el Antigua Sevilla, recojan sus pertenencias, y reúnanse a medianoche con la *Surprise* y su buque de pertrechos, la goleta *Ringle*, a una milla frente al puerto.

CAPÍTULO 10

Era una preciosa mañana de noviembre, aunque una mañana así, a unos doce grados al sur del ecuador, poco tenga que ver con hogueras o Guy Fawkes. El favorable viento de juanetes había despejado la poca bruma que el cielo hubiera podido heredar de la noche. Era un día luminoso, con un cielo azul fuerte de horizonte a horizonte, y un aire transparente que permitía ver a considerable distancia. Todos aquellos que pudieran procurarse un sextante, cuadrante o un simple palo calcularían la altura exacta del sol, cuyos rayos podían hacer del calor un problema, aunque ya tenían a mano telera de araña para los toldos que templarían la intensidad. Mientras el contramaestre y sus ayudantes colocaron los toldos de proa a popa, Jack Aubrey permanecía inclinado en el elegante coronamiento de la *Surprise*, mirando al este de la estela. Se acercaba a ellos el bote de la

embarcación inscrita con el nombre de *Isaac Newton*, aunque todos se referían a ella como el paquete de Lisboa, por el simple motivo de que ésta había sido su ocupación antes de que el anterior dueño (tan desafortunado en las cartas como lo era en el amor) la vendiera a un tacaño entomólogo que había heredado una prodigiosa fortuna. Éste entomólogo se obsequió a sí mismo y a unos colegas de la Royal Society con un viaje increíble. Uno de los que viajaban con él, la mayor autoridad europea en cuanto a la rata de agua se refería, también estaba ordenado, de modo que por ser domingo se disponía a subir a bordo de la fragata para officiar y, quizás, leer un sermón.

—No se llevará una decepción -dijo el capitán tras echar un vistazo a lo alto, a la nivea lona que contrastaba con las vergas, brillantes con el betún del señor Harding. Las velas flameaban, dado que la *Surprise* había amollado las escotas para que el bote no tuviera dificultad en abarloarse.

La persona a la que había dirigido este comentario no respondió más que con un maleducado gruñido, cerró el catalejo con un chasquido, y dijo:

—Sólo es un pájaro extraviado. Seguro que esas curiosas manchas se deben al excremento de otro pájaro.

Jack estuvo a punto de ofrecer una de sus respuestas ingeniosas, pero antes de que pudiera formularla y pronunciarla, se abarloó el bote. Era necesario recibir al invitado con la debida ceremonia, conducirlo bajo cubierta para tomar una copa de jerez, y dejar que se pusiera la sobrepelliz doblada que le alargaron desde el bote. Debido a que el reverendo señor Haré llevaba recorridas tantas millas de mar, era razonable suponer que podría apetecerle apreciar las peculiaridades del nuevo aparejo de la *Surprise*. Pero Jack pudo muy bien haber dedicado su entusiasmo a una rata de agua, porque Hare era impermeable a la brea, igual de impermeable que al corte de la vela cangreja, para el caso. De hecho, temía que llegara el momento de leer el sermón, y en cuanto se encontró bajo cubierta tragó el jerez y observó con cierto anhelo la jarra.

Pero cuando volvió a cubierta y se presentó ante los marineros que constituían la dotación del barco, recién afeitados todos, limpios, con los oficiales sudando la gota gorda por ir vestidos con el grueso paño del uniforme de gala bajo el tórrido sol, el grito conocido de «Rompan filas los judíos y católico romanos» le consoló. Se dirigió con paso firme, acostumbrado al balanceo del mar, hasta el arcón de los rifles que hacía las

veces de pulpito. Los judíos y los católicos romanos rompían filas más que los diversos tipos de musulmanes, los cristianos ortodoxos o los simples e impíos paganos. La congregación le observó con gravedad, incluso con una ausencia total de expresión en sus rostros. Sin embargo, mejoró su humor cuando el señor Hare (aspirante a escritor) empezó a leer con cierto titubeo el sermón del vecino, basado en un texto de Job:

—Oh, que mis palabras estuvieran escritas, oh, que estuvieran impresas en un libro. — Siguieron algunos himnos que le resultaban familiares, en cuya interpretación destacaron Poll Skeeping y Maggie Tyler, que conocían las palabras, y un salmo que el propio Davies El Torpe cantó con una asombrosa voz de bajo.

El señor Hare comió en la cabina del capitán, con el primer teniente y el cirujano. Fue una espléndida comida, pues habían obtenido abundante carne y pertrechos en Valparaíso, además de recibir en obsequio cuarenta cerdos de excepcional calidad. Por su parte, el vino chileno movía al exceso. Y no es que el párroco Hare necesitara animarse, pues terminado el sermón sentía un profundo alivio al no haber cometido errores. De modo que no puede decirse que su estado se debiera al vino, pues la culpa la tenía el ron de Estados Unidos. Algunas botellas habían sobrevivido al frío y a las agitadas aguas de Cabo de Hornos. Jack Aubrey no era muy dado a la censura, excepto cuando ésta se aplicaba a la escasez de conocimientos marineros, pues era muy consciente de sus propios fallos en lo referente a los excesos con el alcohol (en más de una ocasión habían tenido que llevarlo en carreta), pero cuando llegó el momento de despedirse, dijo que él y Stephen acompañarían a casa al invitado, no sólo para saludar a los compañeros de la Royal Society, sino también para ver el paquete y preguntar al piloto por su comportamiento sometido a diversas combinaciones de lona según los vientos.

La *Surprise* facheó, con tal de que el *Isaac Newton* pudiera acercarse, momento en que los tres subieron a bordo del paquete. Los marineros de la fragata habían agradecido mucho la presencia de un auténtico párroco por muy temporal que ésta fuera; era un predicador admirable, y al sentarlo en el enjaretado que hacía las veces de silla a la hora de bajar a alguien por el costado, vitorearon al principio con timidez, luego con cierta unidad e intensidad, sobre todo cuando la falúa bogó en dirección al paquete, donde los compañeros de Hare, conscientes de su debilidad, tenían preparado

también lo que se conocía como «la silla del contramaestre» para subirlo a bordo.

—Qué tipo tan servicial tienen de piloto -dijo Jack cuando se acercó a la cabina de Dobson, terminada la inspección del *Isaac Newton*-. Ha respondido a todas mis preguntas como un buen marino; es más, por lo visto ha navegado con amigos míos, duros capitanes de Marina. También me ha dado detalles muy interesantes del Estrecho de Magallanes, y me ha contado que habló usted con una barquía que había recalado en El Callao, donde había otros dos mercantes de buen arqueo, uno procedente de Boston, el otro perteneciente a una firma de Liverpool. Por lo visto vio también a la *Esmeralda*, amarrada en el fondeadero destinado a los barcos de guerra, lo cual me lleva al favor que debo pedirle.

—Será un placer -dijo Dobson.

—A última hora de la tarde, mañana o pasado, tengo intención de arrumbar a El Callao, si lo permiten el viento y las condiciones meteorológicas. Allí apresaremos a la *Esmeralda*. Entraremos a puerto no disfrazados, pero sí camuflados bajo el aspecto de un apacible mercante, la tomaremos al abordaje de noche y, a ser posible, la sacaremos de puerto. Me llevaré conmigo a todos los hombres de los que pueda prescindir la *Ringle*, pero dejaré a los suficientes a bordo, al paio, frente al puerto, para que puedan informarles a ustedes del resultado de la empresa. Les harán entrega de un informe escrito, un despacho de guerra que le agradecería muchísimo pudiera confiar a sus amigos que parten a Inglaterra. Allí deberán entregarlo en el Almirantazgo.

—Pues claro que lo haré, y le aseguro que tengo motivos para responder por mis amigos. Cruzaremos el istmo a la costa atlántica en un día de navegación, y allí encontraremos no menos de tres barcos dispuestos a partir rumbo a Londres.

—Que Dios les dé un buen viento, y a nosotros una feliz entrega.

—Amén, amén, amén.

—Porque si al menos es un poco feliz, querría que mis superiores dispusieran de ella antes de que decidan qué barcos compondrán la escuadra sudafricana.

* * *

La mayoría de los barcos disponen de uno o dos Killick a bordo. Sin embargo, la historia naval no recoge a ninguno que tuviera una curiosidad y una falta de escrúpulos tan insaciables a la hora de emplear sus habilidades. Su objetivo consistía en ser el único de todos sus compañeros a bordo en saber lo que las autoridades, sobre todo el capitán, tenían planeado hacer, y para lograrlo el fin justificaba los medios. Los medios incluían, por supuesto, aprovechar las rendijas de las puertas para leer los labios de quien leía para sí la correspondencia privada. En ese caso, se llevó una merecida decepción, pues era mucho suponer que aquellos compañeros de las cubiertas inferiores, una pandilla de veteranos marineros de buque de guerra, ignoraran el destino de las balas de hierro que habían pasado horas puliendo para devolverles una perfecta forma esférica y, por tanto, facilitar que volaran rectas.

En la tarde del miércoles, la *Surprise*, que lucía un aspecto tan similar al de un barco mercante como pudiera tener sin llamar la atención, entró en El Callao con poca lona. El *Isaac Newton* había quedado a poniente, y la *Ringle* a una milla de la costa, donde aguardaría una señal, aunque la mayoría de sus marineros de primera se encontraban a bordo de la fragata para ayudar a servir los cañones.

Sin prisas, por tanto, se deslizó la embarcación con la corriente, y el jovencísimo piloto aproando al combate según era costumbre en la Armada.

—Sitúenos en su costado de babor, señor Hanson -ordenó Jack-. Y presente los cañones en batería.

La guardia de babor de la *Surprise* preparaba los botes para echarlos al mar. Iban equipados con alfanjes, pistolas y, en ocasiones, por ejemplo en el caso de Davies, con una temible hacha de abordaje. La fragata realizó un viraje a la izquierda. Los cabos de los cañones de estribor los mantuvieron apuntados con las cuñas de puntería hasta que Jack, al considerar que tanto la distancia como el ángulo de tiro eran los adecuados, decidió dar la orden.

—¡De proa a popa, fuego a discreción! — Y, a Hanson-: en facha el velacho y la gavia mayor.

Después de las tres primeras mortíferas andanadas, dispararon otra con una ferocidad y una velocidad sin par. Al principio, la *Esmeralda* devolvió casi cada andanada. Pero entonces, antes de efectuar la siguiente, Jack dio órdenes de dar viento a las velas y meter el timón a banda, de modo que las dotaciones que aún no habían disparado se enfrentaron a lo más crudo del

combate. La cadencia de fuego de los peruanos cedió, lo cual no era de extrañar debido a que había perdido cuatro de sus cañones de doce libras.

Guardó silencio por espacio de dos minutos. Un accidente en el pañol de la pólvora impediría cargar de nuevo los cañones. Casi al inicio de esta escalofriante pausa, Jack llamó a los hombres al abordaje, y saltó sobre su propia falúa. Los botes de babor doblaron la popa, se dirigieron al costado del peruano, y el grupo de Jack se encaramó a la cubierta enemiga, con Davies el Torpe a la cabeza lanzando el espeluznante grito que le caracterizaba.

Los peruanos se vieron atacados a proa y popa, y aunque recompusieron las filas una y otra vez no estaban acostumbrados a ese tipo de combate, al contrario que los de la *Surprise*. La práctica hace al maestro. Poco a poco, la mayor parte de los marineros de la *Esmeralda* se vieron forzados a refugiarse bajo cubierta. Oscurecía rápidamente cuando, de pronto, abrió fuego la hasta el momento silenciosa artillería de la fortaleza, encargada de proteger el puerto. Sus cañones pesados despidieron lenguas de fuego.

Hacía rato que el uniforme de Jack había llamado la atención de los oficiales peruanos. Con todo, su mirada, la mirada del depredador, había reparado en las luces de colores izadas a los topes de los dos barcos mercantes que había en puerto: luces de posición, con un significado acordado de antemano.

Se retiró de la refriega y llamó a voz en grito a su timonel.

—Reúna a cuantos pueda de la falúa, suban a un bote y boguen de vuelta al barco como si les persiguiera el diablo. Dígale al señor Whewell de mi parte que ice de inmediato linternas de colores y que vire el barco. Rápido.
— Volvió a adentrarse en la densa muchedumbre que combatía con denuedo, sobre todo alrededor de la escala de toldilla. Una bala de pistola le alcanzó en el hombro izquierdo. Le habían disparado a corta distancia, y la fuerza de la bala le tiró al suelo. Un hombre de piel morena con una sonrisa diabólica atravesó su muslo limpiamente con la hoja de una espada.

Un instante después, Rostro Moreno cayó muerto por un golpe de Davies el Torpe, un golpe sobrecogedor. El joven Hanson, incólume hasta el momento, se acercó a Jack y sacó la hoja de su muslo. Ambos le arrastraron hasta el costado castigado por los cañones de la fragata. Una vez allí, aunque por el momento fue incapaz de moverse, comprobó con satisfacción que los artilleros de las baterías costeras estaban confundidos y disparaban a

cualquier cosa. También vio con alivio, pero no muy sorprendido, que los únicos peruanos que no se habían refugiado bajo cubierta se rendían en ese momento. Llamó a un grupo de marineros de la *Ringle* que conocía bien, y les ordenó disponerse a desamarrar la embarcación. Le observaron con la mirada medio enajenada propia de quien acaba de luchar por su vida.

—Señor Lewis -dijo Jack a uno de ellos-, disponga a esos hombres para desamarrar la embarcación. Y si me presta usted un pañuelo grande o el corbatín para hacerme un torniquete, se lo agradeceré toda la vida.

Algunos de los artilleros que los hostigaban con los cañones de la batería redoblaron el fuego. Por suerte, no atinaron mucho, y de hecho algunos concentraron sus esfuerzos en los barcos de Boston y Liverpool. Con todo, si en verdad quería apresar la *Esmeralda*, tendría que darse prisa. Ayudado por el marinero llamado Simón, se puso en pie y caminó con dificultad a la amura de estribor. Allí comprobó que habían amarrado la fragata de forma peculiar al muelle, un sólo cable, un cable de gruesa mena.

—¡Gente a desarrazar gavias! —ordenó. Se inclinó a proa y vio al joven Hanson, que con una cimitarra de absurda curva, pero muy afilada, se dispuso a cortar el grueso cable, ayudado por Davies, que lo tensó al atravesarlo con la pica. Dio un tajo, luego otro, llenó de aire los pulmones y dio un tercer golpe con todas sus fuerzas. El cable se partió, y el barco, a merced de la corriente, se apartó libre del muelle.

Jack se sintió inundado de una gran alegría, e incluso de cierta fuerza.

—¡Desarraz gavias! —ordenó-. ¡Todos ahí, con alma! —Después, ya ronco, añadió:- Gracias, Horatio, se ha portado usted de maravilla. Ahora sáquenos usted de aquí, ¿quiere?

Y les sacó de ahí, a pesar de que el barco fue alcanzado en una o dos ocasiones, pero sin recibir daños de consideración, llevándoles lejos, fuera del muelle y hacia la oscuridad. Jack sintió una agradable sensación de paz que se impuso al dolor de las heridas, dolor que no desapareció hasta perder la conciencia justo cuando lo bajaban al sollado de su propio barco.

* * *

No le despertó el pitido que llamaba a cubierta a todos los hombres, justo antes de empezar la segunda guardia, ni las voces de los segundos del contraaestre:

—¡Guardia de estribor! A pulir y lampacear. ¡Con brío ahí! ¡Guardia de estribor!

Ni tampoco le despertó el temible sonido de las ocho campanadas, ni siquiera el estruendo del fregoteo de las cubiertas y el trajín de los baldes de agua, piedra arenisca y lampazos. Lo que le despertó desde el inconmensurable abismo del sueño fue la voz de Stephen, que le comentaba en susurros el estado de su hombro.

—La bala alcanzó la hebilla del tahalí, ¿lo ves? Efectuó una presión enorme en el metal y el cuero, pero dejó el hueso intacto.

—Veo la corona tatuada en la piel. Sí, vaya. Piensa en la suerte que ha tenido. Ni siquiera el corte del muslo afectó a ninguna arteria importante - comentó Jacob.

—Buenos días tengan, caballeros -dijo Jack, espoleado por la inmensa felicidad que manaba de su recuperada conciencia-. ¿Tenemos la *Esmeralda* a sotavento? ¿Nos hemos alejado de la costa?

Algo asombrados, respondieron que la fragata navegaba a sotavento, y que habían perdido de vista la costa.

—Menuda alegría -dijo Jack. Él desde luego parecía muy alegre, y así lo manifestó con una risa ronca-. Por favor, dadme algo de beber. Tengo una sed terrible. — Stephen acercó una taza a sus labios y Jack bebió como un caballo sediento.

Le observaron con cierta desaprobación.

—Es inexplicable -dijo Jacob a Stephen, en un aparte, después de que ambos le tomaran el pulso-, claro que siempre fue un hombre de raza. — Y en voz más alta-: Felicidades por la victoria, señor. Le felicito.

—Que Dios te bendiga, amigo mío -dijo Stephen, estrechando suavemente su mano-. Una gran hazaña, sí, señor. Dime, Jack, ¿te duele mucho?

—No si sigo tumbado; tampoco me duele como para impedirme conciliar el sueño. Dios mío, lo que habré podido dormir. Ahora me duele el hombro, y siento que me aprieta el vendaje del muslo. Gracias a Dios; no me extraña, teniendo en cuenta la estocada que me dieron. Dime, ¿puedo comer algo? Una gachas, aunque sea, pero algo que me ayude a ponerme en pie. Tengo que escribir una carta muy importante.

—¿Comer? — preguntaron alarmados al unísono.

—Con las gachas no tendrás ni para empezar -dijo no obstante Stephen, que hacía años que conocía la férrea constitución de Jack-, pero un huevo batido con leche te dará energías.

—Dios mío qué bien me ha sentado -dijo Jack al cabo de unos minutos-. Killick, ve a avisar al señor Harding.

—Está a bordo de la presa, señor -replicó Killick, exultante-. Pero le avisaremos.

—Y tanto que lo haréis. Stephen, levántame, por favor. No puedo dictar una carta oficial tumbado de espaldas. Ya me has lavado la cara, veo. Gracias. Killick, ¡Eh, Killick! Llama también al señor Adams. — Y cuando se presentó el escribiente y secretario, Jack añadió:- Señor Adams, buenos días tenga usted. Verá, me dispongo a escribir una carta oficial, de modo que necesitará un buen papel, excelentes plumas y la apropiada tinta negra. Ah, señor Harding, aquí está usted.

—Yo me retiro -dijo Jacob-. De nuevo, señor, muchas, muchas felicidades.

—Muy agradecido. No, tú quédate, Stephen. Señor Harding, le deseo buenos días. ¿Cómo navega la *Esmeralda*?

—Como un cisne, señor. Con la misma naturalidad.

—¿No recibió muchos daños?

—Veamos, no niego que la obra muerta del costado de babor haya salido perjudicada. Una bala rasa partió limpiamente el palo macho a la altura de la cofa; además, he tenido que estibar tres cañones en la bodega. Sepa también que no hay quien entre en la parte de proa de la santabárbara. Pero navega estanca, no sufrió daños bajo la línea de flotación y con doble rizo en mayores y gavias se las apaña bastante bien.

—Me alegra mucho oír eso. Ahora debo redactar una carta oficial, de modo que me gustaría disponer del parte de las bajas sufridas por ambos bandos, así como de los demás detalles. Veo que no tiene usted inconveniente en gobernarla hasta Valparaíso.

—Oh, Dios, no. Y a Inglaterra, siempre y cuando la preparemos para la travesía. Temo no tener muy buenas noticias respecto a sus bajas, debido a la jodi... a la horrible explosión que sufrió la santabárbara. La mayoría de los oficiales sobrevivieron, aunque estén heridos, y agradecen mucho las atenciones del doctor Jacob. Lo mismo debo decir de los marineros. El contra maestre y el segundo del carpintero (el carpintero titular murió) han

hecho todo lo posible por el palo de mesana, que presumiblemente aguantará hasta que entre en el dique seco. Nosotros tuvimos pocas bajas, aunque me temo que nadie nos librará de lamentar la pérdida de algunos buenos marineros. Supuse que la necesitaría, señor, de modo que hice una lista exacta de lo sucedido a nuestro bando, y unos cálculos aproximados del enemigo, datos que figuran ahí, bajo el nombre de su capitán.

—Muchísimas gracias, señor Harding. En cuanto sea posible enviaré mi carta a Panamá a bordo del paquete, y, de ahí, a Londres. ¿Se le ocurre algún nombre que quisiera usted que destacara en el despacho de guerra?

—Bueno, señor, Linklatter, de la brigada del carpintero, que nos aferró a su costado y perdió por ello el brazo. También al señor Hanson, por supuesto, que cuidó de usted cuando le dispararon desde la escala de toldilla, y que demostró ser capaz de tirar de espada, aunque me atrevería a decir que usted no lo habrá olvidado.

—Claro que no, aunque en ese momento estaba aturdido. Mencionaré a Linklatter. Gracias, señor Harding. Por cierto, ¿qué posición ocupa la *Ringle*?

—A una media milla por la aleta de babor, capitán.

—¿Y el paquete?

—A otra media milla más allá de la goleta.

—No podría pedir más. — Y cuando Harding se hubo retirado, añadió:- Stephen, no querría perder un instante pasando esta carta a limpio, de modo que la dictaré lentamente. Si escuchas algo que llame tu atención, porque no sea correcto gramaticalmente o por ser vulgar, por favor, levanta la mano y lo arreglaremos antes de que Adams tenga tiempo de escribirlo.

—Hermano -dijo Stephen tras titubear un instante-, ¿has reflexionado sobre las peculiares dificultades que plantea esta carta?

—Oh, no es la primera que escribo en estas condiciones, ya sabes. Querido, con ángeles guardianes a mi alrededor como si fueran las torres del ajedrez, he escrito en ocasiones hasta una docena de cartas, algunas publicadas en el *Register*. Son difíciles, no lo niego, y existen ciertas fórmulas que uno debe aprender. Por lo general empiezo con la apertura de rigor, el «Señor (o milord, según se aplique), no es sino con la mayor satisfacción posible que tengo el honor de contarle, para información de los milores comisionados del Almirantazgo, que...» Y etcétera. Sin olvidar la posición, latitud y longitud, y demás.

—Querido -dijo Stephen tras unos instantes de silencio-. Olvidas que este asunto no corresponde a la junta. Tú, al mando de la *Surprise*, anteriormente embarcación de la Armada inglesa, la has traído a este lugar con la excusa de un viaje hidrográfico con la condición añadida, que no expresa, de que colabores en la medida de lo posible con la causa independentista y republicana chilena para formar una Armada. Es cierto que algunas de las muchas juntas nombraron a Lindsay para el puesto, pero desde su muerte creo que se da por sentado que tú comandas todo el contingente naval que pueda quedar. Estoy convencido de que es a los regentes de esta nación a quienes deberías escribir. A don Bernardo O'Higgins, al director supremo o a su sucesor. Después de todo, como yo lo entiendo, tenías intención de llevar la *Esmeralda* de vuelta a Valparaíso. La posesión de un barco de guerra tan importante, junto a los que los chilenos posean en este momento, garantiza del todo la independencia de su país. Todo dependía de la superioridad naval, y ahora es nuestra. — Con una pena infinita vio como Jack iba envejeciendo ante sus ojos. No era la palidez que iba en aumento, pues no podría haber estado más pálido, sino la alegría de vivir lo que había desaparecido de su rostro. No creyó que Jack Aubrey pudiera tener peor aspecto a los setenta años-. No te entristezcas, hermano -siguió Stephen-. La esencia del asunto es inmutable. Sólo el aspecto parece diferente. Todo esto ha sucedido de acuerdo con las intenciones del Ministerio, intenciones que no podían anunciarse públicamente, y menos admitirse por escrito. Créeme, Jack, el Almirantazgo estará encantado con esta victoria, tanto como si la hubieras librado contra un enemigo declarado. No pongo en duda que atenderán tus recomendaciones, y también estoy convencido de que el director supremo, cuando tenga conocimiento del feliz desenlace, afirmará ante quien sea que no tomaste más iniciativa que la que te dieron en una situación de la máxima urgencia. Perú, recuerda, estaba a punto de invadir este país. Querido Jack, sé de estas cosas. Déjame escribir una carta particular a sir Joseph, enviarla por mediación de nuestros amigos del paquete, y después una nota en castellano, en la que anunciaré la victoria chilena que confirma la independencia de la nación y que enviaré a San Martín y a O'Higgins, agradeciéndoles a ellos y a sus colegas las directrices recibidas y su apoyo incondicional. Ésta, cuando la hayas firmado, llegará antes que nosotros a Valparaíso.

Jack sonrió, la suya fue una sonrisa nada forzada, y tampoco tímida, aunque traicionara un inmenso cansancio.

—Te ruego que me perdones, Stephen -dijo-. Estoy aturdido y he olvidado mi posición. Te agradecería mucho que escribieras a ambos. Y en la carta a sir Joseph, si lo consideras apropiado, menciona la conducta de Horatio. Después de todo, desamarró la *Esmeralda* y la sacó de puerto bajo un fuego graneado.

—Así lo haré. Mi carta a Valparaíso viajará a bordo de la *Ringle* a toda velocidad porque, si no me equivoco, nosotros y la presa mantendremos esta apacible marcha. Pero Jack, querido, has perdido una gran cantidad de sangre. Sé que estás muy apenado, mucho más de lo que corresponde a esta situación, y mi experiencia y conocimientos profesionales me dicen que deberías tomar todo el caldo de pollo que te apetezca, y además el preparado que elaboraré para ti mientras calientan el caldo.

* * *

Durante todo ese tiempo se habían oído en la *Surprise* el abanico de ruidos que hacían patente la intención de devolverla a un estado de inmaculada perfección, entre los cuales quizás el más evidente fuera el producido por los mazazos de los carpinteros, estruendo continuo a lo largo de la banda que había entablado combate. Pero había un abanico, un abanico de una variedad sorprendente, pues más de la mitad de la tripulación del barco había transbordado a la presa, alcanzada no sólo por la propia *Surprise*, sino también por los cañones de treinta y seis libras de la batería costera. De modo que Stephen tardó un poco en encontrar a Killick, que fumaba a escondidas sentado en el excusado. Cuando, después de regañarle, Stephen hubo solucionado la preparación del caldo, Jacob y él se pusieron manos a la obra para redactar y cifrar aquella carta tan difícil.

En un punto especialmente crítico de la labor llamaron a la puerta, y a punto estuvieron ambos de perder la concentración.

—Les ruego que me perdonen -dijo Killick, con timidez para la ocasión, aunque había acudido respaldado por Maggie Tyler-. Dice Poll que el caldo está listo.

—Magnífico -dijo Stephen con una mirada furiosa-. Maggie, en cuanto se haya enfriado, dáselo al capitán hasta que no pueda con una sola cucharada más. No le obligue a tomarlo todo, ¿me ha oído?

–Sí, señor -susurró Maggie, espantada.

–Y debe también tomar este preparado -dijo sosteniendo en alto un vial púrpura-. Tres cucharadas, y cuente hasta sesenta entre la primera y la segunda.

–Hasta sesenta, señor. Todo lo que pueda tomar, y después el preparado. Tres cucharadas de éste, y contar a sesenta entre las dosis. – Jamás había visto al doctor con una expresión tan severa como la que mostraba ahora. Flexionó dos veces las rodillas y se retiró, pisando a Killick.

Otra hora de intensa concentración. Puesto que ambos utilizaban una tinta particular que no se borraba ni alteraba ni emborronaba, perdieron otra hora mientras se la iban pasando. Finalmente, los dos quedaron satisfechos y ninguno de ellos planteó quejas del trabajo del compañero (lo cual, en cuanto al cifrado concierne, decía mucho de su habilidad). Agradecido, Stephen selló las delgadas hojas y las llevó primero a la cabina para que Jack estampara su firma («No sabía ni lo que estaba firmando, el pobre diablo», se dijo Stephen) y, después, fue a cubierta.

–Señor Whewell -dijo al oficial de guardia-. A ser posible me gustaría subir a bordo del *Isaac Newton*, el paquete de Lisboa. No creo que valga la pena molestar a la *Ringle*, sobre todo teniendo en cuenta que el capitán desea que ésta ponga rumbo a Valparaíso, cubierta de toda la lona posible.

–Vaya, señor, echaremos al agua el cúter azul en un tris. Es la embarcación auxiliar que más anda. Señor Hanson, el cúter azul, si es tan amable. Doctor, permítame preguntarle cómo se encuentra el capitán. La gente está intranquila.

–No creo que tengan ningún motivo para ello. Ayer recibió una buena, cierto, sobre todo en la cabeza y el hombro, y perdió mucha sangre. Hoy ha comido con apetito, y creo que ahora duerme. O pronto lo hará.

–Gracias a Dios -dijo Whewell. Varios de los hombres que se encontraban cerca asintieron satisfechos.

* * *

Incluso antes de haber empezado a considerarse parte de la Armada (y eso, debido a extrañas pero amplias áreas de incompetencia física, mental y espiritual había sido un período muy largo), incluso antes de aceptar una vida tan gregaria como la de la abeja, Stephen Maturin había sentido un gran respeto por la Armada y una especie de incomprensible simpatía por

los marineros, sobre todo cuando estos se encontraban a bordo de sus propias embarcaciones. Los barcos, extraordinarios y profundos madrigueras, eran en ocasiones tan bonitos como incómodos, pero jamás se había sentido tan impresionado como en ese momento, cuando un barco de guerra herido tras el combate celebrado apenas un día antes echó al mar un cúter inmaculado sin mayor esfuerzo por parte del oficial al mando que pronunciar tres palabras, subrayadas por el contramaestre con dos notas del pito. Se engastó el palo en la carlinga, y un muchacho recorrió el costado para ayudarle a embarcar y a sentarse en la bancada de popa, la acolchada bancada de popa.

—¿Adónde vamos, señor? — preguntó el timonel.

—Al paquete de Lisboa. Pero dígame, ¿cómo está su William?

—Verá, señor, se llevó la peor parte, pero el doctor Jacob dice que conservará la pierna. Ojo con la cabeza, señor, que vamos a virar.

El piloto del Isaac Newton alteró el rumbo para cerrar sobre el cúter; al cabo de unos minutos, Stephen subió a bordo, incapaz de despegar la mano del pecho, donde había guardado las cartas que tanto le había costado escribir, y lo hizo cubriendo de un salto de rana el vacío que separaba al cúter del paquete. Por fin estuvo a salvo, pero jadeó unos segundos mientras tendía el paquete a Dobson, su viejo amigo y, por ser entomólogo, conocido de sir Joseph Blaine. Ansiaba verlos partir, sobre todo a Sclater y a su amigo, que eran quienes cruzarían el istmo para tomar un barco en Chagres, en la costa atlántica; sin embargo, agradeció las felicitaciones de todos ellos, y él les compensó con una breve descripción del combate, una versión particular, por supuesto, la versión de un cirujano cuyo puesto estaba en el sollado.

Nada más volver a la fragata, Stephen fue a ver a los heridos. Jack, por supuesto, seguía dormido, y seguiría dormido un buen rato si el eléboro conservaba sus virtudes. Su rostro era lo importante, puesto que había recuperado parte de su jovialidad y alegría: al menos ya no parecía herido de muerte, y su hombro, a pesar de la horrible contusión, no mostraba indicio alguno de estar infectado; tampoco su pierna, menos hinchada. Stephen recordó en una ocasión haber alabado la capacidad de recuperación del capitán Aubrey, comparándola con la de un perro joven. Pero hubo algo indefinido, quizás el efecto de alguna superstición marina, que le empujó a hacer a un lado tales pensamientos. Entró apresuradamente en la enfermería

y pidió la opinión de Jacob, Poll y Maggie, que en general fue satisfactoria. Después se dirigió a la cabina, donde empezó a redactar con gran entusiasmo y convicción la carta que remitiría a las autoridades chilenas.

* * *

–Una carta espléndida, querido colega -opinó Jacob-. Aunque pudiera sugerir algún cambio, créeme si te digo que no lo haría, y es porque has resumido la situación de forma admirable. Has insistido en la inminencia de la invasión peruana, el apremio de la petición del director supremo y el apoyo incondicional de los consejeros políticos. Pero, aunque pudiera sugerir algún cambio, te digo, no lo haría, porque sé que deseas despachar de inmediato a la *Ringle* a Valparaíso, y cualquier esfuerzo que tengas que hacer por pasarla a limpio, digamos que por cambiar un simple subjuntivo, irritaría tu ánimo hasta un punto intolerable. Lacrems la carta, remitámosla a San Martín, y enviémosla sin perder un minuto.

–Agradezco tu consideración, Amos -dijo Stephen, estrechando su mano-. Calienta la barra de lacre, por favor. – Al cabo de unos minutos, dijo-: Señor Harding, el capitán sigue dormido. En su estado, dormir, un descanso en silencio y rodeado de tranquilidad, es muy importante, y lo último que desearía es importunarlo. Pese a ello, las noticias de la victoria deben llegar a Valparaíso en cuanto sea posible, y estoy dispuesto a aceptar toda la responsabilidad por pedirle a usted que confíe al señor Reade la carta dirigida a las autoridades chilenas, y que le ordene entregarla sin dilación.

–Doy por sentado que el capitán estaría de acuerdo.

–Así es, señor.

–En tal caso, izaré de inmediato el número de identificación de la *Ringle*.

* * *

Fue una alegría ver a la goleta acercarse con rapidez, hasta situarse a sotavento de la *Surprise*, mientras el viento entablado seguía soplando del oesnoroeste. Recogió el mensaje, repitió las órdenes y se perdió al sur con tal cantidad de lona que, antes de que Stephen abandonara la cubierta, había hundido el casco bajo el horizonte.

A juzgar por lo que se contaba, en Valparaíso habían recibido las nuevas con toda clase de celebraciones. Hubo música y baile, día y noche,

discursos, más discursos, brindis heroicos por parte de los marineros de la Armada Real, y también por algunos indios del interior, además de extensos alegatos a favor de la infidelidad. Sin embargo, no tardó en caer el maravilloso viento del oeste que Jack Aubrey había alabado tan a menudo por ser perfecto para el Estrecho de Magallanes, y que en efecto empujó a la *Ringle* a tal velocidad que en ocasiones llegó a rozar los quince nudos de una guardia a otra. Cayó del todo. Intentaban doblar Cabo Angamos cuando la presa perdió el palo de mesana con cofa y todo, incidente que retrasó mucho su llegada a puerto.

Con todo, arribaron para presenciar aún las muestras de entusiasmo, una veintena de discursos oficiales y, por supuesto, algunos banquetes extraordinarios. Fue mientras se preparaba para uno de estos, que debía de ser el último antes de la despedida de Carrera, que el malhumor de Jack, el malhumor del inválido, llegó a preocupar mucho a Stephen, pues lo consideró una posible prueba de una complicación derivada de alguna de sus heridas. Se había mostrado muy activo, había caminado mucho antes de lo que Stephen y Amos juzgaron adecuado, y se había dedicado a supervisar las reparaciones de la *Esmeralda*, la reconstrucción del *O'Higgins* y el *Asp* de Lindsay, así como el reaprovisionamiento de la modesta escuadra compuesta por las corbetas, a bordo de las cuales él y algunos de sus oficiales adiestraban a los jóvenes chilenos más capacitados, que formaban un grupo simpático. En esa ocasión, pretendía llevarlos a ejecutar al menos una parte del levantamiento de planos del archipiélago Chonos, aunque eso dependía de cómo salieran sus planes para la tarde.

Su actividad había sido en efecto excesiva, y por tanto terminaba agotado, irritable, por no decir ofuscado. Había adelgazado mucho, caminaba con bastón y estaba más respondón que nunca, o eso decían los más veteranos.

—Me gustaría que dejaras de apretarme tanto la puñetera herida -dijo a Stephen, que le vendaba de nuevo la pierna antes de subirle los calzones-. Está muy blanda... -Calló.

Stephen no hizo caso. Había decidido buscar pruebas de la existencia de la infección interna que tanto temía y que había visto en otro paciente con una herida idéntica. Por no encontrar ni la confirmación ni la refutación, volvió a colocar la venda cruzada con una asombrosa habilidad.

—Yo no puedo hacerlo -dijo Jack cuando Stephen terminó-. Te lo agradezco mucho. Lamento los gritos. Eres un santo, Stephen... Me temo que estos días necesito toda la comprensión del mundo. Ya ves que cualquier cosa me saca de mis cabales, no por el resultado del combate, quizás porque hemos perdido a muchos buenos compañeros y la fragata ha recibido lo suyo. Pero lo que realmente me preocupa, Stephen, es el descontento. Los marineros no han recibido la paga, el dinero del botín no ha sido repartido, por tanto no podrán disfrutar del permiso en tierra. Sabes tan bien como yo lo que eso supone. Mucho mejor que yo, de hecho, por servir aquí abajo, en la enfermería del sollado. Saben que es peligroso, pero les encanta gastar lo que tan merecidamente han ganado, y si no reciben su parte se ponen tontos, se vuelven hoscos y, con el tiempo, se amotinan.

—Sé perfectamente a qué te refieres.

—Sí, ¿verdad? —preguntó Jack, que le observó fijamente sin hacer más preguntas-. Sí. Los demás oficiales ya han presenciado los primeros síntomas. No me preocuparía si nos encontráramos en alta mar, pero es probable que pasemos un tiempo en tierra, yendo y viniendo. El marinero en tierra se comporta como un asno. Eso por no mencionar la posibilidad de la desertión; es más, tenemos hombres muy duros a bordo, aparte de nuestros antiguos compañeros. De momento nos sobran los pertrechos, tenemos para las próximas semanas, y he ordenado a Adams que entregue a todo el mundo dos dólares. No obstante, cuando se terminen los pertrechos y nos quedemos sin dólares...

—Me gustaría que no tuvieras que ir a comer -dijo Stephen-. Pero tendrás cuidado con el vino, ¿verdad?

—Si me ves aceptar media copa de más, dame una patada.

No hubiera sido difícil, puesto que la práctica invariable durante estas ceremonias calcadas unas a otras consistía en sentar al doctor Maturin entre el capitán Aubrey y el invitado más importante, para evitar que la ignorancia de Jack en materia de lenguas extranjeras (aparte de su paupérrimo francés) pudiera constituir un obstáculo.

—Oigo trompetas -dijo Jack, y aunque siempre le habían tratado con todos los honores, nunca habían tocado las trompetas ni redoblado los tambores, todo lo cual, a pesar de su estado, fue como el eco de la alegría.

Recibieron a los invitados en el gran salón, donde sentaron a Jack a mano derecha del presidente de la junta, Miguel Carrera, y a Stephen, el

más bajito de ellos y sentado además en una silla más baja, entre ambos para facilitar sus labores de intérprete. Jack no había llegado a acostumbrarse al horario de comidas de los españoles, y había perdido el apetito antes de oler la sopa. Stephen, que de pequeño había comido a esas horas, tuvo tiempo de admirar la paciencia de Jack mientras los platos se sucedían lentamente unos a otros en la mesa. Habló de vez en cuando, por mediación de Stephen, por lo general para responder a preguntas relacionadas con los barcos de guerra y la calidad de los jóvenes que adiestraba para servir como oficiales de Marina, que según Jack era excelente.

–*Excelentissimo* -dijo enfáticamente.

Stephen admiraba su constancia, las frecuentes sonrisas, aunque se desalentó cuando Jack murmuró discretamente que, después del espléndido plato de fresones, deseaba le dijera al presidente que el capitán Aubrey solicitaba el favor de conversar a solas con él, una vez hubiera finalizado el banquete.

–Por supuesto -respondió Carrera-. Será un honor. Por favor, dígle al capitán que tengo muy buenas noticias de Santiago. El director supremo me ha informado de que la concesión de tierras ha sido confirmada por votación unánime. Le ruego que lo felicite de mi parte.

Así lo hizo Stephen, que vio sonreír a Jack, inclinar la cabeza a Carrera y pedir que transmitieran al director su más sincero agradecimiento por el obsequio. Apenas traducidas estas palabras, el obispo, imitado por todos los presentes, se levantó para bendecir la mesa y retirarse.

Los demás aguardaron a que se despidieran el obispo y los miembros de su comitiva, inclinándose al pasar el anciano caballero; entonces, Carrera condujo a Jack y a Stephen a una abovedada estancia octogonal, amueblada con divanes y cojines moriscos, y pertrechada con café y una jarra cristiana de brandy.

–Me alegro tanto de haber sido yo el encargado de darle la noticia de la concesión de tierras -dijo Carrera cuando tomaron asiento-. Se encuentran un poco lejos, y su anterior dueño, por supuesto un monárquico, las tenía abandonadas. Pero con el río cerca tienen grandes posibilidades de irrigación. Después de todo, seis mil acres de tierra no son moco de pavo.

Escuchaba Jack la impávida traducción de Stephen con la mirada en el suelo. Aquello era una grosería sorprendente viniendo de un español.

Parecía incómodo, y tenía motivos para estarlo, puesto que las tierras en cuestión se encontraban en una zona árida del país, situada al sur del río Bio-Bio, habitada, si es que podía decirse que lo estaba, por los indios araucanos, los más terribles y aguerridos de su raza. Las tierras estaban cubiertas de pino chileno, la araucaria.

—No, claro que no -dijo Jack-. Como he dicho, quisiera asegurarme de que comunica usted al director supremo mi más sincera gratitud. No obstante, lo que de momento me preocupa son mis hombres. Sabrá usted que no han recibido su paga. El tesoro del que nos apoderamos en Valdivia no ha sido aún repartido. Además, los agentes del tribunal de presas afirman que no se tomará una decisión respecto al valor de la *Esmeralda* hasta el año que viene. No, permítame terminar, si es tan amable -dijo, levantada la palma de la mano; a Carrera le impresionó tanto la frialdad de su furia como a Stephen-. Desde que llegamos a este país -continuó Jack-, me han dirigido de ministerio a secretariado, de responsables de altos cargos a amigos influyentes, y vuelta a empezar. Mi gente no tiene un penique en el bolsillo para tomar parte en las celebraciones. Le diré, señor, que esto no me satisface. Usted, que tiene una buena posición en la República, va a ir a Santiago. Le pido que le diga al señor O'Higgins y a sus colegas que esto no me basta. Tienen que pagarme, y sólo una gran suma satisfará a mis hombres y oficiales. Deben recibir lo que se han ganado a pulso, a finales de mes a más tardar. ¿Me ha entendido, señor?

—Le entiendo, señor -respondió Carrera-, y permítame decir que lamento de veras la situación actual. Mañana por la mañana partiré a Santiago, y allí expondré el asunto ante quienes toman las decisiones. Sin embargo, antes de irme quisiera tener el honor de enviar una carta a su barco, a su distinguido barco.

—Es usted muy amable, señor -dijo Jack, levantándose con la ayuda del bastón-, ahora sólo me queda agradecerle tan espléndido banquete, sobre todo en lo tocante al delicioso pudín de Navidad, así como a su comprensión -añadió finalmente, con mirada furiosa-. Permítame rogarle que explique a sus colegas que el último día de este mes señala mi día de suerte o infortunio, y que será lo que ellos decidan. — Estrechó su mano y se despidió.

—Por Dios, qué estilo el tuyo, hermano -dijo Stephen cuando cerraron la puerta del coche.

—No me resulta antipático, aunque sea un político -dijo Jack-. Creo que aprecia a la Armada. Tiene un sobrino a bordo de la *Gladiator* que habla inglés perfectamente; ya se cree medio marino, y lo cierto es que tiene motivos para hacerlo.

A la madrugadora mitad marinera del sobrino le fue confiada la carta, que éste entregó a bordo de la *Surprise* antes de que Jack tomara el preparado matinal, que Killick le sirvió con puntualidad al dar las cuatro campanadas y que tuvo que ingerir antes de leer el contenido de la carta.

—Ve a ver dónde anda el doctor -dijo Jack-, y si lo ves, dile que venga cuando disponga de un momento.

—Está en la lonja, revolviendo bogavantes. No. Mentira. Ése de ahí es él, el que acaba de resbalar en la toldilla y maldice en extranjero.

Stephen, desempolvado y recompuesto, devuelta a su lugar la peluca, fue conducido a la cabina.

—Buenos días, Stephen. ¿Te importaría echarle un vistazo a esta carta?

—Claro que no -dijo Stephen-. Dice: «Don Miguel tiene el placer de saludarle, agradecer el hecho de que honrara su mesa, y tiene también la alegría de adjuntar dos documentos: uno dirigido al tesorero jefe, en el cual se solicita de él el pago de cinco mil piezas de a ocho a cualquier suboficial a quien escoja usted enviar. El segundo documento va dirigido al oficial a cargo de los pertrechos navales, a quien se le ordena entregarle cualquier cosa que pueda necesitar.» Luego te ruega un millar de veces que disculpes la brevedad de la carta, pero su caballo, animal impaciente, está en la puerta, cogido con dificultad del bocado por un par de mozos.

—Muy amable por su parte -exclamó Jack-. En cuanto hayamos desayunado, visitaremos al bueno del tesorero, acompañados por un par de porteadores. Después hablaremos con el piloto, el contador, el contraestre, el condestable y con cualquiera relacionado con los pertrechos para ver qué necesitamos. Sé que tenemos la alacena llena de telarañas. — A continuación, Jack ahondó en la de telarañas que anidaban en la alacena y en todas las cosas que podían pedir, y lo hizo durante un buen rato, hasta satisfacer la alegría que sentía.

—¿Puedo decir algo? — preguntó Stephen, aprovechando una pausa.

—Por supuesto. Probablemente será más interesante que calcular la cantidad de lampazos que necesitamos.

—Escucha. Hoy he paseado por el muelle donde reparan la fragata pesada chilena.

—La *O'Higgins*.

—No, señor, discúlpeme pero no. Le estaban cambiando el nombre, se llamará *San Martín*.

—¿De veras? Por Dios. Uno nunca debe hacerle eso a un barco. También podría traernos a nosotros mala suerte. Por lo visto, están cambiando mucho las cosas. *O'Higgins* era nuestro amigo. No me gustó lo poco que vi de *San Martín*, y dudo mucho que me aprecie de verdad. Poco podemos hacer, aparte de bombardear la ciudad con la bala y la pólvora que nos proporcionen los propios chilenos. El caso es que no me seduce la idea, tengo amigos allí. No. Creo que deberíamos continuar las labores de exploración, y si se muestran desagradables, si se rebelan, pues qué diablos, al infierno con ellos. Te pediré que escribas una amable carta de renuncia, rezaré para tener un buen viento del oeste y pondremos rumbo a Inglaterra. Pero antes, hasta que finalice el mes, debo cumplir mis promesas y subir a bordo a los jóvenes, los escogidos jóvenes, que levantarán conmigo los planos del archipiélago Chonos, no sin que antes hayamos llenado de pertrechos el barco.

* * *

Al día siguiente, al dar las cuatro campanadas de la guardia de ocho a doce de la mañana, soplabá aquel viento del oeste venerado por Jack, un viento que arrugaba las aguas del puerto. El condestable de la *Surprise*, en respuesta a una inclinación de cabeza de Somers, disparó el cañón situado más a proa en el costado de babor. Todos aquellos que habían permanecido atentos a la señal, largaron las amarras de sus embarcaciones, treparon a la cofa y observaron a *Surprise* sin perder detalle, siguiendo sus movimientos con un éxito tal que toda la escuadra compuesta por cuatro corbetas y una fragata recorrió el puerto formando una línea perfecta. Entre los vítores y aplausos de la multitud, salieron a mar abierto, y allí siguieron de nuevo el ejemplo de la *Surprise* al poner rumbo sudoeste sur y aprovechar el empuje del oleaje.

Según la costumbre del lugar, las corbetas tenían dos capitanes, un primero y un segundo. Jack contaba en el alcázar de la fragata con los que en ese momento no gobernaban sus embarcaciones, y así sería de las cuatro

campanadas de la guardia de alba hasta el final de la primera guardia del cuartillo. Quería mostrarles cómo se hacían las cosas en la Armada Real. Tres o cuatro de ellos hablaban con fluidez el inglés, sobre todo el joven José Fernández, sobrino de Carrera. Era un tritón de nacimiento, si es que ha existido uno. A pesar de ello, los monolingües constituían un lastre para el doctor Maturin, que si bien conocía en inglés algunos términos náuticos, como por ejemplo babor o estribor, no tenía ni idea de cómo expresar «enjunca gaviás y mayores» en castellano o en cualquier otra lengua.

–Me encantaría tener aquí a Jacob -dijo Jack un día frente a Talcahuano.

–Fue con tu consentimiento que lo dejamos en Valparaíso para la posible entrega de un mensaje -dijo Stephen.

–Tienes toda la razón. Te ruego que me perdones, amigo. Lo decía sólo por el alivio de lamentarme, innoble alivio, por cierto.

–Capitán, amigo mío, brindemos por ti.

* * *

De joven, Jack Aubrey había servido a las órdenes de dos capitanes estrictos, bastante incluso para tratarse de tiempos tan rígidos, de modo que cuando mencionaba el verbo ejercitar lo hacía en el sentido estricto de la palabra, y los jóvenes terminaban la jornada pálidos, agotados, capaces de caer rendidos en cualquier parte. Al cabo de unos días, sus cuerpos jóvenes ganaron fuerza, después de dormir como muertos y comer como hienas. Sobre todo porque los jóvenes guardiamarinas y los oficiales de menor antigüedad los hacían trepar arriba y abajo de una altura a otra del barco. Aunque estaban hasta cierto punto acostumbrados al duro adiestramiento de la Armada, el doctor Maturin tuvo que tratar más de una mano llena de ampollas, o las quemaduras en los muslos debidas a la fricción de los cabos. No hubo necesidad de tratar con excesiva dureza a nadie, algo habitual en el mar, y mientras la alegría y la buena naturaleza fueron compatibles con arrizar a velacho, disfrutaron de unos días encantadores. Las únicas veces en las que Jack se mostraba menos caritativo era cuando los jóvenes chilenos demostraban tener una gran ignorancia en materia de navegación, de calcular la posición y rumbo del barco según los principios de la geometría y de la astronomía náutica. En tales casos, sacó partido de Daniel y Hanson, y aunque la observación lunar era más difícil de asimilar que el uso de guía, la mayor parte de los jóvenes se convencieron de la importancia

del tema, y varios de ellos aprendieron a medir la altura del sol al mediodía. Se les invitó, en general por parejas, a comer en la cabina o en la cámara de oficiales. El idioma supuso cierta dificultad, superada, sin embargo, por el voraz apetito del que hicieron gala.

—Que grupo de jóvenes tan amables -dijo Jack Aubrey cuando paseaba con Stephen por la playa que había en la embocadura del río Llico-. Muchos de ellos saben perfectamente de dónde sopla el viento y qué dirección lleva la corriente. Al menos, media docena serán buenos marinos. Dios mío, menudo cambio después de tratar con esos políticos miserables e indignos de confianza.

—Tienes toda la razón. Pero dime, Jack, ¿qué hacen en el agua esos locos a la pobre *Surprise*?

—Puesto que el mar está en calma y no podremos franquear la bahía hasta que repunte la marea, a Harding se le ha ocurrido enseñar al resto de los muchachos, los que no bogaron para entrarnos a puerto, qué supone dar fuego a los fondos. ¿Lo ves? Mira, ahora la han tumbado todo lo posible para limpiar a conciencia los moluscos del casco, y...

Siguió explicando la operación con todo lujo de detalles, al menos hasta que vio a Stephen observar fijamente un ave que volaba a lo lejos.

—Perdona, Jack -dijo-, pero no sé si era una agachadiza, ¿La ves aún?

—No. Y si la viera tampoco me inmutaría. Por el amor de Dios, una agachadiza en Chile. Sería más lógico ver un castor en el Fisco.

—Y ese muchacho, José, cuyo tío es un excelente tirador, me dijo que la agachadiza, becasina, *Gallinago gallinago*, la misma ave que tenemos nosotros, fue la primera en emigrar a Chile para anidar. Bendita sea: Aquí me tienes, maldiciendo el día en que emprendimos este viaje (y no era la primera vez que me sucedía), en ese aburrido hueco que aprovechan las aves migratorias para huir del invierno, sin que las de la primavera hayan llegado. Ahora estoy lleno de esperanza.

Tenía motivos para estarlo. Sin embargo, días, incluso semanas después, permanecía sentado en la piedra gris de una isla, en una de las innumerables y frías islas de Chonos, encarando el catalejo no en una exótica ave migratoria, sino en un ostrero americano vulgar y corriente de patas blancas, que sobrevolaba la orilla en busca de alimento. Más allá había otro, una hembra deslustrada. Ni la una ni la otra demostraron sentir el menor interés mutuo. No era época de apareamiento, por mucho que la agachadiza

podría pensar lo contrario. Tampoco era época de alegrías, aunque sí el décimo tercer día del mes. Al día siguiente, Jack debía decidir qué rumbo pensaba seguir en uno u otro sentido, y ninguna de sus alternativas conducían a la felicidad.

Más allá del ostrero, Stephen Maturin encaró un bergantín que doblaba una de las innumerables e imponentes rocas, cuya posición habían anotado cuidadosamente aquella mañana el capitán Aubrey y sus pupilos. En ese momento se encontraban algo al sur, levantando en el plano otra de esas rocas, fuera del alcance del catalejo de Stephen pero a la vista desde el bergantín. Este ganó velocidad al cubrirse de más lona. Aquel bergantín verde le resultó familiar a Stephen, pues lo usaba un comerciante de piedras preciosas chileno, un hombre rico y muy amable, que residía en Valparaíso y era muy amigo de Jacob.

Lo encaró con el catalejo, y pudo en efecto ver a Jacob, observándole a su vez con otro catalejo y haciéndole señas (¿«gran alegría»?). Fuera lo que fuese lo que pretendía expresar, pronto desapareció al doblar el bergantín otra roca y aproar a la *Surprise*, momento en que Stephen volcó su atención en dos cisnes cuellinegros que volaban al sur, a baja altura sobre el agua, tan baja que casi podía oír el rítmico batir de sus alas.

—No puedo seguir aquí sentado, observando al ostrero patiblanco -dijo en voz alta Maturin-. Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Ninguna otra cosa, al menos durante el paso, siempre de norte a sur, de tres skúas y del carroñero caracara. Colgado del cuello, envuelto en una bolsita de seda encerada envuelta a su vez en otra bolsita, llevaba el sustituto de un pequeño y precioso cronómetro que anunció la media hora, y que hubiera anunciado los cuarenta y cinco minutos si Stephen no hubiera visto al chinchorro de la fragata bogar contra el viento. Se levantó de un salto, saludó con la mano y dio varios saltitos, todo lo cual espantó a los ostreros, cualquier cosa con tal de que no le abandonaran en tierra.

Subió por el costado del buque con su habitual «elegancia». Allí le saludó el doctor Jacob, en cuyo ceño podría haber leído todo aquel que le conociera muy bien: «Recibida señal cifrada». Stephen fue conducido bajo cubierta a una de los rincones más discretos del barco.

—Me lo entregó Jaime, justo después de que llegara de Santiago el mensajero del Gobierno -dijo Jacob en voz baja. Aunque éste no lo había desenfado del todo, estaba convencido de que había una sección importante

que debían comunicar de inmediato al interesado. A juzgar por el modo en que elevó la mirada a las cuadernas, Stephen comprendió que se refería a Jack, de lo cual pudo asegurarse cuando Jacob le comentó la alegría que tuvo cuando el bergantín alcanzó y pasó de largo a una corbeta que había partido de Valparaíso, antes de que ésta pudiera encontrarlos.

—¿Tienes el original y tu transcripción? — preguntó Stephen.

—El original, sí, pero he transcrito muy poco. Permíteme mostrarte dónde me he quedado, y por qué decidí que debía buscaros.

Stephen sostuvo la hoja al contraluz de la portilla.

—Has hecho bien, querido Amos. Debemos decírselo de inmediato.

—No. Es amigo tuyo. Aquí está mi copia de la clave D2. Hay algunas combinaciones difíciles que quedaron pendientes, pero ya tenemos la idea general, y el resto podemos dejarlo para más tarde.

Stephen asintió y estrechó su mano con fuerza. Guardó los papeles en el bolsillo y echó a andar con brío.

—Señor Adams -dijo, a punto de tropezar con el secretario-, hágame un favor, si es tan amable. Me gustaría hablar en privado con el capitán. Estaré en la cabina. — Adams le miró boquiabierto por tan extraordinaria petición.

—Muy bien, señor -dijo al ver que Stephen se alejaba deprisa. Seguidamente, el secretario subió a cubierta.

Por su parte, Stephen tenía la cabeza asomada por la ventana de popa cuando entró el capitán, a quien vio sorprendido y un poco preocupado.

—Jack -dijo Stephen-, acabamos de recibir una señal. No hemos podido descifrarla toda, pero la primera parte está dirigida a tu nombre y a tu barco, y si quieres te leeré lo que hemos descifrado e intentaré leer sobre la marcha lo que no lo esté. «En cuanto reciba la presente orden, arrumbará usted al Río de la Plata, donde se unirá a la escuadra Sudafricana. Subirá a bordo del navío de su majestad *Implacable*, en cuyo palo de mesana enarbolará su insignia, asumiendo, por tanto, el mando de la escuadra azul.»

Jack tomó asiento y hundió el rostro en sus manos. Parecía haber perdido la facultad del habla.

—¿Podrías leerlo otra vez, Stephen? — le pidió al cabo.

Stephen leyó de nuevo el mensaje.

—Por Dios, Stephen, no sabes cuánto me alegro de que seas tú quien me dé tan buenas noticias. Sophie se alegrará tanto. Por Dios, creía que jamás lograría enarbolar mi insignia.

–Hay más cosas. Unas líneas con la enhorabuena de parte del duque de Clarence por el combate de El Callao, un mensaje privado a Horatio Hanson, y una petición de que lo envíes a casa en cuanto sea posible para que pueda realizar el examen de teniente. Hay varias consideraciones políticas de parte de sir Joseph que aún debo descifrar... Permíteme también a mí darte la enhorabuena, querido almirante. – Abrazó a Jack. Fue un gesto natural, y además Jack parecía obnubilado.

–Excelente, hermano, me alegro mucho de que estén tan satisfechos de nosotros. Sin embargo, aquí me tienes, lastrado por esta pierna. Estoy comprometido, atado al Gobierno chileno.

En ese momento el Gobierno chileno, personificado por Carrera, subía carta en mano por el costado de la *Surprise*, procedente de la corbeta mencionada por Jacob. Fue recibido por Harding con todos los honores, y tras pedir permiso lo condujeron a la cabina, en cuyo interior Jack le ofreció un jerez y le pidió que le disculpara mientras leía la carta.

–Lamento mucho el contenido -dijo Carrera-. Siento pena y vergüenza. Los hombres de Santiago solicitan tres meses más, momento en que se le abonarán todas las deudas.

–Me apena mucho decir esto -dijo Jack-, pero usted recuerda perfectamente qué fue lo que acordamos. Debo pedirle que se lleve a sus jóvenes, sus excelentes y prometedores jóvenes, a bordo de la corbeta. Me ha sido ordenado navegar en otra dirección. Antes, sin embargo, permítame renovar mis votos de amistad hacia usted, y mis mejores deseos para el futuro de la Armada chilena.

El transbordo tardó un tiempo, aunque se llevó a cabo con alegría y buen humor; finalmente, los barcos se despidieron con muestras recíprocas de buena voluntad.

Tras el último saludo, Jack levantó la mirada al aparejo. El viento soplaba aún del oeste. Miró a proa y a popa. La cubierta estaba limpia, reluciente. Los marineros servían en sus puestos con una amplia sonrisa.

–Señor Hanson -dijo al piloto-. Ponga rumbo a Cabo Pilar y al Estrecho de Magallanes, si es tan amable.

[1] Se trata de un juego infantil. Un jugador se sitúa en el centro e intenta «robar» las madrigueras o bases de los demás jugadores mientras éstos se desplazan de una a otra. En la Armada Real practicaban una versión más compleja del juego. (N. del T.)

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
15/03/2010

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com